This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Digitized by Google

~~53. e. 14~~
53 e 14

1878

Digitized by Google

Digitized by Google

~~53. e. 14~~
53 e 14

1878

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

EL COMENDADOR MENDOZA.—LA CORDÓBESA.

UN POCO DE CREMATÍSTICA.

Digitized by Google

Digitized by Google

JUAN VALERA.

EL
COMENDADOR MENDOZA.

LA CORDOBESA.

UN POCO DE CREMATÍSTICA.

MADRID
CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE
Plaza de Topete (antes de Santa Ana), número 10.

53. e. 1.f

Digitized by Google

MADRID, 1877.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

Digitized by Google

Á la Excma. Señora Doña Ida de Bauer.

Nunca, estimada señora y bondadosa amiga, soñé con ser escritor popular. No me explico la causa, pero es lo cierto que tengo y tendré siempre pocos lectores. Mi aficion á escribir es, sin embargo, tan fuerte que puede más que la indiferencia del público y que mis desengaños.

Várias veces me dí ya por vencido y hasta por muerto; mas apénas dejé de ser escritor, cuando reviví como tal bajo diversa forma. Primero fuí poeta lírico, luégo periodista, luégo crítico, luégo aspiré á filósofo, luégo tuve mis intenciones y conatos de dramaturgo zarzuelero, y al cabo traté de figurar como novelista en el largo catálogo de nuestros autores.

Bajo esta última forma es como la gente me

Digitized by Google

ha recibido ménos mal; pero, áun así, no las tengo todas conmigo.

Mi musa es tan voluntariosa que hace lo que quiere y no lo que yo le mando. De aquí proviene que, si por dicha logro aplausos, es por falta de prevision.

Escribí mi primera novela sin caer hasta el fin en que era novela lo que escribia.

Acababa yo de leer multitud de libros devotos.

Lo poético de aquellos libros me tenía hechizado, pero no cautivo. Mi fantasía se exaltó con tales lecturas, pero mi frio corazon siguió en libertad y mi seco espíritu se atuvo á la razon severa.

Quise entónces recoger como en un ramillete todo lo más precioso ó lo que más precioso me parecia de aquellas flores místicas y ascéticas, é inventé un personaje que las recogiera con fe y entusiasmo, juzgándome yo, por mí mismo, incapaz de tal cosa. Así brotó espontánea una novela, cuando yo distaba tanto de querer ser novelista.

Despues me he puesto adrede á componer otras, y dicen que lo he hecho peor.

Esto me ha desanimado de tal suerte que he estado á punto de no volver á escribirlas.

Entre las pocas personas que me han dado nuevo aliento, descuella V., ora por la indulgencia con que celebra mis obrillas, ora por el valor que los elogios de V., si prescindimos por un instante

Digitized by Google

de la bondad que los inspira, deben tener para cuantos conocen su rara discrecion, su delicado gusto y el hondo y exquisito sentir con que percibe todo lo bello.

Aunque yo no hubiese seguido de antemano la sentencia de aquel sabio alejandrino que afirmaba que sólo las personas hermosas entendian de hermosura, V. me hubiera movido á seguirla, mostrándose luminoso y vivo ejemplo y gentil prueba de su verdad.

No extrañe V., pues, que, lleno de agradecimiento, le dedique este libro.

Por ir dedicado á V., quisiera yo que fuese mejor que *Pepita Jimenez*, á quien V. tanto celebra: pero harto sabido es que las obras literarias, y muy en particular las de carácter poético, sólo se dan bien en momentos dichosos de inspiracion que los autores no renuevan á su antojo.

En esto, como en otras mil cosas, la poesía se parece á la magia. Requiere la intervencion del cielo.

Cuentan de Alberto Magno que, yendo en peregrinacion de Roma á Alemania, pasó una noche á las orillas del Po, en la cabaña de un pescador. Agasajado allí muy bien, quiso el doctor probar su gratitud al huésped, y le hizo y le dió un pez de madera, tan maravilloso, que, puesto en la red, atraia á todos los peces vivos. No hay que ponde-

Digitized by Google

rar la ventura del pescador con su pez mágico. Cierto dia, con todo, tuvo un descuido, y el pez se le perdió. Entónces se puso en camino, fué á Alemania, buscó á Alberto, y le rogó que le hiciera otro pez semejante al primero. Alberto respondió que lo deseaba (tambien deseo yo hacer otra *Pepita Jimenez*), mas que para hacer otro pez que tuviese todas las virtudes del antiguo, era menester esperar á que el cielo presentase idéntico aspecto y disposicion en constelaciones, signos y planetas, que en la noche en que el primer pez se hizo; lo cual no podia acontecer sino dentro de treinta y seis mil y pico de años.

Como yo no puedo esperar tanto tiempo, me resigno á dedicar á V. *El Comendador Mendoza.*

Este simpático personaje, ántes de salir en público, no ya escondido y á trozos, sino por completo y por sí solo, pasa, con la vénia de Lucía, á besar humildemente los lindos piés de V. y á ponerse bajo su amparo. Remedando á un antiguo compañero mio, elige á V. por su madrina. No desdeñe V. al nuevo ahijado que le presento, aunque no valga lo que *Pepita*, y créame su afectísimo y respetuoso servidor

JUAN VALERA.

Digitized by Google

EL COMENDADOR MENDOZA.

Digitized by Google

Digitized by Google

EL COMENDADOR MENDOZA.

I.

A pesar de los quehaceres y cuidados que me retienen en Madrid casi de contínuo, todavía suelo ir de vez en cuando á Villabermeja y á otros lugares de Andalucía, á pasar cortas temporadas de uno ó dos meses.

La última vez que estuve en Villabermeja ya habian salido á luz *Las Ilusiones del Doctor Faustino.*

Don Juan Fresco me mostró en un principio algun enojo de que yo hubiese sacado á relucir su vida y las de varios parientes suyos en un libro de entretenimiento; pero al cabo, conociendo que yo no lo habia hecho á mal hacer, me perdonó la falta de sigilo. Es más: don Juan aplaudió la idea de escribir novelas fundadas en hechos reales, y me animó á que siguiese cultivando el género. Esto nos movió á hablar del comendador Mendoza.

—¿El vulgo, dije yo, cree aún que el Comendador anda penando, durante la noche, por los desvanes de la casa solariega de los Mendozas con su manto blanco del hábito de Santiago?

—Amigo mio, contestó D. Juan, el vulgo lee ya *El*

Digitized by Google

Citador y otros libros y periódicos libre-pensadores. En la incredulidad, ademas, está como impregnado el aire que se respira. No faltan jornaleros escépticos; pero las mujeres, por lo comun, siguen creyendo á piés juntillas. Los mismos jornaleros escépticos niegan de dia, y rodeados de gente, y de noche y á solas, tienen más miedo que ántes de lo sobrenatural, por lo mismo que lo han negado durante el dia. Resulta, pues, que, á pesar de que vivimos ya en la edad de la razon y se supone que la de la fe ha pasado, no hay mujer bermejina que se aventure á subir á los desvanes de la casa de los Mendozas sin bajar gritando y afirmando á veces que ha visto al Comendador, y apénas hay hombre que suba solo á dichos desvanes sin hacer un grande esfuerzo de voluntad para vencer ó disimular el miedo. El Comendador, por lo visto, no ha cumplido aún su tiempo de Purgatorio, y eso que murió al empezar este siglo. Algunos entienden que no está en el Purgatorio, sino en el Infierno: pero no parece natural que, si está en el Infierno, se le deje salir de allí para que venga á mortificar á sus paisanos. Lo más razonable y verosímil es que esté en el Purgatorio, y esto cree la generalidad de las gentes.

—Lo que se infiere de todo, ora esté el Comendador en el Infierno, ora en el Purgatorio, es que sus pecados debieron de ser enormes.

—Pues, mire usted, replicó D. Juan Fresco, nada cuenta el vulgo de terminante y claro con relacion al Comendador. Cuenta, sí, mil confusas patrañas. En Villabermeja se conoce que hirió más la imaginacion po-

Digitized by Google

pular por su modo de ser y de pensar, que por sus hechos. Sus hechos conocidos, salvo algun extravío de la mocedad, más le califican de buena que de mala persona.

—De todos modos, V. cree que el Comendador era una persona notable.

—Y mucho que lo creo. Yo contaré á V. lo que sé de él, y V. juzgará.

Don Juan Fresco me contó entónces lo que sabía acerca del Comendador Mendoza. Yo no hago más que ponerlo ahora por escrito.

II.

Don Fadrique Lopez de Mendoza, llamado comunmente el Comendador, fué hermano de D. José, el mayorazgo, abuelo de nuestro D. Faustino, á quien supongo que conocen mis lectores.

Nació D. Fadrique en 1744.

Desde niño dicen que manifestó una inclinacion perversa á reirse de todo y á no tomar nada por lo serio. Esta cualidad es la que ménos fácilmente se perdona, cuando se entrevé que no proviene de ligereza, sino de tener un hombre el espíritu tan serio, que apénas halla cosa terrena y humana que merezca que él la considere con seriedad; por donde, en fuerza de la seriedad misma, nacen el desden y la risa burlona.

Don Fadrique, segun la general tradicion, era un

Digitized by Google

hombre de este género: un hombre jocoso de puro serio.

Claro está que hay dos clases de hombres jocosos de puro serios. Á una clase, que es muy numerosa, pertenecen los que andan siempre tan serios que hacen reir á los demas, y sin quererlo son jocosos. A otra clase, que siempre cuenta pocos individuos, es á la que pertenecia D. Fadrique. Don Fadrique se burlaba de la seriedad vulgar é inmotivada, en virtud de una seriedad exquisita y superlativa; por lo cual era jocoso.

Conviene advertir, no obstante, que la jocosidad de D. Fadrique rara vez tocaba en la insolencia ó en la crueldad, ni se ensañaba en daño del prójimo. Sus burlas eran benévolas y urbanas, y tenian á menudo cierto barniz de dulce melancolía.

El rasgo predominante en el carácter de D. Fadrique no se puede negar que implicaba una mala condicion; la falta de respeto. Como veia lo ridículo y lo cómico en todo, resultaba que nada ó casi nada respetaba, sin poderlo remediar. Sus maestros y superiores se lamentaron mucho de esto.

Don Fadrique era ágil y fuerte, y nada ni nadie le inspiró jamas temor más que su padre, á quien quiso entrañablemente. No por eso dejaba de conocer y áun de decir en confianza, cuando recordaba á su padre, despues de muerto, que, si bien habia sido un cumplido caballero, honrado, pundonoroso, buen marido y lleno de caridad para con los pobres, habia sido tambien un *vándalo.*

En comprobacion de este aserto contaba D. Fadrique

Digitized by Google

várias anécdotas, entre las cuales ninguna le gustaba tanto como la del bolero.

Don Fadrique bailaba muy bien este baile cuando era niño, y D. Diego, que así se llamaba su padre, se complacia en que su hijo luciese su habilidad, cuando le llevaba de visitas ó las recibia con él en su casa.

Un dia llevó D. Diego á su hijo D. Fadrique á la pequeña ciudad, que dista dos leguas de Villabermeja, cuyo nombre no he querido nunca decir, y donde he puesto la escena de mi *Pepita Jimenez*. Para la mejor inteligencia de todo, y á fin de evitar perífrasis, pido al lector que siempre que en adelante hable yo de la ciudad entienda que hablo de la pequeña ciudad ya mencionada.

Don Diego, como queda dicho, llevó á D. Fadrique á la ciudad. Tenía D. Fadrique trece años, pero estaba muy espigado. Como iba de visitas de ceremonia, lucia casaca y chupa de damasco encarnado con botones de acero bruñido, zapatos de hebilla y medias de seda blanca, de suerte que parecia un sol.

La ropa de viaje de D. Fadrique, que estaba muy traida y con algunas manchas y desgarrones, se quedó en la posada, donde dejaron los caballos. Don Diego quiso que su hijo le acompañase en todo su esplendor. El muchacho iba contentísimo de verse tan guapo, y con traje tan señoril y lujoso. Pero la misma idea de la elegancia aristocrática del traje le infundió un sentimiento algo exagerado del decoro y compostura que debia tener quien le llevaba puesto.

Por desgracia, en la primera visita que hizo D. Diego

Digitized by Google

á una hidalga viuda, que tenía dos hijas doncellas, se habló del niño Fadrique y de lo crecido que estaba, y del talento que tenía para bailar el bolero.

—Ahora, dijo D. Diego, baila el chico peor que el año pasado, porque está en la *edad del pavo:* edad insufrible, entre la palmeta y el barbero. Ya ustedes sabrán que en esa edad se ponen los chicos muy empalagosos, porque empiezan á presumir de hombres y no lo son. Sin embargo, ya que VV. se empeñan, el chico lucirá su habilidad.

Las señoras que habian mostrado deseos de ver á D. Fadrique bailar, repitieron sus instancias, y una de las doncellas tomó una guitarra y se puso á tocar para que D. Fadrique bailase.

—Baila, Fadrique, dijo D. Diego, no bien empezó la música.

Repugnancia invencible al baile, en aquella ocasion, se apoderó de su alma. Veia una contrariedad monstruosa, algo de lo que llaman ahora una *antinomia*, entre el bolero y la casaca. Es de advertir que en aquel dia D. Fadrique llevaba casaca por primera vez: estrenaba la prenda, si puede calificarse de estreno el aprovechamiento del arreglo ó refundicion de un vestido, usado primero por el padre y despues por el mayorazgo, á quien se le habia quedado estrecho y corto.

—Baila, Fadrique, repitió D. Diego bastante amostazado.

Don Diego, cuyo traje de campo y camino, al uso de la tierra, estaba en muy buen estado, no se habia puesto casaca como su hijo. Don Diego iba todo de estezado,

Digitized by Google

con botas y espuelas, y en la mano llevaba el látigo con que castigaba al caballo y á los podencos de una jauría numerosa que tenía para cazar.

—Baila, Fadrique: exclamó D. Diego por tercera vez, notándose ya en su voz cierta alteracion causada por la cólera y la sorpresa.

Era tan elevado el concepto que tenía D. Diego de la autoridad paterna, que se maravillaba de aquella rebeldía.

—Déjele V., señor de Mendoza, dijo la hidalga viuda. El niño está cansado del camino y no quiere bailar.

—Ha de bailar ahora.

—Déjele V., otra vez le verémos: dijo la que tocaba la guitarra.

—Ha de bailar ahora; repitió D. Diego. Baila, Fadrique.

—Yo no bailo con casaca: respondió éste al cabo.

Aquí fué Troya. Don Diego prescindió de las señoras y de todo.

—¡Rebelde! ¡mal hijo! gritó: te enviaré á los Toribios: baila ó te desuello: y empezó á latigazos con don Fadrique.

La señorita de la guitarra paró un instante la música; pero D. Diego la miró de modo tan terrible, que ella tuvo miedo de que la hiciese tocar como queria hacer bailar á su hijo, y siguió tocando el bolero.

Don Fadrique, despues de recibir ocho ó diez latigazos, bailó lo mejor que supo.

Al pronto se le saltaron las lágrimas; pero despues, considerando que habia sido su padre quien le habia pe-

Digitized by Google

gado, y ofreciéndose á su fantasía de un modo cómico toda la escena, y viéndose él mismo bailar á latigazos y con casaca, se rió, á pesar del dolor físico, y bailó con inspiracion y entusiasmo.

Las señoras aplaudieron á rabiar.

—Bien, bien: dijo D. Diego.—¡Por vida del diablo! ¿Te he hecho mal, hijo mio?

—No, padre, dijo D. Fadrique. Está visto: yo necesitaba hoy de doble acompañamiento para bailar.

—Hombre, disimula. ¿Por qué eres tonto? ¿Qué repugnancia podias tener, si la casaca te va que ni pintada, y el bolero clásico y de buena escuela es un baile muy señor? Estas damas me perdonarán. ¿No es verdad? Yo soy algo vivo de genio.

Así terminó el lance del bolero.

Aquel dia bailó otras cuatro veces D. Fadrique en otras tantas visitas, á la más leve insinuacion de su padre.

Decia el cura Fernandez, que conoció y trató á don Fadrique, y de quien sabía muchas de estas cosas mi amigo D. Juan Fresco, que D. Fadrique referia con amor la anécdota del bolero, y que lloraba de ternura filial y reia al mismo tiempo, diciendo «mi padre era un vándalo», cuando se acordaba de él, dándole de latigazos, y retraia á su memoria á las damas aterradas, sin dejar una de ellas de tocar la guitarra, y á él mismo bailando el bolero mejor que nunca.

Parece que habia en todo esto algo de orgullo de familia. El *mi padre era un vándalo* de D. Fadrique casi sonaba en sus labios como alabanza. Don Fadrique,

Digitized by Google

educado en el lugar y del mismo modo que su padre, D. Fadrique cerril, hubiera sido más vándalo aún.

La fama de sus travesuras de niño duró en el lugar muchos años despues de haberse él partido á servir al Rey.

Huérfano de madre á los tres años de edad, habia sido criado y mimado por una tia solterona, que vivia en la casa, y á quien llamaban la chacha Victoria.

Tenía ademas otra tia, que si bien no vivia con la familia, sino en casa aparte, habia tambien permanecido soltera y competia en mimos y en halagos con la chacha Victoria. Llámabase esta otra tia la chacha Ramoncica. Don Fadrique era el ojito derecho de ambas señoras, cada una de las cuales estaba ya en los cuarenta y pico de años, cuando tenía doce nuestro héroe.

Las dos tias ó chachas se parecian en algo y se diferenciaban en mucho.

Se parecian en cierto entono amable y benévolo de hidalgas, en la piedad católica y en la profunda ignorancia. Esto último no provenia sólo de que hubiesen sido educadas en el lugar, sino de una idea de entónces. Yo me figuro que nuestros abuelos, hartos de la bachillería femenil, de las cultas latini-parlas y de la desenvoltura pedantesca de las damas que retratan Quevedo, Tirso y Calderon en sus obras, habian caido en el extremo contrario de empeñarse en que las mujeres no aprendiesen nada. La ciencia en la mujer hubo de considerarse como un manantial de perversion. Así es que en los lugares, en las familias acomodadas y nobles, cuando eran religiosas y morigeradas, se educaban las

Digitized by Google

niñas para que fuesen muy hacendosas, muy arregladas y muy señoras de su casa. Aprendian á coser, á bordar y á hacer calceta; muchas sabian de cocina; no pocas planchaban perfectamente; pero casi siempre se procuraba que no aprendiesen á escribir, y apénas si se les enseñaba á leer de corrido en *El Año Cristiano* ó en algun otro libro devoto.

Las chachas Victoria y Ramoncica se habian educado así. La diversa condicion y carácter de cada una estableció despues notables diferencias.

La chacha Victoria, alta, rubia, delgada y bien parecida, habia sido y continuó siendo hasta la muerte, naturalmente sentimental y curiosa. Á fuerza de deletrear, llegó á leer casi de corrido cuando estaba ya muy granada; y sus lecturas no fueron sólo de vidas de santos, sino que conoció tambien algunas historias profanas y las obras de varios poetas. Sus autores favoritos fueron doña María de Zayas y Gerardo Lobo.

Se preciaba de experimentada y desengañada. Su conversacion estaba siempre como salpicada de estas dos exclamaciones: —¡Qué mundo éste!—¡Lo que ve el que vive!—La chacha Victoria se sentia como hastiada y fatigada de haber visto tanto, y eso que sus viajes no se habian extendido más allá de cinco ó seis leguas de distancia de Villabermeja.

Una pasion, que hoy calificariamos de romántica, habia llenado toda la vida de la chacha Victoria. Cuando apénas tenía diez y ocho años, conoció y amó en una feria á un caballero cadete de infantería. El cadete amó tambien á la chacha, que no lo era entónces: pero los

Digitized by Google

dos amantes, tan hidalgos como pobres, no se podian casar por falta de dinero. Formaron, pues, el firme propósito de seguir amándose, se juraron constancia eterna y decidieron aguardar para la boda á que llegase á capitan el cadete. Por desgracia, entónces se caminaba con piés de plomo en las carreras, no habia guerras civiles ni pronunciamientos, y el cadete, firme como una roca y fiel como un perro, envejeció sin pasar de teniente nunca.

Siempre que el servicio militar lo consentia, el cadete venía á Villabermeja; hablaba por la ventana con la chacha Victoria, y se decian ambos mil ternuras. En las largas ausencias se escribian cartas amorosas, cada ocho ó diez dias; asiduidad y frecuencia extraordinarias entónces.

Esta necesidad de escribir obligó á la chacha Victoria á hacerse letrada. El amor fué su maestro de escuela, y le enseñó á trazar unos garrapatos anárquicos y misteriosos, que por revelacion de amor leia, entendia y descifraba el cadete.

De esta suerte, entre temporadas de pelar la pava en Villabermeja, y otras más largas temporadas de estar ausentes, comunicándose por cartas, se pasaron cerca de doce años. El cadete llegó á teniente.

Hubo entónces un momento terrible: una despedida desgarradora. El cadete, teniente ya, se fué á la guerra de Italia. Desde allí venian las cartas muy de tarde en tarde. Al cabo cesaron del todo. La chacha Victoria se llenó de presentimientos melancólicos.

En 1747, firmada ya la paz de Aquisgran, los solda-

Digitized by Google

dos españoles volvieron de Italia á España: pero nuestro cadete, que habia esperado volver de capitan, no parecia ni escribia. Sólo pareció, con la licencia absoluta, su asistente, que era bermejino.

El bueno del asistente, en el mejor lenguaje que pudo, y con los preparativos y rodeos que le parecieron del caso para amortiguar el golpe, dió á la chacha Victoria la triste noticia de que el cadete, cuando iba ya á ver colmados sus deseos, cuando iba á ser ascendido á capitan, en vísperas de la paz, en la rota de Trebia, habia caido atravesado por la lanza de un croata.

No murió en el acto. Vivió aún dos ó tres dias con la herida mortal, y tuvo tiempo de entregar al asistente, para que trajese á su querida Victoria, un rizo rubio que de ella llevaba sobre el pecho en un guardapelo, las cartas y un anillo de oro con un bonito diamante.

El pobre soldado cumplió fielmente su comision.

La chacha Victoria recibió y bañó en lágrimas las amadas reliquias. El resto de su vida le pasó recordando al cadete, permaneciendo fiel á su memoria y llorándole á veces. Cuanto habia de amor en su alma fué consumiéndose en devociones y transformándose en cariño por el sobrino Fadriquito, el cual tenía tres años cuando supo la chacha Victoria la muerte de su perpétuo y único novio.

La pobre chacha Ramoncica habia sido siempre pequeñuela y mal hecha de cuerpo, sumamente morena y bastante fea de cara. Cierta dignidad natural é instintiva le hizo comprender, desde que tenía quince años, que no habia nacido para el amor. Si algo del amor con

Digitized by Google

que aman las mujeres á los hombres habia en gérmen en su alma, ella acertó á sofocarlo y no brotó jamas. En cambio tuvo afecto para todos. Su caridad se extendia hasta los animales.

Desde la edad de veinticuatro años, en que la chacha Ramoncica se quedó huérfana y vivia en casa propia, sola, le hacian compañía media docena de gatos, dos ó tres perros y un grajo que poseia várias habilidades. Tenía asimismo Ramoncica un palomar lleno de palomos, y un corral poblado de pavos, patos, gallinas y conejos.

Una criada, llamada Rafaela, que entró á servir á la chacha Ramoncica cuando ésta vivia aún en casa de sus padres, siguió sirviéndola toda la vida. Ama y criada eran de la misma edad y llegaron juntas á una extrema vejez.

Rafaela era más fea que la chacha, y, hasta por imitarla, permaneció siempre soltera.

En medio de su fealdad, habia algo de noble y distinguido en la chacha Ramoncica, que era una señora de muy cortas luces. Rafaela, por el contrario, sobre ser fea, tenía el más innoble aspecto, pero estaba dotada de un despejo natural grandísimo.

Por lo demas, ama y criada, guardando siempre cada cual su posicion y grado en la jerarquía social, se identificaron por tal arte, que se diria que no habia en ellas sino una voluntad, los pensamientos mismos y los mismos propósitos.

Todo era órden, método y arreglo en aquella casa. Apénas se gastaba en comer, porque ama y criada comian poquísimo. Un vestido, una saya, una basquiña,

Digitized by Google

cualquiera otra prenda, duraba años y años sobre el cuerpo de la chacha Ramoncica ó guardada en el armario. Despues, estando aún en buen uso, pasaba á ser prenda de Rafaela.

Los muebles eran siempre los mismos y se conservaban, cómo por encanto, con un lustre y una limpieza que daban consuelo.

Con tal modo de vivir, la chacha Ramoncica, si bien no tenía sino muy escasas rentas, apénas gastaba de ellas una tercera parte. Iba, pues, acumulando y atesorando, y pronto tuvo fama de rica. Sin embargo, jamas se sentia con valor de ser despilfarrada sino por empeño de su sobrino Fadrique, á quien, segun hemos dicho, mimaba en competencia de la chacha Victoria.

Don Diego andaba siempre en el campo, de caza ó atendiendo á las labores. Sus dos hijos, D. José y don Fadrique, quedaban al cuidado de la chacha Victoria y del Padre Jacinto, fraile dominico, que pasaba por muy docto en el lugar, y que les sirvió de ayo, enseñándoles las primeras letras y el latin.

Don José era bondadoso y reposado: D. Fadrique, un diablo de travieso: pero D. José no atinaba á hacerse querer, y D. Fadrique era amado con locura de ambas chachas, del feroz D. Diego y del ya citado Padre Jacinto, quien apénas tendria treinta y seis años de edad cuando enseñaba la lengua de Ciceron á los dos pimpollos lozanos del glorioso y antiguo tronco de los Lopez de Mendoza bermejinos.

Miéntras que el apacible D. José se quedaba en casa estudiando, ó iba al convento á ayudar á misa, ó emplea-

Digitized by Google

ba su tiempo en otras tareas tranquilas, don Fadrique solia escaparse y promover mil alborotos en el pueblo.

Como segundon de la casa, D. Fadrique estaba condenado á vestirse de lo que se quedaba estrecho ó corto para su hermano, el cual, á su vez, solia vestirse de los desechos de su padre. La chacha Victoria hacía estos arreglos y traspasos. Ya hemos hablado de la casaca y de la chupa encarnadas, que vinieron á ser memorables por el lance del bolero: pero mucho ántes habia heredado D. Fadrique una capa, que se hizo más famosa, y que habia servido sucesivamente á D. Diego y á D. José. La capa era blanca, y cuando cayó en poder de D. Fadrique, recibió el nombre de la capa-paloma.

La capa-paloma parecia que habia dado alas al chico, quien se hizo más inquieto y diabólico desde que la poseyó. Don Fadrique, cabeza de motin y de bando entre los muchachos más desatinados del pueblo, se diria que llevaba la capa-paloma como un estandarte; como un signo que todos seguian; como el penacho blanco de Enrique IV.

No era muy numeroso el bando de D. Fadrique, no por falta de simpatías, sino porque él eligia á sus parciales y secuaces, haciendo pruebas análogas á las que hizo Gedeon para elegir ó desechar á sus soldados. De esta suerte logró D. Fadrique tener unos cincuenta ó sesenta que le seguian, tan atrevidos y devotos á su persona, que cada uno valia por diez.

Se formó un partido contrario, capitaneado por don Casimirito, hijo del hidalgo más rico del lugar. Este partido era de más gente, pero así por las prendas per-

Digitized by Google

sonales del capitan, como por el valor y decision de los soldados, quedaba siempre muy inferior á los fadriqueños.

Várias veces llegaron á las manos ambos bandos, ya á puñadas y luchando á brazo partido, ya en pédreas, de que era teatro un llanete que está por bajo de un sitio llamado el Retamal.

Siempre que habia un lance de éstos, D. Fadrique era el primero en acudir al lugar del peligro: pero es lo cierto que no bien corria la voz de que *la capa-paloma iba por el Retamal abajo*, las calles y las plazuelas se despoblaban de los más belicosos chiquillos, y todos acudian en busca del capitan idolatrado.

La victoria, en todas estas pendencias, quedó siempre por el bando de D. Fadrique. Los de D. Casimiro resistian poco y se ponian en un momento en vergonzosa fuga; pero como D. Fadrique se aventuraba siempre más de lo que conviene á la prudencia de un general, resultó que dos veces regó los laureles con su sangre, quedando descalabrado.

No sólo en batalla campal, sino en otros ejercicios y haciendo travesuras de todo género, D. Fadrique se habia roto ademas la cabeza otra tercera vez, se habia herido el pecho con unas tijeras, se habia quemado una mano y se habia dislocado un brazo: pero de todos estos percances salia al cabo sano y salvo, merced á su robustez y á los cuidados de la chacha Victoria, que decia maravillada y santiguándose: —¡Ay, hijo de mi alma, para muy grandes cosas quiere reservarte el cielo, cuando vives de milagro y no mueres!

Digitized by Google

III.

Casimiro tenía tres años más de edad que D. Fadrique, y era tambien más fornido y alto. Irritado de verse vencido siempre como capitan, quiso probarse con don Fadrique en singular combate. Lucharon, pues, á puñadas y á brazo partido, y el pobre Casimiro salió siempre acogotado y pisoteado, á pesar de su superioridad aparente.

Los frailes dominicos del lugar nunca quisieron bien á la familia de los Mendozas. A pesar de la piedad suma de las chachas Victoria y Ramoncica y de la devocion humilde de D. José, no podian tragar á D. Diego, y se mostraban escandalizados de los desafueros é insolencias de D. Fadrique.

Sólo el padre Jacinto, que amaba tiernamente á don Fadrique, le defendia de las acusaciones y quejas de los otros frailes.

Éstos, no obstante, le amenazaban á menudo con cogerle y enviarle á los Toribios, ó con hacer que el propio hermano Toribio viniese por él y se le llevase.

Bien sabian los frailes que el bendito hermano Toribio habia muerto hacía más de veinte años; pero la institucion creada por él florecia, prestando al glorioso fundador una existencia inmortal y mitológica. Hasta muy entrado el segundo tercio del siglo presente, el hermano Toribio y los Toribios en general han sido el tema constante de todas las amenazas para infundir saludable terror á los muchachos traviesos.

Digitized by Google

En la mente de D. Fadrique no entraba la idea de la fervorosa caridad con que el hermano Toribio, á fin de salvar y purificar las almas de cuantos muchachos cogia, les martirizaba el cuerpo, dándoles rudos azotes sobre las carnes desnudas. Así es que se presentaba en su imaginacion el bendito hermano Toribio como loco furioso y perverso, enemigo de sí mismo para llagarse con cadenas ceñidas á los riñones, y enemigo de todo el género humano, á quien desollaba y atormentaba en la edad de la niñez y de la más temprana juventud, cuando se abren al amor las almas y cuando la naturaleza y el cielo debieran sonreir y acariciar en vez de dar azotes.

Como ya habian ocurrido casos de llevarse á los Toribios contra la voluntad de sus padres á varios muchachos traviesos, y como el hermano Toribio, durante su santa vida, habia salido á caza de tales muchachos, no sólo por toda Sevilla, sino por otras poblaciones de Andalucía, desde donde los conducia á su terrible establecimiento, la amenaza de los frailes pareció para broma harto pesada á D. Diego, y para véras le pareció más pesada aún. Hizo, pues, decir á los frailes que se abstuviesen de embromar á su hijo y mucho más de amenazarle, que ya él sabria castigar al chico cuando lo mereciese, pero que nadie más que él habia de ser osado á ponerle las manos encima. Añadió D. Diego que el chico, aunque pequeño todavía, sabria defenderse y hasta ofender, si le atacaban, y que ademas él volaria en su auxilio, en caso necesario, y arrancaria las orejas á tirones á todos los Toribios que ha habido y hay en el mundo.

Digitized by Google

Con estas insinuaciones, que bien sabian todos cuán capaz era de hacer efectivas D. Diego, los frailes se contuvieron en su malevolencia; pero como D. Fadrique (fuerza es confesarlo, si hemos de ser imparciales) seguia siendo peor que Pateta, los frailes, no atreviéndose ya á esgrimir contra él armas terrenas y temporales, acudieron al arsenal de las espirituales y eternas, y no cesaron de querer amedrentarle con el infierno y el demonio.

De este método de intimidacion se ocasionó un mal gravísimo. Don Fadrique, á pesar de sus chachas, se hizo impío, ántes de pensar y de reflexionar: por un sentimiento instintivo. La religion no se ofreció á su mente por el lado del amor y de la ternura infinita, sino por el lado del miedo, contra el cual su natural valeroso é independiente se rebelaba. Don Fadrique no vió el objeto del amor insaciable del alma y el fin digno de su última aspiracion en los poderes sobrenaturales. Don Fadrique no vió en ellos sino tiranos, verdugos ó espantajos sin consistencia.

Cada siglo tiene su espíritu, que se esparce y como que se diluye en el aire que respiramos, infundiéndose tal vez en las almas de los hombres, sin necesidad de que las ideas y teorías pasen de unos entendimientos á otros por medio de la palabra escrita ó hablada. El siglo XVIII tal vez no fué crítico, burlon, sensualista y descreido porque tuvo á Voltaire, á Kant y á los enciclopedistas, sino porque fué crítico, burlon, sensualista y descreido, tuvo á dichos pensadores, quienes formularon en términos precisos lo que estaba vago y difuso en el

Digitized by Google

ambiente: el giro del pensamiento humano en aquel período de su civilizacion progresiva.

Sólo así se comprende que D. Fadrique viniese á ser impío sin leer ni oir nada que á ello le llevase.

Esta nueva calidad que apareció en él era bastante peligrosa en aquellos tiempos. Don Diego mismo se espantó de ciertas ideas de su hijo. Por dicha, el desenvolvimiento de tan mala inclinacion coincidió casi con la ida de D. Fadrique al Colegio de Guardias marinas, y se evitó así todo escándalo y disgusto en Villabermeja.

Las chachas Vitoria y Ramoncica lloraron mucho la partida de D. Fadrique; el padre Jacinto la sintió: don Diego, que le llevó á la Isla, se alegró de ver á su hijo puesto en carrera, casi más que se afligió al separarse de él; y los frailes, y Casimirito sobre todo, tuvieron un dia de júbilo el dia en que le perdieron de vista.

Don Fadrique volvió al lugar de allí adelante, pero siempre por brevísimo tiempo: una vez cuando salió del Colegio para ir á navegar; otra vez siendo ya alférez de navío. Luégo pasaron años y años sin que viese á don Fadrique ningun bermejino. Se sabía que estaba ya en el Perú, ya en el Asia, en el extremo Oriente.

IV.

De las cosas de D. Fadrique, durante tan larga ausencia, se tenía ó se forjaba en el lugar el concepto más fantástico y absurdo.

Don Diego y la chacha Victoria, que eran las personas

Digitized by Google

de la familia más instruidas é inteligentes, murieron á poco de hallarse D. Fadrique en el Perú. Y lo que es á la cándida Ramoncica y al limitado D. José no escribia D. Fadrique sino muy de tarde en tarde, y cada carta tan breve como una fe de vida.

Al padre Jacinto, aunque D. Fadrique le estimaba y queria de véras, tambien le escribia poco por efecto de la repulsion y desconfianza que en general le inspiraban los frailes. Así es que nada se sabía nunca á ciencia cierta en el lugar de las andanzas y aventuras del ilustre marino.

Quien más supo de ello, en su tiempo, fué el cura Fernandez, que, segun queda dicho, trató á D. Fadrique y tuvo alguna amistad con él. Por el cura Fernandez se enteró D. Juan Fresco, en quien influyó mucho el relato de las peregrinaciones y lances de fortuna de D. Fadrique para que se hiciese piloto y siguiese en todo sus huellas.

Recogiendo y ordenando yo ahora las esparcidas y vagas noticias, las apuntaré aquí en resúmen.

Don Fadrique estuvo poco tiempo en el Colegio, donde mostró grande disposicion para el estudio.

Pronto salió á navegar, y fué á la Habana en ocasion tristísima. España estaba en guerra con los ingleses, y la capital de Cuba fué atacada por el almirante Pocok. Echado á pique el navío en que se hallaba nuestro bermejino, la gente de la tripulacion, que pudo salvarse, fué destinada á la defensa del castillo del Morro, bajo las órdenes del valeroso D. Luis Velasco.

Allí estuvo D. Fadrique haciendo estragos en la es-

Digitized by Google

cuadra inglesa con sus certeros tiros de cañon. Luégo, durante el asalto, peleó como un héroe en la brecha, y vió morir á su lado á D. Luis, su jefe. Por último, fué de los pocos que lograron salvarse, cuando pasando sobre un monton de cadáveres y haciendo prisioneros á los vivos, llegó el general inglés, Conde de Albemarle, á levantar el pabellon británico sobre la principal fortaleza de la Habana.

Don Fadrique tuvo el disgusto de asistir á la capitulacion de aquella plaza importante, y contado en el número de los que la guarnecian, fué conducido á España en cumplimiento de lo capitulado.

Entónces, ya de alférez de navío, vino á Villabermeja y vió á su padre la última vez.

La reina de las Antillas, muchos millones de duros y lo mejor de nuestros barcos de guerra habian quedado en poder de los ingleses.

Don Fadrique no se descorazonó con tan trágico principio. Era hombre poco dado á melancolías. Era optimista y no quejumbroso. Ademas todos los bienes de la casa los habia de heredar el mayorazgo, y él ansiaba adquirir honra, dinero y posicion.

Pocos dias estuvo en Villabermeja. Se fué ántes de que su licencia se cumpliese.

El rey Cárlos III, despues de la triste paz de París, á que le llevó el desastroso *Pacto de familia*, trató de mejorar por todas partes la administracion de sus vastísimos Estados. En América era donde habia más abusos, escándalos, inmoralidad, tiranías y dilapidaciones. Á fin de remediar tanto mal, envió el Rey á Galvez de

Digitized by Google

visitador á Méjico, y algo más tarde envió al Perú, con la misma mision, á D. Juan Antonio de Areche. En esta expedicion fué á Lima D. Fadrique.

Allí se encontraba cuando tuvo lugar la rebelion de Tupac-Amaru. En la mente imparcial y filosófica del bermejino se presentaba como un contrasentido espantoso el que su Gobierno tratase de ahogar en sangre aquella rebelion, al mismo tiempo que estaba auxiliando la de Washington y sus parciales contra los ingleses; pero D. Fadrique, murmurando y censurando, sirvió con energía á su Gobierno, y contribuyó bastante á la pacificación del Perú.

Don Fadrique acompañó á Areche en su marcha al Cuzco, y desde allí, mandando una de las seis columnas en que dividió sus fuerzas el general Valle, siguió la campaña contra los indios, tomando gloriosa parte en muchas refriegas, sufriendo con firmeza las privaciones, las lluvias y los frios en escabrosas alturas á la falda de los Andes, y no parando hasta que Tupac-Amaru quedó vencido y cayó prisionero.

Don Fadrique, con grande horror y disgusto fué testigo ocular de los tremendos castigos que hizo nuestro Gobierno en los rebeldes. Pensaba él que las crueldades é infamias cometidas por los indios no justificaban las de un Gobierno culto y europeo. Era bajar al nivel de aquella gente semisalvaje. Así es que casi se arrepintió de haber contribuido al triunfo, cuando vió en la plaza del Cuzco morir á Tupac-Amaru, despues de un brutal martirio, que parecia invencion de fieras y no de seres humanos.

Digitized by Google

Tupac-Amaru tuvo que presenciar la muerte de su mujer, de un hijo suyo y de otros deudos y amigos: á otro hijo suyo de diez años le condenaron á ver aquellos bárbaros suplicios de su padre y de su madre, y á él mismo le cortaron la lengua y le ataron luégo por los cuatro remos á otros tantos caballos para que, saliendo á escape, le hiciesen pedazos. Los caballos, aunque espoleados duramente por los que los montaban, no tuvieron fuerza bastante para descuartizar al indio, y á éste, descoyuntado, despues de tirar de él un rato en distintas direcciones, tuvieron que desatarle de los caballos y cortarle la cabeza.

Á pesar de su optimismo, de su genio alegre y de su aficion á tomar muchos sucesos por el lado cómico, don Fadrique, no pudiendo hallar nada cómico en aquel suceso, cayó enfermo con fiebre y se desanimó mucho en su aficion á la carrera militar.

Desde entónces se declaró más en él la manía de ser filántropo, especie de secularizacion de la caridad, que empezó á estar muy en moda en el siglo pasado.

La impiedad precoz de D. Fadrique vino á fundarse en razones y en discursos con el andar del tiempo y con la lectura de los malos libros que en aquella época se publicaban en Francia. El carácter burlon y regocijado de D. Fadrique se avenia mal con la misantropía tétrica de Rousseau. Voltaire, en cambio, le encantaba. Sus obras más impías parecíanle eco de su alma.

La filosofía de D. Fadrique era el sensualismo de Condillac, que él consideraba como el *non plus ultra* de la especulacion humana.

Digitized by Google

En cuanto á la política, nuestro D. Fadrique era un liberal anacrónico en España. Por los años de 1783, cuando vió morir á Tupac-Amaru, era casi como un radical de ahora.

Todo esto se encadenaba y se fundaba en una teodicea algo confusa y somera, pero comun entónces. Don Fadrique creia en Dios y se imaginaba que tenía ciencia de Dios, representándosele como inteligencia suprema y libre, que hizo el mundo porque quiso, y luégo le ordenó y arregló segun los más profundos principios de la mecánica y de la física. A pesar del *Cándido*, novela que le hacía llorar de risa, D. Fadrique era casi tan optimista como el doctor Pangloss, y tenía por cierto que todo estaba divinamente bien y que nada podia estar mejor de lo que estaba. El mal le parecia un accidente, por más que á menudo se pasmase de que ocurriera con tanta frecuencia y de que fuera tan grande, y el bien le parecia lo sustancial, positivo é importante que habia en todo.

Sobre el espíritu y la materia, sobre la vida ultramundana y sobre la justificacion de la providencia, basada en compensaciones de eterna duracion, D. Fadrique estaba muy dudoso; pero su optimismo era tal que veia demostrada y hasta patente la bondad del cielo, sin salir de este mundo sublunar y de la vida que vivimos. Verdad es que para ello habia adoptado una teoría, novísima entónces. Y decimos que la habia adoptado, y no que la habia inventado, porque no nos consta, aunque bien pudo ser que la inventase; ya que cuando llega el momento y suena la hora de que nazca una idea y de

Digitized by Google

que se formule un sistema, la idea nace y el sistema se formula en mil cabezas á la vez, si bien la gloria de la invencion se la lleva aquel que por escrito ó de palabra le expone con más claridad, precision ó elegancia.

La idea, ó mejor dicho, la teoría novísima, tal como estaba en la mente de D. Fadrique, era en compendio la siguiente:

Entendia el filósofo de Villabermeja que habia una ley providencial y eterna para la historia, tan indefectible como las leyes matemáticas, segun las cuales giran en sus órbitas los astros. En virtud de esta ley, la humanidad iba adelantando siempre por un camino de perfectibilidad indefinida: su ascension hácia la luz, el bien, la verdad y la belleza, no tenía pausa ni término. En esto, el humano linaje, en su conjunto, seguia un impulso necesario. Toda la gloria del éxito era para el Sér Supremo que habia dado aquel impulso; pero dentro del providencial movimiento que de él nacia, en toda accion, en toda idea, en todo propósito cada individuo era libre y responsable. El maravilloso trabajo de la Providencia, el misterio más bello de su sabiduría infinita consistia en concertar con atinada armonía todos aquellos resultados de la libertad humana á fin de que concurriesen al cumplimiento de la ley eterna del progreso, ó en tenerlos previstos con tan divina prevision y acierto que no perturbasen lo que estaba prescrito y ordenado; así como, aunque sea baja comparacion, cuenta el inventor y constructor perito de una máquina con los rozamientos y con el medio ambiente.

Tal manera de considerar los sucesos se avenia bien

Digitized by Google

con el carácter de D. Fadrique, corroborando su desden hácia las menudencias, y su prurito de calificar de menudencias lo que para los más de los hombres es importante en grado sumo, y trasformando su propension á la alegría y á la risa en serenidad olímpica, digna de los inmortales.

En su moral no dejaba de ser severo. No habia borrado de sus tablas de la ley ni un tilde ni una coma de los mandamientos divinos. Lo único que hacía era dar más vigor, si cabe, á toda prohibicion de actos que produzcan dolor, y relajar no poco las prohibiciones de todo aquello que á él se le antojaba que sólo traia deleite ó bienestar consigo.

En aquella edad, pensar así en España y en sus dominios ya hemos dicho que era expuesto; pero D. Fadrique tenía el dón de la mesura y del tino, y sin hipocresía lograba no chocar ni lastimar opiniones ó creencias.

Concurria á esto la buena gracia con que se ganaba las voluntades, no con inspirar trivial afecto á todo el mundo, sino inspirándole muy vivo á los pocos que él queria, los cuales valian siempre por muchos para defenderle y encomiarle.

En la primera mocedad, dotado D. Fadrique de tales prendas, y siendo ademas bello y agraciado de rostro, de buen talle, atrevido y sigiloso, consiguió que lloviesen sobre él las aventuras galantes, y tuvo alta fama de afortunado en amores.

Despues de terminada la rebelion de Tupac-Amaru ascendió á capitan de fragata, y su reputacion de buen

Digitized by Google

soldado y de sabio y hábil marino llegó á su colmo.

Casi cuando acababan de espirar en el Cuzco los últimos indios parciales de la independencia de su patria, siendo atenaceados algunos con tenazas candentes ántes de ahorcarlos, llegó la nueva á Lima de que habiamos hecho la paz con Inglaterra, logrando la independencia de su colonia, en pro de la cual combatimos.

Don Fadrique pudo entónces obtener licencia para navegar á las órdenes de la Compañía de Filipinas, y salió para Calcuta mandando un navío cargado de preciosas mercaderías. Tres viajes hizo de Lima á Calcuta y de Calcuta á Lima, y como llevaba muy buena pacotilla y un sueldo crecido, y alcanzó ventas muy ventajosas, se halló en poco tiempo poseedor de algunos millones de reales.

En las largas temporadas que D. Fadrique pasó en la India, se aficionó mucho á la dulzura de los indígenas de aquel país, y tomó en mayor aborrecimiento el fervor religioso y guerrero de otras naciones. Tippoo, sultan de Misor, se habia empeñado en convertir al islamismo á todos los indostaníes y en dilatar su imperio hasta el Cabo Comonin, adonde nunca habian penetrado las huestes de otros conquistadores musulmanes. La horrible devastacion del floreciente reino de Travancor, en las barbas de los ingleses, fué la consecuencia de la ambicion y del celo muslímico del sultan mencionado. El Gobernador general de la India se resolvió al cabo á vengar y á remediar lo que hubiera debido impedir, y partió de Calcuta á Madrás con muchos soldados, europeos y cipayos, y grandes aprestos de guerra. En aquella

Digitized by Google

ocasion D. Fadrique tuvo el gusto de ganar bastantes rupias, sirviendo una buena causa y conduciendo á Madrás en su navío, con la autorizacion debida, tropas, víveres y municiones.

Parece que poco tiempo despues de este suceso, y áun ántes de que el rajah de Travancor fuese restablecido en su trono y el sultan Tippoo vencido y obligado á hacer la paz, D. Fadrique, cansado ya de peregrinaciones y trabajos, con la ambicion apagada y con el deseo de fortuna más que satisfecho, logró, de vuelta á Lima, obtener su retiro, y se vino á Europa, anhelante de presenciar la gran revolucion que en Francia se estaba realizando, cuyos principios se hallaban tan en concordancia con los suyos, y cuya fama llenaba el mundo de asombro.

Don Fadrique, sin embargo, sólo estuvo en París algunos meses; desde fines de 1791 hasta Setiembre de 1792. Este tiempo le bastó para cansarse y hartarse de la gran revolucion, desengañarse un poco de su liberalismo y dudar de sus teorías de constante progreso.

En Madrid vivió, por último, dos años, y tambien se desengañó de muchísimas cosas.

Entrado ya en los cincuenta de su edad, aunque sano y bueno, y apareciendo en el semblante, en la robustez y gallardía del cuerpo, y en la serenidad y viveza del espíritu mucho más jóven, le entró la nostalgia de que padecen casi todos los bermejinos, y tomó la irrevocable resolucion de retirarse á Villabermeja para acabar allí tranquilamente su vida.

Las cartas que escribió á su hermano D. José y á la chacha Ramoncica, que vivia aún, anunciándoles su

Digitized by Google

vuelta definitiva y para siempre, fueron breves, aunque muy cariñosas. En cambio escribió al padre Jacinto una extensa carta, que se conserva aún y que debe ser trasladada á este sitio. La carta es como sigue.

V.

Mi querido padre Jacinto: Ya sabrá V. por mi hermano y por la chacha Ramoncica que estoy decidido á irme á ese lugar á acabar mi vida, donde pasé los mejores años y los más inocentes de ella (¡buena inocencia era la mia!), jugando al hoyuelo, á las chapas, al salto de la comba y algunas veces al cané, y andando á pedradas y á mojicones con mis coetáneos y compatricios.

Entónces estaba yo cerril; pero ya V. se hará cargo de que me he pulido bastante peregrinando por esos mundos, y de que ahora son otras mis aficiones y muy diversos mis cuidados. Los frailes compañeros de V. no tendrán ya necesidad de amenazarme con los Toribios.

Mi estancia en el lugar no traerá perturbacion alguna; ántes por el contrario, yo me lisonjeo de que reporte algunas ventajas. He hecho dinero y emplearé ahí mucha parte en fomentar la agricultura. El vino que ahí se produce es abominable y puede ser excelente. Trabajando se logrará hacerle potable y bueno.

Soñando estoy con las agradables veladas que vamos á pasar en el invierno, jugando á la malilla y al tute, disputando sobre nuestras no muy concordes teologías,

Digitized by Google

y refiriendo yo á V. mis aventuras en el Perú, en la India y en otras apartadas regiones.

Sé que V., á pesar de los años, está firme como un roble, por lo cual me prometo que ha de dar conmigo largos paseos á caballo y á pié, y ha de acompañarme á cazar perdices. Tengo dos magníficas escopetas inglesas, que compré en Calcuta, y con las cuales he cazado tigres, tan grandes algunos de ellos como borricos. Ya verá V. qué bien le va tirando con cualquiera de estas escopetas á las pacíficas y enamoradas perdices que acuden al reclamo en la estacion del celo.

A pesar de nuestra edad, hemos de emplearnos todavía, si V. no se opone, en algunas cosas harto infantiles. Hemos de volver al Pozo de la Solana, como hace cuarenta años, á cazar colorines y otros pajarillos, ya con red, ya con liga y esparto. Téngame V. preparado un buen par de cimbeles.

Todas las cosas de por ahí se me ofrecen á la memoria con el encanto de los primeros años. Entiendo que voy á remozarme al verlas y gozarlas. Tengo gana de volver á comer piñonate, salmorejo, hojuelas, gajorros, pestiños, cordero en caldereta, cabrito en cochifrito, empanadas de boquerones con chocolate, torta-maimon, gazpacho, longanizas y los demas primores de cocina y repostería con que suelen regalarse los sibaritas bermejinos. No por eso romperé con la costumbre contraida en otras tierras, sino que pienso llevar en mi compañía á un gabacho que he traido de París, el cual condimenta unos manjares que doy por cierto que han de gustar á usted, aunque tienen nombres imposibles casi de pro-

Digitized by Google

nunciar por una boca de Villabermeja; pero ya V. se convencerá de que, sin pronunciarlos, los mastica, los saborea, se los traga y le saben á gloria.

Por más extraño que á V. le parezca, llevo tambien vino á esa tierra del vino. Yo recuerdo que usted era un excelente catador; que V. tenía un paladar muy fino y una nariz delicadísima. Espero, pues, que ha de comprender y estimar el mérito de los vinos de *extranjis* que yo lleve, y que no caerán en su estómago como si cayesen en el sumidero.

Estoy muy contento de que me viva aún la chacha Ramoncica. Me han dicho que en su casa sigue todo como ántes. Los mismos muebles, la misma criada Rafaela, y hasta el grajo, bien sea el mismo tambien, que por milagro de nuestro Santo Patrono vive aún, ó bien sea otro que le reemplazó á tiempo, y parece el fénix renacido de sus cenizas.

Mucha gana tengo de dar un abrazo á la chacha Ramoncica, aunque, dicho sea entre nosotros, yo queria más á la pobre chacha Victoria. ¡Qué noble mujer aquélla! Aseguro á V. que no he hallado igual mujer en el mundo. Si la hubiera hallado no sería yo solteron.

En este punto he sido poco feliz. No he hallado más que mujeres ligeras, casquivanas, frívolas y sin alma. Una sola, allá en Lima, me quiso de véras: con amor fervoroso, pero criminal. Yo tambien la quise, por mi desgracia, porque tenía un genio de todos los diablos, y queriéndonos mucho, la historia de nuestros amores se compuso de una serie de peloteras diarias. Aquellos amores fueron pesadilla y no deleite. Ella era muy devota,

Digitized by Google

habia sido una santa y seguia en opinion de tal, porque procedimos siempre con cautela y recato. Sin embargo, en el fondo de su atribulada conciencia, en lo profundo de su mente, orgullosa y fanática á la vez, sentia vergüenza de haber humillado ante mí su soberbia y de haberse rendido á mi voluntad, y tenía miedo y horror de haber dejado por mí el buen camino, ofendiendo á Dios y faltando á sus deberes. Todo esto, sin darse ella mucha cuenta de lo que hacía, me lo queria hacer pagar, considerándome en extremo culpado. Lo que yo tuve que aguantar no tiene nombre. Créame V., padre Jacinto, en el pecado llevé la penitencia. Así es que me harté de amores serios para años, y me dediqué desde entónces á los ligeros. ¿Para qué atormentarse en un asunto que debe ser todo de amenidad, regocijo y alegría?

Quizás por esta razon, y no porque apénas se dé *in rerum natura*, no alcancé nunca el amor de una chacha Victoria jóven. Si le hubiera alcanzado, poco tierno soy de corazon, pero, no lo dude V., hubiera muerto bendiciéndola, como murió el cadete, ó hubiera conquistado por ella y para ella, no el grado de capitan, sino el mundo.

En fin, ya pasó la mocedad, y no hay que pensar en novelerías.

Yo estoy desengañado y aburrido, si bien con desengaño apacible y suave aburrimiento.

Se me acabó la ambicion; no siento apetito de gloria; no aspiro á ser del vano dedo señalado; tengo más bienes de fortuna de los que necesito; estoy sediento de reposo, de oscuridad y de calma; y por todo esto me re-

Digitized by Google

tiro á Villabermeja; pero no para hacer penitencia, sino para darme una vida regalada, tranquila, llena de órden y de bienestar, cuidándome mucho y viendo lo que dura un comendador Mendoza bien conservado. Hasta ahora lo estoy. No parece que tengo cincuenta años, sino ménos de cuarenta. Ni una cana. Ni una arruga. Todavía me llaman señorito y no señor, y no faltan hembras de garbo que me califiquen de real mozo ofendiendo mi modestia.

Mi mayor desengaño ha sido en mis ideas y doctrinas, si bien no ha sido bastante para hacerme variar.

Dios me perdone, si me equivoco á fuerza de creerle bueno. Yo, creyendo en él y figurándomele como persona, tengo que figurármele todo lo bueno que concibo que una persona puede ser. Por consiguiente, no completando mi concepto de su bondad la gloria de la otra vida por inmensa que sea, supongo en esta vida que vivimos, por más que sirva para ganar la otra, un fin y un propósito en sí, y no sólo el ultramundano. Este fin, este propósito es ir caminando hácia la perfeccion y sin alcanzarla aquí nunca acercarse cada vez más á ella. Creo, pues, en el progreso; esto es, en la mejora gradual y constante de la sociedad y del individuo, así en lo material como en lo moral, y así en la ciencia especulativa como en la que nace de la observacion y la experiencia y da ser á las artes y á la industria.

El mejor medio de este progreso, y al mismo tiempo su mejor resultado en nuestros dias, es, á mi ver, la libertad. La condicion más esencial de esta libertad es que todos seamos igualmente libres.

Figúrese V. cuánto me encantaria la revolucion fran-

Digitized by Google

cesa y su Asamblea constituyente, que propendia á realizar estos principios mios: que proclamaba los derechos del hombre.

Pedí mi retiro, dejé mi carrera y vine lleno de impaciencia desde el otro hemisferio á bañarme en la luz inmortal de la gran revolucion y á encender mi entusiasmo en el sagrado fuego que ardia en París, donde imaginé que estaban el corazon y la mente del mundo.

Pronto se desvanecieron mis ilusiones. Los apóstoles de la nueva ley me parecieron, en su mayor parte, bribones infames ó frenéticos furiosos, llenos de envidia y sedientos de sangre. Vi al talento, á la virtud, á la belleza, al saber, á la elegancia, á todo lo que por algo sobresale en la tierra, ser víctima de aquellos fanáticos ó de aquellos envidiosos. Las hazañas de los soldados de la revolucion contra los reyes de Europa coligados no podian admirarme. No me parecian la defensa serena del que confia en su valor y en su derecho, sino el brío febril de la locura, excitada por la embriaguez de la sangre y por medio de asesinatos horribles. París se me antojaba el infierno, y no atino ahora á comprender cómo permanecí tanto tiempo en él. Todo estaba trocado: la brutalidad se llamaba energía; sencillez, el desaliño indecente; franqueza la grosería, y virtud el no tener entrañas para la compasion. Recordaba yo las épocas de mayor tiranía, y no hallaba época alguna peor, sobre todo si se considera que estábamos en el centro de Europa y que llevábamos tantos siglos de civilizacion y cultura. El tirano no era uno, eran varios, y todos soeces y sucios de alma y de cuerpo.

Digitized by Google

Huí de París y vine á Madrid. Otra desilusion. Si por allá creí presenciar una abominable y bárbara tragedia, aquí me encontré en un grotesco, asqueroso y lascivo sainete. Por allá sangre; por acá inmundicia.

No por eso apostaté de mi optimismo ni eché á un lado mi doctrina de indefinido progreso. Lo que hice fué reconocer mi error en cálculos de cronología, para los cuales no habia contado yo con la feroz y desgreñada revolucion de Francia.

En vista de esta revolucion, el bien relativo, el estado de libertad y de adelantamiento para las sociedades, que yo fantaseaba como inmediato, se hundió hácia adentro, en los abismos del porvenir, lo ménos dos ó tres siglos.

Como para entónces no viviré yo, y como en el estado presente del mundo estoy ya harto de la vida práctica, he resuelto refugiarme en la contemplacion; y á fin de gozar del espectáculo de las cosas humanas, mezclándome en ellas lo ménos posible, voy á tomar asiento, como espectador desapasionado, en la propia Villabermeja.

Mi hermano, que tiene ya una hija casadera, á quien naturalmente desea que salte un buen novio, se va á vivir á la vecina ciudad, donde ya tiene casa tomada, y á mí me deja á mis anchas y solo en la casa solariega de los Mendozas, donde le daré albergue siempre que venga al lugar para sus negocios.

Yo me atengo al refran que dice, *ó córte ó cortijo;* y ya que me fugo de París y de Madrid, no quiero ciudad de provincia, sino aldea.

Digitized by Google

En la gran casa de los Mendozas bermejinos voy á estar como garbanzo en olla; pero se llenarán algunos cuartos con la multitud de libros que voy á llevar.

Vamos á tener una vida envidiable; y digo *vamos*, porque supongo y espero que V. me hará compañía á menudo.

Mi determinacion es irrevocable, y me voy ahí, para no salir de ahí, salvo cuando vaya, como de paseo á caballo, á visitar á mi hermano y á su familia, en la ciudad cercana, la cual, á pesar de su pomposo título de ciudad, tiene tambien mucho de pueblo pequeño y rural, con perdon y en paz sea dicho.

Adios, beatísimo padre. Encomiéndeme V. á Dios, con cuyo favor cuento para escapar de esta confusion ridícula de la córte, y poder pronto darle, en esa encantadora Villabermeja, un apretado abrazo.

VI.

Veinte dias despues de recibida esta carta por el padre Jacinto se realizó la entrada solemne en Villabermeja del ilustre Comendador Mendoza.

Desde Madrid á la capital de la provincia, que entónces se llamaba reino, nuestro héroe vino en coche de colleras y empleó nueve dias. En la capital de la provincia se encontró con su hermano D. José, con el padre Jacinto y con otros amigos de la infancia, que le estaban aguardando. Entre ellos sobresalia el tio Gorico, maestro pellejero, hábil fabricador de corambres y notabilí-

Digitized by Google

simo en el difícil arte de echar botanas á los pellejos rotos. Este habia sido el muchacho más diabólico del lugar, despues de D. Fadrique, y su teniente cuando las pendencias, pedreas y demas hazañas contra el bando de D. Casimiro.

El tio Gorico no tenía más defecto que el de haberse entregado con sobrado cariño á la bebida blanca. El aguardiente anisado le encantaba. Y como al asomar la aurora por el estrecho horizonte de Villabermeja, el tio Gorico, segun su expresion, mataba el gusanillo, resultaba que casi todo el dia estaba calamocano, porque aquel fuego que encendia en su sér, con el primer fulgor matutino, se iba alimentando durante el dia, merced á frecuentes libaciones.

Por lo demas, el tio Gorico no perdia nunca la razon; lo que lograba era envolver aquella luz del cielo en una gasa tenue, en un fanal primoroso, que le hacía ver las cosas del mundo exterior y todo lo interno de su alma y los tesoros de su memoria como al traves de un vidrio mágico. Jamas llegaba á la embriaguez completa; y una vez sola, decia él, habia tenido en toda su vida alferecía en las piernas. Era, pues, hombre de chispa en diversos sentidos, y nadie tenía mejores ocurrencias, ni contaba más picantes chascarrillos, ni se mostraba más útil y agradable compañero en una partida de caza.

En el lugar gozaba de celebridad envidiable por mil motivos, y entre otros, porque hacía el papel de Abraham en el paso de Juéves Santo por la mañana tan admirablemente bien, que nadie se le igualaba en muchas leguas á la redonda. Con un vestido de mujer por túnica,

Digitized by Google

una colcha de cama por manto, su turbante y sus barbas de lino, tomaba un aspecto venerable. Y cuando subia al monte Moria, que era un tablado cubierto de verdura que se elevaba en medio de la plaza, adquiria la majestad patética de un buen actor. Pero en lo que más se lucia, arrancando gritos de entusiasmo, era cuando ofrecia á Isaac al Todopoderoso ántes de sacrificarle. Isaac era un chiquillo de diez años lo ménos. Con la mano derecha el tio Gorico le levantaba hácia el cielo, y así, extendido el brazo, como si no fuera de hueso y carne, sino de acero firmísimo, permanecia catorce ó quince minutos. Luégo venía el momento de las más vivas emociones: el terror trágico en toda su fuerza. Abraham ataba al chiquillo al ara, y sacaba un truculento chafarote que llevaba al cinto. Tres ó cuatro veces descargaba cuchilladas con una violencia increible. Las mujeres se tapaban los ojos y daban espantosos chillidos, creyendo ya segada la garganta del muchacho que prefiguraba á Cristo; pero el tio Gorico paraba el golpe ántes de herir, como no atreviéndose á consumar el sacrificio. Al fin aparecia un ángel, con alas de papel dorado, en el balcon de las Casas Consistoriales, y cantaba el romance que empieza:

«Detente, detente, Abraham;
No mates á tu hijo Isaac,
Que ya está mi Dios contento
Con tu buena voluntad.»

El sacrificio del cordero en vez del hijo, con lo demas del paso, lo ejecutaba el tio Gorico con no ménos maestría.

Digitized by Google

En más de una ocasion trataron de ganarle, ofreciéndole mucho dinero para que fuese á hacer de Abraham á otras poblaciones: pero él no quiso jamas ser infiel á su patria y privarla de aquella gloria.

Don José, el padre Jacinto, el tio Gorico y los demas amigos, muy contentos de haber abrazado á D. Fadrique, contentísimo tambien de verse entre los compañeros de su infancia, emprendieron á caballo el viaje á Villabermeja, que con madrugar y picar mucho pudo hacerse en diez horas, llegando todos al lugar al anochecer de un hermoso dia de primavera, en el año de 1794.

Doña Antonia, mujer de D. José, y sus dos hijos, D. Francisco, de edad de catorce años, y doña Lucía, que tenía ya diez y ocho, acompañados de la chacha Ramoncica, recibieron con júbilo, con abrazos y otras mil muestras de cariño al Comendador, quien ya tenía por suya la casa solariega. Don José y su familia se habian establecido en la ciudad, y sólo por dos dias habian venido al pueblo para recibir al querido pariente.

Este, como era de suyo muy modesto, se maravilló y complació en ver que alcanzaba en Villabermeja más popularidad de lo que creia. Vinieron á verle todos los frailes, desde los más encopetados hasta los legos, el médico, el boticario, el maestro de escuela, el alcalde, el escribano y mucha gente menuda.

Al dia siguiente de la llegada la chacha Ramoncica quiso lucirse, y se lució, dando un magnífico *pipiripao*. Don Fadrique, cuando oyó esta palabra, tuvo que preguntar qué significaba, y le dijeron que algo á modo de

Digitized by Google

festin. En cambio, se cuentan aún en Villabermeja los grandes apuros en que estuvo aquella noche la chacha Ramoncica cuando volvió á su casa, cavilando qué sería lo que su sobrino le habia pedido para el festin y que ella ansiaba que le sirviesen á fin de darle gusto en todo. El vocablo, para ella inaudito, con que su sobrino habia significado la cosa que deseaba, casi se le habia borrado de la mente. Por último, consultando el caso con Rafaela, y haciendo un esfuerzo de memoria, vino á recomponer el vocablo y á declarar que lo que su sobrino habia pedido era *economía*.

—¿Qué es eso, Rafaela? preguntó á su fiel criada.

Y Rafaela contestó:

—Señora, ¿qué ha de ser? *¡Ajorro!*

No le hubo, sin embargo. La chacha Ramoncica echó aquel dia el bodegon por la ventana.

Al siguiente le tocó lucirse al Comendador, y á pesar de toda su filosofía gozó en el alma de que sus deudos y paisanos viesen maravillados su vajilla de porcelana, su plata y los demas objetos raros ó bellos que de sus viajes habia traido, y que habia mandado por delante de él con su criado de más confianza. Hasta la extraña fisonomía de éste, que era un indio, pasmó á los bermejinos, con deleite y satisfaccion de D. Fadrique. Tuvo ademas un placer indescriptible en contar sus aventuras y en hacer descripciones de países remotos, de costumbres peregrinas y de casos singulares que habia visto ó en los que habia tomado parte.

Nada de esto debe movernos á rebajar el concepto que del Comendador tenemos. Por más que parezca pue-

Digitized by Google

ril, tal vanidad es más comun de lo que se cree. ¿Á quién no le agrada, cuando vuelve al lugar de su nacimiento, darse cierto tono, sin ofender á nadie, manifestando cuán importante papel ha hecho en el mundo?

Gente hay que no espera para esto á ir á su lugar. Nacido en uno muy pequeño de Andalucía tuve yo cierto amigo que, como llegase á ser personaje de gran suposicion y de muchas campanillas, cifraba su mayor deleite en mandar á su pueblo todos los años un ejemplar de la *Guía de forasteros*, con registro en las várias páginas en que estaba estampado su nombre. Un año fué la *Guía* con ocho registros, y el pasmo de los lugareños, participado por cartas á mi amigo, le dió un contento que casi rayaba en beatitud ó bienaventuranza.

No es menor el gusto que se tiene en contar lances y sucesos y en describir prodigios. De aquí sin duda el refran: *de luengas vías, luengas mentiras.* Baste, pues, decir, en elogio de D. Fadrique, que el refran no rezó con él nunca, porque era la veracidad en persona. Lo que no asegurarémos es que fuese siempre creido en cuanto refirió. Los lugareños son maliciosos y desconfiados; suelen tener un criterio allá á su manera; y á menudo las cosas más ciertas les parecen falsas ó inverosímiles, y las mentiras, por el contrario, muy conformes con la verdad. Recuerdo que un mayordomo andaluz de cierto inolvidable y discreto duque, que estuvo de Embajador en Nápoles, fué á su pueblo con licencia. Cuando volvió le embromábamos suponiendo que habria contado muchos embustes. Él nos confesó que sí, y áun añadió, jactándose de ello, que todo se lo habian creido, ménos una cosa.

Digitized by Google

—¿Qué cosa era esa? le preguntamos.

—Que cerca de Nápoles, respondió, hay un monte que echa chispas por la punta.

De esta suerte pudo muy bien nuestro D. Fadrique, sin apartarse un ápice de la verdad, dejar de ser creido en algo, sin que sus paisanos se atreviesen á decirle, como decian al mayordomo del duque cuando hablaba del Vesubio: «¡Esa es grilla!»

Al dia tercero despues de la llegada de D. Fadrique, su hermano D. José y su familia se volvieron á la ciudad; y entónces, con más reposo, pudo entregarse el Comendador á otro placer no ménos grato: el de visitar y recordar los sitios más queridos y frecuentados de su niñez, y aquellos en que le habia ocurrido algo memorable. Estuvo en el Retamal y en el Llanete, que está junto, donde le descalabraron dos veces; fué á la fuente de Genazahar y al Pilar de Abajo; subió al Laderon y á la Nava, y extendió sus excursiones hasta el cerro de Jilena y el monte de Horquera, poblado entónces de corpulentas y seculares encinas.

Tomó, por último, D. Fadrique verdadera posesion de su vivienda, arrellanándose en ella, por decirlo así, poniendo en órden los muebles que habia traido, colocando los libros y colgando los cuadros.

En estas faenas, dirigidas por él, casi siempre estaba presente el padre Jacinto; y al cabo D. Fadrique quedó instalado, forjándose un retiro, rústico á par que elegante, y una soledad amenísima en el lugar donde habia nacido.

Digitized by Google

VII.

Encantado estaba D. Fadrique con su modo de vivir. Ya leyendo, ya de tertulia ó de paseo con el padre Jacinto, ya de expediciones campestres y venatorias con el mismo Padre, y con el iluminado y ameno tio Gorico, el tiempo se deslizaba del modo más grato. Ningun deseo sentia D. Fadrique de ir á otro pueblo, abandonando á Villabermeja; pero D. José tenía cuarto preparado para recibirle en su casa de la ciudad, y sus instancias fueron tales, que no hubo más que ceder á ellas.

El Comendador fué á la ciudad á pasar todo el mes de Mayo. Llegó en la tarde del último dia de Abril, y como el viaje es un paseo, aquella noche estuvo de tertulia hasta cerca de las once, que en 1794 era ya mucho velar. Dos ó tres hidalgos; otras tantas señoras machuchas; dos jóvenes amiguitas de Lucía, sobrina de don Fadrique; un respetable señor cura, y un caballerito forastero y muy elegante componian la reunion de casa de D. José, que empezó ántes de que anocheciera.

Nadie llamó la atencion de D. Fadrique, que era harto distraido. Necesitaba que las personas le gustasen ó le disgustasen para fijarse en ellas, y con gran dificultad acertaba la gente á gustarle, y mucho ménos á disgustarle. Así es que, mostrándose muy urbano con todos, apénas si reparó en ninguno.

Al toque de oraciones sirvieron el refresco.

Primero pasaron dos criadas repartiendo platos, ser-

Digitized by Google

villetas y cucharillas de plata; luégo entraron otras dos criadas, que traian sendas bandejas llenas de tacillas de cristal con almíbares diferentes. Cada tertuliano fué tomando en su asiento una tacilla del almíbar que más le gustaba. Las criadas de las bandejas pasaron de nuevo recogiendo las tacillas vacías, y rogando á los señores que tomasen otra de otro almíbar, como en efecto la tomaron muchos.

La historia, prolija en este punto, cuenta que los almíbares eran de nueces verdes, de cabellos de ángel, de tomate y de hojas de azahar. Hubo tambien arrope de melocoton.

Las ninfas fregonas, muy compuestas y con muchas flores en el moño, sirvieron luégo copitas de rosoli, del que sólo bebieron los caballeros; y por último trajeron el chocolate con torta de bizcocho, polvorones, pan de aceite y hojaldres. Terminó todo con el agua, que en vasos de cristal y en búcaros olorosos repartieron asimismo las criadas.

Duró esto hasta que dieron las ánimas.

El refresco se tomó con toda ceremonia y con pocas palabras. Las sillas pegadas á la pared, y todos sentados sin echar una pierna sobre otra, ni inclinarse de ningun lado ni recostarse mucho.

Despues de tomado el refresco hubo alguna más libertad y expansion, y Lucía se atrevió á rogar al caballerito que recitase unos versos.

—Sí, sí,—dijeron en coro casi todos los tertulianos;—que recite.

—Recitaré algo de Melendez, dijo el jóven.

Digitized by Google

—No; de V.,—replicó Lucía.—Sepa V., tio, añadió, dirigiéndose al Comendador, que este señor es muy poeta y gran estudiante. Ya verá V. qué lindos versos compone.

—Usted es muy amable, señorita doña Lucía. La amistad que me tiene la engaña. Su señor tio de V. va á salir chasqueado cuando me oiga.

—Yo confío tanto en el fino gusto de mi sobrina, dijo el Comendador, que dudo de que se equivoque, por ferviente que sea la amistad que V. le inspire. Casi estoy convencido de que los versos serán buenos.

—Vamos; recítelos V., D. Cárlos.

—No sé cuáles recitar que cansen ménos, y que á V. que me fia, y á mí, que soy el autor, nos dejen airosos.

—Recite V., contestó Lucía, los últimos que ha compuesto á Clori.

—Son largos.

—No importa.

Don Cárlos no se hizo más de rogar, y con entonacion mesurada y cierta timidez que le hubiera hecho simpático, aunque ya por sí no lo fuese, recitó lo que sigue:

El plácido arroyuelo
Rompe el lazo de hielo,
Y desatado en onda cristalina
Fecunda la pradera.
Flora presta sus galas á Chiprina;
Reluce Febo en la celeste esfera,
Y en la noche callada
La casta diosa á su pastor dormido,
Con trémulo fulgor, besa extasiada.
Del techo antiguo á suspender su nido
Ha vuelto ya la golondrina errante;

Digitized by Google

Dulces trinos difunde Filomena;
El mar se calma, el cielo se serena;
Sólo Céfiro amante,
Oreando la hierba en los alcores,
Y acariciando las tempranas flores,
Con música y aroma el aire agita.
En la rica estacion de los amores
Amor en todo corazon palpita;
Pero en el alma del zagal Mirtilo
Halla perpétuo asilo.
Allí ingenioso el dios labra un dechado
De gracia encantadora,
Donde con fiel esmero ha retratado
Á Clori bella, á la gentil pastora,
Por quien Mirtilo muere.
Clori, en tanto, amistosa y compasiva,
Quiere que el zagal viva,
Mas amarle no quiere;
Antes, dicen, que piensa dar su mano
A un rabadan anciano.
Con celos el zagal su pena aumenta,
Y así en la selva oculto se lamenta:
—¡Tú no sabes de amor, encanto mio!
¡Ah! Tu ignorancia virginal te engaña.
Seré merecedor de tu desvío,
Mas no comprendo la ilusion extraña
Que á dar tanta beldad te precipita,
Inútil dón, tesoro inmaculado,
A la vejez marchita.
La amapola del prado
No despliega la pompa de sus hojas,
De púdico amor rojas,
Hasta que el sol derrama
En su velado seno estiva llama,
Ni la rosa se atreve
A abrir el cáliz entre escarcha y nieve.
No censurára yo que Galatea
Al cíclope adorase: la hermosura
Bien en la fuerza y el valor se emplea:
Bien con estrecho, cariñoso nudo,
La hiedra ciñe firme tronco rudo.

Digitized by Google

Mas nunca á quien apénas
Sostener puede el peso de la vida
A llevar sus cadenas,
Si dulces, graves, el Amor convida.
Huyen del mustio viejo las Camenas;
Si la flauta de Pan su labio toca,
Allí perece el desmayado aliento,
Sin convertirse en melodioso viento,
Y la risa del sátiro provoca.
Con vacilante pié mal en el coro
De ninfas entra; y el alegre giro
Y canto de las Ménades sonoro,
O con flébil suspiro,
O con dolientes ayes turba acaso;
Que, en el misterio de la santa orgía,
Ni el hierofante el tirso le confía,
Ni él llega hasta la cumbre del Parnaso.
¡Ay Clori! ¿Qué demencia te extravía?
Ya que por tí se pierde
Mi tierno amor, mi juventud lozana,
De frescas rosas y de mirto verde
No ciñas ora una cabeza cana.
Trepa la vid al álamo frondoso,
Y á la punzante ortiga
Deja que adorne el murallon ruinoso.
¿Qué riesgo, qué fatiga
No aceptará mi amor por agradarte?
Por tí en el bosque venceré las fieras;
Por tí el furor arrostraré de Marte;
Y el rey de las praderas,
Cuya bronceada frente
Arma ostenta terrible, que figura
De nueva luna el disco refulgente,
De mi garrocha dura
Sentirá en la cerviz la picadura.
El rabadan por la vejez postrado
Tu solícito afan reclamaria,
¡Oh Clori! miéntras yo, por tu mandado,
Al abismo del mar descenderia
Sus perlas para ver en tu garganta,
Y acosaria al lobo carnicero,

Digitized by Google

Su hirsuta piel con plomo ó con acero
Ganando para alfombra de tu planta.
Alucinada ninfa candorosa,
Desecha ese delirio que te lleva
A ser del viejo rabadan esposa.
Pues qué, ¿te he dado en balde tanta prueba
De amor? Ya ves que por seguirte dejo
El templo de Minerva y los verjeles
Por do Bétis copioso se dilata.
De mis padres me alejo,
Y huyo tambien de mis amigos fieles
Para sufrir crueldades de una ingrata.
No estriba tu desden en mi pobreza,
Que no oculta tan bajo sentimiento
Tu noble corazon, y ni en riqueza
Me vence el rabadan ni en nacimiento.
Sólo un funesto error, una locura,
¡Oh Clori! ¡Oh rosa del pensil divino!
Te hará exhalar tu aroma y tu frescura
Entre las secas ramas del espino;
Te hará romper el broche delicado
No para Abril, para Diciembre helado.
No así me hieras, si matarme quieres;
Mira que así te matas cuando hieres.

No bien terminaron los versos, fueron estrepitosamente aplaudidos por el benévolo auditorio; pero si hemos de decir la verdad, ni D. José ni doña Antonia prestaron atencion durante la lectura; las señoras mayores se adormecieron con el sonsonete; el señor Cura halló la composicion sobrado materialista y mitológica y un poco pesada, y las amiguitas de Lucía más se entusiasmaron con la buena presencia del poeta que con el mérito literario de su obra.

Don Cárlos, en efecto, era un morenito muy salado de 22 á 23 años. Sus vivos y grandes ojos resplandecian con el fuego de la inspiracion. Su cabellera negra, ya

Digitized by Google

sin polvos, lucía y daba reflejos azulados como las alas del cuervo. Los movimientos de su boca al hablar eran graciosos. Los dientes que dejaba ver, blancos é iguales; la nariz, recta, y la frente, despejada y serena.

Iba D. Cárlos vestido con suma elegancia, á la última moda de París. Era todo un petimetre. Parecia el príncipe de la juventud dorada, trasportado por arte mágica desde las orillas del Sena al riñon de Andalucía. El cuello de su camisa y el lienzo con que formaba lazo en torno de él estaban bastante bajos para descubrir la garganta y la cerviz robusta sobre que posaba airosamente la cabeza. La estatura, más bien alta que mediana, y el talle esbelto. El calzon ajustado de casimir, la media de seda blanca y el zapato de hebilla de plata, daban lugar á que mostrase el galan la bien formada pierna y un pié pequeño, largo y levantado por el tarso.

Sin duda las niñas contemplaron más todas estas cosas, y se deleitaron más con la dulzura de la voz del señorito, que con el que nos atreverémos á calificar de idilio, la mitad de cuyas palabras estaba en griego para ellas.

Don Fadrique habia reparado en todo. Como la mayor parte de los distraidos, era muy observador, y prestaba atencion intensa cuando se dignaba prestarla.

Los versos le parecieron regulares, no inferiores á los de Melendez, aunque, ni con mucho, tan buenos como los de Andres Chénier, que habia oido en París. Lo que es el chico le pareció muy guapo.

Advirtió tambien, con cierto gusto mezclado de zozobra, que Lucía, su sobrina, habia escuchado con ade-

Digitized by Google

man y gesto propios de quien entiende la poesía, y con cierta aficion, que no atinaba él á deslindar si era meramente literaria, ó reconocia otra causa más personal y más honda.

Por lo pronto, en consecuencia de tales observaciones, calificó á su sobrina, de quien hasta entónces apénas habia hecho caso, de bonita y de discreta. Se puede decir que la miró concienzudamente por primera vez, y vió que era rubia, blanca, con ojos azules, airosa de cuerpo, y muy distinguida. De todos estos descubrimientos no pudo ménos de alegrarse, como buen tio que era; pero hizo, ó creyó haber hecho, otros descubrimientos que le mortificaban algo. «Tal vez serán cavilaciones», decia para sí.

En punto de las diez se acabó la tertulia.

Sola ya la familia, doña Antonia convocó á los criados, y en compañía de todos, y en alta voz, se rezó el rosario.

Por último, no bastando el chocolate y el refresco, que pudiera pasar por merienda, para gente que comia entónces poco despues de mediodía, se sirvió la indispensable cena.

Durante este tiempo D. Fadrique buscó y encontró ocasion de tener un aparte con su sobrina, y le habló de este modo:

—Niña, veo que te gustan los versos más de lo que yo creia.

Ella, poniéndose muy colorada y más bonita desde la primera palabra que el tio pronunció, respondióle algo cortada:

Digitized by Google

—¿Y por qué no han de gustarme? Aunque criada en un lugar, no soy tan ruda.

—Basta con mirarte, hija mia, para conocer que no lo eres. Pero el que te gusten los versos no se opone á que puedan gustarte los poetas.

—Ya lo creo que me gustan. Fray Luis de Leon y Garcilaso son mis predilectos entre los líricos españoles, díjo Lucía con suma naturalidad.

Casi se disipó la sospecha de D. Fadrique. Parecia inverosímil tanto disimulo en una muchacha de diez y ocho años, que rezaba el rosario todas las noches, iba á misa, y se confesaba con frecuencia.

Don Fadrique no tenía tiempo para rodeos y perífrasis, y se fué bruscamente al asunto que le mortificaba.

—Sobrina, con franqueza: ¿Los versos que hemos oido los ha compuesto D. Cárlos para tí?

—¡Qué disparate! respondió Lucía, soltando una carcajada.

—¿Y por qué habia de ser disparate?

—Porque nada de aquello me conviene, porque yo no soy Clori.

—Bien pudieras serlo. El poeta no describe á Clori. Afirma vaga é indeterminadamente que Clori es bella, y tú eres bella.

—Gracias, tio; V. me favorece.

—No; te hago justicia.

—Sea como V. guste. Pero dígame V., ¿de dónde sacamos á mi viejo rabadan? porque yo no doy con él.

—Pues mira, yo creí haberle encontrado.

Digitized by Google

—¿Cómo, tio, si no estaba en la tertulia más que el señor cura?

—Y yo, ¿no soy nadie?

—¿Qué quiere V. decir con eso?

—Quiero decir que tengo 50 años, que te llevo 32, y que no estoy loco para aspirar á que me quieran: pero los poetas fingen lo que se les antoja, y el barbilindo de D. Cárlos puede haber levantado esa máquina de suposiciones absurdas para escribir su idilio. En tal caso, no está muy conforme con la verdad todo aquello de que el viejo rabadan no puede ya con sus huesos, ni baila, ni corre, ni guerrea, ni es capaz de cazar lobos como el zagal. Con mi medio siglo encima, me apuesto á todo con el tal D. Carlitos. Todavía, si me pongo á bailar el bolero, estoy seguro de que he de bailarle mejor que cuando mi padre me hizo que le bailára á latigazos. Y en punto á pulmones y á resuello, no ya para encaramarme al Parnaso corriendo detras de las bacantes, no ya para tocar todas las flautas y clarinetes del mundo, sino para mover las aspas de un molino, entiendo que tengo de sobra.

—Pero, tio, si D. Cárlos no ha soñado en V. ni ha pensado en mí.

—Vamos, muchacha, no seas hipocritilla. A mí se me ha metido en la cabeza que ese chico te quiere, que ha sabido que yo venía á pasar aquí un mes, que ha oido decir que yo era viejo, y, con estos datos, el insolente ha supuesto lo demas.

Don Fadrique decia todo esto con risa, para embromar á su sobrina; y, aunque dudoso de su recelo, algo

Digitized by Google

picado de la desvergüenza del poeta, que por otra parte no habia dejado de caerle en gracia.

—Tio, dijo, por último Lucía con la mayor gravedad que pudo. Usted no es el viejo rabadan. El viejo rabadan es de Villabermeja como V.: hace dos años que está establecido aquí, y merece, en efecto, las calificaciones que le prodiga el poeta, porque está muy asendereado y estropeado. El viejo rabadan se llama D. Casimiro. Usted debe de conocerle.

—¡Ya lo creo! ¡Y vaya si le conozco! dijo el Comendador recordando á su antiguo adversario y víctima de la niñez.

—Pero entónces, ¿quién es Clori? añadió en seguida.

—Clori es una linda señorita, muy amiga mia. Su madre vive con gran recogimiento y no sale ni deja salir á su hija de noche. Por eso no ha estado Clori de tertulia: pero es mi vecina, y su madre consiente en que venga conmigo de paseo, en compañía de mi madre. Si mañana quiere V. ser nuestro acompañante, irémos á las huertas, á las diez, despues del almuerzo, por sendas en que haya sombra. Clori vendrá, y V. conocerá á Clori.

—Iré con mucho gusto.

—¡Ah tio! Por amor de Dios, que no se le escape á usted lo de que D. Cárlos está enamorado de mi amiga y lo de que ella es Clori. Mire V. que es un secreto. Nadie más que yo lo sabe en la poblacion. Hay que tener mucho recato, porque los padres de ella no quieren más que á D. Casimiro y nada traslucen del amor de D. Cárlos. Yo se lo he confiado á V. para que no fuese V. á

Digitized by Google

creer que yo era Clori y que sin razon de ningun género habiamos convertido á V. en viejo rabadan enclenque, á fin de dar motivo á los versos.

—Quedo satisfecho, muchacha, y no diré nada. Te aseguro que ya me interesa tu amiga Clori y que tengo curiosidad de verla.

De esta suerte, de improviso, vino D. Fadrique á tener, apénas llegado, un secreto con su sobrina, y á figurar en intrigas y lances de amor.

Pensando en ello, se retiró á su cuarto, como los demas se retiraron, cada cual al suyo, y durmió hasta las ocho de la mañana, mejor que un mozo de veinte años.

VIII.

Doña Antonia amaneció con un tremendo jaquecazo, enfermedad á que era muy propensa. Tuvo, pues, que guardar cama y no pudo acompañar á paseo á su hija Lucía: pero, como el mal no era de cuidado, y ya Lucía tenía concertado el paseo con su amiga, se decidió que el Comendador las acompañase.

La amiga de Lucía vivia en la casa inmediata. Un muro separaba los patios de una casa y otra. A la hora convenida, en punto de las nueve y media, pronta ya Lucía para salir y con su tio al lado, gritó, desde el patio, al pié del muro:

—Clara (así se llamaba Clori en la vida real), ¿estás ya lista?

No se hizo aguardar la contestacion.

Digitized by Google

Oyóse primero la voz de una criada que decia:

—Señorita, señorita, doña Lucía está llamando á su merced.

Un momento más tarde sonó en el patio contiguo una voz argentina y simpática que respondia:

—Allá voy: sal á la calle: ¿para qué he de entrar en tu casa?

Salieron D. Fadrique y doña Lucía y hallaron ya á doña Clara en la puerta.

El Comendador, á pesar de sus distracciones, miró á doña Clara con extraordinaria curiosidad. Era una niña de poco más de diez y seis años. El color de su rostro, de un moreno limpio, teñido en las mejillas y en los labios del más fresco carmin. La tez parecia tan suave, delicada y trasparente, que al traves de ella se imaginaba ver circular la sangre por las venas azules. Los ojos, negros y grandes, estaban casi siempre dormidos y velados por los párpados y las largas y rizadas pestañas; si bien, cuando fijaban la mirada y se abrian por completo, brotaban de ellos dulce fuego y luz viva. Todo en doña Clara manifestaba salud y lozanía, y sin embargo, en torno de sus ojos, fingiéndolos mayores y acrecentando su brillantez, se notaba un cerco oscuro, como el morado lirio.

Era doña Clara más alta que su amiga Lucía, bastante alta tambien, y, aunque delgada, sus formas eran bellas y revelaban el precoz y completo desenvolvimiento de la mujer. El cabello de doña Clara era negrísimo, las manos y el pié pequeños, la cabeza bien plantada y airosa.

Digitized by Google

Ambas amigas iban vestidas de negro, con mantilla y basquiña y algunas rosas en el peinado.

Lucía dijo á su amiga la indisposicion de su madre, y que su tio, el Comendador, recien llegado de Villabermeja, las acompañaria en el paseo. Salvos los cumplimientos y ceremonias de costumbre, no hubo en la conversacion nada memorable, hasta que los tres que iban juntos salieron de la ciudad y llegaron al campo.

La pequeña ciudad está por todas partes circundada de huertas. Muchas sendas las cortan en diversas direcciones. A un lado y otro de cada senda hay una cerca de granados, zarza-mora, mimbres y otras plantas. En muchas sendas hay un arroyo cristalino á cada lado: en otras un solo arroyo. Todas ellas gozan en primavera, verano y otoño, de abundante sombra, merced á los álamos, corpulentos y frondosos nogales, y demas árboles de todo género que en las huertas se crian.

La tierra es allí tan generosa y feraz, que no puede imaginarse el sinnúmero de flores y la masa de verdura que ciñen las márgenes de los arroyos, esparciendo grato y campestre aroma. Campanillas, mosquetas, violetas moradas y blancas, lirios y margaritas, abren allí sus cálices y lucen su hermosura.

El sol radiante, que brilla en el cielo despejado y dora el aire diáfano, hace más espléndida la escena. Increible multitud de pájaros la anima y alegra con sus trinos y gorjeos. En Andalucía, huyendo de la tierra de secano, buscando el agua y la sombra, se refugian las aves en estos oásis de regadío, donde hay frescura y tupidas enramadas.

Digitized by Google

Tales eran los sitios por donde paseaba el Comendador con las dos bonitas muchachas. Apénas salieron de la poblacion, tomaron la senda, que llaman *del medio.* Ellas cogian flores, se deleitaban oyendo cantar los colorines ó reian sin saber de qué. El Comendador meditaba, sentia gran bienestar, gozaba de todo, aunque más tranquilamente que ellas.

Al llegar á sitio más ancho, no ya á otra senda, sino á un camino, los tres, que por ser la senda casi siempre estrecha habian ido uno en pos de otro, se pusieron en la misma línea. Clara estaba en el centro. Lucía dijo entónces, dirigiéndose á su tio:

—Vamos, ya habrá satisfecho V. su curiosidad. Esta es Clori. ¿No es verdad que merece haber inspirado el idilio?

Doña Clara, que, si bien más moza que Lucía, era más reflexiva y grave, sintió que su amiga hubiese confiado á su tio aquel secreto, y no pudo reprimir las muestras de su disgusto, frunciendo el entrecejo, poniéndose más séria y tiñéndose al mismo tiempo de grana sus mejillas, con la vergüenza y el enojo.

Nada dijo doña Clara, á pesar de ello: pero Lucía advirtió su disgusto y prosiguió de esta suerte:

—No te ofendas, Clarita. No me motejes de parlanchina. Mi tio me puso anoche entre la espada y la pared y tuve que confesárselo todo. Tuve que disculparme y que disculpar á D. Cárlos. A mi tio se le metió en la cabeza que él era el viejo rabadan y que yo era Clori. Ademas, mi tio es muy sigiloso y no dirá nada á nadie. ¿No es verdad, tio?

Digitized by Google

—Descuide V., señorita; respondió el Comendador, encarándose con doña Clara, que se puso más encarnada aún; nadie sabrá por mí quién ha inspirado el idilio, que es, por cierto, precioso.

El Comendador advirtió que Clara se tranquilizaba, si bien no acertó con la turbacion á pronunciar palabra alguna.

Doña Lucía continuó:

—¡Vaya, si es precioso el idilio! Créame usted, tio; desde Vicente Espinel hasta nuestra edad, Ronda no ha producido más ingenioso poeta que nuestro amigo D. Cárlos de Atienza, ilustre mayorazgo de la mencionada ciudad, el cual vive en Sevilla con sus padres, trata de tomar en aquella Universidad la borla de doctor en ambos derechos, y ahora descuida bastante los estudios por seguir á Clori, que, desde Sevilla, se ha venido aquí de asiento, con su familia, á quien V. sin duda conoce.

—Sobrina, yo no sé si tengo ó no la honra de conocer á la familia de esta señorita, cuyo apellido no me has dicho. ¿Cómo un forastero recien llegado ha de adivinar la familia de quien sólo sabe que se llama Clori en poesía y Clara en prosa?

—¡Ay, es verdad! ¡Qué distraida soy! No habia yo dicho á V. cómo se llamaba mi amiga. Pues bien, tio: esta señorita se llama doña Clara de Solis y Roldan. Y ahora, ¿qué dice V.? ¿Conoce usted ó no conoce á su familia?

Al oir en boca de Lucía el nombre y apellidos de su amiga y la última inocente pregunta, el Comendador se

Digitized by Google

estremeció, se turbó; el color rojo, que habia teñido ántes las mejillas delicadas de Clarita, se diria que habia pasado con más fuerza á encender el rostro varonil de D. Fadrique, curtido por el sol de la India y por los vientos de los remotos mares.

Lucía, sin advertir la turbacion de su tio, siguió diciendo:

—Pero ¿qué digo á su familia? A la misma Clara es posible que V. la conozca: sólo que ya no se acuerda. Cuando era ella chiquirritita, tal vez cuando ella nació, estaba V. en Lima. Clara es limeña.

Dominándose al cabo el Comendador, contestó á su sobrina:

—Mal puedo acordarme y mal puedo haber olvidado á esta señorita, á quien nunca he visto. A quien sí he conocido y tratado mucho es á su señor padre; y tambien, á pesar de la vida retirada y austera que siempre ha hecho, tuve el gusto de tratar y ser amigo de mi señora doña Blanca Roldan. ¿Cómo está su señora madre de V., señorita?

—Sigue bien de salud, contestó doña Clara: pero, entregada como nunca á sus devociones, apénas se deja ver de nadie.

—¿Y el Sr. D. Valentin, está bueno?

—Gracias á Dios, lo está: dijo Clara.

—Se ha retirado ya de la magistratura, añadió Lucía: ha heredado los cuantiosos bienes de su hermano mayor, que murió sin hijos; y vive aquí, donde tiene sus mejores fincas, de que Clarita es única heredera.

Como una nueva oleada de sangre subió entónces á

Digitized by Google

la cara del Comendador, enrojeciéndola toda. Reportándose luégo, dijo de la manera más natural á su parlera sobrina :

—¿Con que esta señorita, ademas de ser tan guapa, es muy rica?

—Para estos lugares lo es. ¿No es verdad, tio, que es muy extraño que la quieran casar con D. Casimiro? ¡Si viera V. qué viejo y qué feo está! Vamos ; es ofender á Dios. Yo si fuera el Papa negaba la licencia que habrá que pedirle.

—Pues qué, exclamó D. Fadrique, son ustedes parientes tan cercanos?

—Don Casimiro Solis es el pariente más cercano que tiene mi padre : contestó Clara.

—Sería su inmediato heredero si Clara no viviese, añadió Lucía, que no dejaba por contar nada de cuanto sabía, cuando se hallaba entre personas, como Clara y su tio, que le infundian tanta confianza y cariño.

Don Fadrique no llevó adelante la conversacion. Quedó callado, y como pensativo y melancólico.

En silencio continuaron, pues, paseando, hasta que llegaron al *nacimiento*. En mitad de un bosque de encinas y olivos, que pone término á las huertas, se alza un monte escarpado, formado de riscos y peñascos enormes, que parecen como suspendidos en el aire, amenazando derrumbarse á cada momento.

Higueras bravías, jaras de várias especies, romero y tomillo, musgo, retama y otras mil hierbas, plantas y flores, nacen en las hendiduras de aquellas peñas ó cubren los sitios en que no está pelada la roca viva, y ha-

Digitized by Google

llan alguna capa vegetal donde fijar y alimentar las raíces.

Los peñascos horadados abren paso á diversas grutas ó cuevas en no pocos sitios del cerro, á cuyo pié, más bajo aún que el nivel del camino, están como socavadas las piedras, formando una gruta mayor y de más grande entrada que las otras. En el fondo de esta gruta, que se ve todo sin penetrar allí, brota de una grieta, sin hipérbole alguna, un verdadero rio. Por eso se llama aquel sitio el nacimiento del rio, ó sencillamente *el nacimiento.*

El agua que mana de entre las peñas cae con grato estruendo en un estanque natural, cuyo suelo está sembrado de blanquísimas y redondas piedrezuelas. Por aquel estanque se extiende mansa el agua, creando y desvaneciendo de contínuo círculos fugaces; mas, á pesar de los círculos, son las ondas de tal trasparencia, que, al traves de ellas, se ve el fondo, aunque está á más de vara y media de profundidad, y en él pueden contarse las guijas todas.

En la márgen del pequeño lago crecen juncos, juncia, berros y otras plantas acuáticas.

El estanque ó lago llena la gruta y se dilata buen espacio fuera de ella, reflejando el cielo en su cristal. A derecha y á izquierda hay dos acequias por donde el agua corre, dividiéndose despues en infinitos arroyuelos, y yendo á regar las mil y quinientas huertas que hacen del término de aquella pequeña ciudad un verde y florido paraíso.

Como todo por aquellas cercanías es terreno quebrado, el agua baja á las hondoñadas con ímpetu brio-

Digitized by Google

so; á veces se precipita en cascadas, y á veces pone en movimiento aceñas, batanes y martinetes. No obstante, cerca del nacimiento el agua va por tierra llana, con sosegada corriente y apacible murmullo, sin que haya ruido mayor en aquella amena soledad que el que produce el nacimiento mismo; el golpe del agua que brota de la peña y cae dentro de la gruta.

A la orilla del estanque rústico hay varios saúces, y junto al tronco del más alto y frondoso, un poyo ó asiento de piedra. Allí estaba sentado el poeta rondeño don Cárlos de Atienza, cuando llegaron el Comendador, su sobrina y doña Clara.

Don Fadrique, como si anhelase apartar de sí tristes y enojosos pensamientos, impropios de su carácter y risueña filosofía, se pasó la mano por la frente, y creyendo que recobraba su serena y alegre condicion, dijo en voz alta:

—Hola, ilustre poeta; ¿qué nuevo idilio compone V. en estas soledades?

Don Cárlos se levantó del asiento, y yendo hácia los recien venidos, dijo:

—Buenos dias, Sr. D. Fadrique. Beso los piés de ustedes, señoritas.

El Comendador le allanó el camino para que se viniese con él y con las niñas y los acompañase un rato en el paseo. Habló á D. Cárlos de sus estudios, le ponderó lo mucho que le agradaba la poesía, le encomió el idilio, y se le hizo repetir.

No podia haber dado mayor gusto á D. Cárlos, ni mayor satisfaccion de amor propio; porque, como todos los

Digitized by Google

que escriben, han escrito ó escribirán versos en el mundo, era D. Cárlos aficionadísimo á recitarlos en presencia de un benévolo y discreto auditorio, y siempre se inclinaba á calificarle de discreto, con tal de que fuese benévolo.

Don Fadrique miró con disimulo, pero con mucha atencion, á Clarita, miéntras que D. Cárlos recitó el idilio. Si áun le hubiera quedado la menor duda de que Clara era Clori, la duda se hubiera disipado. A Clarita, valiéndonos de una expresion en extremo vulgar, si bien muy pintoresca, un color se le iba y otro se le venía, miéntras los versos duraron. Ya se ponia pálida, ya se cubrian de púrpura sus mejillas. Hasta cuando exclamó D. Cárlos recitando:

«Pues qué, ¿te he dado en balde tanta prueba
De amor?»

vió ó imaginó ver D. Fadrique que los párpados de doña Clara se contraian más de lo ordinario, como para recoger y ocultar indiscretas lágrimas que ansiaban por brotar de los hermosos ojos.

Despues de recitados los versos, D. Cárlos, ménos atrevido en prosa, apénas se acercó á Clara, y no le dijo palabra que todos no oyesen. Sólo con Lucía habló en voz baja y como en secreto.

Los cuatro se internaron, prosiguiendo el paseo y volviendo á la ciudad por otro camino, en medio de una frondosísima arboleda. Allí Clara, ó adelantándose ó quedándose atras y dejando al Comendador con su so-

Digitized by Google

brina, hubiera podido hablar á su placer con D. Cárlos; pero no parecia sino que le tenía miedo, que temblaba de oir su voz sin testigo, y que deseaba demostrar á los ojos del Comendador que no queria pertenecer á don Cárlos, sino á D. Casimiro. Ello es que en los lugares más agrestes, Clara no se apartaba del lado de D. Fadrique, como si temiese que saliese una fiera á devorarla y buscase en él su amparo y defensa.

¿Quién sabe lo que pasaba en aquellos instantes en el alma del Comendador? Lo cierto es que casi no se atrevia á hablar á Clara; pero de repente, en una ocasion en que D. Cárlos y Lucía se adelantaron y se perdieron de vista entre los árboles, el Comendador detuvo á Clara, la contempló de un modo extraño y dulce, y tomando su semblante una expresion solemne y en cierto modo venerable, exclamó:

—¡Hija mia! Es V. muy buena, muy hermosa....., inocente de todo; Dios bendiga á V. y la haga tan feliz como merece.

Y diciendo esto, alzó las manos como para bendecir á la muchacha, tomó su cabeza entre ellas y le dió en la frente un beso.

Clara halló, sin duda, muy raro todo aquello, fuera del uso y del estilo comun; pero la cara de D. Fadrique estaba tan séria, y su expresion era tan simpática y noble, que, á pesar de las ideas con que personajes devotos habian manchado precozmente la conciencia de la niña, hablándole de pecados y faltas, Clara no pudo ver allí ningun atrevimiento liviano.

Más aún se afirmó en la idea de lo puro é impecable

Digitized by Google

del extraño é inesperado beso, cuando le dijo el Comendador:

—Don Cárlos me parece un mozo excelente. ¿Le ama V. mucho?

Habia en el acento de D. Fadrique un suave imperio, al que Clara no supo resistir.

—Le he amado mucho, contestó, pero yo acertaré á no amarle. He sido muy culpada. Sin que lo sepa mi madre le he querido. En adelante no le querré. Seré buena hija. Obedeceré á mi madre. Ella sabe mejor que yo lo que me conviene.

Don Fadrique no se atrevió á replicar ni á hacer un discurso subversivo de la autoridad materna.

A poco volvieron á reunirse en un solo grupo los cuatro.

Antes de entrar de nuevo en la ciudad, D. Cárlos se despidió del Comendador y de las dos señoritas, y se fué por otros sitios.

Apénas Lucía y su tio dejaron á Clara á la puerta de su casa, el tio preguntó á la sobrina:

—¿Qué te ha dicho D. Cárlos?

—¿Qué ha de decir? Que está desesperado; que Clara le desdeña, que le rechaza, y que, por obedecer á su madre, se casará con D. Casimiro.

—Y D. Valentin, ¿qué hace?

—Nada. ¿Qué quiere V. que haga? Pues qué, ¿ignora V. que D. Valentin es un gurrumino? Una mirada de doña Blanca le confunde y aterra: una palabra de enojo de aquella terrible mujer hace que tiemble D. Valentin como un azogado.

Digitized by Google

—De suerte que doña Blanca es quien ha decidido el casamiento de Clara con D. Casimiro.

—Sí, tio: en esa casa doña Blanca es quien lo decide todo. Ella manda y los demas obedecen. No se atreven á respirar sin su licencia. No se puede negar que doña Blanca tiene mucho talento y es una santa. Sabe más de las cosas de Dios que todos los predicadores juntos. Reza muchísimo; lee y estudia libros piadosos; lleva una vida ejemplar y penitente, y hace muchas limosnas á los pobres y á las iglesias; pero á pesar de tantas virtudes y excelentes prendas, nada tiene de amable. Antes al contrario, es terrible. A mí me pone miedo.

—No lo dudo, sobrina: ya era como tú la describes cuando yo la conocí.

—¡Ay, tio! ¿Y la veia V. con frecuencia?

—No con frecuencia, sobrina, pero al fin la traté algo.

—No extrañe V. que en una semana no vengan á casa, ni para cumplir. Doña Blanca vive con la mente tan léjos de todo, y se resiste tanto á que le cuenten cosas del mundo exterior que distraigan su espíritu de la contemplacion íntima en que vive, que de seguro ni ella ni su pobre marido sabrán que V. ha llegado. Don Valentin no creo que sea hombre muy interior, espiritual y contemplativo; pero como tiene tanto miedo á su mujer y quiere darle gusto siempre, vive tambien á lo místico, apartado del trato humano, y yo le juzgo capaz de azotarse con unas disciplinas, no tanto por amor de Dios, cuanto por amor y por miedo de doña Blanca.

Don Fadrique escuchaba y callaba. No tenía humor de

Digitized by Google

despegar los labios. Lucía, que era aficionada á hablar, soltó la tarabilla y prosiguió diciendo:

—¡Pobre Clara! Figúrese V. lo divertida que estará. Yo no lo dudo; ella se irá al cielo; pero qué, ¿no puede uno ir al cielo con ménos trabajo? No acierto á ponderar á V. los prodigios de astucia, los portentos de habilidad, aunque esté mal que yo me alabe, que he tenido que hacer para ganarme un poco la voluntad y la confianza de doña Blanca y lograr que su hija se trate conmigo y salga á veces en mi compañía. Si no fuera por mí, Clara estaria como enterrada en vida, entre cuatro paredes. No sé cómo ha podido entenderse con don Cárlos. Gracias á que él es muy listo y capaz de todo. Clara ha estado con él, no diré que en relaciones, sino casi en relaciones. Ello es que Clara le amaba. Luégo ha tenido remordimientos de amar á un hombre á escondidas de su madre, y sobre todo cuando su madre la destina para otro. Así es que ahora rechaza al pobre don Cárlos, y el infeliz zagal Mirtilo se muere de pena.

El Comendador oia con interes á su sobrina, y no ponia en la conversacion ni una exclamacion siquiera. Parecia que se habia quedado mudo ó que no sabía qué decir.

—Clara, prosiguió Lucía, ahora que cree pecado amar á D. Cárlos, y que no halla posible oponerse á la voluntad de su madre, piensa á veces en ser monja; pero ni este deseo se atreve á confiar á su madre. Considera ella, en primer lugar, que no es buena su vocacion; que quiere tomar el velo por despecho y como desesperada; y por otra parte, cree que decir á su madre

Digitized by Google

que quiere ser monja es un acto de rebeldía, es oponerse á su voluntad de casarla con D. Casimiro. ¿Qué piensa usted de la situacion de mi desgraciada amiga?

Interrogado tan directamente el Comendador, tuvo al cabo que romper el silencio; pero respondió con laconismo:

—Mala es, en verdad, la situacion; pero ¿quién sabe? Todo tiene remedio ménos la muerte. Entre tanto (añadió D. Fadrique hablando con lentitud y bajo, dejando caer las palabras una á una, como si le costasen grandes esfuerzos, y como si en vez de responder á su sobrina, hablase consigo mismo y á sí propio se respondiese); entre tanto, doña Blanca es discreta, es piadosa y es buena madre. Razones de mucho peso tiene..... sin duda..... para querer casar á su hija con D. Casimiro. En fin, muchacha, sigue siendo buena amiga de Clara, pero no caviles ni formes juicios acerca de la conducta de doña Blanca. Voy, ademas, á hacerte otra súplica.

—Mande V., tio.

—Es algo difícil lo que exijo de tí.

—¿Por qué?

—Porque te gusta hablar, y lo que exijo es que calles.

—¿Y qué he de callar? Ya verá V. cómo me callo. Yo no quiero que V. se disguste y forme mal concepto de mí.

—Pues bien; calla que me has puesto al corriente de los amores de D. Cárlos y doña Clara, y calla tambien cuanto sabes acerca de estos amores.

—¡Tio, por amor de Dios! No me crea V. tan ami-

Digitized by Google

ga de contarlo todo. El pícaro idilio tiene la culpa. Sin el idilio, ni á V. le hubiera yo confiado nada.

Oido esto, sonrió el Comendador á su sobrina, y como ya estaban en la casa, se apartó de la muchacha, yéndose algo meditabundo y ensimismado, cual si procurase resolver un difícil problema.

IX.

Miéntras el Comendador y Lucía tenian el diálogo de que acabamos de dar cuenta, Clara habia entrado en el cuarto de su madre.

Doña Blanca estaba sentada en un sillon de brazos. Delante de ella habia un velador con libros y papeles. Don Valentin estaba allí, sentado en una silla, y no muy distante de su mujer.

El aspecto de doña Blanca era noble y distinguido. Vestida con sencillez y severidad, todavía se notaban en su traje cierta elegancia y cierto señorío. Tendria doña Blanca poco más de cuarenta años. Bastantes canas daban ya un color ceniciento á la primitiva negrura de sus cabellos. Su semblante, lleno de gravedad austera, era muy hermoso. Las facciones, todas de la más perfecta regularidad.

Era doña Blanca alta y delgada. Sus manos, blancas, parecian trasparentes. Sus ojos, negros como los de su hija, tenian un fuego singular é indefinible, como si todas las pasiones del cielo y de la tierra y todos los sentimientos de ángeles y diablos hubiesen concurrido á crearle.

Don Valentin, tímido y pacífico, enamorado de su

Digitized by Google

mujer en los primeros años de matrimonio, y lleno despues de consideracion hácia ella, no se atrevia á chistar en su presencia, si ella no le mandaba que hablase.

Era D. Valentin un virtuoso caballero, pero débil y pusilánime. Habia sido, por amor y respeto á su honra, un magistrado íntegro. Nada habia podido apartarle del cumplimiento de su deber, y hasta habia mostrado admirable entereza fuera de casa, donde la entereza, por grande que deba ser, basta con que dure un instante: pero en la casa, con la doméstica tiranía de una mujer dotada de voluntad de hierro, cuya presion es perpétua é incesante, D. Valentin no habia sabido resistir y habia abdicado por completo. La hacienda, los negocios, la educacion de la hija, todo dependia y todo era dirigido y gobernado por doña Blanca.

El aspecto de D. Valentin era insignificante y neutral.

Ni alto ni bajo, ni pelinegro ni rubio, ni flaco ni gordo. Parecia, con todo, un señor, por decirlo así, muy correcto en sus modales, en su continente y en su habla. La devota sumision á su mujer añadia á dicha calidad de correcto una tintura de mansedumbre.

Don Valentin habia sido en su mocedad muy buen católico, pero sin fervor penitente y sin inclinaciones místicas y contemplativas. Ahora, por no desazonar á su mujer, se esforzaba por remedar á San Hilarion ó á San Pacomio.

Tenía D. Valentin cerca de sesenta años de edad, pero parecia mucho más viejo, porque no hay cosa que envejezca y arruine más el brío y la fortaleza de los

Digitized by Google

hombres que esta servidumbre voluntaria y espantosa, á que por raro misterio de la voluntad se someten muchos, cediendo á la persistencia endemoniada de sus mujeres.

No bien entró Clara en el cuarto, doña Blanca le preguntó:

—¿Dónde has estado, niña?

—Mamá, en *el nacimiento.*

—No sé cómo tiene piés mi señora doña Antonia para dar paseos tan disparatados. Con ir y volver, eso es andar cerca de una legua.

—Doña Antonia no ha estado hoy con nosotras, dijo Clara, no atreviéndose á mentir, ni siquiera á disimular.

El rostro de doña Blanca tomó cierta expresion de sorpresa y de notable desagrado.

—Entónces ¿quién os ha acompañado en el paseo? preguntó doña Blanca.

—No se enoje V., mamá, hemos ido bien acompañadas.

—Sí, pero ¿por quién? ¿Por alguna fregona? ¿Por alguna tia cualquiera?

—Mire V., mamá, doña Antonia tenía la jaqueca y no pudo acompañarnos. En su lugar ha venido con nosotras el tio de Lucía.

—¿Y quién es ese tio?

—Un señor marino que estuvo en la India y en el Perú, que dice que conoce á V., que hace poco ha venido á vivir á Villabermeja, y que anoche llegó aquí á pasar una temporada.

—Ese es el Comendador Mendoza: dijo D. Valentin,

Digitized by Google

con cierto júbilo de saber que habia llegado un antiguo amigo.

—Justamente, papá, así se llama: el Comendador Mendoza: un señor muy fino, si bien algo raro.

—Oye, Blanca, será menester que vayamos á ver al Comendador, que vive sin duda en casa de su hermano: exclamó D. Valentin.

—Cumplirémos con ese deber que la sociedad nos impone; dijo doña Blanea, con reposo y dignidad serena: pero tú, Clara, no debes volver á salir de paseo ni tratarte con ese hombre, malvado é impío. Si la santa fe de nuestros padres no estuviera tan perdida, si las perversas doctrinas del filosofismo frances no nos hubiesen inficionado, ese hombre, en vez de vestir el honroso uniforme de la marina, vestiria el sambenito: en vez de andar libre por ahí, piedra de escándalo, fermento de impiedad, levadura del infierno, corrompiendo lo que áun en el cuerpo social se conserva sano, estaria en los calabozos de la Inquisicion ó ya hubiera muerto en la hoguera.

Clara se aterró al oir en boca de su madre aquella diatriba. Se representó en su mente al Comendador como á un personaje endiablado; y, acordándose del tierno beso que de él habia recibido, se llenó toda de espanto y de vergüenza.

Don Valentin, con el recuerdo del Comendador, que le traia á la imaginacion mejores tiempos, cuando él estaba ménos viejo y ménos sumiso, se sentia contra su costumbre con ánimo de contradecir y de no someterse del todo. Así es que dijo:

Digitized by Google

—¡Válgame Dios, mujer, qué falta de caridad es ésa! Eres injusta con nuestro antiguo amigo. No te negaré yo que era algo *esprit fort* en su mocedad, pero ya se habrá enmendado. Por lo demas, siempre fué el Comendador pundonoroso, hidalgo y bueno. ¿Qué tienes tú que decir contra su moralidad?

—Cállate, Valentin, que no dices más que sandeces. Y las llamo sandeces, por no calificarlas de blasfemias. ¿Qué moralidad, qué hidalguía, qué virtud puede haber donde faltan la religion y las creencias, que son su fundamento? Sin el santo temor de Dios toda virtud es mentira y toda accion moral es un artificio del diablo para engañar á los bobos, que presumen de discretos y que no subordinan su juicio á los que saben más que ellos. Ya lo he dicho y lo repito : el Comendador Mendoza era un impío y un libertino, y seguirá siéndolo. Nosotros irémos á visitarle para no chocar, procurando no hallarle en casa y ver sólo á doña Antonia y á su bendito marido. En cuanto á Clarita, se buscará un pretexto cualquiera para que no salga más con Lucía, exponiéndose á ir en compañía de ese renegado, jacobino, volteriano y ateo. Primero confiaria yo á Clara al cuidado de la más vil y pecadora de las mujeres. Esta mujer, con el auxilio de la religion, puede regenerarse y llegar á ser una santa. Pero de quien niega á Dios ó le aborrece, del empedernido de toda la vida, ¿qué esperanza es lícito concebir?

Clarita y D. Valentin se compungieron y amilanaron con el sermon de doña Blanca, y nada supieron contestarle.

Quedó, pues, resuelto que Clarita, por culpa del Co-

Digitized by Google

mendador y para que no se contaminase, no volveria á pasear con Lucía.

X.

Las resoluciones de doña Blanca Roldan eran irrevocables y efectivas. Ella sabía darles cumplimiento con calma persistente.

Una mañana, despues de oir misa con D. Valentin, estuvo doña Blanca á visitar á doña Antonia y á felicitarla por la venida de su cuñado; y fué con tal tino, que no se hallaba el Comendador en casa.

Ni ántes ni despues de esta visita se dejaron ver doña Blanca y D. Valentin de sus vecinos y amigos. Retirados siempre en el fondo del antiguo caseron en que vivian, y pretextando enfermedades, no recibian visitas, á pesar de lo difícil y odioso que es negarse á recibir, estando en casa, cuando se vive en un pueblo pequeño.

En balde intentó repetidas veces Lucía sacar á paseo á Clara. Siempre que envió recado, le contestaron que Clara estaba mal de salud ó muy ocupada y que le era imposible salir.

Lucía fué ella misma á ver á Clara, y sólo dos veces pudo verla, pero en presencia de su madre.

Estas pruebas de retraimiento y hasta de desvío estaban suavizadas por una extremada cortesía de parte de doña Blanca; aunque bien se dejaba conocer que si esta señora ponia de su parte cuantos medios le sugeria su

Digitized by Google

urbanidad á fin de no dar motivo de agravio, preferia agraviar, si por agraviado se daba álguien, á cejar un punto en su propósito.

Fuera del dia en que visitó á doña Antonia, no ponia doña Blanca los piés en la calle sino de madrugada, para ir á la iglesia, á misa y demas devociones. Don Valentin la acompañaba casi siempre, como un lego ó doctrino humilde, y Clara la acompañaba siempre, sin osar apénas levantar los ojos del suelo.

Lucía, cavilando sobre las causas de aquella poco ménos que completa ruptura de relaciones, llegó á temer que doña Blanca hubiese averiguado los amores de Clara con D. Cárlos de Atienza, la presencia de éste en la ciudad y la entrada y proteccion con que contaba en su casa.

Doña Clara no hablaba á solas ni escribia á su amiga: por los criados nada podia averiguarse, porque los de doña Blanca eran forasteros casi todos, y ó no tenian confianza en la casa, ó hacian una vida devota y apartada, imitando y complaciendo así á sus amos.

Sólo podia afirmarse que la única persona que entraba de visita en casa de D. Valentin era su cercano pariente D. Casimiro.

De esta suerte se pasaron diez dias, que á don Cárlos, á Lucía y al Comendador parecieron diez siglos, cuando al anochecer, en una hermosa tarde, el Comendador estaba en el patio de la casa solo con su sobrina. Ésta traia con su tio una conversacion muy animada, mostrándole las plantas y las flores que en arriates y en multitud de tiestos adornaban aquel patio, conti-

Digitized by Google

guo, como ya hemos dicho, al de la casa de D. Valentin. Salvando el muro divisorio, la voz de ambos interlocutores podia llegar al patio inmediato. La voz llegó, en efecto, porque en medio de la conversacion sintieron Lucía y el Comendador el ruido de un pequeño objeto pesado que caia á sus piés. Lucía se bajó con prontitud á recogerle, y no bien le tuvo en la mano, dijo á su tio toda alborozada y en voz baja:

—Es una carta de Clarita. ¡Qué buena es! Me quiere de véras. Menester es conocerla como yo la conozco, para estimar lo que vale esta fineza de su amistad. ¡Burlar por mí la vigilancia de su madre! ¡Escribirme furtivamente! Calle V..... tio.... si parece imposible. Por mí, esa infeliz, que es una santa, ha faltado á su deber de obediencia filial! ¿Y cómo, dónde, á qué hora habrá podido escribirme? Vamos..... si le digo á V. que es un milagro de cariño. Y la picarita ¿con qué angustia habrá estado espiando la ocasion de echarme la carta, segura de que yo la recogeria? ¡Benditas sean sus manos!

Y diciendo esto, habia desatado el papel de la china en que venía liado con un hilo, y se diria que queria comérsele á besos.

—Vén á leer esa carta, dijo el Comendador, donde haya luz y donde no vengan á interrumpirnos. En el despacho no hay nadie y ahora acaban de encender el velon. Vén, que es ya de noche y aquí no verás.

Lucía fué al despacho con su tio, y con acento conmovido, casi al oido del Comendador, leyó lo siguiente:

«Mi querida Lucía: De sobra conoces tú lo mucho que te quiero. Considera, pues, cuánto me afligirá verte tan

Digitized by Google

poco y no poder hablarte. Mi madre lo exige, y una buena hija debe complacer á su madre. No creas que mi madre ha sospechado nada de mis desenvolturas con D. Cárlos de Atienza. Me echo á temblar al representarme en la mente que hubiera podido sospecharlo. Nadie sabe, más que tú, el Comendador y yo, que D. Cárlos me pretende: pero Dios sabe mi pecado, del que estoy arrepentida. Ha sido enorme perversidad en mí dar alas á ese galan con miradas dulces y profanas sonrisas..... casi involuntarias..... te lo juro. No por eso me pesan ménos en la conciencia. Algo he hecho yo, ó arrastrada por mi maldad nativa, ó seducida por el enemigo comun de nuestro linaje, para alborotar á ese mozo, hacerle abandonar su Universidad y sus estudios y moverle á venir aquí en persecucion mia. En medio de todo, harto tengo que agradecer á Jesus y á María Santísima, que se apiadan de mí, á pesar de lo indigna que soy, y disponen que no se solemnice mi falta con el escándalo. Favor sobrenatural del cielo es sin duda el que siga oculto el móvil que ha impulsado á D. Cárlos á venir aquí. La gente cree que vino y está aquí por tí. ¡Cuánto debo agradecerte que cargues con esta culpa! Si yo no hubiera sido atrevida, si yo no hubiera animado á don Cárlos, si yo hubiera tenido la severidad y el recato convenientes, no me veria ahora en tan amargo trance. ¡Ay, mi querida Lucía! El corazon humano es un abismo de iniquidad..... y de contradicciones. Quieres creer que, si por un lado me desespero de haber dado ocasion para que D. Cárlos haya venido persiguiéndome, por otro lado me lisonjea, me encanta que haya venido,

Digitized by Google

y advierto que si no hubiera venido sería yo más desgraciada! En medio de todo..... no lo dudes..... yo soy muy mala. Estoy avergonzada de mi hipocresía. Estoy engañando á mi madre, que es tan perspicaz. Mi madre me juzga demasiado buena..... y vela por mí, como el avaro por su tesoro, cuando el tesoro está ya perdido. No acierto á decírtelo para que no te enojes, y no obstante, quiero decírtelo. No cumpliria con un deber de conciencia si no te lo dijese. La causa de que mi madre me aparte de tí es tu tio. A mí me pareció un caballero muy fino y bueno: pero mi madre asegura, ¡qué horror! que no cree en Dios. ¿Es posible ¡hija mia! que hiera el demonio con tan abominable ceguedad los ojos de algunas almas? ¿Se comprende que la copia, la imágen, la semejanza, renieguen del original divino que les presta el único valor y noble sér que tienen? Si ello es cierto, si el Comendador está obcecado en sus impiedades, ármate de prudencia y pide al cielo que te salve. Procura tambien traer á tu tio al buen camino. Tú tienes extraordinario despejo y dón de expresarte con primor y entusiasmo. El Altísimo, ademas, se vale á menudo de los débiles para sus grandes victorias. Acuérdate de David mancebo, que era un pastorcillo sin fuerzas y venció y derribó al gigante en el valle del Terebinto. ¿Cuántas hermanas, hijas, madres y esposas, no han logrado convencer á sus descarriados maridos, hermanos, hijos ó padres? A gloria parecida debes aspirar tú, y Dios te premiará y te dará brío para alcanzarla. En cuanto á mí, áun siendo tan niña, soy una miserable pecadora, y bastante tarea tengo con llorar mis locuras

Digitized by Google

y apaciguar la tempestad de encontrados sentimientos que me destrozan el pecho. Dame la última y mayor prueba de amistad. Persuade á D. Cárlos de que no le amo. Dile que se vuelva á Sevilla y me deje. Convéncele de que soy fea, de que gusto de D. Casimiro, de que mi ingratitud hácia él merece su desprecio. Yo debiera haberle hablado en este sentido: pero soy tan débil y tan tonta, que no hubiera atinado á decírselo, y tal vez le hubiera inducido estúpidamente á que creyese todo lo contrario. Por amor de Dios, Lucía de mi alma, despide por mí á D. Cárlos. Yo no puedo, no debo ser suya. Que se vaya: que no disguste por mí á sus padres: que no pierda sus estudios: que no motive un escándalo cuando se sepa que vino por mí y que yo soy una malvada, provocativa, seductora, quién sabe..... Adios. Estoy apuradísima. No tengo á nadie á quien confiar mis cosas, con quien desahogar mis penas, á quien pedir consejo y remedio. Espero con ánsia la llegada del Padre Jacinto, que es el oráculo de esta casa. Sé que lo que yo le diga caerá como en un pozo, y que sus consejos son sanos. Es el único hombre que tiene algun imperio sobre mi madre. ¿Cuándo vendrá de Villabermeja? Adios, repito, y ama y compadece á tu Clara.»

Digitized by Google

XI.

Esta carta inocente, tan propia de una niña de diez y seis años, discreta y educada con devocion y recogimiento, gustó mucho al Comendador; pero tambien le dió no poco que pensar. No entrarémos nosotros en el fondo de su alma á escudriñar sus pensamientos, y nos limitarémos á decir que tomó tres resoluciones, de resultas de aquella lectura.

Fué la primera buscar modo de ver y de hablar á la severísima doña Blanca: la segunda, sondear bien el ánimo de D. Cárlos para conocer hasta qué punto amaba de véras á la niña y merecia su amor: y la tercera, tratar con el Padre Jacinto y proporcionarse en él un aliado para la guerra que tal vez tendria que declarar á la madre de Clarita.

A fin de conseguir lo primero, en vez de escribir pidiendo una audiencia, que con cualquiera pretexto y muy políticamente se le hubiera negado, discurrió D. Fadrique levantarse al dia siguiente de madrugada, aguardar en la calle á doña Blanca cuando ella saliese para acudir á la iglesia, é ir derecho á hablarle, sin miedo alguno.

Así lo hizo el Comendador. Doña Blanca, ántes de las seis, apareció en la calle con Clarita y don Valentin. Iban á misa á la iglesia Mayor. Apénas los vió salir don Fadrique, se acercó muy determinado, y saludando cortésmente, con sombrero en mano, dijo:

Digitized by Google

—Beso á V. los piés, mi señora doña Blanca. Dichosos los ojos que logran ver á V. y á su familia. Buenos dias, amigo D. Valentin. Clarita, buenos dias.

Don Valentin, al oirse llamar amigo tan blandamente y por una voz conocida y simpática, no se pudo contener; no reflexionó, se dejó llevar del primer ímpetu cariñoso y se fué hácia D. Fadrique con los brazos abiertos. Por dicha, no obstante, D. Valentin tenía la inveterada costumbre de no hacer la menor cosa, sin mirar ántes á su mujer para notar la cara que ponia y si le retraia de consumar ó le alentaba á que consumase su conato de accion. A pesar, pues, de lo entusiasmado que iba á abrazar á D. Fadrique, el instinto le indujo á que mecánicamente volviera la cara hácia doña Blanca, ántes de llegarse á dar el abrazo. Indescriptible es lo que vió entónces en los fulminantes ojos de su mujer. Casi no se puede describir el efecto que le produjo aquella mirada. Creyó don Valentin leer en ella el más profundo desden, como si le acusase de una humillacion estólida, de una bajeza infame; y creyó ver, al mismo tiempo, la ira y la prohibicion imperiosa de que llevase á cabo lo que se habia lanzado á ejecutar. El terror sobrecogió de tal suerte el ánimo de D. Valentin, que se paró, se quedó inmóvil de súbito, como si se hubiera convertido en piedra. Sólo con voz apagada y apénas perceptible exhaló, por último, como lánguido suspiro, un

—Buenos dias, Sr. D. Fadrique.

—Buenos dias; dijo tambien Clara, no con más aliento que su padre.

Doña Blanca miró de piés á cabeza al Comendador,

Digitized by Google

y con reposo y suave acento, sin alterarse ni descomponerse en lo más mínimo, le habló de esta manera:

—Caballero: Dios, que es infinitamente misericordioso, tenga á V. en su santa guarda. No por amor suyo, de que V. carece, sino por el mundano honor de que V. se jacta y por los respetos y consideraciones que todo hombre bien nacido debe á las damas, ruego á V. que no nos distraiga del camino que llevamos, ni perturbe nuestra vida retirada y devota.

Y dicho esto, hizo doña Blanca al Comendador una ceremoniosa y fria reverencia, y echó á andar con sosegada gravedad, siguiéndola D. Valentin y llevando delante á Clara.

Don Fadrique pagó la reverencia con otra: se quedó algo atolondrado, y dijo entre dientes:

—Está visto: es menester acudir á otros medios.

No bien la familia de Solis se hubo alejado treinta pasos del Comendador, vió éste que doña Blanca se volvia á hablar con su marido.

Es evidente que el Comendador no oyó lo que le decia: pero el novelista todo lo sabe y todo lo oye. Doña Blanca, que trataba siempre de usted y con el mayor cumplimiento á su señor marido, cuando le echaba un sermon ó reprimenda, le habló así, miéntras Clara iba delante:

—Mil veces se lo tengo dicho á V., señor don Valentin. Ese hombre, que V. se empeñó en introducir en casa, allá en Lima, es un libertino, impío y grosero. Su trato, ya que no inficione, mancha ó puede manchar la acrisolada reputacion de cualquiera señora. Yo tuve ne-

Digitized by Google

cesidad poco ménos que de echarle de casa. Motivos hubo, en su falta de miramientos y hasta de respeto, para que en otras edades bárbaras, olvidando la ley divina, álguien le hubiera dado una severa leccion, como solian darlas los caballeros. Esto no habia de ser: era imposible..... Nada que más repugne á mi conciencia: nada más contrario á mis principios: pero, hay un justo medio..... Delito es matar á quien ha ofendido..... pero es vileza abrazarle. Señor don Valentin, V. no tiene sangre en las venas.

Todo esto lo fué soltando, despacio y bajo, casi en el oido de D. Valentin, su tremenda esposa doña Blanca.

Fueron tan duras y crueles las últimas frases, que don Valentin estuvo á punto de alzar bandera de rebelion, armar en la calle la de Dios es Cristo y contestar á su mujer lo que merecia: pero el olor de mil flores regalaba el olfato; la gente pasaba con alegre aspecto; el dia estaba hermosísimo, la paz reinaba en el cielo; un fresco vientecillo primaveral oreaba y calmaba las sienes más ardorosas; la familia de Solis iba al incruento sacrificio de la misa: Clara marchaba delante tan linda y tan serena; ¿cómo turbar todo aquello con una disputa horrible? Don Valentin apretó los puños y se limitó á exclamar con acento un si es no es colérico:

—¡Señora!.....

Luégo añadió para sí, cuidando mucho de que no lo oyese doña Blanca:

—¡Maldita sea mi suerte!

Y no bien lanzada la exclamacion, se asustó don Valentin de la blasfema rebeldía contra la Providen-

Digitized by Google

cia que su exclamacion implicaba, y se tuvo un instante por primo hermano del propio Luzbel.

Como se ve, el éxito del Comendador en este primer intento de reanudar relaciones amistosas con la familia dè Solis, no pudo ser más desgraciado.

XII.

No se arredró por eso nuestro héroe.

Aguardó un rato en medio de la calle á fin de que no pudiese decir ni pensar doña Blanca que él la seguia, y al cabo se fué á la Iglesia Mayor, á donde sabía que la familia de Solís se habia encaminado.

Don Fadrique no iba allí, sin embargo, con el intento de acercarse á doña Blanca otra vez y de sufrir nueva repulsa, sino á fin de hallar á D. Cárlos, quien, á su parecer, no podia ménos de estar en la Iglesia, ya que no habia otro medio de ver á Clara.

En efecto, D. Fadrique entró en la Iglesia y se puso á buscar al poeta, á la sombra de los pilares y en los sitios donde ménos se nota la presencia de álguien. Pronto le halló, detras de un pilar y no léjos del altar mayor. Parecia D. Cárlos tan embebecido en sus oraciones ó en sus pensamientos, que nada del mundo exterior, salvo Clara, podia distraerle ni llamarle la atencion.

Llegó, pues, D. Fadrique hasta ponerse á su lado. Entónces advirtió que Clara estaba no muy léjos, de rodillas, al lado de su madre, que don Cárlos la miraba, y que ella, si bien fijos casi siempre los ojos

Digitized by Google

en su libro de rezos, los alzaba de vez en cuando rápidamente, y miraba con sobresalto y ternura hácia donde estaba el galan, declarando así que le veia, que se alegraba de verle, y que tenía miedo y cierto terror de profanar el templo y de pecar gravemente, engañando á su madre y alentando á aquel hombre, de quien decia que no podia ser esposa.

No ha de extrañarse que todo esto se viera en las miradas de Clarita. Eran miradas trasparentes, en cuyo fondo fulguraba el alma como diamante purísimo que por maravilla ardiese con luz propia en el seno de un mar tranquilo.

El Comendador estuvo un rato observando aquella escena muda, y se convenció de que ni doña Blanca ni don Valentin recelaban nada de los amores de la niña. Calculó, no obstante, que su presencia allí podria atraer hácia él la mirada de doña Blanca, excitar de nuevo su ira, hacerle reparar en el gentil mancebo que estaba á su lado y darle á sospechar lo que no habia sospechado todavía.

Entónces, si bien con pena de interrumpir aquellos arrobos y éxtasis contemplativos, tocó en el hombro á D. Cárlos y le dijo casi á la oreja:

—Perdóneme V. que le distraiga de sus devociones y que turbe la vision beatífica de que sin duda goza: pero me urge hablar con V. Hágame el favor de venir conmigo, que tengo que hablarle de cosas que le importan muchísimo.

Sin aguardar respuesta echó á andar D. Fadrique, y D. Cárlos, si bien con disgusto, no pudo ménos de seguir sus pasos.

Digitized by Google

Ya fuera de la iglesia, salió D. Fadrique al campo; don Cárlos fué en pos de él; y cuando se hallaron en sitio solitario, donde nadie podia oirlos ni interrumpir la conversacion, D. Fadrique se explicó en estos términos:

—Vuelvo á pedir á V. perdon de mi atrevimiento en obligarle á abandonar la iglesia, y más aún en mezclarme en asuntos de V. sin título bastante para ello. Apénas conozco á V. Esta es la sétima ó la octava vez que le hablo. A Clarita la he visto hoy por segunda vez en mi vida. Sin embargo, el bien de Clarita y el de V. me interesan mucho. Atribúyalo V. á un absurdo sentimentalismo; al afecto que profeso á mi sobrina Lucía, que llega á VV. de rechazo: á lo que V. quiera. Lo que le ruego es que me crea un hombre leal y franco y no dude de mi buena voluntad y mejores propósitos. Quiero y puedo hacer mucho en favor de V. En cambio aspiro á que oiga V. mis consejos y á que los siga.

Don Cárlos oyó al Comendador atentamente y con muestras de respeto y deferencia. Luégo le contestó:

—Señor don Fadrique, por V. y por ser V. el tio de la señorita doña Lucía, tan bondadosa y excelente, estoy dispuesto á oir á V. y hasta á obedecerle, en cuanto esté de mi parte, sin considerar el provecho que por mi obediencia V. me promete.

—No me he explicado bien, replicó D. Fadrique. Yo no prometo premios en pago de obediencia: lo que quiero significar es que de seguir usted ciertos consejos mios se ha de alcanzar naturalmente lo que de otra suerte se malogrará acaso con gran pesar de todos.

—Aclare V. su pensamiento; dijo D. Cárlos.

Digitized by Google

—Quiero decir, prosiguió D. Fadrique, que este modo que tiene V. de enamorar á Clarita no va, dias hace, por buen camino. Hasta ahora nadie sospecha en esta pequeña ciudad sus amores de usted, gracias á mi sobrina. Como ella estuvo, dos meses há, en Sevilla, donde V. la conoció, y usted ha venido luégo aquí, y V. va á su casa de tertulia todas las noches, y habla V. mucho con ella, y no pocas veces en secreto; y como mi sobrina es jóven y graciosa y linda, si el amor de tio no me engaña, todos creen que ha venido V. por ella, que V. la enamora, que V. es su novio. ¿Quién habia de imaginar que chica tan mona y en tan verdes años se limitaria á hacer el triste y poco airoso papel de confidenta? Por esto, pues, se desorientan los curiosos, y sus amores de V. siguen secretos: pero Lucía lo paga. Confiese V. que es mucha generosidad.

—Yo..... Señor don Fadrique.....

—No se disculpe usted. No hablo de ello para que usted se disculpe, sino para narrar los sucesos como son en sí. En este lugar creen todos que V. ha venido, abandonando á sus padres, su casa y sus estudios, para pretender á Lucía: pero este engaño no puede durar. Imagine V. el alboroto, los chismes, las hablillas á que dará V. ocasion y motivo el dia en que se sepa, como no podrá ménos de saberse, que V. pretende á Clarita, á quien todos creen ya prometida esposa de D. Casimiro Solis.

—Eso no será nunca miéntras yo viva: exclamó don Cárlos con grandes bríos.

—Tratemos de impedirlo, continuó con calma don Fadrique. Yo le ayudaré á V. cuanto pueda, y repito que

Digitized by Google

algo puedo : pero toda la energía de usted y toda la prudencia que yo emplee serán inútiles, si desoye V. mis advertencias y consejos.

—Ya he dicho á V. que deseo seguirlos.

—Pues bien, amigo D. Cárlos, es menester que usted se persuada de que Clarita, de cuyo amor hácia V. estoy convencido, está criada con tan santo temor de Dios y con tan grande, y hasta si usted quiere exagerado é irracional respeto á su madre, que por obedecerla, por no darle un disgusto, por no rebelarse, será capaz de casarse con D. Casimiro, aunque se muera de amor por V. al dia siguiente de casada, aunque su vestido de boda sea la mortaja con que la entierren.

—Pero si Clara dice á su madre que no ama á don Casimiro.....

—Clara no se atreverá á decirlo.

—Si declara á su madre que me ama.....

—Antes morirá que confesar á su madre ese amor.

—Y si tanto miedo tiene á su madre, ¿no podrá huir conmigo?

—No creo que dé jamas tan mal paso. De todos modos, aunque tan mal paso fuese posible, no se debia apelar á él sino apurados ántes otros medios más prudentes y juiciosos. Reitero, con todo, mi afirmacion. Creo capaz á Clarita de morir de dolor; pero no la creo capaz de prestarse al escándalo de un rapto.

—Entónces, ¿qué quiere V. que yo haga?

—Lo primero, volver á Sevilla con sus señores padres, y dejar á doña Clara tranquila con los suyos.

—Bien se conoce que V. no ama. A su edad de usted.....

Digitized by Google

—Dale..... con la tontería..... Caballerito poeta..... yo no soy ni viejo ni rabadan..... ni me parezco en nada al del idilio. Váyase V. á Sevilla hoy mismo. Salga V. de esta ciudad ántes de que doña Blanca se percate de que hay moros en la costa. Yo velaré aquí por los intereses de usted. Y si peligran, si es menester apelar á medios violentos, cuente V. tambien conmigo..... hasta para el rapto. A poco me aventuro prometiéndoselo á usted, porque doy por firme que no se dejará robar Clarita.

—¿Y por qué, para qué he de irme á Sevilla?

—¿Pues no se lo he dicho á V. ya? Porque aquí no hace V. sino perjudicarse, sin gusto y sin ventaja. Estoy seguro que no logrará V. más que ver á Clara en la iglesia, con más angustia que deleite por parte de la pobre muchacha. Y esto miéntras doña Blanca no descubra nada. El dia en que descubra doña Blanca su juego de V., será para Clarita un dia tremendo y V. no volverá á verla. Váyase V., pues, á Sevilla.

—¿Y qué ganaré con irme?

—Que yo trabaje con tranquilidad en favor de usted. Usted me estorba para mis planes. Si V. se queda, precipitará la boda de D. Casimiro y hará que se envie á escape por la licencia á Roma. Si usted se va, no afirmo yo que evitaré la boda de Clara con el viejo rabadan y conseguiré que sea para Mirtilo; pero, ó yo he de valer poco, ó he de lograr que se nos dé tiempo y..... quién sabe..... Nada prometo. Sólo ruego á V. que se vaya. Váyase V. hoy mismo.

El interes que el Comendador le mostraba, su empeño de que se fuese, la decision con que se entrometia

Digitized by Google

en sus asuntos, todo chocaba á D. Cárlos y le tenía desconfiado y descontento.

El Comendador apuró todas las razones, empleó todos los tonos, pero singularmente el de la súplica; D. Cárlos le contestó várias veces de mal humor, y fué menester la prudente superioridad del Comendador para calmar y contener á D. Cárlos y evitar que llegase á ofender á quien le aconsejaba y casi le mandaba.

Por último, tanto rogó, prometió y dijo D. Fadrique, que D. Cárlos hubo de someterse y salir aquel mismo dia para Sevilla, si bien ofreciendo sólo ausencia de poco más de un mes : hasta que llegasen las vacaciones de verano. En cambio exigió y obtuvo de D. Fadrique que le habia de escribir dándole noticias de Clara, y avisándole del menor peligro que hubiese, para volar en seguida donde estaba ella.

Don Cárlos, aunque no era tímido ni torpe, no habia obtenido jamas que Clara recibiese carta suya, y ménos aún que le escribiese. Pero ¿qué mucho, si ni siquiera de palabra Clara le habia dado á entender que le amaba? Clara le amaba, sin embargo. Bien sabía el galan que era falso, de puro modesto, aquello de que

..... Amistosa y compasiva,
Quiere que el zagal viva,
Mas amarle no quiere.

Clara le amaba, y á su despecho, contra su voluntad, habia declarado su amor; pero sólo con los ojos, por donde se le iba el alma en busca del bizarro y gracioso estudiante, sin que todos sus escrúpulos religiosos y filiales fuesen bastante poderosos para detenerla.

Digitized by Google

Don Fadrique pudo convencerse, en el largo coloquio que tuvo con D. Cárlos, de que su pasion por Clara era verdadera y profunda. Del amor de Clara por el poeta rondeño estaba más convencido aún. Con este doble convencimiento, de que se alegraba, precipitó más la partida de D. Cárlos, y ántes de mediodía consiguió que saliese del pueblo con direccion á Sevilla.

Don Cárlos salió á caballo con un su criado; y don Fadrique, á caballo tambien, se unió con él en el ejido, y le acompañó más de una legua, dándole esperanzas y hablándole de sus amores. Al llegar á una encrucijada, D. Fadrique se despidió cariñosamente del jóven, y tomó el camino de Villabermeja con el intento de conferenciar con el padre Jacinto.

La sencillez y la modestia de este santo varon no habian dejado ver á D. Fadrique la inmensa importancia que durante su larga ausencia habia adquirido.

Como predicador, gozaba el Padre de extraordinaria nombradía por toda aquella comarca. Era igualmente celebrado por los tres estilos que tenía de predicar. En el estilo llano ó de homilía encantaba á la gente rústica y ponia la religion y la moral á su alcance, amenizando tan graves lecciones con chistes y jocosidades, que un severo crítico condenaria, pero que eran muy del caso para que los zafios campesinos se aficionasen á oirle y se deleitasen oyéndole. En sermones de empeño, en dias de gran funcion, el Padre Jacinto era otro hombre; echaba muchos latines, ahuecaba la voz y esmaltaba su discurso de un jardin de flores, de un verdadero matorral de adornos exuberantes, que tambien gustaban á

Digitized by Google

los discretos y finos de aquellos lugares. Y tenía, por último, el estilo patético de la Semana de Pasion y de la Semana Santa, durante las cuales los sermones, más que hablados, eran en Villabermeja, y siguen siendo aún, cantados, sin que gusten de otra manera. Sermon de Semana Santa, sin lo que llaman allí el *tonillo*, no gusta á nadie ni se tiene por sermon. Cuando en el dia va á Villabermeja un cura forastero, tiene que aprender el *tonillo*. En este *tonillo* fué el Padre Jacinto un dechado de perfeccion, que nadie ha superado hasta ahora. Al oirle, aunque sea reminiscencia gentílica, dicen que se comprendia cómo Cayo Graco se hacía acompañar por un flautista cuando pronunciaba en el Foro sus más apasionadas arengas. El Padre Jacinto predicaba tambien en el Foro, ó dígase en medio de la plaza pública, durante la Semana Santa. Allí se hacian todos los pasos á lo vivo, y el Padre los explicaba en el sermon conforme iban ocurriendo. Así, habia sermon que duraba tres horas y siempre sin dejar el tonillo, lo cual no obstaba para que el Padre expresase los más varios afectos, como piedad, dolor y cólera. Cuando aparecia el pregonero en el balcon de las Casas Consistoriales y leia la sentencia de muerte contra Jesucristo, ha quedado en la memoria de los bermejinos el furor con que el Padre se volvia contra él, gritando:

« Calla, falso, ruin, necio y miserable pregonero, y oirás la voz del ángel que dice: »

Y entónces salia un ángel muy vistoso por otro balcon de la plaza, y cantaba el inefable misterio de la Redencion, empezando:

Digitized by Google

«Esta es la sentencia que manda cumplir el Eterno Padre.....» y lo demas que tantas veces hemos oido los que somos de por allí.

Pero, volviendo al Padre Jacinto, diré que su mérito como predicador era quizás lo de ménos. Su gran valer fué como director espiritual. Se pasaba horas y horas en el confesonario. Desde el convento bermejino tenía con frecuencia que ir al convento de la ciudad cercana, donde tenía no pocas hijas de confesion entre el señorío. Era ademas hombre de consejo y tino en los negocios mundanos, y acudian todos á consultarle cuando se hallaban en tribulacion, apuro ó dificultad. En suma, el Padre Jacinto era un gran médico de almas, aunque duro y feroz á veces en los remedios. Gustaba de aplicarlos heroicos, como suelen hacer los demas médicos de los lugares, que tal vez recetan á un hombre el medicamento que convendria recetar á un caballo. A pesar de esto, tenía el Padre tal autoridad y discrecion; era tan ameno en su trato y tan resuelto valedor y defensor de las mujeres, que gozaba de inmensa popularidad entre ellas, y era fervorosamente reverenciado, así de las jornaleras humildes, como de las encopetadas hidalgas.

Aunque tocaba en los setenta años, estaba firme y robusto aún, si bien habia perdido ciertos ímpetus juveniles, que le habian hecho famoso, llevándole en ocasiones á imitar al Divino Redentor, más que en la mansedumbre, en aquel arranque que tuvo cuando hizo azote de unos cordeles y echó á latigazos á los mercaderes del templo. El Padre Jacinto habia sido un jayan y habia

Digitized by Google

sacudido el polvo á algunos desalmados y pecadores contumaces, sobre todo cuando eran maridos que se emborrachaban, gastaban el dinero en vino y juego y daban palizas á sus mujeres.

Contra esta clase de hombres habia sido duro de véras el Padre Jacinto. Ya no tenía aquellos arrestos de la mocedad; pero su virtud y su fuerza moral, unida al recuerdo de la física, infundian gran respeto entre los rústicos.

Tales eran las calidades principales y la brillante posicion del antiguo maestro del Comendador, con quien éste iba ahora á consultar y tratar negocios árduos, y de quien esperaba obtener poderoso auxilio.

XIII.

No bien llegó el Comendador á Villabermeja y dejó el caballo en su casa, se dirigió al convento, que distaba pocos pasos, y, como era la hora de la siesta, halló en su celda al Padre Jacinto, el cual no dormia, sino estaba leyendo, sentado á la mesa.

Mis lectores deben de formarse ya, por lo expuesto hasta aquí, cierta idea bastante aproximada de la condicion del mencionado fraile. Fáltame añadir, para que sea completo el retrato, que era alto y seco; que veia y oia bien; que tuteaba á todo el género humano, y que se preciaba de no tener pelillos en la lengua, esto es, de decir cuanto se le ocurria, con una franqueza que tocaba y hasta pasaba á menudo sus límites, entrando con ban-

Digitized by Google

deras desplegadas por la jurisdiccion y término de la desvergüenza. Sólo con D. Fadrique se mostraba el Padre respetuoso y deferente, suponiendo que él tenía, sin poderlo remediar, un afecto por su antiguo discípulo, que le hacía sobrado débil.

—Muchacho, dijo á D. Fadrique, apénas le vió entrar, ¿qué buen viento te trae por aquí de improviso?

—Maestro, contestó el Comendador, he venido expresamente para consultar á usted.

—¿Para consultarme á mí? ¿Y sobre qué? ¿Qué hay que tú no sepas mejor que yo y mejor que nadie?

—Mi consulta es de suma importancia.

—Vamos..... ¿de qué se trata?

—Se trata..... se trata..... nada ménos que de un caso de conciencia.

Al oir *caso de conciencia*, el Padre miró fijamente al Comendador, con aire de incredulidad y de recelo, y exclamó al cabo :

—Mira, hijo mio, si es que te aburres en estos lugares y quieres chancearte y divertirte, toma una tabla y dos cuernos, y no te diviertas ni te chancees conmigo. Ya está duro el alcacer para zampoñas.

—¿Y de dónde infiere V. que me chanceo ó que me burlo? Hablo con formalidad. ¿Por qué no he de exponer yo á V. formalmente un caso de conciencia?

—Porque todo hombre de cierta educacion, criado en el seno de la sociedad cristiana, aunque haya perdido la fe en Nuestro Señor Jesucristo, tiene la conciencia tan clara como yo, y no hay caso que no resuelva por sí, sin necesidad de consultarme. Si tuvieses fe, podrias acudir

Digitized by Google

á mí en busca de los consuelos que da la religion. No acudiendo para esto, ¿qué podré yo decirte que ignores? La moral tuya es idéntica á la mia, aunque en sus fundamentos discrepe. Y al fin, harto lo conoces tú, no hay caso de conciencia, meramente moral, cuya solucion no sea llana para todo entendimiento un poco cultivado. Sin duda que Dios, para ejercitar nuestra actividad mental y aguzar nuestro ingenio, ó para dar precio á nuestra fe, ha circundado de tinieblas los grandes problemas metafísicos: los ha envuelto en misterios, impenetrables á veces: pero en lo tocante á la moral, en lo que atañe al cumplimiento de nuestros deberes, no hay misterio alguno: todo está claro como el agua. El soberano Señor, en su infinita bondad y misericordia, no ha querido, á pesar de nuestras maldades, que nadie tenga que ser un Séneca para saber perfectamente cuál es su obligacion, ni mucho ménos que nadie tenga que ser un héroe estupendo para cumplirla. Ni para conocerla te falta entendimiento, ni para cumplir con ella debe faltarte voluntad. ¿Qué es lo que buscas, pues, en mí?

—Mucho pudiera argumentarse contra lo que usted dice: pero no quiero disputar, sino consultar. Quiero convenir en que la moral no es ninguna reconditez y en que no es tan arduo cumplir con ella.

—Se entiende, interrumpió el Padre, para todos aquellos pueblos donde la luz del Evangelio ha penetrado. Tú imaginas que el natural discurso ha bastado á los hombres para formar la ley moral: yo creo que han necesitado de la revelacion: pero tú y yo convenimos en que, una vez presentada esa ley, la razon humana la

Digitized by Google

acepta como evidente. Es gran bellaquería suponer esa ley oscura y vaga, y forjarse casos terribles, conflictos espantosos entre los sentimientos naturales y el sencillo cumplimiento de un deber. Esto equivaldria á suponer la necesidad de ser un pozo de ciencia y de sentirse capaz de sobrehumanos esfuerzos para ser persona decente. Ya tú comprendes que esto sería disculpar y dar casi la razon á los tunos. Al fin y al cabo, no todos los hombres son sabios ni tienen las fibras de hierro y el corazon de diamante. Realzar así la moral es hacerla poco ménos que imposible, salvo para algunos seres privilegiados y de primera magnitud, más profundos que Crisipo y más constantes que Régulo.

—Mucho tiene que ver el caso que quiero presentar, con todo lo que está V. diciendo. No es curiosidad ociosa, sino interes muy respetable, el que me induce á resolver una duda.

—Imposible..... tú no puedes dudar.

—Déjeme V. que acabe. Yo no dudo sobre el caso..... Tengo formado mi juicio..... que me parece de no menor certidumbre que este otro : dos y tres son cinco. Mi duda está en si V., por razones que se fundan en la inexhausta bondad divina, tiene la manga más ancha que yo, ó si por razones de la ley positiva, en que cree, la tiene más estrecha. ¿Me entiende V. ahora?

—Te entiendo muy bien; y desde luégo te declaro que no he de tener la manga ni más ancha ni más estrecha que tú. Lo mismo calificarémos ambos un pecado, una falta, un delito; y lo mismo marcarémos y determinarémos la obligacion que de él nazca. Las razones

Digitized by Google

teológicas tienen que ver con la penitencia, con la expiacion, con el perdon, con la gloria ó el infierno, allá en el otro mundo; y en esto para nada tienes tú que meterte ahora. Veamos, pues, ese caso, ya que quieres consultarme.

—Desde luégo, V. convendrá en que lo robado debe devolverse á su dueño.

—Indudable.

—Y cuando por efecto de un engaño, algo que pertenece á uno viene á pertenecer á otro, ¿qué debemos hacer?

—Debemos poner fin al engaño para que lo que posee álguien sin derecho pase á manos de su señor legítimo.

—¿Y si al poner fin al engaño resultan males evidentemente mayores?

—Aquí importa distinguir. Si tú tienes que hablar, no debes decir jamas mentira por inmensos que sean los males que de decir la verdad resulten. Condenada está la mentira oficiosa, como la perniciosa. No debes mentir ni por salvar la vida del prójimo, ni por salvar la honra de nadie, ni por el bien de la religion: pero yo me atrevo á sostener que debes callar la verdad cuando nadie la inquiere de tí y cuando de decirla resultan más males que bienes. Pensar algo en contra es delirio. Lo sostengo sin vacilacion. Voy á explanar mi doctrina en breves palabras. Tú cometes un pecado. Eres, por ejemplo, mentiroso. Los males que nazcan de tu pecado debes remediarlos hasta donde te sea posible y lícito, esto es, sin cometer pecado nuevo para remediar el antiguo.

Digitized by Google

Dios, para hacernos patente la enormidad de nuestras culpas, consiente á veces en que nazcan de ellas males, cuyos humanos remedios son peores. Tratar tú de evitarlos ó de remediarlos entónces, no es humildad, sino soberbia, orgullo satánico: es luchar contra Dios; es tomar el papel de la Providencia; es dar palo de ciego; es querer enderezar el tuerto que tú mismo hiciste, torciendo y ladeando lo que está recto y tirando á trastornar el órden natural de las cosas.

—Hablando con franqueza, dijo el Comendador, la doctrina de V. me parece muy cómoda. Veo que tiene V. la manga más ancha de lo que yo pensaba.

—Véte á paseo, Comendador, repuso el Padre bastante enojado. En ninguna ocasion pasé yo por complaciente. Me diriges la acusacion más dura que á un confesor puede dirigirse. Un santo ha dicho: *non est pietas, sid impietas tolerare peccata*, y yo disto mucho de ser impío. Todo proviene, sin duda, de que tú confundes las cosas. Aquí no hablamos de penitencia, de expiacion, de castigo de la culpa. Sobre este punto no tengo que decirte yo lo que exigiria de un penitente para absolverle. Aquí hablamos sólo de la obligacion de satisfacer el agravio que nace del pecado ó del delito. Y á esto he respondido con sencillez. El pecador ó delincuente debe ir hasta donde le sea posible y lícito. Si ha de cometer nuevos pecados, si ha de hacer nuevas maldades y desatinos, mejor es que lo deje y no se meta á remediar el mal que ha hecho. Pues qué, ¿estaria bien, por ejemplo, que tú hirieses á uno, y luégo, sin saber de cirugía, tratases de curarle y le acabases de matar? Dices tú que

Digitized by Google

la tal doctrina es cómoda. ¿Dónde está la comodidad? Aunque yo te excuse de poner el remedio, no te libro de la penitencia, del remordimiento y del castigo. Antes al contrario, lo cómodo es lo otro: remediar el mal de mala manera, y creerse ya horro y darse ya por absuelto. Así un criado torpe te romperá un dia el vaso más precioso de los que has traido de la China, le pegará luégo chapuceramente con cola, y se quedará tan fresco como si no te hubiese causado el menor perjuicio. Lo que debe hacer el criado es andar siempre muy cūidadoso para no romper el vaso, y si le rompe, sentir mucho su falta, y, ya que no puede ni componer bien el vaso, ni comprarte otro nuevo é igual, sufrir con humildad la reprimenda que tú le eches.

—Me complazco en ver que estamos de acuerdo en lo general de la doctrina. En la aplicacion á casos particulares es en lo que veo que cabe mucha sutileza. Contra la opinion de V., el buen camino se presenta muy anublado y confuso. ¿Cómo determinar á veces hasta dónde es posible y lícito lo que quiero hacer para reparar el daño?

—Es muy sencillo. Si para repararle causas otro daño mayor, deja subsistir el primero, que es más pequeño; y esto aunque en el segundo daño que causes no haya pecado de tu parte. Habiendo nuevo pecado, nueva infraccion de la ley moral en el remedio, aunque este segundo pecado sea menor que el primero que cometiste, no debes cometerle. Dios, si quiere, remediará el mal causado.

—De suerte que no hay más que cruzarse de brazos: dejar rodar la bola.

Digitized by Google

—No hay más que dejarla rodar, ya que deteniéndola puedes hacer que todo ruede. Las Sagradas Letras vienen en mi apoyo con no pocos textos. David dijo: *Abyssus abyssum invocat;* Salomon, *Est processio in malis;* el profeta Amós, *Si erit malum ¿quod Dominus non fecerit?* con lo cual da á entender que Dios permite ú ordena el mal como pena del pecado y escarmiento de las criaturas; y el mismo Salomon, ántes citado, dice de modo más explícito que no podemos añadir ni quitar de lo que Dios hizo para ser temido: *non possumus quidquam addere nec auferre, quæ fecit Deus ut timeatur.*

—A pesar de los textos, á pesar de los latines, me repugna esa cobarde resignacion.

—¿Cómo cobarde? ¿Dónde viste tú que para con Dios haya cobardía? La resignacion á su voluntad no implica, por otra parte, el que te aquietes y te llenes de contentamiento de tí propio. Sigue llorando tu culpa; desuéllate el alma con el azote de la conciencia y el cuerpo con unas disciplinas crueles; haz de tu vida en el mundo un durísimo purgatorio; pero resígnate y no trates de remediar lo que sólo de Dios debe esperar remedio. Hasta el sentido comun está de acuerdo en esto, miradas las acciones humanas por el lado de la utilidad y conveniencia, las cuales, bien entendidas, concuerdan con la moralidad y con la justicia. ¡Qué atinado es el refran que reza: *no siento que mi hijo pierda, sino que quiera desquitarse!* Si malo es jugar, peor es aún volver á jugar; reincidir en el pecado para remediar el mal del pecado. Pero á todo esto, tú no hablas sino de generalidades, y el caso de conciencia no parece.

Digitized by Google

—Voy al caso, dijo el Comendador.

—Soy todo oidos, repuso el fraile.

—¿Qué debe hacer el que no es hijo de quien pasa por su padre, segun la ley, y usurpa nombre, posicion y bienes que no son suyos? (1).

—¡Hombre..... tú eres famoso! ¿Despues de tanto preámbulo te vienes con una preguntilla tan baladí? Prescindo ahora de la dificultad ó imposibilidad en que ese hijo postizo estaria de probar el delito de su madre. Yo no sé de leyes; pero la razon natural me dicta que contra la fe de bautismo, contra la serie de actos y documentos oficiales que te han hecho pasar hasta hoy por hijo de un determinado y conocido Lopez de Mendoza, no pueden valer testimonios sino de un órden excepcional y casi imposible. Doy, con todo, de barato que posees tales testimonios. Creo, decido que no debes valerte de ellos. ¿Sabes los Mandamientos de la Ley de Dios? ¿Sabes que el órden en que están no es arbitrario? Pues bien: ¿qué dice el sétimo?

—No hurtar.

—¿Y el cuarto?

—Honrar padre y madre.

—Es, pues, evidente que para quitarte de encima el

(1) Esta novela, que se ha publicado á pedacitos en el periódico *El Campo*, tiene plan trazado en Noviembre de 1876. El drama del Sr. Echegaray *Ó locura ó santidad* no habia sido representado aún. Yo no tenía de él la menor noticia, dado que ya estuviese escrito. Ha sido, pues, una coincidencia, para mí harto desagradable, la semejanza ó analogía del asunto de tan aplaudido drama con el asunto de mi pobre novela. Entiéndase que al hacer esta observacion no quiero defenderme de los que pudieran acusarme de imitar ó remedar, sino de aquellos que se inclinen á creer que yo, bajo la forma de un cuento, me entrometo en censurar, impugnar ó controvertir las ideas ó doctrinas que en el citado drama resplandecen.

Digitized by Google

pecado contra el sétimo, ibas á pecar contra el cuarto, deshonrando á tu madre y á tu padre, que padre sería siempre el que te tuvo por hijo, te crió, te alimentó y te educó, aunque no te engendrára.

—Tiene V. razon, Padre Jacinto. Y, sin embargo, los bienes que no son mios ¿cómo sigo gozando de ellos?

—¿Y quién te dice que goces de ellos? Pues qué, ¿es tan difícil dar sin expresar la causa por qué se da? Dalos, pues, á quien debes. Ya los tomarán..... En el tomar no hay engaño. Y si, por extraño caso, hallares á álguien en el tomar inverosímilmente escrupuloso, ingéniate para que tome. Léjos de oponerme, pido, aplaudo la reparacion, siempre que para llevarla á cabo no sea menester hacer mayor barbaridad que la que remedie.

—Está bien..... pero si no es el hijo, sino la madre culpada..... ¿qué debe hacer la madre culpada?

—Lo mismo que el hijo..... no deshonrar públicamente á su marido..... no amargarle la vida..... no desengañarle con desengaño espantoso..... no añadir á su pecado de fragilidad el de una desvergüenza cruel y sin entrañas.

—La madre, no obstante, no tiene medios de devolver bienes que por su culpa van á pasar ó han pasado á quien no corresponden.

—Y si no los tiene, ¿qué se le ha de hacer? Ya lo he dicho. Que se resigne. Que se someta á la voluntad de Dios. Todo eso lo debió prever ántes de pecar, y no pecar. Despues del pecado, no le incumbe el remedio si implica pecado nuevo, sino la penitencia. ¿Has expuesto ya todo el caso?

Digitized by Google

—No, Padre: tiene otras complicaciones y puntos de vista.

—Dilos.

—¿Qué piensa V. que debe hacer el hombre pecador, cómplice de la mujer, en aquel delito cuya consecuencia es el hurto, la usurpacion de que hemos hablado?

—Lo mismo que he dicho del hijo y de la madre.

—¿Y si posee bienes para subsanar el daño causado á los herederos?

—Subsanar ese daño, pero con tal recato, discrecion y sigilo, que no se sepa nada. En el libro de los Proverbios está escrito: *Melius est nomen bonum quam divitiæ multæ.* Así es que por cuestion de intereses no se debe perjudicar á nadie en su buen nombre.

El historiador de estos sucesos escribe para narrar y no para probar. No decide, por lo tanto, si el Padre Jacinto estaba atinado ó no en lo que decia, si hablaba guiado por el sentido comun ó por la doctrina moral cristiana, ó por ambos criterios en consonancia completa; y no se inclina tampoco á creer que dicho Padre tenía una moral burda y grosera y el atrevimiento y la confianza de un rústico ignorante. Quédese esto para que lo resuelva el discreto lector. Baste apuntar aquí que el Comendador mostraba una satisfaccion grandísima de ver que su maestro, como él le llamaba, pensaba exactamente lo que él queria que pensase.

El Padre Jacinto, desconfiado como buen lugareño, no advertia el interes vivísimo con que su antiguo discípulo le interrogaba, y temiendo siempre una burla, una especie de exámen hecho por el Comendador para

Digitized by Google

pasar el rato, volvió á hablar un tanto picado, diciendo:

—Me parece que estoy archi-cándido. ¿A dónde vas á parar con tanta preguntilla? ¿Quieres examinarme? ¿Piensas retirarme la licencia de confesar, si no me crees bien instruido?

—Nada de eso, maestro. Yo ignoro si está usted ó no de acuerdo con sus librotes de teología moral; pero está V. de acuerdo conmigo, lo cual me lisonjea, y lo está tambien con mis propósitos, lo cual me llena de esperanza. Yo buscaba en usted un aliado. Contaba siempre con su amistad, pero no sabía si podia contar tambien con su conciencia. Ahora comprendo que su conciencia no se me opone. Su amistad, por consiguiente, libre de todo obstáculo, vendrá en auxilio mio.

El Padre Jacinto conoció al fin que se trataba de un caso práctico, real y no imaginado, y se ofreció á auxiliar al Comendador en todo lo que fuese justo.

Aguardando, pues, una revelacion importante, quiso tomar aliento haciendo una pausa, y trató de solemnizar la revelacion yendo á una alhacena, que no estaba léjos, y sacando de ella una limeta de vino y dos cañas, que puso sobre la mesa, llenándolas hasta el borde.

—Este vino no tiene aguardiente, ni botica, ni composicion de ninguna clase, dijo el Padre al Comendador. Es puro, limpio y sin mácula. Está como Dios le ha hecho. Bebe y confórtate con él, y cuéntame luégo lo que tengas que contar.

—Bebo al buen éxito de mis planes, contestó el Comendador, apurando el vino de su caña.

—Así sea, si Dios lo quiere, replicó el fraile, be-

Digitized by Google

biendo tambien, y se dispuso á atender á D. Fadrique con sus cinco sentidos.

XIV.

La celda no tenía mucho que llamase la atencion. Sobre la mesa ó bufete, que era de nogal, habia recado de escribir, el Breviario y otros libros. Dos sillones de brazos, frente el uno del otro, con la mesa de por medio, y donde se sentaban nuestros interlocutores, eran de nogal igualmente. A mas de los dos sillones, habia cuatro sillas arrimadas á la pared. Los asientos todos eran de enea. Un *Ecce-Homo*, al óleo, á quien cuadraba el refran de *á mal Cristo mucha sangre*, era la única pintura que adornaba los muros de la celda. No faltaban, en cambio, otros más naturales adornos. En la ventana, tomando el sol, se veian dos floridos rosales; dentro del cuarto, cuatro macetas de brusco; y colgadas en la pared cinco jaulas, dos con perdices cantoras, y tres con colorines, excelentes reclamos. Otro bonito colorin, diestro cimbel, asido á la varilla saliente que estaba fija á una tabla de pino, volaba á cada momento hasta donde lo consentia el hilo largo que le aprisionaba, y volvia con mucho donaire á posarse en la varilla.

Los jilgueros cantaban de vez en cuando y animaban la habitacion.

Arrimadas á un ángulo habia dos escopetas de caza.

Y, por último, en una alcobita que apénas se descubria, por hallarse la pequeña puerta casi tapada del to-

Digitized by Google

do por una cortina de bayeta verde, estaba la cama del buen religioso. La alhacena de donde éste sacó el vino, y que era bastante capaz, servia de bodega, ropero, despensa, caja ó tesoro y biblioteca á la vez.

Todo, aunque pobre, parecia muy aseado.

El Padre Jacinto, con el codo sobre la mesa, la mano en la mejilla y los ojos clavados en D. Fadrique, aguardaba que hablase.

Don Fadrique, en voz baja, habló de este modo.

—Aunque yo no soy un penitente que vengo á confesarme, exijo el mismo sigilo que si estuviese en el confesionario.

El Padre, sin responder de palabra, hizo con la cabeza un signo de afirmacion.

Entónces prosiguió D. Fadrique:

—El hombre de que he hablado á V., el pecador causa del engaño y del hurto, soy yo mismo. La ligereza de mi carácter me habia hecho olvidar mi delito y no pensar en las fatales consecuencias que de él habian de dimanar. El acaso..... ¿qué digo el acaso?.... Dios providente, en quien creo, me ha vuelto á poner en presencia de mi cómplice y me ha hecho ver todos los males que por mi culpa se originaron y amenazan originarse aún. Dispuesto estoy á remediarlos y á evitarlos, de acuerdo con la doctrina de V., hasta donde me sea posible y lícito. Es un consuelo para mí el ver que está V. en concordancia conmigo. Yo no he de buscar remedio peor que la enfermedad; pero hay una persona que le busca, y es menester oponerse á toda costa á que le halle. Sería una abominacion sobre otra abominacion.

Digitized by Google

—¿Y quién es esa persona? dijo el Padre.

—Mi cómplice, contestó el Comendador.

—¿Y quién es tu cómplice?

—Usted la conoce, V. es su director espiritual. Usted debe de tener grande influjo sobre ella. Mi cómplice es..... Cuenta, maestro, que jamas he hecho á nadie esta revelacion. Al ménos nadie pudo jamas tildarme de escandaloso. Pocas relaciones han sido más ocultas. La buena fama de esta mujer aparece áun, despues de diez y siete años, más resplandeciente que el oro.

—Acaba: ¿quién es tu cómplice? Haz cuenta que echas tu secreto en un pozo. Yo sé callar.

—Mi cómplice es doña Blanca Roldan de Solis.

El padre Jacinto se llenó de asombro, abrió los ojos y la boca y se santiguó muy de priesa media docena de veces, soltando estas piadosas interjecciones:

—¡Ave María Purísima! ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento! ¡Jesus, María y José!

—¿De qué se admira V. tan desaforadamente? dijo el Comendador, pensando que el Padre extrañaba que tan virtuosa y austera matrona hubiese nunca sucumbido á una mala tentacion.

—¿De qué me admiro?.... muchacho..... ¿De qué me admiro?.... Pues ¿te parece poco? Bien dicen..... Vivir para ver..... El demonio es el mismo demonio. Miren..... y no lo digo por ofender á nadie..... ¡miren con qué ramillete de claveles te acarició y te sedujo nuestro enemigo comun!.... Con un manojo de aulagas. Suave flor trasplantaste al jardin de tus amores..... ¡Un cardo ajonjero! Hermosa debe de haber sido doña Blanca..... toda-

Digitized by Google

vía lo es; pero ¡hombre! ¡si es un erizo! Yo..... perdóneme su ausencia..... no la creia impecable, pero no la creia capaz de pecar por amor.

Don Fadrique respondió sólo con un suspiro, con una exclamacion inarticulada, que el Padre creyó descifrar como si dijese que diez y siete años ántes doña Blanca era muy otra, y que ademas, la misma dureza de su carácter y la briosa inflexibilidad de su genio hacian más vehemente en ella toda pasion, incluso la del amor, una vez que llegaba á sentirla.

Repuesto un poco de su pasmo, dijo el padre Jacinto:

—Y dime, hijo, ¿qué trata de hacer doña Blanca para remediar el mal? ¿Qué proyectos son los suyos que tanto te asustan?

—¿Quién sería el inmediato heredero de su marido si ella no tuviese una hija? preguntó el Comendador.

—Don Casimiro Solis: fué la respuesta.

—Pues por eso quiere casar á su hija con don Casimiro.

—¡Pecador de mí! ¡Estúpido y necio! exclamó el Padre todo lleno de violencia y dando en la mesa unos cuantos puñetazos. ¿Quieres creer que soy tan egoista que el egoismo me habia cegado? Yo no habia visto en el plan de doña Blanca ninguna mala traza. Me parecia natural que casase á Clarita con su tio. Yo no miraba sino á mi pícaro interes; á que nadie se llevase á Clarita léjos de estos lugares. Es menester que lo sepas..... Clarita me tiene embobado. Por ella, no más que por ella aguanto á su madre. Lo que yo queria, como un bribon de siete suelas, es que se quedase por aquí..... para ir á

Digitized by Google

verla y para que ella me agasajase, como me agasaja ahora, cuando voy á casa de su madre, sirviéndome, con sus blancas y preciosas manos, jícaras de chocolate y tacillas de almíbar. Se me antojó que Clarita era una muñeca para mi diversion. Yo no caí en nada..... no me hice cargo..... pensé sólo en que, ya casada, haria una excelente señora de su casa, y me recibiria al amor de la lumbre, y yo le llevaria flores, frutas y pajaritos de regalo. ¡Si vieses qué corza he hecho venir para ella de Sierra Morena! Es un primor. La tengo abajo en el corral..... y se la iba á llevar mañana. Nada..... ¿has visto qué bárbaro?.... sin dar la menor importancia á lo del casamiento. Ahora lo comprendo todo..... ¡Qué monstruosidad! ¡Casar á aquel dije con semejante estafermo! Ya se ve..... ella no lo repugna... no lo entiende... ¿quién diablo sabe?.. pero yo lo entiendo..... y me espeluzno..... me horrorizo.

—Razon tiene V. de horrorizarse..... Ella lo repugna..... lo entiende..... pero cree que no debe resistir á la autoridad materna.

—Eso será lo que tase un sastre. ¡Pues no faltaba más! Obedecerá á su madre; pero ántes obedecerá á Dios. *Diligendus est genitor, sed præponendus est Creator.* Es sentencia de San Agustin.

—Ademas, dijo el Comendador, Clarita ama á otro hombre.

—¿Cómo es eso? ¿Qué me cuentas? ¿Qué mentira, qué enredo te han hecho creer? Si amase á un galan, Clara me lo hubiera confesado.

—Ella misma ignora casi que le ama; pero me consta que le ama.

Digitized by Google

—Vamos, sí, ya doy en ello; ciertas miradas y sonrisas con un estudiantillo..... Me las ha confesado. Está arrepentida..... ¡Con un estudiantillo!.... ¿Pues se habia de ir Clarita á correr la tuna?

—Padre Jacinto, V. chochea.

—¡Desvergonzado! ¿Cómo te atreves á decir que chocheo?

—El estudiantillo no es de esos que van con el manteo roto y con la cuchara puesta en el sombrero de tres picos, pidiendo limosna, sino que es un caballero principal, un rico mayorazgo.

—¿De véras? Ya eso es harina de otro costal. De eso no me habia dicho nada aquella cordera inocente. Oye..... ¿y es buen mozo?

—Como un pino de oro.

—¿Buen cristiano?

—Creo que sí.

—¿Honrado?

—A carta cabal.

—¿Y la quiere mucho?

—Con toda el alma.

—¿Y es discreto y valiente?

—Como un Gonzalo de Córdoba. Ademas es poeta elegantísimo, monta bien á caballo, posee otras mil habilidades, es muy leido y sabe de torear.

—Me alegro, me alegro y me realegro. Le casarémos con Clarita, aunque rabie doña Blanca.

—Sí, querido maestro, le casarémos..... pero es menester que seamos muy prudentes.

—*Prudentes sicut serpentes*..... Pierde cuidado. Harto

Digitized by Google

sé yo quién es doña Blanca. Es omnímodo el imperio que ejerce sobre su hija. El respeto y el temor que le infunde exceden á todo encarecimiento. Y luégo, ¡ qué brío, qué voluntad la de aquella señora! A terca nadie le gana.

— No soy yo ménos terco..... y no consentiré que Clara sea el precio del rescate de nadie: que sobre ella, que no tiene culpa, pesen nuestras culpas; que doña Blanca la venda para conseguir su libertad. Sin embargo, importa mucho la cautela. Doña Blanca, llevada al extremo, pudiera hacer alguna locura.

Despues de esta larga conversacion, y perfectamente de acuerdo el Comendador y el padre Jacinto, el primero se volvió á la ciudad en aquel mismo dia para que su ausencia no se extrañase.

El padre Jacinto quedó en ir á la ciudad al dia siguiente de mañana.

Los pormenores y trámites del plan que habian de seguir se dejaron para que sobre el terreno se decidiesen.

Sólo se concertó el mayor sigilo y circunspeccion en todo y disimular en lo posible la íntima amistad que entre el fraile y el Comendador habia, á fin de no hacer sospechoso y aborrecible al fraile á los ojos de doña Blanca.

Se convino, por último, en que, á pesar de la gravedad de la situacion, no era ninguna salida de tono, ni tenía una inoportunidad cómica ó censurable, que el padre Jacinto llevase á Clarita la corza y se la regalára.

Digitized by Google

XV.

Al volver aquella noche á la ciudad, el Comendador tuvo que sufrir un interrogatorio en regla de su sobrina, que era la muchacha más curiosa y preguntona de toda la comarca. Tenía ademas un estilo de preguntar, afirmando ya lo mismo de que anhelaba cerciorarse, que hacía ineficaz la doctrina del padre Jacinto de callar la verdad sin decir la mentira. O habia que mentir ó habia que declarar: no quedaba término medio.

—Tio, dijo Lucía apénas le vió á solas, V. ha estado en Villabermeja.

—Sí..... he estado.

—¿A qué ha ido V. por allí? ¡Si le traerán á usted entusiasmado los divinos ojos de Nicolasa!

—No conozco á esa Nicolasa.

—¿Que no la conoce V.?.... ¡Bah!.... ¿Quién no conoce á Nicolasa? Es un prodigio de bonita. Muchos hidalgos y ricachos la han pretendido ya.

—Pues yo no cuento en ese número. Te repito que no la conozco.

—Calle V. tio..... ¿Cómo quiere V. hacerme creer que no conoce á la hija de su amigo el tio Gorico?

—Pues digo por tercera vez que no la conozco.

—Entónces, ¿qué hay que ver en Villabermeja? ¿Ha estado V. para visitar á la chacha Ramoncica?

El Comendador tuvo que responder francamente:

—No la he visitado.

Digitized by Google

—Vamos, ya caigo. ¡Qué bueno es V.!

—¿Por qué soy bueno?.... ¿Porque no he visitado á la chacha Ramoncica que me quiere tanto?

—No, tio. Es V. bueno..... En primer lugar porque no es V. malo.

—Lindo y discreto razonamiento.

—Quiero decir que es V. bueno, porque no es como otros caballeros, que por más que estén ya con un pié en el sepulcro, de lo que dista V. mucho, á Dios gracias, andan siempre galanteando y soliviantando á las hijas de los artesanos y jornaleros. Ahora no..... por el noviazgo; pero ántes..... bien visitaba D. Casimiro á Nicolasa.

—Pues yo no la he visitado.

—Pues esa es la primera razon por la que digo que es V. bueno. Nicolasa es una muchacha honrada..... y no está bien que los caballeros traten de levantarla de cascos.....

—Apruebo tu rigidez. Y la segunda razon por la cual soy bueno, ¿quieres decírmela?

—La segunda razon es que no habiendo ido usted ni á ver á Nicolasa ni á ver á la chacha Ramoncica, ¿á qué habia V. de haber ido tan á escape como no fuese á ver al padre Jacinto y á tratar de ganarle en favor de Mirtilo y de Clori? ¿Vaya que ha ido V. á eso?

—No puedo negártelo.

—Gracias, tio. No es V. capaz de encarecer bastante lo orgullosa que estoy.

—¿Y por qué?

—Toma..... porque, por muy afectuoso que sea usted

Digitized by Google

con todos, al fin no se interesaria tanto por dos personas que le son casi extrañas, si no fuese por el cariño que tiene V. á su sobrinita, que desea proteger á esas dos personas.

—Así es la verdad, dijo el Comendador, dejando escapar una mentira oficiosa, á pesar de la teoría del padre Jacinto.

Lucía se puso colorada de orgullo y de satisfaccion, y siguió hablando:

—Apostaré á que ha ganado V. la voluntad del reverendo. ¿Está ya de nuestra parte?

—Sí, sobrina, está de nuestra parte; pero, por amor de Dios, calla, que importa el secreto. Ya que lo adivinas todo, procura ser sigilosa.

—No tendrá V. que censurarme. Seré sigilosa. Usted, en cambio, me tendrá al corriente de todo. ¿Es verdad que me lo dirá V. todo?

—Sí, dijo el Comendador, teniendo que mentir por segunda vez. Luégo prosiguió:

—Lucía, tú has dicho una cosa que me interesa. ¿Qué clase de amoríos das á entender que hubo ó hay entre don Casimiro y esa bella Nicolasa?

—Nada, tio..... ¿No lo he dicho ya? Fueron ántes del noviazgo con Clarita. Don Casimiro no iba con buen fin..... y Nicolasa le desdeñó siempre; pero de esto informará á V. mejor que yo el padre Jacinto. Yo lo único que añadiré es que el tal D. Casimiro me parece un hipocriton y un bribon redomado.

—No es malo saberlo, pensó el Comendador.

—¡Ah! diga V., tio. Ya sé que se fué á Sevilla don

Digitized by Google

Cárlos. Envió recado despidiéndose y excusándose de no haberlo hecho en persona por la priesa. Es evidente que V. le ha hablado al alma y le ha convencido para que se vaya, asegurándole que esto convenia al logro de nuestro propósito. ¿No es así, tio?

—Así es, sobrina, respondió el Comendador. Veo que nada se te oculta.

XVI.

Cuando ocurrian los sucesos que vamos refiriendo, no habia tantas carreteras como ahora. Desde Villabermeja á la ciudad puede hoy irse en coche. Entónces sólo se iba á pié ó á caballo. El camino no era camino, sino vereda, abierta por las pisadas de los transeuntes racionales é irracionales. Cuando habia grandes lluvias, la vereda se hacía intransitable; era lo que llaman en Andalucía un camino real de perdices.

Poseia el Padre Jacinto una borrica modelo por lo grande, mansa y segura. En esta borrica iba y venía siempre, como un patriarca, desde Villabermeja á la ciudad y desde la ciudad á Villabermeja. Un robusto lego le acompañaba á pié. En el viaje que hizo á la ciudad, al dia siguiente de su largo coloquio con el Comendador, le acompañó, á más del lego, un rústico seglar ó profano, para que cuidase de la corza.

Seguido, pues, de su lego, de la corza y del rústico, y caballero en su gigantesca borrica, el Padre Jacinto entró sano y salvo en la ciudad á las diez de la mañana.

Digitized by Google

Como el convento de Santo Domingo está casi á la entrada, no tuvo el Padre que atravesar calles con aquel séquito. En el convento se apeó, y, apénas se reposó un poco, se dirigió á casa de D. Valentin Solis, ó más bien á casa de doña Blanca. El cuitado de D. Valentin se habia anulado de tal suerte, que nadie en el lugar llamaba á su casa la casa de D. Valentin. Sus viñas, sus olivares, sus huertas y sus cortijos, eran conocidos por de doña Blanca y no por suyos. Aquella anulacion marital no habia llegado, con todo, hasta el extremo de la de algunos maridos de Madrid, á quienes apénas los conoce nadie sino por sus mujeres, cuya notoriedad y cuya gloria se reflejan en ellos y los hacen conspicuos.

Pero dejemos á un lado ejemplos y comparaciones que pueden tomar ciertos visos y vislumbres de murmuracion, y sigamos al Padre Jacinto, y penetremos con él en casa de doña Blanca, donde tan difícil era entrar para el vulgo de los mortales.

Merced á la autoridad del reverendo, y siguiéndole invisibles, todas las puertas se nos franquean.

Ya estamos en el salon de doña Blanca. Clara borda á su lado. Don Valentin, á respetable distancia y sentado junto á una mesa, hace paciencias con una baraja. Don Casimiro habla con la señora de la casa y con su hija.

Los lectores conocen ya á D. Casimiro, como si dijéramos de fama, de nombre y hasta de apodo, pues no ignoran que para D. Cárlos, Lucía, Clara y el Comendador, era *el viejo rabadan.* Veamos ahora si logramos hacer su corporal retrato.

Digitized by Google

Era alto, flaco de brazos y piernas y muy desarrollado de abdómen; de color trigueño, poca barba que se afeitaba una vez á la semana, y los ojos verde-claros y un poquito bizcos. Tenía ya bastantes arrugas en la cara, y el vivo carmin de sus narices no armonizaba bien con la palidez de los carrillos. En su propia persona se notaba poco esmero y aseo; pero en el traje sí se descubrian el cuidado y la pulcritud que en la persona faltaban, lo cual denotaba desde luégo que D. Casimiro más se cuidaba la ropa por ser ordenado, económico y aficionado á que las prendas durasen, que por amor á la limpieza. Iba vestido muy de hidalgo principal, si bien á la moda de hacía quince ó veinte años. Su casaca, su chupa, sus calzones y medias de seda, no tenian una mancha, y, si tenian alguna rotura, ésta se hallaba diestra y primorosamente zurcida. Gastaba peluca con polvos y coleta, y lucia muchos dijes en las cadenas de sendos relojes que llevaba en ambos bolsillos de la chupa. Su caja de tabaco, que él mostraba de contínuo, pues no cesaba de tomar rapé, era un primor artístico, por los esmaltes y las piedras preciosas que le servian de adorno. Al hablar usaba D. Casimio de cierta solemnidad y pausa muy entonada; pero su voz era ronca y desapacible, asegurándose provenir esto en parte de que no le desagradaba el aguardiente, y más aún de que, en su casa y despojado de las galas de novio ó de pretendiente amoroso, fumaba mucho tabaco negro.

La expresion de su semblante, sus modales y gestos, no eran antipáticos; eran insignificantes; salvo que no podia ménos de reconocerse por ellos en D. Casimiro

Digitized by Google

á una persona de clase, aunque criada en un lugar.

Se advertia, por último, en todo su aspecto, que don Casimiro debia de padecer no pocos achaques. Su mala salud le hacía parecer más viejo.

Dado á conocer así somera, y no favorablemente, por desgracia, podemos ya lisonjearnos de conocer á cuantas personas ocupaban la sala, cuando entró en ella el Padre Jacinto.

Doña Blanca, Clarita, D. Valentin y D. Casimiro, se levantaron para recibirle, y todos le besaron humildemente la mano. El Padre estuvo sonriente y amabilísimo con ellos; y á Clarita le dió, como si no fuese ya una mujer, como si fuese una niña de ocho años, y con la respetabilidad que setenta bien cumplidos le prestaban, dos palmaditas suaves en la fresca mejilla, diciéndole:

—¡Bendito sea Dios, muchacha, que te ha hecho tan buena y tan hermosa!

—Su merced me favorece y me honra; contestó Clarita.

Doña Blanca se lamentó del mucho tiempo que el Padre habia estado sin venir de Villabermeja, y todos le hicieron coro. Se trató de que el Padre tomase algo hasta la hora de comer, y el Padre no quiso tomar nada, salvo asiento cómodo. Desde su asiento habló de mil cosas con animada y alegre conversacion, resuelto á aguardar allí á que D. Casimiro se fuese y á que D. Valentin y doña Clara despejasen, para hablar á solas con doña Blanca.

Doña Blanca adivinó la intencion del fraile, entró en

Digitized by Google

curiosidad, y pronto halló modo de despedir á D. Casimiro y de echar de la sala á D. Valentin y á Clarita.

Verificado ya el despejo, dijo doña Blanca :

—Supongo y espero que, despues de tan larga ausencia, honrará V. nuestra mesa comiendo hoy con nosotros.

El Padre Jacinto aceptó el convite y doña Blanca prosiguió :

—He creido advertir que estaba V. impaciente por hablarme á solas. Esto ha picado mi curiosidad. Todo lo que V. me dice ó puede decirme me inspira el mayor interes. Hable V., Padre.

—No eres lerda, hija mia, contestó éste. Nada se te escapa. En efecto, deseaba hablarte á solas. Y lo deseaba tanto, que dejo para despues de tu comida, que acepto gustoso, dejo para sobremesa, la aparicion de un objeto que traigo de presente á nuestra Clarita, y que le va á encantar. Figúrate que es una lindísima corza, tan mansa y doméstica que come en la mano y sigue como un perro. Pero vamos al caso: vamos á lo que tengo que decirte. Por Dios, que no te incomodes. Tú tienes el genio muy vivo, eres una pólvora.

—Es verdad : yo soy muy desgraciada, y los desgraciados no es fácil que estén de buen humor. Usted, sin embargo, no tiene derecho á quejarse del mio. ¿Cuándo estuve yo, desde que nos tratamos, desabrida y áspera con V.?

—Eso es muy verdad. Convendrás, con todo, en que yo no he dado motivo. Yo no soy como otros frailes que se meten á dar consejos que no les piden, y quieren go-

Digitized by Google

bernar lo temporal y lo eterno, y dirigirlo todo en cada casa donde entran. ¿No es así?

—Así es. Más bien tengo yo que lamentarme de que usted me aconseja poco.

—Pues hoy no te quejarás por ese lado. Tal vez te quejes de que te aconsejo mucho y de que me meto en camison de once varas.

—Eso nunca.

—Allá verémos. De todos modos, tengo disculpa. Tú sabes que Clarita es mi encanto. Me tiene hecho un bobo. ¿Quién ignora mi predileccion hácia las mujeres? Menester ha sido de toda mi severidad para que allá cuando mozo no me quitáran el pellejo los maldicientes. Hoy, hija mia (alguna ventaja ha de traer el ser viejo), con treinta y cinco años en cada pata, puedo, sin temor de censura, quereros á mi modo y trataros con la íntima familiaridad que me deleita. Te confieso que para querer á los hombres tengo que acordarme á menudo de que son prójimos y quererlos por amor de Dios. Á las mujeres, por el contrario, las quiero, no ya sin esfuerzo, sino por inclinacion decidida. Sois dulces, benignas, compasivas y muchísimo más religiosas que los hombres. Si no hubiera sido por vosotras, lo doy por cierto, hubiérase perdido hasta la huella de la primitiva cultura y revelacion del Paraíso, y los hombres jamas hubieran salido del estado salvaje. Si yo fuera un sabio habia de componer un libro demostrando que todo este ser de la Europa del dia, que todos estos adelantamientos sociales, de que el mundo se jacta, se deben, en lo humano, principalmente á las mujeres. Calcula, pues, cuán alto y lisonjero es

Digitized by Google

el concepto que tengo de vosotras. Pues bien; en los últimos años de mi vida, tu hija Clara ha venido á sublimar mucho más aún este concepto de mi mente. En mi mente tenía yo como un tipo soñado de perfeccion, al cual ninguna de las mujeres que he conocido se acercaba ni en diez leguas. Clarita ha ido más allá. ¡Qué inocencia la suya, tan rara por su enlace con la discrecion y el despejo! ¡Qué fe religiosa tan sana y atinada! ¡Qué amor á su madre y qué sumision á sus mandatos! Clara es una santita en este mundo, y al verla hay que alabar á Dios, que la ha criado, á fin de dejarnos rastrear y columbrar por ella lo que serán en el cielo los angelitos y las bienaventuradas vírgenes.

—Mucho lisonjean mi orgullo de madre, interpuso doña Blanca, esos encomios de Clarita que oigo en boca de V.; pero mi amor á la justicia me induce á creerlos exagerados. Yo me los explico de cierto modo, que voy á tener la sinceridad de declarar á V. En el puro amor que en general profesa V. á las mujeres, hay algo del antiguo caballero andante, algo del hechizo que tiene para todo sér fuerte dar proteccion á los débiles y desvalidos. En el concepto superior á la realidad que de las mujeres V. forma, hay gran bondad é instintiva poesía. Todos estos nobles sentimientos de V. se han empleado, durante una larga y santa vida, en lugareñas, jornaleras unas, é hidalgas ó ricachas otras, pero toscas las más, en comparacion con Clara, criada en grandes ciudades, con otro barniz, con otra más elevada cultura, con mayor delicadeza y refinamiento. Ventajas tales, meramente exteriores y debidas á la casualidad, han sorpren-

Digitized by Google

dido y alucinado á V., y le han hecho pensar que lo que está en la superficie está en el fondo; que modales más distinguidos, mayor tino y mesura en el hablar, y ciertas atenciones y miramientos que nacen de más esmerada educacion, y que llegan á tenerse maquinalmente, gracias á la costumbre, son virtudes y excelencias que brotan del centro mismo de un alma que se eleva sobre las otras.

—No, hija mia; nada de eso basta á explicar mi predileccion por Clarita.

—¿Cómo que no basta? Sea V. franco. ¿No quiere V. y estima casi tanto á Lucía?

—Las comparaciones son odiosas, y las del cariño más. Supongamos, á pesar de todo, que estimo y quiero á Lucía casi tanto. Esto probaria sólo que Lucía vale casi tanto como Clara.

—Y que ambas están educadas con más esmero.

—Bueno..... ¿Y qué?..... Concedo que así sea. ¿Quién te ha negado el poder de la educacion? Lo que yo niego es que la educacion valga hasta ese punto sobre un espíritu estéril é ingrato; y lo que niego tambien es que su influjo no pase de la superficie y no penetre en el fondo, y no mejore el ser de las personas. Es, pues, evidente que Clara debe mucho á Dios, y luégo á tí, que la has educado bien; pero esto que debe á tí no es superficial y externo; los modales, las palabras, las atenciones y los miramientos no son signos vanos. Cuando no hay en ellos afectacion, es porque brotan del alma misma, mejor criada por Dios ó por los hombres que otras almas sus hermanas. Cierto que yo no he visto ni conocido más

Digitized by Google

gente en mi vida que la de esta ciudad y la de Villabermeja; pero adivino y veo claramente que ha de haber duquesas y hasta princesas cuyo barniz no me engañaria ni me alucinaria. Yo conoceria al momento que era falso y de relumbron, y que en el fondo eran aquellas damas más vulgares que tu cocinera. Conste, por consiguiente, que no me alucino al encomiar á Clarita.

—¿Y no provendrá la alucinacion, dijo doña Blanca, de la cándida y espontánea propension de Clarita á hacerse agradable?

—Sin duda que provendrá; pero esa misma propension, siendo espontánea y cándida, prueba la bondad de alma de quien la tiene.

—¿V. no sabe, Padre, que eso se califica con un vocablo novísimo en castellano, y que suena mal y como censura?

—¿Qué vocablo es ese?

—Coquetería.

—Pues bien; si la coquetería es sin malicia, si el afan de agradar y el esfuerzo hecho para conseguirlo no traspasan ciertos límites, y si el fin que se propone una mujer agradando no va más allá del puro deleite de infundir cordial afecto y gratitud, digo que apruebo la coquetería.

Doña Blanca y el padre Jacinto se tenian mutuamente miedo. Ella temia la desvergüenza del fraile, y el fraile el genio violentísimo de ella. De este miedo mutuo nacia el que se tratasen por lo comun con extremada finura y con el comedimiento más exquisito y circunspecto, á fin de no terminar cualquier coloquio en pelea ó disputa.

Digitized by Google

Llevada de esta consideracion, doña Blanca no impugnó la defensa de la coquetería; dió por satisfecha su modestia de madre, y acabó por aceptar como justos y merecidos los encomios de su hija Clara.

Luégo añadió:

—En suma, mi hija es un prodigio. En las alabanzas de V. no toma parte sino la justicia. Me alegro. ¿Qué mayor contento para una madre? Imagino, con todo, que tan lisonjero panegírico bien se podria haber pronunciado en presencia de testigos. Lo que sigilosamente tenía V. que decirme no ha salido aún de sus labios.

El padre Jacinto se paró á reflexionar entónces, al verse tan directamente interrogado, y casi se arrepintió de haber venido á tratar del asunto de la boda de Clarita, dejándose llevar de un celo impaciente, sin ponerse ántes de acuerdo con el Comendador, segun habian concertado; pero el Padre Jacinto no era hombre que cejaba una vez dado el primer paso, y despues de un instante de vacilacion, que no dejó percibir á ojos tan linces como los de su interlocutora, dijo de esta manera:

—Allá voy, hija; ten calma, que todo se andará. Mi encomio de Clarita estaba muy en su lugar, porque de Clarita voy á hablarte. Me consta, como su director espiritual que soy, que te obedecerá en todo; pero díme, ¿no consideras tú que para algunas cosas, de la mayor importancia, convendria consultar su voluntad?

—¿Y quién ha informado á V. de que yo no la consulto cuando conviene?

—¿Has preguntado, pues, á Clara si quiere casarse tan niña?

Digitized by Google

—Sí, Padre, y ha dicho que sí.

—¿Le has preguntado si aceptará por marido á D. Casimiro?

—Sí, Padre, y tambien ha dicho que sí.

—¿Y no serán parte el temor y el respeto que inspiras á tu hija en esas respuestas?

—Creo que no merezco sólo inspirar á mi hija respeto y temor, sino tambien cariño y confianza. Prevaliéndose, pues, mi hija del cariño y de la confianza, que debo inspirarle, hubiera podido contestar que no queria casarse con D. Casimiro. Nadie la ha violentado para que diga que quiere. Querrá, cuando lo dice.

—Es cierto: querrá cuando lo dice. No obstante, para que una decision de la voluntad sea válida, importa que la voluntad esté previamente ilustrada por el entendimiento acerca de aquello sobre lo cual decide. ? Crees tú que Clarita sabe lo que quiere y por qué lo quiere?

—Acaba V. de hacer el encomio más extremado de mi hija, y ahora me induce á pensar que la tiene por tonta, por incapaz de sacramento. ¿Cómo quiere V. que una mujer de diez y seis años ignore los deberes que el santo matrimonio trae consigo?

—No los ignora..... pero no me vengas con sofismas..... una niña de diez y seis años no sabe toda la trascendencia del sí que va á dar en los altares.

—Por eso tiene á su madre para iluminarla, aconsejarla y dirigirla.

—¿Y tú la has iluminado, aconsejado y dirigido segun tu conciencia?

—La menor duda sobre eso, la mera pregunta que

Digitized by Google

me hace V. es una ofensa terrible y gratuita. ¿Cómo presumir, sospechar, ni por un instante, que habia yo de aconsejar á mi hija en contra de lo que mi conciencia me dictase? ¿Tan mala me cree V.?

—Perdona; me expliqué con torpeza. Yo no creo, ni puedo creer que hayas aconsejado á tu hija contra tu conciencia; pero sí puedo creer que en tu entendimiento cabe error, y que, llevada tú de algun error, induces á tu hija á dar un paso deplorable.

—Extraño muchísimo los razonamientos de V. en el dia de hoy. ¿Qué diferentes de lo que eran ántes? ¿Qué cambio ha habido en usted? Seré yo víctima de un error, y en virtud de ese error daré malos consejos y tomaré funestas resoluciones; pero usted lo sabía, tiempo há, y nada habia dicho en contra cuando no habia aún compromiso alguno contraido. ¿Cómo ha venido de pronto á hacerse patente á los ojos de V. ese error que ántes no percibia? ¿Qué luz del cielo le ha ilustrado á V. el alma? ¿Qué santo ó que ángel bendito ha bajado á la tierra á descubrir á V. lo bueno y á distinguirlo de lo malo?

Doña Blanca, segun se ve, iba ya perdiendo su aplomo y su dificultosa dulzura. El Padre Jacinto empezaba tambien á amostazarse, pero hizo un esfuerzo heroico, y en vez de seguir adelante y de excitar la tempestad, procuró calmarla por cuantos medios se le ocurrieron.

—Tienes razon que te sobra, contestó con mucha humildad. Yo debí disuadirte á tiempo de que concertáras esa boda. Del error que noto en tí, confieso que he participado. Por lo ménos, ha sido en mí un descuido atroz,

Digitized by Google

una ligereza imperdonable, el no hablarte ántes, como te estoy hablando hoy. Pero si yo erré, con reconocerlo ya y con apartarme del error, te induzco á que me imites, aunque te dé armas en contra mia. Lo que afirmas probará mi inconsecuencia, más no prueba nada contra mi consejo.

—¿Cómo que no prueba nada? Quita á su consejo de V. toda la autoridad que de otra suerte hubiera tenido. Consejo dado tan de repente..... hasta pudiera sospecharse..... que no se funda en pensamiento propio del consejero.

Doña Blanca, al pronunciar esta última frase, lanzó al Padre una penetrante y escrutadora mirada. El Padre, que no era tímido, se cortó un poco y bajó los ojos. Serenándose al instante, repuso:

—No se trata aquí de más autoridad que de la autoridad de la razon. Para darte el consejo, válganme la amistad y el cariño que tengo á tu persona y á los de tu familia: para que le aceptes ó le deseches, no pretendo que valga sino el ingenio, que pido á Dios me conceda, para llevar el convencimiento á tu alma.

—Está bien. ¿Quiere V. decirme qué razones hay para que Clara no se case con D. Casimiro? Usted es el confesor de Clara. ¿Ama Clara á otro hombre?

—Por lo mismo que soy su confesor, si Clara amase á otro hombre, y ella me lo hubiera confiado, no te lo diria, sin que ella me diese su vénia, que yo sabria pedir y exigir en caso necesario. Por dicha, para nada tiene que entrar aquí la cuestion de si Clara ama ó no á otro hombre.

Digitized by Google

—No me venga V. con rodeos y sutilezas. Yo he educado á mi hija con tal rigidez y con tal recogimiento que no tengo la menor duda de que no ha tenido amoríos. Clara no ha mirado jamas con malicia á hombre alguno.

—Así será. Pero ¿no podrá mirarle el dia de mañana? ¿No podrá amar, si no ama aún?

—Amará á su marido. ¿Por qué no ha de amarle?

—Vamos, señora, dijo el Padre Jacinto, ya con la paciencia perdida: no amará á su marido porque su marido es feo, viejo, enfermizo y fastidioso.

—Quiero suponer, contestó doña Blanca con el reposado entono que tomaba cuando más tremenda se ponia, quiero suponer que las caritativas calificaciones de V. cuadran perfectamente al sujeto, á la persona de mi familia, á quien V. honra con ellas. Su exquisito gusto de V. en las artes del dibujo halla feo á D. Casimiro; sus conocimientos de usted en la Medicina le han hecho comprender que está el pobre mal de salud; y la amenidad y discrecion, que en V. campean, es natural que le induzcan á fastidiarse de todo sér humano que no sea tan ameno y tan ingenioso como V., cosa, por desgracia, rarísima; pero V. no me negará que mi hija, ménos instruida en las proporciones y bellezas de la figura del hombre, puede no hallar feo á D. Casimiro, como no le halla; ménos docta en ciencias médicas, puede creerle más sano; y ménos chistosa que V., puede muy bien hallar en D. Casimiro algun chiste y no aburrirse de su conversacion. Y por otra parte, aunque mi hija viese en D. Casimiro los defectos que V. señala, ¿por qué no habia de amarle? Pues qué, ¿una mujer de honor, una bue-

Digitized by Google

na cristiana, ha de amar sólo la hermosura física, y el desenfado en el hablar? ¿Será menester buscarle para marido, no á un caballero de su clase, honrado, temeroso de Dios, virtuoso y lleno de atenciones y buenos deseos de hacerla dichosa, sino á algun saltimbanquis robusto, á algun truhan divertido, que provoque en ella con sus chocarrerías una risa indecorosa y un regocijo poco honesto?

—Mira, doña Blanca, dijo el fraile, que jamas abandonaba el tuteo, aunque se incomodára; no creas que se necesite ser un Apeles ó un Fidias para conocer que es feo D. Casimiro. Su fealdad es tan patente y somera que no hay que ahondar mucho para descubrirla. Y en cuanto á su ruin salud y escasa amenidad te aseguro lo mismo. Sin haber cursado Medicina, sin ser un Hipócrates ve cualquiera que D. Casimiro está por demas estropeado. Y sin haber estudiado el *Exámen de ingenios* de Huarte, se descubre en seguida que el de D. Casimiro es romo y huero. Yo no pretendo que busques para Clarita á Pitágoras y á Milon de Crotona en una pieza; pero ¿qué diablura te lleva á darle por marido á Tersites?

El Padre Jacinto se abstenia de echar latines cuando hablaba á las mujeres; pero no podia ménos de citar en romance, siempre que se dirigia á damas de distincion, hechos, personajes y sentencias de la antigüedad clásica y de las Sagradas Escrituras. Por lo demas, era tan claro el sentido de lo que decia, que doña Blanca, aunque no hubiera sabido más ó ménos confusamente la condicion de los personajes citados, no hubiera tenido la

Digitized by Google

menor duda sobre lo que el fraile queria significar. Así es que le respondió:

—Reverendo Padre, esos son insultos y no consejos; pero jamas me enojaré con usted. Lo único que afirmo es que todos los defectos que pone V. á mi futuro yerno han de estar ménos al descubierto de lo que V. supone ahora, cuando ántes de ahora no los ha conocido usted. Y si los conocia, ¿por qué ántes no me los dijo? Repito que álguien ha venido á ilustrar su claro entendimiento de usted. Alguien le induce á dar este paso. No hay que disimular. Sea V. leal y franco conmigo. Usted ha hablado con álguien acerca de la proyectada boda de Clarita. Sus consejos de V. no son consejos, sino un mensaje solapado.

El Padre Jacinto era fresco de véras; pero con doña Blanca no habia frescura que valiese. El pobre fraile estaba sofocado, rojo hasta las orejas. Por él hubiera podido inventarse aquella frase con que se denota que á álguien le han dado una buena descompostura: *tenía encarnadas las orejas como fraile en visita.*

Hasta su lengua, que por lo comun estaba tan suelta, se le habia trabado un poco y no atinaba á contestar.

Doña Blanca, notando aquel silencio, le excitaba á que se explicase, y añadia:

—No me cabe duda. Está V. convicto y casi confeso. Usted desaprueba hoy lo que ayer aprobaba, porque un enemigo mio le ha llenado la cabeza de ideas absurdas. Atrévase V. á negar la verdad.

Interpelado, acusado con tan desmedida audacia y con tan ruda serenidad, el padre Jacinto sacó fuerzas de flaqueza, puso á un lado la causa de su inusitada timidez,

Digitized by Google

que era sólo el recelo de perjudicar los intereses de Clara y de su amigo y antiguo discípulo; y ya libre de estorbos, contestó tan enérgica y sabiamente, que su contestacion, la réplica á que dió lugar y todo el resto del diálogo tomaron un carácter distinto y solemne, por donde merecen capítulo aparte, el cual será de los más importantes de esta historia.

XVII.

El padre Jacinto, sin alterarse, imitando el entonado reposo de su ilustre amiga, contestó lo que sigue:

—Ya he confesado con ingenuidad que debí aconsejarte ántes. No lo hice, no porque aprobase tu plan, sino porque llevado de ligereza vergonzosa y de indiferencia villana y grosera, no advertí todo el horror de la boda que tienes concertada. ¿Debo el advertirlo ahora á mi propio espíritu, ó bien al de otra persona que me ha ilustrado? Punto es este que podrá interesarte sabe Dios porqué, y que podrá afectar mi reputacion de hombre entendido; pero en nada altera el valor de mis consejos. No quiero ni puedo justificar mi inconsecuencia. Puedo y debo, con todo, mitigar un poco la rudeza de tu acusacion, y lo haré al exponer las razones en que fundo mis consejos de ahora. Sentiré expresarme con impropiedad, aunque espero de tu buena fe que no me armes disputa sobre las palabras, si entiendes la idea y la sana intencion con que la expreso. Tal vez está educada Clara con rigidez que raya en extremos peligrosos. Te-

Digitized by Google

miendo tú que un dia pueda caer, le has exagerado los tropiezos. Temiendo tú que la nave pueda zozobrar é irse á pique, has ponderado los escollos y bajíos que hay en el mar del mundo, el ímpetu y violencia de los vientos que combaten la nave y hasta su fragilidad y desgobierno. Esto tiene tambien sus peligros. Esto infunde una desconfianza en las propias fuerzas que raya en cobardía. Esto nos hace formar un concepto de la vida y del mundo mucho peor de lo que debe ser. ¿Cómo ha de negar un creyente que de resultas de nuestros pecados el mundo es un valle de lágrimas; que el demonio tiende su red de contínuo para perdernos, que nuestra flaca condicion es propensa al mal y que es necesario el favor del cielo para no caer en las tentaciones? Todo esto es innegable, pero conviene no exagerarlo. Una vez muy exagerado, ó hay que huir al desierto y hacer la vida ascética de los ermitaños, y entónces todo va bien, porque la belleza y la bondad que no se ven en la tierra, se esperan, se presienten y casi se ven ya en el cielo en éxtasis y arrobos, ó hay que dar, faltando el amor divino, faltando la caridad fervorosa, en un desesperado desprecio de uno mismo y en tal desden y ódio á todo lo creado y á nuestros semejantes, que hacen á quien así vive odioso y enojoso á sí y á los demas seres. Hija, no sé si me explico, pero tú eres perspicaz y me irás entendiendo. Otro grave peligro nace tambien de tu método de educar. La conciencia se halla con él más apercibida y precavida para la lucha; pero al mancharlo todo, se mancha; al inficionarlo todo, se inficiona; al presentir en todo un delito, una impureza, provoca y hasta evoca

Digitized by Google

las impurezas y los delitos. Clarita tiene un entendimiento muy sano, un natural excelente; pero, no lo dudes, á fuerza de dar tormento á su alma para que confiese faltas en que no ha incurrido, pudiera un dia torcer y dislocar los más bellos sentimientos y convertirlos en sentimientos pecaminosos: pudiera concebir del escrúpulo de su conciencia, inquisidora del pecado, el pecado mismo que ántes no existia. No tengo que asegurarte que yo por mil motivos no he procurado relajar la rigidez de los principios que has inculcado á Clarita, si bien mi modo de ser me lleva, por el contrario, á la indulgencia: á ver en todo el lado bueno, y á tardar muchísimo en ver el lado malo, y á no descubrirle sino despues de larga meditacion. Así es que al principio, contrayéndonos al asunto de la boda, no vi sino el lado bueno. Vi que D. Casimiro es un caballero de tu clase, honrado, religioso, prendado de Clarita y deseando hacerla feliz. Vi que casándose con ella, seguiria ella aquí y no se la llevarian léjos de su madre y de nosotros que la queremos tanto. Vi que con su mucha hacienda y la de su marido haria un bien inmenso en estos lugares, empleándose en obras de caridad. Y vi en la misma austeridad con que está educada la garantía de que para Clarita no podia ser el matrimonio el medio de satisfacer y áun de santificar, merced á un lazo sagrado é indisoluble, una pasion violenta, profana y algo impía, ya que consagra al hombre cierta adoracion y culto que á sólo Dios se debe, y una ilusion caduca, efímera, que se disipa tanto más pronto cuanto más vivo y ardiente es el resplandor con que la fantasía la finge y colora.

Digitized by Google

Todo esto vi, y por haberlo visto trato de cohonestar, ya que no disculpe, el no haberme opuesto ántes á la boda. Imaginaba yo, ademas, que Clarita no la repugnaba. Clarita nada me ha dicho despues, pero mis ojos se han abierto, y ahora comprendo que la repugna con repugnancia invencible, allá en el fondo de su alma. Ahora comprendo que Clarita no ve sólo en el matrimonio un voto de devocion y sacrificio. Clarita quiere amar y que el matrimonio sancione y purifique su amor. El matrimonio, por lo tanto, no puede ser para ella el mero cumplimiento de un deber social, un acto de abnegacion, un padecimiento á que hay que resignarse, una penitencia, una prueba, un castigo. El profundo respeto que te tiene, la ciega obediencia con que se somete á tu voluntad, la creencia de que casi todo es pecado, no consentirán que ella confiese nunca ni á sí misma lo que te digo; pero yo no dudo ya que lo siente. Ahora bien; ¿es merecedora Clarita de esa penitencia? ¿Es digna de ese castigo? ¿Qué derecho tienes para imponérsele? Y si es prueba, ¿quién te da permiso para poner á prueba su bondad? ¿Por qué, si lo grave y áspero de un deber, como es el del matrimonio, puede mezclarse y combinarse con lícitos contentos que aligeren la cruz y con satisfacciones y gustos que suavicen la aspereza del camino, quieres tú sólo para tu hija la aspereza del camino y la pesadumbre de la cruz, y no tambien la permitida dulzura?

Doña Blanca escuchó impasible, y al parecer muy sosegada, todo el sermon del buen fraile. Al ver que no seguia, dijo despues de un instante de silencio:

Digitized by Google

—Aun conviniendo en que casarse con un hombre de bien, lleno de afecto y de juicio, fuese una penitencia, fuese una cruz, Clarita la debiera llevar y resignarse. La mujer no ha venido al mundo para su deleite y para satisfaccion de su voluntad y de su apetito, sino para servir á Dios en esta vida temporal, á fin de gozarle en la eterna. Y usted convendrá conmigo, si en estos dias no ha tratado con gentes que han perturbado su razon y le han apartado del camino recto, que el modo mejor de servir á Dios es, en una hija, el obedecer á sus padres. Usted mismo reconoce que el santo sacramento del matrimonio no fué instituido para santificar devaneos. Cierto que es mejor casarse que quemarse; pero áun es mejor casarse sin quemarse, á fin de ser la fiel compañera de un varon justo y fundar ó perpetuar con él una familia cristiana, ejemplar y piadosa. Este concepto puro, cristiano y honestísimo del matrimonio no es fácil de realizar; mas para eso he educado yo tan severamente á Clarita; para que con la gracia de Dios tenga la gloria de realizarle en vez de buscar en el casamiento un medio de hacer lícito y tolerable el logro de mal regidos deseos y de impuras pasiones. Más pudiera decir en mi abono, acerca de este asunto, pero no se trata aquí de una discusion académica. Yo carezco de estudios y de facilidad de palabra para discutir con V. sobre la cuestion general de si el matrimonio ha de ser un estado tan difícil y estrecho como otro cualquiera que se toma para servir á Dios, y no un expediente mundanal para disimular liviandades. Aquí debemos concretarnos al caso singular de Clarita, y para ello vuelvo á lo di-

Digitized by Google

cho: necesito, exijo que sea V. leal y síncero. ¿Quién envia á V. á que me hable? ¿Quién le aconseja para que me aconseje? ¿Quién le ha abierto los ojos que tenía V. tan cerrados y le ha hecho ver que Clarita, si no ama, amará? Vamos, respóndame V. ¿Por qué disimularlo ó callarlo? Hay un hombre que ha hablado á V. de todo eso.

—No lo negaré, ya que te empeñas en que lo declare.

—Ese hombre es el Comendador Mendoza.

—Es el Comendador Mendoza; repitió el fraile.

Tal declaracion, aunque harto prevista, dejó silenciosos y como en honda meditacion á ambos interlocutores, durante un largo minuto que les pareció un siglo.

Doña Blanca, aunque sin precipitar sus palabras, mostrando ya en lo trémulo de la voz y en el brillo de los ojos, viva y dolorosa emocion mal reprimida, habló luégo así:

—Todo lo sabe V. y me alegro. Quizás hice mal en no decírselo yo misma la vez primera que me arrodillé ante V. en el tribunal de la penitencia. Sírvame de excusa que ya mi mayor delito habia sido várias veces confesado, y la consideracion de que cada vez que le confieso de nuevo hago sabedora á una persona más del deshonor de quien me ha dado su nombre. Todo lo sabe V., sin que yo se lo haya dicho. Bendito sea Dios que me humilla como merezco, sin que yo, tan culpada, cometa la nueva culpa de infamar á mi pobre marido. Pues bien: sabiéndolo V. todo, ¿cómo se atreve á aconsejarme lo que me aconseja? ¿Cómo quiere apartarme del camino que llevo, único posible para una reparacion, aunque

Digitized by Google

incompleta? Si contra su parecer de V., si contra la ley del decoro, manchásemos la conciencia de Clara, descubriéndole su orígen, ¿qué piensa V. que haria ella? ¿No la despreciaria V. si no buscase la reparacion? Y para ello, sin hacer pública la infamia de su madre y de aquel á quien debe venerar como á padre, ¿qué otro recurso tiene Clara sino entrar en un convento ó dar la mano á D. Casimiro? ¿Por qué, dirá V., ha de pagar Clara la falta que no cometió? Harto la pago yo, Padre. Los remordimientos, la vergüenza me asesinan. Pero Clara tambien debe pagarla. Si esto parece á V. inícuo, vuélvase usted impío y blasfemo contra la Providencia y no contra mí. La Providencia, en sus designios inescrutables, con ocasion de mi culpa, ha puesto á mi hija en la alternativa ó de sacrificarse ó de ser falsaria y poseedora indigna de riquezas que no le pertenecen.

—No he de ser yo, por cierto, interrumpió el fraile, quien disimule ó atenúe lo difícil de la situacion y la verdad que hay en lo que dices. Convengo contigo. Sé la nobleza de alma de Clara. Si ella supiera quien es..... pero no, mejor es que no lo sepa.

—¿Qué piensa V. que haria si lo supiese?

—Sin vacilar..... Clara se retiraria á un convento. Tu plan de casarla con D. Casimiro le pareceria absurdo, malo, no ya siendo feo y viejo D. Casimiro, sino aunque fuese precioso y estuviese ella prendada de él. Con ese casamiento ni se remedia el mal nacido del embuste ó la falsía, ni se despoja tu hija de bienes que no son suyos.

—Es, sin embargo, la única reparacion posible, aun-

Digitized by Google

que incompleta, ignorando Clara el motivo que hay para la reparacion. Convengo en que entrando Clara en un claustro el mal se remediaria mejor; ménos incompletamente. Pero ¿cómo la hija de un ateo ha de tener vocacion para esposa de Jesucristo?

Al pronunciar estas últimas palabras, el rostro de doña Blanca tomó una expresion sublime de dolor; sus mejillas se tiñeron de carmin ominoso como el de una fiebre aguda; dos gruesas lágrimas brotaron de repente de sus ojos.

El Padre Jacinto vió á doña Blanca transfigurada; reconoció en ella un corazon de mujer que ántes no habia sospechado siquiera bajo la aspereza de su mal genio; y le tuvo lástima, y la miró con ojos compasivos. Ella prosiguió:

—He meditado en largas noches de insomnio sobre la resolucion de este problema, y no veo nada mejor que el casamiento de Clara con D. Casimiro. No piense usted que me falte valor para otra cosa. No me falta valor; me sobra piedad. Mil veces, ansiosa de que me matase, he estado á punto de revelar mi pecado al hombre á quien ofendí cometiéndole. Yo misma hubiera puesto gustosa el puñal en su mano; pero, le conozco, ¡infeliz! hubiera llorado como un niño; yo le hubiera muerto de pena, en vez de recibir el merecido castigo; él, con mansedumbre evangélica, me hubiera perdonado; y mi duro pecho y mi diabólico orgullo, léjos de agradecer el perdon, hubieran despreciado más aún al hombre que me le otorgaba. Manso, pacífico, benigno, Valentin hubiera apurado un cáliz de hiel y veneno al

Digitized by Google

oir mi revelacion; no hubiera sido mi juez inexorable, sino hubiera acabado de ser mi víctima; y yo, réproba, llena de satánica soberbia, hubiera ahogado el manantial de la compasion y de la ternura con desden, hasta con asco de una resignacion santa, que el demonio mismo me hubiera pintado como enervada flaqueza. Mi deber era, pues, callar: hacer lo ménos amarga posible la vida de este débil y dulce compañero que el cielo me ha dado: disimular, ocultar, hasta donde cabe,..... mi falta de amor..... mi injusta, impía, irracional, involuntaria falta de estimacion. Así se explican el engaño y la persistencia en el engaño: pero la vileza del hurto no cabe en mí. Mi alma no la sufre. ¿Pretende quizás ese ateo malvado que me envilezca yo con el hurto? ¿Qué razon, qué derecho, qué sentimiento paternal invoca, quien tan olvidado tuvo, durante años, al fruto de su amor..... y de la cólera divina? Usted dice bien: lo mejor sería que Clara se sepultase en un claustro; se consagrase á Dios. Yo he hecho lo posible por disgustarla del mundo, pintándosele horroroso: pero en ella han podido, más que mis palabras, la confianza juvenil, el brío maldito de la sangre, el deleite y la exuberancia de la vida. ¿Qué arbitrio me queda sino casarla con D. Casimiro? ¿Por qué la compadece usted? Pues qué, ¿no sale ganando? La hija del pecado no debiera tener bienes, ni honra, ni nombre siquiera, y todo esto conservará y de todo podrá gozar sin remordimientos, sin sonrojo.

En la última parte de su discurso, doña Blanca estuvo hermosa, sublime como una pantera irritada y mortalmente herida. Se habia puesto de pié. Al fraile se le

Digitized by Google

figuraba que habia crecido y que tocaba con la cabeza en el techo. Hablaba bajo; pero cada una de sus palabras tenía punta acerada como una saeta.

El Padre Jacinto conoció que habia confiado por demas en su serenidad y en su elocuencia. Se hizo un lío, y no supo decir nada. Se encontró tan apurado, que la vuelta de Clarita al salon le quitó un peso de encima y le dió tregua para poder replicar en momento más propicio y despues de meditarlo.

Doña Blanca, no bien entró su hija, supo dominarse y recobrar su calma habitual.

Un poco más tarde vino el benigno D. Valentin, y todos fueron á comer como si tal cosa.

El Padre Jacinto echó la bendicion al empezar la comida, y rezó al sentarse y al levantarse.

Ya de sobremesa, tuvo efecto la grata sorpresa de la corza. Clarita la halló encantadora. La corza se dejó besar por Clarita en un lucero blanco que tenía en la frente, y se comió cuatro bizcochos que ella misma le dió con su mano.

Don Valentin se maravilló, simpatizó y hasta se enterneció con la mansedumbre de aquel lindo animalejo.

Cuando, terminado todo, salió el Padre Jacinto de casa de doña Blanca, se apresuró á ir á ver al Comendador, quien le aguardaba impaciente, no habiéndole visto al llegar de Villabermeja, porque el fraile habia adelantado más de una hora su venida á la ciudad. Excusándose de esto y de su precipitacion en dar pasos sin consultar al Comendador, el Padre Jacinto le relató cuanto habia pasado.

Digitized by Google

Don Fadrique Lopez de Mendoza no era de los que condenan todo lo que se hace cuando no se les consulta. Halló bien lo hecho por su maestro, y lo aplaudió. Hasta la turbacion y mutismo final del fraile le parecieron convenientes, porque no habian traido compromiso; porque no se habia soltado prenda. Ya hemos dicho que el Comendador era optimista por filosofía y alegre por naturaleza.

XVIII.

Despues de haberse enterado de la conversacion entre el fraile y doña Blanca, el Comendador se abstuvo de tomar una resolucion precipitada. Se contentó con rogar á su maestro que no se volviese á Villabermeja, que siguiese frecuentando la casa de doña Blanca y que tratase de desvanecer todo recelo en dicha señora, prometiéndole no hablar con Clarita de la proyectada boda ni decirle nada en contra de los deseos de su madre.

El Comendador queria meditar y meditó largamente sobre el asunto. Sus meditaciones (ya hemos dicho que el Comendador era descreido) no podian ser muy piadosas. Era tambien el Comendador alegre, frio y sereno, y nada podian tener de apasionadas sus meditaciones. Su espíritu analítico le presentaba, sin embargo, todas las dificultades del caso.

No cabia la menor duda. La criatura lindísima y simpática que á él debia el sér, estaba condenada ó á vivir como usurpadora indigna de lo que no le pertenecia, ó á

Digitized by Google

casarse con D. Casimiro, ó á ser monja. Uno de estos tres extremos era inevitable, á no causar un escándalo espantoso ó á no realizar un difícil rescate.

Doña Blanca tenía razon, salvo que para tenerla no era menester mostrarse tan hosca y tan poco amena con todo el género humano, empezando por su infeliz marido.

Para D. Fadrique habia un ideal económico más fundamental que el político. Este ideal era que toda riqueza, todos los bienes de fortuna llegasen á ser un dia, cuando la sociedad tocase ya en la perfeccion deseada, signo infalible de laboriosidad, de talento y de honradez en quien los habia adquirido: que el ser rico fuese como innegable título de nobleza, ganado por uno mismo ó por el progenitor que ha dejado los bienes.

Bien sabía D. Fadrique que este término estaba aún remotísimo; pero sabía ademas que el mejor modo de acercarse á él era el de hacer todo negocio suponiéndole ya llegado: esto es, como si no hubiese riqueza mal adquirida en la tierra. Lo contrario sería conspirar á que prevaleciese el villano refran de que *quien roba á un ladron, tiene cien años de perdon*, y contribuir á que la vida, la historia, el desenvolvimiento civilizador de la sociedad sean una trama inacabable de bellaquerías.

Fundado en estos principios, desechaba de sí Don Fadrique el pensamiento de que en cada lugar del mundo habria de seguro un enjambre de madres en el caso de doña Blanca y una multitud de hijas ó de hijos en el caso de Clarita, para los cuales el problema moral de tan difícil solucion que atormentaba á doña Blanca era como

Digitized by Google

si no fuese, dejándolos disfrutar de la hacienda que la suerte y la ley les otorgaban, sin el menor escrúpulo y con la mayor frescura. Desechaba tambien la idea, algo cómica, pero más que posible, de que el mismo don Casimiro, por circunstancias análogas, podria tener ménos derecho que Clarita á la herencia, aunque toda fuese vinculada; de que D. Valentin, su padre ó su abuelo podrian tambien no haber tenido derecho, y de que sólo Dios sabe, aunque tal vez el diablo no lo ignore, por qué arcaduces subterráneos y por qué intrincados caminos ha venido á cada cual lo que por herencia disfruta. En estos casos la fe debe salvar; pero en el caso de doña Blanca no habia fe que valiese contra la evidencia que ella tenía. Cerrar los ojos, vendárselos y remedar fe, era una infamia. Don Fadrique, condenando en su corazon y en su inteligencia serena los furores de doña Blanca, la aplaudia y ensalzaba de que pensase con rectitud y con nobleza. Vaya á quien vaya, merézcale ó no, tenga derecho ó no le tenga aquel á quien un bien se destina, son cosas que importan poco ante la superior consideracion de que ese bien me consta que no es mio y de que sólo le gozo por engaño, por delito y por mentira.

Como D. Fadrique era persona de mucho seso y sentido comun, aunque se hallaba en época de reformas, sistemas y ensueños de toda clase, no pensó en condenar la herencia. Sin el grandísimo deleite de dejar ricos á nuestros hijos, se perderia el mayor estímulo para el trabajo, para el buen órden, para la aplicacion y para aguzar y ejercitar el ingenio. Don Fadrique reconocia, no obstante, que si estaba léjos aún el dia en que sea

Digitized by Google

casi imposible adquirir mal lo que uno mismo adquiere, estaba aún mucho más léjos el dia en que sea casi imposible heredar mal lo que se hereda. El modo de no empujar hácia más hondo porvenir la aurora de ese dia, era dar buen ejemplo en contra. La razon de doña Blanca salia siempre triunfante de cada laberinto de reflexiones en que D. Fadrique se abismaba.

Habia un mal moral que pedia remedio. Hasta aquí iba D. Fadrique de acuerdo con la idea de doña Blanca. ¿Era el remedio peor que el mal? El remedio era duro; pero D. Fadrique comprendia que no era peor que la enfermedad, y que era menester aplicarle no habiendo otro.

El remedio podia aplicarse de dos maneras. O casando á Clarita con D. Casimiro, y esto era fácil, ó haciéndola tomar el velo. Esto segundo, á pesar de lo mundano, impío y anti-religioso que era D. Fadrique, le parecia mil veces mejor. Comprendia, no obstante, que para que Clarita entrase en un convento sin saber ella por qué, era necesario que álguien le infundiese la vocacion. Tal trabajo no podia tomarle su madre. Sólo el padre Jacinto podria persuadir á Clarita á que se retirase al claustro.

Para un hombre lleno del espíritu del siglo XVIII, alimentado con la lectura de los enciclopedistas, creyente en Dios, pero hablando siempre de la naturaleza, no hay que exponer aquí cuán horrible apareceria el sacrificio de la hermosura, de la vida, del brío juvenil, sintiendo ya sin duda fervorosamente el amor y reclamándole, en aras de un sentimiento misterioso, de un objeto, á su

Digitized by Google

ver, impalpable y hasta incomprensible. Al Comendador se le antojaba esto una nefanda monstruosidad, pero la preferia á ver, á imaginar á Clara entre los secos brazos de D. Casimiro: y en su orgullo de hidalgo y en su afan de no verse él mismo mentiroso y fullero y de no pensar ménos noblemente que una mujer fanática y desatinada, lo preferia todo á que Clarita se alzase en su dia con los bienes de D. Valentin.

El punto final de las meditaciones de D. Fadrique era siempre el mismo, por cuantas sendas y rodeos tratase de llegar á él. No queria á Clara poseedora de lo que le constaba que no era suyo; no la queria mujer de D. Casimiro; no la queria monja tampoco, y no queria dar escándalo ni amargar la vida de D. Valentin con afrentoso desengaño. Era, pues, indispensable que él fuese el libertador, el rescatador de Clarita.

A pesar de tener preocupado el ánimo con estas cosas, el Comendador ejercia tanto dominio sobre sí que nada dejaba notar.

Paseaba con Lucía por las huertas ó charlaba con ella y procuraba esquivar sus preguntas inquisitoriales.

Así trascurrieron ocho dias. Durante ellos se informó el Comendador, con el mayor secreto y diligencia, del valor exacto de todos los bienes de D. Valentin. Pasaban de cuatro millones de reales.

Bastante se apesadumbró, no debemos ocultarlo, de que D. Valentin hubiese llegado á ser tan rico. El Comendador tenía poquísimo más capital, sumando el valor de algunas finquillas que habia comprado cerca de Villabermeja, y lo que tenía en várias casas de banca en

Digitized by Google

la Gran Bretaña y en Madrid. Su decision, á pesar de la pesadumbre, fué firme, con todo.

El Comendador sabía y estimaba cuánto vale el dinero. La vanidad de haberle adquirido diestra y honradamente le daba para él mayor hechizo. Pero ¿en qué mejor podia emplearse el caudal, la ganancia y el ahorro de toda una vida activa, el fruto del brío, del trabajo y del ingenio, que en salvar á un ser tan querido y que tan digno era de serlo?

Suponiéndose ya el Comendador despojado de cuatro millones, se miraba reducido á la triste condicion de un hidalgo labriego, que ó tendria que salir otra vez á buscar fortuna ó tendria que acomodarse á vivir mal y humildemente en Villabermeja. Esto no le arredró.

Eliminadas, pues, várias soluciones, el problema quedó claro y sencillo. La única dificultad que habia que vencer era la de pasar á poder de D. Casimiro, de modo tan natural que apartase toda sospecha, una suma de cuatro millones, y hacer valer y constar, como era justo, este sacrificio cerca de doña Blanca, para que la terrible señora reconociese á su hija por libre de toda obligacion y por apta para recibir, en su dia, los bienes todos de D. Valentin, como devolucion y no como herencia.

XIX.

La familia de Solis continuaba incomunicada con sus vecinos.

Sólo entraban en aquella casa D. Casimiro y el fraile.

Digitized by Google

Éste, á pesar de sus consejos, habia sabido ingeniarse, volver á la gracia y recobrar la confianza de aquella adusta señora. No es tan llano desechar á un director espiritual, á quien se tiene por santo ó poco ménos, aunque este director nos contraríe, y sobre todo haga cosas opuestas á nuestro modo de pensar. La mayor falta del padre Jacinto, lo que apénas acertaba á explicarse doña Blanca, era que aquel virtuoso varon, aquel hijo de Santo Domingo de Guzman fuese tan íntimo amigo de un hombre á quien debia más bien llevar á la hoguera, si los tiempos no estuviesen tan pervertidos y la cristiandad tan relajada.

Doña Blanca no se calló sobre este punto, y várias veces manifestó al fraile su extrañeza, pero el fraile le contestaba:

—Hija mia, piensa lo que se te antoje. Yo no quiero calentarme la cabeza explicándotelo. Bástete saber que yo tengo á D. Fadrique por muy amigo, aunque incrédulo, como él me tiene por muy amigo, aunque fraile. Cavilando en ello me asusto y prefiero no cavilar. No quiero dar por seguro que haya en las almas humanas algo que, á pesar de la radical oposicion de creencias, sea lazo de union amistosa y constante y fundamento de alta estimacion mútua.

—Vaya si hace V. bien en no cavilar; contestaba doña Blanca. No cavile V., no venga á caer en herejía al cabo de sus años, fantaseando algo más esencial, más sublime que la creencia religiosa.

—No caeré en herejía, replicaba el fraile, que ya hemos dicho que era muy desvergonzado: no caeré en he-

Digitized by Google

rejía cuando tú no caiste. Nunca mi amistad será más inexplicable que lo fué tu amor.

Con esto doña Blanca exhalaba un suspiro que tenía su poco de bufido, y se amansaba y se callaba.

Por lo demas, el padre Jacinto era leal y no abusó de su derecho de hablar en secreto con Clarita para excitarla en contra de la boda con D. Casimiro.

Sólo una noticia se atrevió á dar á Clarita por instigacion de D. Fadrique: que D. Cárlos, amonestado por el Comendador, se habia vuelto á Sevilla con sus padres.

De esta suerte Clarita hubo de tranquilizarse y no sobresaltarse de no ver á D. Cárlos por la mañana en la iglesia. A quien vió várias veces, casi en el mismo lugar en que D. Cárlos se colocaba, fué al Comendador, cuya maldad su madre le habia ponderado, y que ella se inclinaba irresistiblemente á creer bueno.

El Comendador, como en desagravio de haber tenido olvidada tantos años aquella prenda de su amor, no se contentaba con disponerse á hacer por ella un gran sacrificio, sino que ansiaba verla y admirarla, aunque fuese á distancia.

Así iban lentamente los sucesos, cuando una mañana, en que Doña Antonia habia tenido una de sus jaquecas y no se hallaba con gana de salir, Lucía fué á paseo sola con el Comendador. Ambos llegaron á la fuente ó nacimiento del rio que ya conocemos. Sentados á la sombra del sauce, oyendo el murmullo del agua, hablaron de las estrellas, de las flores, de mil diversas materias, hácia donde el tio procuraba llevar la atencion de su sobrina para distraerla de su curiosidad sobre los asuntos de Clara.

Digitized by Google

Lucía, no llegando á distraerse lo bastante, dijo por último:

—Tio, V. va á hacer de mí una sábia. Á veces me habla V. del sol y de lo grande que es y de cómo atrae á los planetas y cometas; y á veces me describe los abismos del cielo, y me señala las más hermosas estrellas, y me declara sus nombres y la inmensa distancia á que están de nosotros, y el tiempo que tardan los rayos alados de su luz en herir nuestras pupilas. Todo esto me deleita y pasma, haciéndome concebir más adecuado concepto del infinito poder de Dios. Tambien me ha explicado V. misterios extraños de las flores, y esto me ha interesado más, infundiéndome en el alma superior idea de la bondad y sabiduría del Altísimo. Pero, desechando el disimulo, recelo que usted no me instruye tanto sino para no responder á mis preguntas sobre sus proyectos de V. acerca de Clarita. Tal sospecha, lo confieso, me quita las ganas de oir las lecciones de V., que de otro modo me entusiasmarian; tal sospecha disminuye el valor de dichas lecciones, que se me figuran interesadas y maliciosas: más que medio de enseñarme, me parecen medio de embaucarme.

—La malicia la pones tú, sobrina, respondió el Comendador. Yo procedo con la mayor sencillez. Cuanto hay que saber de Clarita lo sabes mejor que yo. ¿Qué puedo añadir á lo que tú sabes?

—Oiga V., tio, aunque niña, no soy tan fácil de engañar. Aquí hay varios puntos oscuros, inexplicables, y yo no sosiego hasta que todo me lo explico.

—Pues ya estás aviada, hija mia, si no te sosiegas

Digitized by Google

hasta que halles la explicacion de todo. Condenada estás á desasosiego perpétuo.

—No confundamos las especies. Yo me aquieto sin explicacion sobre muchos puntos en que usted, por desgracia, no se aquieta. No hablo de eso. Hablo de materias más llanas y más al alcance de mi inteligencia. En éstas requiero explicacion, y sin explicacion no hay reposo. ¿Qué diablo de palabra enrevesada fué aquella de que se valió V. el otro dia para significar una suposicion que se forja uno para explicar las cosas, y que se da por cierta, cuando las explica?

—Esa palabra es *hipótesis*.

—Pues bien; yo no hago más que forjar hipótesis á ver si me explico ciertas cosas. ¿Quiere usted que le exponga alguna de mis hipótesis?

—Exponla.

El Comendador respondió aparentando serena indiferencia al dar aquel permiso; pero se puso colorado, y tuvo miedo de que Lucía, por arte mágica ó poco ménos, hubiese adivinado el lazo que unia á Clara con él.

Lucía, prevaliéndose del permiso y animada con lo poco de turbacion que en su tio advirtió, expuso así una de sus hipótesis.

—Pues, señor, yo me cegué al principio por exceso de vanidad. Pensé que el cariño de tio que usted me tiene le llevaba, para complacerme, á mirar con interes á Clori y á Mirtilo, y á procurar el buen fin de sus amores. Ya he variado de opinion. Ya la hipótesis es otra. El interes de V. es demasiado para ser de reflejo. Noto tambien que es muy desigual; ménos que media-

Digitized by Google

no por Mirtilo; inmenso por Clori. ¡Ay tio, tio! ¿Si querrá V. jugar una mala pasada al pobre zagal? Todo se sabe. Pues qué, ¿cree V. que no ha llegado á mi noticia que se ha hecho V. devoto (¡ojalá fuese de buena ley la devocion!) y que toditas las mañanas de madrugada va V. á la iglesia Mayor á misa primera?

—Sobrina, no disparates; interrumpió el Comendador.

—Yo no disparato. Hallo extraña, para explicada sólo por una simpatía cualquiera, esa devocion de V., y recelo que la santita que se la infunde ha cautivado á V. con más dulces cadenas que las de la piedad.

—Te repito que no disparates; volvió á decir el Comendador poniéndose muy serio. Confieso que es difícil de explicar el extraordinario cariño que Clarita me infunde. Aseguro, no obstante, por mi honor, que nada tiene de lo que tú imaginas. Si me quieres tú un poco, y si me respetas, te suplico, y si crees que puedo mandarte, te mando que apartes de tí ese pensamiento. Yo quiero á Clarita, aunque entre ella y yo no median los vínculos de la sangre, del mismo modo que te quiero á tí que eres mi sobrina: con amor casi paternal;con el amor que es propio de los viejos.

—¡Pero si V. no es viejo, tio!

—Pues aunque no lo sea. No amo á Clarita de otro modo. Y si esto sigue pareciéndote raro, no caviles ni busques más hipótesis para explicártelo satisfactoriamente.

—Está bien, tio. Suspenderé mis tareas de forjar hipótesis.

Digitized by Google

—Eso es lo más prudente.

—Ya que no valen las hipótesis, ¿vale hacer preguntas?

—Hazlas.

—¿Persiste V. en favorecer los amores de Mirtilo?

—Persisto y persistiré miéntras Clara crea yo que le ama.

—¿Espera V. triunfar de la tenacidad de doña Blanca é impedir la boda con D. Casimiro?

—Lo espero, aunque es difícil.

—¿Me atreveré á preguntar de qué medios va usted á valerse para vencer esa dificultad?

—Atrévete: pero yo me atreveré tambien á decirte que esos medios no tienes tú para qué saberlos. Confia en mí,

—Aunque V., tio, está tan misterioso conmigo, que todo se lo calla, voy á portarme con generosidad: voy á revelar á V. mis secretos. Sé que D. Cárlos de Atienza le escribe á V. Tambien á mí me ha escrito. Pero V. no ha hecho lo que yo. Usted no ha puesto al pobre desterrado en comunicacion con Clara; yo sí. Yo he escrito á Clara tres cartas nada ménos, y á fuerza de súplicas he logrado que el padre Jacinto se las entregue. En mis cartas copio á Clara algunos parrafitos de los que me ha escrito D. Cárlos.

—Ese secreto le sabía en parte. El padre Jacinto me habia dicho que habia entregado tus cartas.

—Pues, ¿vaya qué no sabe V. otra cosa?

—¿Qué?

—Que Clara me ha contestado. La contestacion vino

Digitized by Google

ayer por el aire, como la carta primera que juntos leimos.

—¿Tienes ahí la nueva carta?

—Sí, tio.

—¿Quieres leerla?

—No lo merece V.; pero yo soy tan buena que la leeré.

Lucía sacó un papel de su seno.

Ántes de leer, dijo:

—En verdad, tio, esto me pone muy cuidadosa y sobresaltada. Clara, en los dias que lleva de soledad, ha cambiado mucho. ¡Hay en su carta tan singular exaltacion, tan profunda tristeza, tan amargos pensamientos!....

—Lee, lee, dijo el Comendador con viva emocion. Lucía leyó como sigue:

«Amada Lucía: Mil gracias por todo cuanto estás haciendo por mí. Sería yo desleal si te ocultase nada de lo que siento. Ni al padre Jacinto me he confiado hasta ahora; pero á tí todo te lo confio. En mí se pasa algo de extraño que no acierto á entender. Quiero aún á don Cárlos. Y, no obstante, conozco que no debo darle esperanzas, que no debo casarme con él nunca; que me toca obedecer á mi madre, la cual anhela mi boda con don Casimiro. Pero lo singular es que ha entrado en mi alma, en estos dias, un sentimiento tan hondo de humildad, que hasta de D. Casimiro me hallo indigna. A solas conmigo he penetrado en el fondo de mi conciencia y me he perdido allí en abismos tenebrosos. Cuando mi madre, que es buena y me ama, encuentra en mí no sé

Digitized by Google

qué levadura, no sé qué gérmen de perversion, no sé qué mancha más negra del pecado original que en las demas criaturas, razon tendrá mi madre. Sí, Lucía; quizás en este pecho mio, en apariencia tranquilo, bajo la inocencia y superficial sencillez de mis pocos años, van adquiriendo ya ser y vida vehementes y malas pasiones, como nido de víboras bajo apiñadas rosas. Lo conozco; mi madre tiembla por mí; recela de mi porvenir y tiene razon. Yo me examino, me estudio y me asusto. Descubro en mí la propension, difícil de resistir, á todo lo malo. Veo mi maldad nativa y mi inclinacion al pecado por instinto. ¿Cómo comprender de otra suerte que yo, educada con tanto recogimiento y en tan santa ignorancia de las cosas del mundo, haya tenido la diabólica malicia de ponerme en relaciones con D. Cárlos, de hacerle creer que le amaba, mirándole sólo (figúrate con qué perversidad le miraria), y de atraerle hasta aquí obligándole á que me siguiera, y todo con tan infernal disimulo que mi madre nada sabe? Todavía, si es posible, hay en mí algo peor. Lo noto, lo percibo y no sé, ni quiero, ni me atrevo á examinarlo. Lo que sí te declararé es que para mí el mundo ha de ser más peligroso que para otras mujeres, por naturaleza mejores. Lo que no hay en mí por naturaleza debo pedirlo por gracia al cielo. En él cifro mi esperanza. Procede, pues, que yo me aparte del mundo y busque el favor del cielo. Ya sabes tú cuanto he repugnado hasta aquí entrar en religion. No me juzgaba merecedora de ser esposa de Cristo. En esto no he variado, sino para juzgarme aún ménos merecedora. En lo que sí he variado es en reconocer que por mala que sea una per-

Digitized by Google

sona jamas debe desesperar de la bondad de Dios. Su divina majestad, si hago una vida santa, si me arrepiento, si me mortifico durante el noviciado, me dará fuerzas y merecimientos despues para tomar el velo, sin que sea insolente audacia tomarle. Nada he dicho aún á nadie de esta reciente resolucion; pero estoy decidida. Hablaré de esto al padre Jacinto para que él hable á mi madre, la convenza de que me conviene y quiero ser monja, y en vista de mi resolucion desengañe á D. Casimiro. Desengaña tú, desde luégo, al infeliz D. Cárlos. No te niego que le he querido, que le quiero aún; pero no se lo digas. Dile que quiero á otro, que en mi corazon hay un inmenso vacío, donde reinan pavorosas tinieblas. No basta D. Cárlos á llenar ni á iluminar este vacío, y si Dios no le llena y le ilumina me moriré de miedo, y lo ménos doloroso que ocurrirá será que le llene mi perturbada imaginacion con espectros horribles que surgen de mi atribulada conciencia. Adios. »

XX.

La lectura de escrito tan melancólico aguó el contento del paseo del Comendador y de su sobrina. Apénas si se hablaron ya hasta volver á casa.

Aquella crísis repentina del alma de Clara puso á don Fadrique taciturno.

Las ideas que acudian á su mente no eran para reveladas á su sobrina.

Digitized by Google

Pensaba el Comendador que el perpétuo roce del espíritu de doña Blanca con el de su hija, que la presion que ejercia en aquella jóven de diez y seis años el severo y atrabiliario carácter de su madre, y que los terrores de que habia cargado su conciencia tenian á la pobre Clara en un estado de ánimo no muy distante del delirio. La carta á Lucía era la señal alarmante que Clara daba de aquel estado.

El Comendador, empero, aunque lleno de zozobra, decidió no intervenir aún en nada. La resolucion de la crísis podia ser favorable si él no intervenia. Su intervencion podia hacerla más peligrosa.

La sinceridad de Clara era evidente. De súbito, sin que el Padre Jacinto, ni nadie, se lo inspirase, habia cambiado de propósito y se hallaba resuelta á ser monja. Harto se comprende que para las creencias del Comendador esta resolucion era funesta: pero en virtud de esta resolucion era casi seguro que D. Casimiro sería despedido. Iba á eliminarse un obstáculo; iba á descartarse un adversario.

Don Fadrique determinó, pues, aguardar con calma, sin dejar de estar á la mira.

Al mismo Padre Jacinto no le insinuó ningun aviso que pudiera servirle de regla de conducta. Se fió, por completo, de su buen natural, y le dejó seguir libremente sus propias inspiraciones.

La prudencia del Comendador se vió coronada del éxito al cabo de pocos dias.

Doña Blanca, persuadida de que la súbita vocacion de su hija era sincera y profunda, tuvo con D. Casimiro

Digitized by Google

una conversacion muy afectuosa y grave, y le dió sus pasaportes.

El Padre Jacinto ponderó el fervor de Clara y animó á doña Blanca para que á la mayor brevedad la dejase entrar de novicia en un convento de carmelitas descalzas que en la ciudad habia.

Don Valentin se avino á todo sin chistar.

Clarita hubiera, pues, entrado en seguida en el convento, como lo deseaba y lo pedia: pero la crísis de su alma habia influido poderosamente sobre su hermoso cuerpo. Sus ojeras eran más oscuras y extensas que de ordinario: habia adelgazado mucho; la palidez de su rostro hubiera inspirado miedo, si su rostro no hubiera sido tan hermoso; su distraccion y su embebecimiento parecian á veces más propios de un sér del otro mundo que de una criatura de éste; y en su andar vacilante y en el brillo momentáneo de sus ojos, seguido siempre del prolongado adormecimiento de tan divinas luces, habia como un mal agüero, como un anuncio fatídico, que no pudo ménos de perturbar la férrea conciencia de doña Blanca, de doblegar bastante su inflexibilidad, y de aterrarla por último.

Las causas del cambio de Clara eran vagas y confusas: pero doña Blanca reconocia que de su modo de educar á Clara, de su involuntario y tenaz prurito de mortificarla y asustarla con los peligros del mundo y con su propia condicion de pecadora, y de aquel duro yugo que desde la infancia habia hecho pesar sobre la conciencia de su infeliz hija, provenia en gran parte la situacion en que se hallaba. El motivo, ó mejor dicho, la ocasion de

Digitized by Google

exacerbarse el mal y de aparecer de repente con tan medrosos síntomas era para todos un misterio. Esto no obstaba para que doña Blanca empezase á temer que pudiera caer sobre ella el crímen de infanticidio por esquivar el delito de hurto.

Doña Blanca procedió, pues, con inusitada blandura y exquisita prudencia, pero sin desmentir su carácter y sin faltar á su más importante propósito.

No contenta con estar persuadida de la firme resolucion que tenía Clara de tomar el velo, hízola prometer que profesaria. Y esto de suerte que la promesa no pareció arrancada por instigacion de doña Blanca, sino á su despecho. Así se aseguraba doña Blanca de que su hija, renunciando al mundo, renunciaria á los bienes de D. Valentin, y no podria trasmitirlos á nadie.

Pero doña Blanca no queria matar á su hija. Atormentábase préviamente con el remordimiento de que fuera al claustro desesperada y herida de muerte. Deseaba verla profesar, pero alegre, lozana, llena de vida: no apareciendo como una víctima, sino con el deleite, el gozo y la satisfaccion de una esposa que vuela á los brazos de su gallardo y feliz prometido.

A fin de lograr que las cosas fueran así, doña Blanca puso á un lado su constante severidad: empezó á tratar á Clara hasta con mimo: y, anhelante de que recobrase la alegría y la salud, rompió el entredicho; abrió las puertas de su casa para Lucía, y consintió en que Clara volviese á salir con ella de paseo, áun á pesar del Comendador.

Doña Blanca, no obstante, ántes de dar este permiso,

Digitized by Google

preparó á su hija en contra de D. Fadrique, pintándosele como un monstruo de impiedad y de infamia, y recomendándole mucho que hablase con él lo ménos posible.

Doña Blanca, entre tanto, se propuso seguir encastillada en su caseron, sin ver á nadie más que al Padre Jacinto, y á Lucía, si acaso.

XXI.

El destino de D. Casimiro es el más extraño y caprichoso entre los de cuantos personajes figuran en esta historia. En el tejido de su vida habia puesto él un órden envidiable, y gastado poquísimo. Así es que, por más que D. Casimiro distase mucho de ser un águila en nada, habia atinado á darse tan buena traza, con economía y juicio, que era un señor acaudalado para lo que entónces se usaba en Villabermeja. Esto se lo debia á sí mismo, y de ello podia estar con razon y estaba orgulloso. Lo que debió á la casualidad, á un conjunto de hechos para él inexplicables, fué el momentáneo encumbramiento á novio de su línda y rica sobrina la señorita doña Clara.

Con 56 años de edad, no pocos padecimientos y la facha que ya hemos descrito, D. Casimiro mismo, á pesar de su amor propio, que no era flojo, habia hallado, allá en el centro de su conciencia, un si es no es inverosímil que le quisiesen casar con aquel pimpollo. El amor propio, no obstante, es ingeniosísimo, estando casi siempre su ingenio en razon inversa del ingenio de las personas;

Digitized by Google

por donde D. Casimiro imaginó pronto que en su alma habia de haber tan escondidos tesoros de bondad y de belleza, y que en sus modales y porte habian de trascender tal distincion hidalga y tal elegancia ingénita, que, descubierto todo por los ojos zahoríes de doña Blanca, bastó y sobró para que ella ansiase tener á D. Casimiro por yerno. Don Casimiro, pues, desde que empezó á ser novio de Clara, se puso más orondo y satisfecho que ántes.

Terrible fué el desengaño cuando doña Blanca le despidió. El enojo interior de D. Casimiro no fué ménos terrible; pero él era encogido y muy torpe para expresarse; doña Blanca hablaba bien y con autoridad é imperio, y el Sr. D. Casimiro se tragó su enojo, y recibió los pasaportes, hecho manso cordero.

Como sucede á todas las personas débiles y soberbias á la par, la ira de D. Casimiro se fué aglomerando despues y poco á poco en el corazon, cuando se detuvo á considerar el chasco que se le daba y el desaire grandísimo que se le hacía.

Cierto que el rival por quien Clara le dejaba era Dios mismo; pero D. Casimiro no se aplacaba con esto.

—¿Si querrá ser monja, decia, para no casarse conmigo? Valiera más haberlo pensado con tiempo y no ponerme en ridículo ahora. Sin duda que para mí es ménos cruel que me deje por tan santo motivo que no que me deje para casarse con otro mortal. Yo no hubiera consentido esto último. Nos hubieran oido los sordos. Yo hubiera tenido un lance con mi rival. Pero ¿contra Dios qué he de hacer?

Digitized by Google

Don Casimiro se consolaba algo con la imposibilidad de tener un lance con Dios, y hasta con la obligacion piadosa en que se veia de resignarse.

Su encono contra doña Blanca y contra Clarita no se mitigaba, á pesar de todo. No habia quedado perro ni gato, en diez leguas á la redonda, á quien D. Casimiro no hubiera dado parte de su ventura. Ahora, su caida y su desventura debian de ser é iban siendo no ménos sonadas, y por desgracia harto más aplaudidas.

La vanidad del hidalgo bermejino recibia desaforados golpes. Pero ¿cómo vengarse?

—La venganza es el placer de los dioses, exclamaba á sus solas el dicho hidalgo; pero decididamente yo no soy un dios. ¿Qué me conviene hacer? Es refran frailuno, y muy discreto, que *la injuria que no ha de ser bien vengada ha de ser bien disimulada.* Disimulemos, pues. Tambien hay otro refran que reza: *cachaza y mala intencion.* Sigamos lo que prescriben dichos refranes. Lo primero que me importa es dejar ver que no me afligen los desdenes de Clarita. Si ella no me quiere, otra que vale tanto como ella, más que ella, estoy seguro de que me querrá. Voy á volver á pretender á Nicolasa. No es rica, pero es mejor moza que Clarita.

Sin desistir, por consiguiente, de vengarse, si se presentaba ocasion cómoda para ello, D. Casimiro resolvió enamorar estrepitosamente á Nicolasa, esperando que así daria picon á la futura carmelita, ó probaria al ménos que tenía por amiga una mujer de mucho mérito.

Nicolasa, en efecto, lo era. Hija del tio Gorico y de su primera mujer, alcanzaba fama en casi toda la pro-

Digitized by Google

vincia por su singular hermosura, discrecion y rumbo. Caballeros, ricos hacendados y hasta usías ó señores de título, ménos comunes entónces que ahora, habian suspirado en balde por Nicolasa, la cual, con modesta dignidad, habia respondido siempre en prosa aquello que dice en verso cierta dama de una antigua comedia nada ménos que al Rey:

Para vuestra dama, mucho;
Para vuestra esposa, poco.

Nicolasa excitaba y provocaba con sus risas, con sus ojeadas lánguidas y con su libertad y desenvoltura. Los hombres se prendaban de ella, la perseguian y se llenaban de esperanzas; pero, no bien querian propasarse para que se lograsen, Nicolasa se revestia de gravedad y entono, propios de la mejor heroína de Calderon, hablaba de la inestimable joya de su castidad y limpísima honra, y ponia á raya todo atrevimiento, todo desman y todo propósito amoroso algo positivo que no llevasen por delante al padre cura.

Nicolasa habia heredado de su madre ciertas prendas que valen más que los bienes de fortuna, porque los conservan, si los hay, y suelen proporcionarlos, si no los hay. Tenía dón de mando y dón de gentes, extraordinaria energía de voluntad y perseverancia en sus planes. Se habia propuesto ó ser una señorona principal ó quedarse para vestir imágenes, y, sirviéndole esto de pauta, ajustaba á ella todos los actos de su vida.

Aunque el tio Gorico habia contraido segundas nupcias, y Nicolasa tuvo madrastra en vez de madre, casi desde la infancia, léjos de contribuir esto á que se criase

Digitized by Google

con ménos mimo, habia ocasionado lo contrario. La madre de Nicolasa habia sido tremenda, dominante, feroz; una doña Blanca á lo rústico; miéntras que Juana, la segunda mujer del tio Gorico, era la propia dulzura, sometida siempre á su marido, quien á su vez no hacia más que lo que á Nicolasa se le ocurria. Nicolasa lo podia y mandaba todo en casa de su padre, ménos impedir que el tio Gorico dejase de beber bebida blanca.

Los preliminares amorosos de Nicolasa, que estaba entre los 20 y los 30 años de su edad, habian sido ya innumerables. Todos sus amores habian muerto al nacer. A los pretendientes encopetados los habia Nicolasa despedido, apelando al cura. A los pretendientes de su clase, los habia desdeñado, cuando ya llegaban á lo serio y hablaban del cura ellos mismos.

Nicolasa, no obstante, como todas las mujeres frias, pensadoras y traviesas, habia sabido retener en sus redes, en este crepúsculo de amor, que califican de platónico, á varios suspiradores perpétuos, de los que llaman en Italia *patitos*. Uno, sobre todo, pudiera servir de ejemplo portentoso por su pertinacia, resignacion y fervor en las incesantes adoraciones. Tal era el hijo del maestro herrador, Tomasuelo.

Desde los 17 hasta los 25 años que ya tenía, estaba como en cautiverio agri-dulce. Jamas Nicolasa le dijo que le amaba de amor, y jamas le quitó la esperanza de que tal vez un dia podria amarle. En cambio, le declaraba de contínuo que le amaba más de amistad que á ningun otro sér humano; y cuando le declaraba esto, se le veia al chico hasta la última muela, sentia una beatitud soberana,

Digitized by Google

y daba por bien empleados sus, para otras cosas, inútiles y perennes suspiros.

Y no se crea que Tomasuelo era canijo, ruin y tonto. Tomasuelo era listo, despejado y fuerte; el mozo más guapo del lugar; pero Nicolasa le habia hechizado. Con un rayo de luz de sus ojos podia darle una dósis de aparente bienaventuranza que le durase una semana. Con una palabra sola podia hacerle llorar como si fuese un niño de cuatro años.

Las cadenas, en que Tomasuelo gemia y gozaba á la vez de verse cautivo, estaban suavizadas para el mozo, y en cierto modo justificadas para el público, con notable habilidad y profundo instinto. Tomasuelo podia entrar cuando se le antojaba en casa del tió Gorico, ver á Nicolasa, requebrarla, mirarla con amor, acompañarla cuando salia; en suma, servirla y cuidarla, sin que nadie fuese osado á censurar lo más mínimo. Aunque entre Nicolasa y el hijo del herrador no habia el más remoto grado de parentesco, Nicolasa habia preconizado á Tomasuelo por su hermano. Dios naturalmente no le habia dado objeto en quien poner amor fraternal; pero ella, que sentia con viveza y hondura este amor, se proporcionó á Tomasuelo para consagrársele. Con frases sencillas y con ánimo imperturbable, Nicolasa explicaba de esta manera sus extrañas relaciones con Tomasuelo; y, como Tomasuelo hacía gala de su adoracion espiritual y se lamentaba resignado de no ser querido de otra suerte, todos en el lugar, léjos de censurar, se maravillaban de aquel purísimo y angélico lazo que estrechaba así dos almas.

Digitized by Google

Cuanto pretendiente se acercaba á Nicolasa era respetado por Tomasuelo, quien no le ponia el menor estorbo, durante los preliminares ó coqueteos; pero, si más tarde se extralimitaba y dejaba ver que venía con mal fin, ya podia temer el enojo y las pesadas manos de aquel hermano adoptivo, celoso de la honra de su familia. Asimismo, Tomasuelo se ponia zahareño y poco agradable en su trato con todo aquel rival que por cualquiera causa era despedido definitivamente y seguia importunando.

Don Casimiro habia estado, ántes del noviazgo con Clara, en un largo período de coqueteo con Nicolasa, la cual, con exquisita circunspeccion, habia sabido ir templando y moderando la máquina de los afectos, á fin de no precipitar al hidalgo en declaraciones y demostraciones tales que no tuviesen ya más salida que la de ponerle en la disyuntiva de prometer boda ó de abandonar la empresa. Gracias á esta conducta, que pasa de hábil y raya en primorosa, D. Casimiro no habia sido despedido; sus amores con Nicolasa habian sido como aurora, como amanecer poético de un dia, que no llegó por haberse interpuesto el compromiso con Clarita. Roto ya este compromiso, D. Casimiro pudo volver, prévio el perdon de su inconsecuencia, pedido con humildad y concedido magnánimamente, al mismo punto en que lo habia dejado: al amanecer; á la aurora.

Las cosas estaban dispuestas con tal arte que, en lugar de escamarse un pretendiente con Tomasuelo, lo primero que tenía que hacer era como impetrar el beneplácito de aquel espiritual hermano, tan celoso, vigilante é interesado en el bien de su hermanita. Don Casimiro ob-

Digitized by Google

tuvo la confianza y vénia de Tomasuelo, y lo consideró buena señal.

Abandonada la ciudad, y vuelto D. Casimiro á sus reales de Villabermeja, se puso á galantear á Nicolasa con la imprudencia y el ímpetu del despechado. Ella era harto discreta para no conocer que entónces ó nunca: que la fortuna le presentaba el copete y que importaba asirle. Don Casimiro buscaba en Nicolasa refugio y compensacion contra el desdeñ de Clarita. Don Casimiro estaba en su poder.

Nicolasa provocó la declaracion séria y definitiva. Hecha ésta, planteó los dos términos del fatal dilema: ó promesa formal de casamiento, ó despedida y nuevas calabazas ruidosas. Don Casimiro no pudo resistir y prometió casarse.

Espantoso dia de prueba fué aquel en que supo este triunfo el platónico Tomasuelo. Hasta entónces no habia tenido rival que fuese más dichoso que él. Ya le tenía. La amargura de los celos le acibaró el corazon: las lágrimas brotaron en abundancia de sus ojos.

Cuando vió á solas á Nicolasa, con los ojos encarnados de llorar y con voz trémula, le dijo:

—¿Con que cedes al amor de D. Casimiro? ¿Con que vas á casarte? ¿Con que me matas?

—Calla, tontito mio, contestó ella. ¿A qué vienen esas quejas? ¿Te he engañado yo jamas?

—No; no me has engañado.

—¿Querias que dejase pasar tan buena proporcion de ser señora principal y millonaria? ¿Tan mal me quieres, egoista?

Digitized by Google

—No porque te quiero mal, sino porque te quiero á manta, lo siento y lo lloro.

Y Tomasuelo lloraba en efecto.

—Anda, no llores, majadero. ¡Si vieses qué feo te pones! ¿Quién ha visto llorar á un hombron como un castillo?

—Pero, ¡si no puedo remediarlo!

—Sí puedes: haz un esfuerzo, ten valor y sosiégate. Ten en cuenta que, de aquí adelante, no sólo hallarás en mí á una hermana, sino á una madrina y á una protectora muy pudiente.

—Y á mí ¿qué se me da de todo eso? Nada. Lo que yo codiciaba era tu cariño.

—¿Y no le tienes como ántes, ingrato? Pues qué, ¿los buenos hermanitos dejan de amarse, aunque se case uno de ellos?

—No seas tramoyona, no me aturrulles. Ya sabes tú que la ley que yo te tengo no puede sufrir.....

—Vamos, vamos; déjate de niñerías. ¿Quién crees tú que ocupa y llena el lugar más bonito, principal y escondido de mi corazon? Tú. Mi alma es tuya. Te la dí toda con el amor que en ella se cria; con afecto de hermana. ¿Qué sombra puede hacerte que sea yo la mujer legítima de D. Casimiro? ¿Por eso hemos de dejar de querernos como hasta aquí, más que hasta aquí? Nos querrémos cuanto tú quieras y cuanto sea posible quererse, sin ofender á Dios. ¿Supongo que tú no querrás ofender á Dios? Contesta.

—No, mujer: ¿cómo he de querer yo ofender á Dios? Pues qué, ¿no soy buen cristiano?

Digitized by Google

—Lo eres. Es una de las partes que más aprecio en tí. Por eso confio en que pienses que voy á ser esposa de otro y no desees nada. Sólo el deseo es ya pecado. Acuérdate de los Mandamientos.

—Oye, ¿y está en mi poder no desear?

—Sí. Cállate; no digas nada á nadie, ni á tí mismo, cuando desees, y el silencio matará el deseo.

—Me matará á mí ántes.

Tomasuelo lloró más fuerte que nunca. Las lágrimas caian á modo de lluvia, acompañadas por tempestad de sollozos.

—¡Por vida de los hombres endebles! exclamó Nicolasa. ¿Qué locura es ésta? Cálmate por Dios y ten pecho ancho.

Nicolasa, con suma blandura, enjugó las lágrimas del mozo con el propio pañuelo de ella; luégo le dió tres ó cuatro palmaditas en el grueso y robusto cogote; luégo le hizo unas cuantas muecas como remedando la desconsolada cara que ponia; y, por último, le pegó un afectuoso y archi-familiar tiron de las narices.

Tomasuelo no supo resistir á tanto favor y regalo. Como rayos de sol entre nubes, la alegría y la satisfaccion aparecieron en sus ojos á traves de las lágrimas. La boca de Tomasuelo se abrió, enseñando la blanca, completa y sana dentadura. No pudo sonreir, porque se quedó boqui-abierto y como traspuesto.

Nicolasa entónces repitió los cogotazos; añadió, al tiron de las narices, unos cuantos tirones de las orejas, y Tomasuelo pensó que se le llevaban al paraíso y que era el más feliz de los mortales.

Digitized by Google

En esta situacion de ánimo convino en que Nicolasa debia casarse con D. Casimiro; en que él debia seguir siendo su hermano, sin pensar ó sin decir al ménos que pensaba en otra cosa; y concibió con claridad, más que por el discurso y las razones, por los blandos cogotazos y por los tirones de orejas, toda la suavidad, hechizo, consistencia y deleite del amor espiritual que á Nicolasa le ligaba.

Así venció Nicolasa los obstáculos todos y aseguró su proyectada boda con D. Casimiro.

La fama difundió al punto la noticia por toda Villabermeja: salvó luégo su término y la llevó á la ciudad, y á los oidos del Comendador, de su familia y de los señores de Solis.

El Comendador habia sido visitado por D. Casimiro y le habia pagado la visita. No se habian hallado en casa y no se habian visto. La frialdad de sus relaciones no hacía necesario más frecuente trato.

No bien supo el Comendador el resuelto proyecto de boda entre D. Casimiro y Nicolasa, fué á Villabermeja, visitó á la chacha Ramoncica y tuvo una larga conferencia con ella, de cuyo objeto se enterará más tarde el curioso lector. Despues de esto se volvió á la ciudad don Fadrique.

XXII.

Clara habia vuelto á salir de paseo con Lucía y acompañada del Comendador y de doña Antonia, pero Clara estaba cambiada.

Digitized by Google

Su palidez y su debilidad eran para inspirar serios temores. Su distraccion contínua asustaba tambien al Comendador. Cuando éste le dirigia la palabra, Clara se estremecia como si la sacasen de un sueño, como si cortasen el vuelo remontado de su espíritu y le hiciesen caer de pronto del cielo á la tierra, á modo de pajarillo herido por el plomo allá en lo sumo del aire.

A pesar de la benignidad y dulce condicion de Clara, D. Fadrique advertia con pena que aquella linda criatura esquivaba su conversacion; casi no le respondia sino con monosílabos, y hasta procuraba que él no le hablase.

Con Lucía era Clara más expansiva, y Lucía seguia siéndolo siempre con el Comendador. Por medio, pues, de Lucía penetraba aún el Comendador en el espíritu de aquel sér querido y comunicaba algo con él.

Las nuevas que Lucía le daba eran en sustancia siempre las mismas, si bien más inquietantes cada vez.

—No lo comprendo, tio, decia Lucía; pero á veces me doy á cavilar que á Clara le han dado un bebedizo. ¡Tiene unos terrores tan inmotivados! ¡Siente unos remordimientos tan fuera de razon!.... No sé qué sea ello. Doña Blanca le ha puesto tan feroces escrúpulos en el alma, le ha hecho recelar tanto de su apasionada natural condicion..... que la infeliz se cree un monstruo y es un ángel. Tal vez imagina que la persiguen las furias del infierno, los enemigos del alma, una legion entera de diablos, y entónces no se considera en salvo sino acogiéndose al pié del altar. Es menester que avisemos á D. Cárlos que venga pronto, á ver si liberta á Clara de este género de locura.

Digitized by Google

El Comendador y Lucía escribieron con la misma fecha á D. Cárlos de Atienza, participándole la novedad de la despedida de D. Casimiro, de la resolucion de Clara de retirarse á un convento y del estado poco satisfactorio de su salud. Don Cárlos partió desatentado de Sevilla y estuvo en la ciudad á poco.

Con el mismo recato y disimulo de siempre D. Cárlos volvió á ver á Clara en los paseos que ésta daba con Lucía; pero la delicada salud de Clara le llenó de desconsuelo. Y más aún, si cabe, le atormentó y afligió el ver á Clara esquiva, tímida como nunca, apartándose de él y no queriendo apénas hablarle, aunque mirándole á veces con involuntarias amorosas miradas, que se conocia que ella dejaba escapar á su despecho, y con las cuales, más que amor, reclamaba piedad, conmiseracion y hasta perdon por su inconsecuencia de dejarle, de haber alentado sus esperanzas y de matarlas ahora entrando en el claustro.

La desesperacion de D. Cárlos de Atienza llegó á su colmo. Con no poca amargura echaba la culpa de todo al Comendador.

—Para esto, decia, me obligó V. á que me ausentase. En esto han parado las promesas de arreglarlo todo en ménos de un mes: en que Clara se me esté muriendo, y en que ademas haya dejado de amarme y quiera ser monja; en que acabe por tomar el velo..... y luégo la mortaja. Pero yo me moriré tambien. Yo no quiero sobrevivir. Me mataré, si nó me muero.

El Comendador no sabía qué responder á tales quejas. Procuraba consolar á D. Cárlos, que le juzgaba in-

Digitized by Google

diferente y extraño; que ignoraba que él tenía mayor necesidad de consuelo.

Iba D. Fadrique á buscarle en el padre Jacinto. Iba asimismo á buscar en él alguna luz sobre aquel misterio: pero ¡caso extraño! el padre Jacinto, todo franqueza y jovialidad ántes, se habia vuelto muy grave, muy misterioso y muy callado.

Don Fadrique entrevia, nó obstante, que el padre Jacinto aprobaba la resolucion de Clara de ser monja. Esto le ponia fuera de sí, y á veces estaba á punto de romper con el padre Jacinto y de mirarle como á amigo desleal ó como á fanático sin entrañas.

Con todo, en medio de sus tribulaciones el Comendador se reportaba y no perdia la calma. Habia tomado sus medidas. Su conducta estaba prescrita y determinada con firmeza, y aguardaba sereno el resultado.

Este no tardó mucho en venir.

Era muy de mañana, cuando trajo un criado desde Villabermeja una carta para D. Fadrique. Don Fadrique la leyó rápidamente, estando en la cama aún. Se levantó á escape, se vistió y se fué al convento de Santo Domingo en busca de su maestro.

El Padre acababa de levantarse y recibió á D. Fadrique en su celda. Sentados ambos, como en la otra celda de Villabermeja, hablaron de este modo.

Digitized by Google

XXIII.

—Padre Jacinto, dijo el Comendador con aire de jubiloso triunfo; Clara es libre ya. No es menester que se case con D. Casimiro ni que sea monja.

—¿Cómo es eso, hijo mio?

—He dado por ella una suma igual á todo el caudal de D. Valentin.

—¿A quién?

—A D. Casimiro.

—¿Y con qué razon? ¿Con qué pretexto ha podido aceptarla?

—La ha aceptado con una razon que promete callar; por un motivo secreto.

—¡Válgame Dios, hijo mio! ¡Qué delirio! ¡Qué sacrificio inútil! Y dime..... ese motivo secreto..... ¡Confiar así á D. Casimiro la honra de una familia ilustre!....

—Yo no le he confiado nada.

—¿Pues de qué medio te has valido?

—De una mentira; pero mentira indispensable y con la cual nadie pierde.

—¿Puedo saber esa mentira?

—Todo la va V. á saber.

El Padre prestó la mayor atencion. Don Fadrique prosiguió diciendo:

—De sobra sabe V. que Paca, la primera mujer del tio Gorico, fué una mala pécora.

—Es evidente. Dios la haya perdonado.

Digitized by Google

—La buena reputacion de Paca no tiene nada que perder.

—Absolutamente nada.

—Pues bien. Hay la feliz coincidencia de que Nicolasa nació pocos meses despues de mi ida de Villabermeja, cuando estuve allí de vuelta de la Habana.

—¿Y qué?

—He hecho creer primero á la chacha Ramoncica, con el mayor sigilo, que Nicolasa es hija mia. Le he dicho que un deber imperioso de conciencia me obligaba á dotarla, ahora que ella se va á casar. La chacha entiende poco de números. Se ha espantado, no obstante, de la enorme cantidad que yo queria dar por dote; pero la he echado de espléndido y me he supuesto más rico de lo que soy. A las observaciones que la chacha me ha hecho, he respondido que mi resolucion era irrevocable. He persuadido, por último, á la chacha de que no conviene que Nicolasa sepa los lazos que á ella me unen y que es más delicado y honesto que lo sepa sólo el sujeto que va á ser su marido. He logrado, pues, que la chacha se encargue de persuadir á D. Casimiro á que tome lo que libre, aunque misteriosamente, quiero dar y doy á su futura. No creo que la chacha haya tenido que hacer grandes gastos de elocuencia para convencer á D. Casimiro de que debe aceptar. Don Casimiro me ha escrito esta carta, donde me dice que acepta, me colma de elogios por mi generosidad, y me promete callar el motivo de la donacion que le hago, y la misma donacion, hasta donde sea posible.

El padre Jacinto leyó la carta que le entregó D. Fa-

Digitized by Google

drique. Luégo sacó éste del bolsillo un paquete de papeles. Le puso sobre la mesa y dijo:

—Aquí están los papeles todos que se requieren para formalizar la donacion, la cual deseo que se lleve á feliz término por medio de usted. Este es el poder más ámplio, otorgado ante un escribano de esta ciudad, para que V. disponga, venda, enajene y haga lo que convenga con todo cuanto me pertenece. Estas son las cartas á los banqueros que tienen fondos mios, poniéndolos todos á la órden de usted. Esta, por último, es la lista, inventario, cuenta ó como quiera llamarse, de lo que en poder de dichos banqueros tengo hasta ahora; y esta otra es la cuenta de lo que valen los bienes de D. Valentin, justipreciados por peritos. Escasamente llegará lo mio á cubrir el importe de lo que disfruta dicho señor; pero usted sabe que poseo algunas finquillas, y, si fuere menester, supliré la falta. Querido maestro, V. va á ser ejecutor fiel y pronto de mi decidida voluntad, de la cual pretendo que dé usted noticia y testimonio á doña Blanca, exigiéndole en cambio de mi parte la libertad de mi hija. Y digo exigiéndole la libertad de mi hija, porque si no le da libertad, si no procura quitarle de la cabeza tanto insano delirio, si no determina curarla de la mortal enfermedad de alma y de cuerpo, que su orgullo, su fanatismo y sus remordimientos, mil veces más odiosos que el pecado, han hecho nacer, yo me he de vengar, dando el más insolente escándalo que se ha dado jamas en el mundo. Espero que aceptará V. gustoso mi encargo.

—Le acepto, respondió el Padre; mas no sin condi-

Digitized by Google

ciones. Yo no he de ser el instrumento de tu ruina, si tu ruina es inútil.

—¿Y por qué inútil?

—Porque Clara, á mi ver, no desistirá ya de tomar el velo.

—¿Cómo qué no desistirá? Sobre Clara pesa el yugo férreo de su madre. Quitémosle ese yugo, y Clara volverá á vivir, y volverá á amar á su gallardo estudiante, y se casará con él, y será dichosa.

—Lo dudo.

—Yo no lo dudo. Lo que no me explico es cómo se ha vuelto V. tan tétrico.

—Me parece que es ya tarde, dijo el padre Jacinto, suspirando.

—Voto al mismo Satanas, replicó D. Fadrique, no es tarde aún, si la dicha es buena. Vaya V. hoy mismo á ver á doña Blanca. Infórmela de todo. Convénzala de que es libre Clara; de que los bienes que de D. Valentin ha de heredar están ya pagados. Sepa doña Blanca que yo rescato misteriosamente á nuestra hija. Sepa tambien que si no admite ella el rescate, romperé todo freno; lo diré todo; seré capaz de una villanía; la deshonraré en público; leeré á D. Valentin cartas que áun de ella conservo; haré doscientas mil barbaridades.

—Vamos, hombre, modérate. En seguida iré á hablar con doña Blanca. Ella es madrugadora. Estará ya de punta y me recibirá. Aguárdame en tu casa, y allá acudiré á referirte mi entrevista.

—En casa aguardaré á V. Apresúrese, Padre, porque estoy devorado por la impaciencia.

Digitized by Google

Dicho esto, el fraile y D. Fadrique se levantaron y salieron juntos de la celda á la calle, por la cual caminaron en silencio, hasta que el uno entró en casa de su hermano y el otro en casa de doña Blanca Roldan.

Dando paseos por su estancia, despidiendo desabridamente á la curiosa Lucía, que asomó la rubia cabeza á la puerta, y preguntó, como de costumbre, qué habia de nuevo, y lleno todo de agitacion, esperó D. Fadrique más de hora y media.

El fraile llegó al cabo: pero, ántes de que abriese los labios, columbró D. Fadrique, en lo melancólico que venía, que era portador de malas nuevas.

No bien entrado el fraile, cerró la puerta con llave el Comendador, para que nadie viniese á interrumpirlos, y en voz baja dijo, miéntras él y su maestro tomaban asiento:

—Cuente V. lo que ha pasado. No me oculte nada.

—Hablaré en resúmen porque ha sido larga la discusion. Doña Blanca ha celebrado tu generosidad. Dice que no atina á comprender cómo un impío es capaz de accion tan noble. Supone que es obra del orgullo; pero al fin la celebra. Mas no por eso te excita á que consumes el sacrificio. Afirma que será inútil, y te ruega que no le hagas. Doña Blanca considera que su hija tiene hoy una verdadera vocacion; que Dios la llama á ser su esposa; que Dios la quiere apartar de los peligros del mundo; que Dios quiere salvarla; y que ella no puede, sin gravísima culpa, retraer ahora á su hija de tan santos propósitos.

—¡Hipocresía! ¡Refinamiento de maldad! interrum-

Digitized by Google

pió D. Fadrique. ¿Y V. no la ha amenazado con mi venganza? ¿No le ha dicho V. que estoy determinado á todo; que le arrancaré la máscara; que se acordará de mí; que la burla que de mí hace no quedará sin afrentoso castigo?

—Se lo he dicho todo; pero doña Blanca ha contestado que, si bien te cree un hombre sin religion, todavía te tiene por caballero, y que no teme de tí esas villanas é infames acciones con que en tu rabia la amenazas. Añade, nó obstante, que, áun cuando se engañase, áun cuando tú te olvidases de la honra y te vengases así, lo sufriria todo ántes de disuadir á su hija contra lo que la conciencia le dicta.

—Esa mujer está loca, Padre Jacinto. Esa mujer está loca, y creo que su locura es contagiosa; que á Clara y á V. los tiene ya enloquecidos, y que falta poco para que yo tambien lo esté. Pero, lo juro por mi honor, por Dios, por lo más sagrado; mi locura será de muy diversa índole. Soñará con mi locura. Pues qué, ¿imagina que soy yo un segundo D. Valentin? ¿Piensa que me someteré á sus monstruosos caprichos? ¿Entiende que soy necio y que voy á creer lo que á ella se le antoje hacerme creer? Clara tiene trastornada la cabeza y por eso quiere ser monja de repente. ¿Qué vocacion ha de tener cuando me consta que estaba, que está aún, enamorada de ese muchacho rondeño, con quien podria ser felicísima? Aquí hay algun misterio abominable. Algo se ha hecho para infundir el delirio en Clara y perturbar su natural despejo. Yo ni puedo, ni quiero, ni debo consentir extravagancias tan criminales. ¿No comprende esa mujer de Sata-

Digitized by Google

nas que la educacion que ha dado á su hija, que esos terrores que le ha infundido son como un veneno? ¿Quiere saciar el ódio que me tiene asesinando á su hija, porque tambien es mi hija?

— Comendador, ten sangre fria; mira que te engañas. Mira que Clara no siente hoy la vocacion religiosa por causa de su madre.

— Me importa poco que sea hoy ó ayer cuando su madre le ha dado la ponzoña. El corazon me dice que las rarezas, que los extravíos de Clara provienen del tormento espiritual que le está dando su madre desde que la niña tiene uso de razon. Esto es menester que acabe. Si Clara, cuando esté en completa tranquilidad y serenidad de espíritu, sanos su cuerpo y su alma, persiste en ser monja, que lo sea; yo no me opondré. Mi sacrificio habrá sido inútil. No exhalaré una queja. Que disfrute de todos mis bienes D. Casimiro. Pero miéntras Clara esté enferma, casi fuera de sí, con una especie de fiebre contínua, no he de sufrir que se tome ese estado febril por éxtasis místico, y esos ataques nerviosos por llamamientos del cielo. Es mi hija, voto á quince mil demonios, y no quiero que me la maten. Ahora mismo voy á ver á doña Blanca. Romperé la consigna para entrar. Romperé la cabeza á quien quiera oponerse á mi entrada. Si no la veo y la hablo, estallo como una bomba. No me detenga V., Padre Jacinto. Déjeme V. salir.

El Comendador habia abierto la puerta, se habia puesto el sombrero, y forcejeaba por salir con el Padre Jacinto, que procuraba detenerle.

— Quien está desatinado eres tú, decia el Padre. ¿A

Digitized by Google

dónde vas? ¿No calculas el escándalo de lo que te propones hacer?

—Déjeme V., Padre. Yo no calculo nada.

—Esto es una perdicion. Dios te ha dejado de su mano. Oye cuatro palabras con reposo y haz luégo lo que quieras. Carezco de fuerzas para detenerte.

El padre Jacinto cedió en su resistencia y el Comendador se paró á escucharle.

—Quieres ver á doña Blanca, y la verás, pero con ménos peligro de lances y de escándalo. Pasado mañana va D. Valentin á la casería con el aperador, á vender unas tinajas de vino. Entónces podrás ver y hablar á doña Blanca. Para evitar mayores males, te llevaré yo mismo. Yo entretendré á Clara á fin de que hables á solas con doña Blanca y le digas cuanto tienes que decirle. Ya ves á lo que me allano. Ya ves á lo que me comprometo. Vas á sorprender desagradablemente á doña Blanca con tu inesperada visita. Vuestra conversacion va á tener algo de un duelo á muerte; mas prefiero intervenir en él, ser cómplice en el delito de vuestro espantoso diálogo, á que sucedan cosas peores. Por las ánimas benditas, Comendador; aguarda hasta pasado mañana. Vendrás conmigo. Verás á doña Blanca. Por la amistad que me tienes; por la pasion y muerte de Cristo te suplico que te calmes para entónces, y trates de que sea lo ménos cruel posible la entrevista que te voy á procurar.

El Comendador cedió á todo y agradeció al Padre Jacinto los consejos que le daba y la proteccion que le ofrecia.

Digitized by Google

XXVI.

Con febril impaciencia aguardó D. Fadrique el plazo que el Padre le habia pedido.

No hay plazo que no se cumpla, y dicho plazo se cumplió al cabo. Cumpliéronse tambien los pronósticos del Padre. Don Valentin salió aquel dia muy de mañana con el aperador para ir á la casería, de donde no pensaba volver hasta la noche.

El Comendador, que lo espiaba todo, se preparó para la entrevista prometida. El padre Jacinto no se hizo aguardar mucho tiempo y vino á buscarle.

Reconociendo que lo ménos peligroso, lo ménos ocasionado á males, era que se viesen ambos cómplices, por si lograban entenderse y convenir en algo acérca de la hermosa Clarita, no quiso el Padre hablar con doña Blanca y proponerle una conferencia con el Comendador. Tenía por seguro que se negaria, y que, ya sobre aviso, le haria más difícil, casi imposible, el hacer entrar al Comendador hasta donde ella estuviese. Así, pues, se resolvió por la sorpresa. Sabía las costumbres de la casa; sabía las horas de todo, y todo lo dispuso con sencillez y habilidad.

Antes de las diez de la mañana, una hora despues del almuerzo, Clara se retiraba á su cuarto, y doña Blanca se quedaba sola en la sala donde estaba de diario.

El Padre se puso en marcha en punto de las diez, llevando al Comendador en pos de sí. Entraron en el zaguan, y el Padre dió dos aldabonazos.

Digitized by Google

La voz de una criada gritó desde arriba:

—¿Quién es?

—Ave María Purísima. Gente de paz: contestó el Padre.

La moza, que reconoció la voz, tiró del cordel, desde un balcon del piso principal, que daba al patio. Con este cordel se abria la puerta, sin bajar la escalera.

La puerta se abrió, y entraron el Comendador y el fraile, sin que los viese nadie, ni la misma criada que les habia abierto, pues entre el patio, adonde daba el balcon en que se hallaba la criada, y la puerta de la calle, habia otro zaguan, del cual arrancaba la escalera principal ó de los señores.

No bien entró el padre Jacinto con su compañero, cerró de nuevo la puerta, y dijo en alta voz:

—Dios te guarde, muchacha.

—Dios guarde á su merced; contestó ella.

Entónces el Comendador y su guía subieron rápidamente la escalera. Ya en la antesala, donde tampoco habia un alma, dijo el fraile á D. Fadrique señalándole una puerta:

—Allí está doña Blanca. Entra... háblale: pero ten juicio.

Don Fadrique, con ánimo decidido, con verdadero denuedo, se dirigió á la puerta señalada, entró, y la volvió á cerrar.

No bien desapareció D. Fadrique, llegó la criada:

—¡Hola! dijo el padre Jacinto. ¿Está doña Blanca sola?

—Sí, Padre. ¿No entra su merced á verla?

Digitized by Google

—No; más tarde. Déjala tranquila. No entres ahora que estará ocupada en sus negocios. No la distraigamos. ¿Está Clarita en su cuarto?

—Sí, Padre.

—Ea, vete á tus quehaceres, que yo voy á ver á Clarita.

Y en efecto, el padre Jacinto y la criada se fueron por su lado cada uno.

Entre tanto, D. Fadrique se hallaba ya en presencia de doña Blanca, sorprendida, pasmada, enojada de tan imprevisto atrevimiento. Sentada en un sillon de brazos, habia levantado la cabeza al sonar el pestillo y la puerta que se abria, habia visto que la volvia á cerrar quien habia entrado, habia reconocido al punto al Comendador, y áun casi inmóvil, silenciosa, le miraba de hito en hito, sospechaba si estaria soñando, y apénas si se atrevia á dar crédito á sus ojos.

El Comendador se adelantó lentamente dos ó tres pasos.

No saludó de palabra: no pronunció una sola: no hallaba, sin duda, fórmula de saludo que no disonase en aquella ocasion: pero con el gesto, con el ademan, con la expresion de toda su fisonomía, mostraba que era un caballero respetuoso que pedia humildemente perdon de la astucia y de la audacia que se habia visto obligado á emplear para llegar hasta allí. En su rostro se leian las disculpas que de palabra no daba. Si atropellaba respetos, lo hacía con razon suficiente. A par de estas cosas, se leia asimismo en el rostro varonil del Comendador la firme resolucion de no salir de allí hasta que se le oyese.

Digitized by Google

Doña Blanca se hizo al punto cargo de todo esto. Conocia tan bien á aquel hombre, que no necesitaba á veces oirle hablar para penetrar sus intenciones y sus sentimientos. Doña Blanca comprendió que lo ménos malo era oirle: que no podia echarle, sin exponerse á dar el mayor de los escándalos. No quiso, sin embargo, aparecer desde luégo resignada. Se alzó de su asiento, y ántes de que el Comendador hablase, le dijo:

—Váyase V., D. Fadrique: váyase V. ¿Qué palabras, qué explicaciones pueden mediar entre nosotros que no produzcan una tempestad, sobre todo si nos hablamos sin testigo? ¿Para que me busca usted? ¿Para qué me provoca? No podemos hablarnos, apénas si podemos mirarnos sin herirnos de muerte. ¿Es V. tan cruel que desea matarme?

—Señora, contestó el Comendador: si no creyese que cumplo un deber imperioso viniendo hasta aquí, no hubiera venido. Cuando penetro furtivamente en esta sala, es porque tengo razones suficientes para ello.

—¿Qué razones alega V. para venir á turbar mi reposo?

—El interes que me inspira un sér á quien me une estrechísimo lazo.

—Muy disimulado, muy oculto ha tenido V. ese interes durante diez y seis años. No se ha acordado V. de ese sér hasta que por casualidad ha tropezado con él en su camino. Ha sido menester que salga V. de paseo con una sobrina suya, y que esta sobrina tenga una amiga, y que esta amiga vaya con ella, para que el amor paternal, que vivia latente y ni siquiera sospechado allá en las

Digitized by Google

profundidades de su magnánimo corazon, se revele de pronto y dé gallarda y briosa muestra de sí. Si el acaso no nos hubiese traido á vivir en la misma poblacion, ó si Clara no hubiese sido amiga de Lucía, aunque en la misma poblacion viviésemos, su interes de V., su amor paternal, sus deberes imperiosos, confiéselo V., dormirian tranquilos en el fondo de esa envidiable y harto cómoda conciencia.

—Justo es que me moteje V. No debo defenderme. Confieso mi culpa. Voy, con todo, á tratar de explicarla y de atenuarla. Yo no podia sospechar que al lado de V., bajo el amparo de una madre cariñosa, corriese mi hija ningun peligro, hallase motivo para ser desventurada.

—Su desventura no proviene de mí solamente. Su desventura proviene del pecado en que fué concebida, y del cual ni V. ni yo, que somos los pecadores, podemos salvarla ni redimirla.

—Ella no es responsable, nadie es responsable de falta que no comete. Esa transmision es un absurdo. Es una blasfemia contra la soberana justicia y la bondad del Eterno.

—No llevemos la conversacion por ese camino, señor D. Fadrique. Si á V. le parece blasfemia lo que yo creo, impiedad y blasfemia me parece á mí cuanto V. dice y piensa. ¿A qué, pues, hablar conmigo de Dios? Deje V. á Dios tranquilo, si por dicha cree en él, allá á su modo. La desventura de mi hija, llámela V. fatal, llámela como guste, procede de su nacimiento. Pues qué, ¿no ha reconocido V. mismo esa desventura, al querer librar de

Digitized by Google

ella á mi hija, haciendo un gran sacrificio, que yo le agradezco, pero que juzgo ya inútil?

—Alguna verdad hay en lo que V. dice. Yo reconozco que Clara, sin culpa, estaba condenada por la suerte ó á sacrificarse ó á ser una usurpadora indigna.

—Estamos de acuerdo, salvo que donde V. dice por la suerte digo yo por el pecado, y no por el pecado de ella, sino por el pecado de otros. Esto es inícuo para V. que no acata los inescrutables designios de la Providencia. Esto es sólo misterioso para mí. Por eso es lo mejor no tocar tales cuestiones. Hablemos de aquello en que convenimos. Convenimos en que Clara estaba, sin culpa suya, condenada á una pena.

—Convenimos: pero convenga V. tambien en que yo la he libertado.

—Si la ha libertado V. habrá sido por una serie de casos fortuitos: porque vió V. á Clara y la reconoció; porque Clara es bonita, ya que, si hubiera sido fea, no se hubiera V. entusiasmado tanto, ni la vanidad de padre hubiera provocado con ímpetu el amor de padre; y porque en suma tiene V. bastante dinero que dar y halla usted un hidalgo con bastante poca vergüenza para tomarle sin motivo justificado.

—A mi vez suplico yo tambien á V. que no entremos en cuestiones inútiles. Yo no he venido aquí á discretear ni á filosofar.

—Yo no discreteo ni filosofo. Digo lo que es cierto. El pecado no fué un acaso: no fué algo independiente de nuestro libre albedrío. El que usted haya encontrado á Clara, el que ella sea bonita, por donde juzga V. que no

Digitized by Google

debe casarse con D. Casimiro ni ser monja, y el que tenga V. más de cuatro millones, no son cosas que de su voluntad de V. han dependido. Para V. son casuales, aunque por Dios estuviesen previstas y preparadas como lo está cuanto ocurre en el universo.

—Vamos, señora, no apure V. mi paciencia. Tan casual será todo eso, como el haber yo encontrado á V. en Lima, el que fuese V. bonita, y el que yo no fuese un monstruo de feo. Lo que no fué casual, sino voluntario, fué la caida: pero tampoco es casual, sino voluntario el rescate. Será casual, no dependerá de mi voluntad, el tener cuatro millones: pero es voluntario, es mi voluntad misma el darlos. Clara, no por casualidad, sino por un acto libre, está ya rescatada del cautiverio, al cual, segun V. juzga, y no sin razon, se hallaba sometida por otro acto, que no supongo que considere V. más voluntario, más reflexionado, más meditado y más deliberado con perfecta claridad en la conciencia.

Hasta este punto el diálogo habia sido de pié. Doña Blanca ni se sentaba ni ofrecia asiento al Comendador. Este, despues de un momento de pausa, porque doña Blanca no respondió al punto á su último razonamiento, dijo con serenidad:

—Mire V., señora: yo no quiero que disertemos, ni que divaguemos. Tengo, no obstante, mucho que hablar; y para que la conferencia sea breve, importa proceder sin desórden. El desórden no se evita sino con la comodidad y el reposo. ¿No le parece á V., pues, que sería bueno que nos sentásemos?

Doña Blanca siguió silenciosa, lanzó una mirada al

Digitized by Google

Comendador, entre iracunda y despreciativa, y se dejó caer de nuevo en el sillon, como aplanada. Entónces se sentó el Comendador en una silla, y prosiguió hablando.

—Mi resolucion, dijo, es irrevocable. Sea por lo que sea; por un capricho, porque Clara es bonita, porque he tropezado con ella casualmente en mi camino, por lo que á V. se le antoje, yo la he rescatado. Todo lo que herede ella por muerte de su marido de V., lo gozará ya, con años de anticipacion, el que debiera heredarle, si Clara no viviese. Viva, pues, Clara. Vengo á pedir á V. su vida.

—A lo que viene V. es á insultarme. ¿Mato yo acaso á Clara?

—Léjos de mí el propósito de insultar á V. Sin querer, podria V. acaso matar á Clara, y esto es lo que vengo á evitar. Para ello estoy resuelto á apelar á todos los medios.

—¿Me amenaza usted?

—No amenazo. Declaro mi pensamiento sin rebozo.

—¿Y qué me toca hacer, segun V., para evitar que Clara muera?

—Disuadirla de que sea monja.

—Eso es imposible. Yo no creo que entrar monja sea morir, sino seguir la mejor vida.

—Ya he dicho que no discuto, ni trato de teologías con V. Concedo, pues, que la vida del claustro es la mejor vida: pero es cuando hay vocacion para seguirla: cuando no se va al claustro desesperada, casi loca, llena de desatinados terrores.

—Vuelvo á repetir á V. que me deje, señor D. Fadri-

Digitized by Google

que. ¿Para qué hablar? Nos atormentarémos y no nos entenderémos. Usted llama terrores desatinados al santo temor de Dios, desesperacion al menosprecio del mundo, y locura á la humildad cristiana y al recelo de caer en tentacion y de faltar á los deberes. Usted considera muerte la vida que en este mundo se asemeja más al vivir de los ángeles. ¿Cómo, pues, hemos de entendernos? Usted me honra más de lo que merezco, pensando que me acusa, al suponer que yo he inspirado á mi hija tales ideas y tales sentimientos.

—Por amor del cielo, mi señora doña Blanca: yo no sé por quién conjurar á V., en nombre de quién suplicarle, que no involucre las cosas, que no me oiga con prevencion, que atienda al bien de su hija, y que no dude de que yo vengo aquí, la molesto con mi presencia y la mortifico con mis palabras, sin prevencion tambien y sólo por el deseo de ese bien impulsado. ¿Cómo he de condenar yo el santo temor de Dios, el menosprecio del mundo, si es razonable, y la humildad cristiana, que nos lleva á desconfiar de nuestra flaca y pecadora naturaleza? Lo que yo condeno es el delirio. Concederia que Clara tomase el velo, áun cuando no le tomase despues de pensarlo reflexivamente; áun cuando le tomase por un rapto fervoroso de devocion: pero lo que no concedo, lo que no consiento es que le tome en un arrebato de desesperacion. Sería un suicidio abominable y sacrílego.

—¿Y de donde infiere V. que Clara está desesperada? ¿Quién se lo ha dicho á V.? ¿Qué motivos tiene ella para desesperarse?

—Nadie me lo ha dicho. Basta mirar á Clara para

Digitized by Google

conocerlo. Usted misma lo conoce. No disimule V. que lo conoce. Si no temiese V. hasta por su vida corporal, ¿no hubiera ya dejado que entrase en el convento? Al darle ahora la libertad que le da, ¿no lo hace V. excitada por el deseo de que su salud se mejore? En cuanto á los motivos de su desesperacion, concretamente yo los ignoro; pero los percibo de cierta manera confusa. Usted la ha hecho dudar de sí más de lo que debiera: sin prever un resultado tan funesto, ha infundido V. en su espíritu que está predestinada á pecar si no busca asilo al pié de los altares. En suma, V. la ha envenenado con tal desconfianza, que ella, al sentir los latidos de su corazon juvenil y la lozanía de la vida en su verde primavera, al ver el fuego, si puro, ardiente de sus ojos, al oir la voz de la naturaleza que la incita á que ame, al soñar acaso con lícitas venturas, logradas en este mundo al lado de un sér de su misma humana condicion, se ha figurado que era presa de impuras pasiones, se ha creido perseguida por los monstruos del infierno, y para no ser ella un monstruo, ha querido refugiarse en el santuario.

—Demos que todo eso sea exacto: replicó imperturbable doña Blanca. Demos que los hechos son los mismos para V. y para mí. La diferencia subsistirá siempre en la manera de apreciarlos. Si Clara se va al claustro, no ya por puro amor de Dios, sino por temor de ofenderle, por considerarse sobrado frágil para resistir las tempestades del mundo y por miedo de sí misma y del infierno, Clara, á mi ver, no desatina: Clara procede con recto juicio y consumada prudencia. Los motivos de su vocacion para la vida religiosa, si no son los más elevados, son buenos.

Digitized by Google

Léjos de mí el tratar de disuadirla, aunque pudiese. A fin de que goce Clara una efímera é incierta dicha en la tierra, no he de oponerme yo á que tome el camino que más derechamente puede llevarla al cielo. No por dar gusto á V. he de aconsejar yo á Clara, cuando la nave de su vida va á entrar ya en el puerto segurísimo y abrigado, que vuelva la proa y que se engolfe en el piélago borrascoso, donde puede zozobrar y hundirse con eterno hundimiento.

—Sí, interrumpió el Comendador, harto ya: lo mejor es que se muera para que se salve.

—¿Y cómo negarlo? respondió fuera de sí doña Blanca. Más vale morir que pecar. Si ha de vivir para ser pecadora, para su eterna condenacion, para su vergüenza y su oprobio, que muera. ¡Llévatela, Dios mio! Así me hubiera muerto yo. ¡Cuánto más me valiera no haber nacido!

—Los mismos furores de siempre. Está V. como atormentada de un espíritu maligno. Yo me lo sabía. Yo tengo la culpa de todo. Yo hubiera debido robar á mi hija de la casa de V., y criarla conmigo, y hacerla dichosa, y darle mi nombre.

—Bendito sea Dios porque no ha sido así. ¡Criada mi hija por un impío! ¿Qué hubiera sido de ella? ¡Debe de ser repugnante una mujer sin religion!

—No sé lo que será una mujer sin religion, ni hubiera sido mi propósito que mi hija no la tuviera. Lo que sé es que una mujer exaltada por el fanatismo religioso puede hacerse insufrible.

—¡Qué feliz sería yo si tal hubiera aparecido á los

Digitized by Google

ojos de V. desde el principio! ¡Cuántos males se hubieran evitado! Pero V. pensaba entónces de otra manera, y me persiguió con constancia, me pretendió con terquedad, y no hubo medio de seduccion, ni mentira, ni engaño, ni blandura de regaladas palabras, ni encarecimiento de amante que muere de amor, ni promesa de darme toda el alma, que V. no emplease para vencer mi honrado desvío. Llegó V. á alucinarme hasta el extremo de anhelar yo perderme por salvar á V. ¡Aquél si que fué delirio! ¿Pues no llegué á soñar con que cayendo yo, iba á ganar su alma de V. y á sacarla de la impiedad en que estaba sumida? ¿Pues no me desvanecí hasta el punto de creer que incurriendo con V. en el pecado, habia de levantarle y traerle luégo conmigo en la purificacion y en la penitencia? ¿De qué artificios no se vale el demonio para envolvernos en sus redes? Yo estaba ciega. Creí ver en V. un hombre extraviado que me enamoraba, que estaba prendado de mí, á quien por amor mio iba yo á cautivar el alma, haciéndola capaz de más altos amores. No advertí que ni siquiera era V. capaz del bajo y criminal amor de la tierra. Usted buscaba sólo la satisfaccion de un capricho, un goce fácil, un triunfo de amor propio. Usted creyó que, una vez vencido mi desvío, que despues de un instante de pasion y de abandono, todo sería paz: todo lo olvidaria yo por V., para que V. me hallase siempre sumisa, alegre, con la risa en los labios. Usted imaginó que yo iba á matar en mi alma todo remordimiento, toda vergüenza, toda idea del deber á que habia faltado, todo temor de Dios, todo respeto á mi honra, todo sentimiento amargo de su pérdida, todo mie-

Digitized by Google

do á las penas del infierno, todo aguijon en la conciencia. Se equivocó V. y por eso le parecí insufrible. Era usted dueño de mi alma; pero, así como en tierra de valientes y generosos, que jamas olvidan lo que deben á su patria, sólo posee el feroz conquistador la tierra que pisa, así V. no me poseia sino cuando hasta de mí misma me olvidaba. Cuando no, me alzaba yo contra V., trataba de limpiar mi culpa con la penitencia, y luchaba siempre por libertarme. ¿Cuánto, no obstante, hubiera debido enorgullecer á V. cada una de sus victorias, áun siendo impío, si hubiera V. acertado á comprender la grandeza sublime y tempestuosa de las grandes pasiones? Horribles eran aquellas frecuentes luchas, pero V., cuando triunfaba, triunfaba, no sólo de mí, sino de los ángeles que me asistian, de mi fe profunda, del cielo á quien yo invocaba, del principio del honor arraigado en mi alma, y de mi conciencia acusadora y severa contra mí misma. Usted, que sólo buscaba alegría y deleite, se fatigó de luchar. Así me liberté del cautiverio infame. Alabado sea Dios que lo dispuso. Alabado sea Dios que ha castigado despues tan justamente mi culpa: pero, se lo confieso á usted, el castigo que más me ha dolido siempre, el que más me duele todavía, es el tener que despreciar al hombre que he amado. Ya lo sabe V. Usted me halla insufrible: yo le hallo á V. despreciable. Váyase de aquí. Salga de aquí ó haré que le echen. ¿Quiere V. delatarme? ¿Quiere V. declararme culpada? Hágalo. No temo ya desventura ni humillacion por grande que sea. Sépalo usted de una vez para siempre: me alegro de que Clara entre en un convento. No seré tan vil que por miedo de

Digitized by Google

usted falte á mi deber inculcándole lo contrario. Ahora, márchese: salga de mi casa: déjeme tranquila.

Doña Blanca, puesta de pié otra vez, con ademan imperioso, señalando la puerta con la mano, expulsaba al Comendador. ¿Qué habia de hacer, qué habia de contestar éste? Doña Blanca pareció frenética á los ojos del Comendador, lleno de piedad y casi de susto. Temió ser cruel y mal caballero si respondia. Guardó silencio. Vió el asunto perdido, al ménos por aquel lado, y no quiso prolongar más el doble martirio.

Don Fadrique inclinó la cabeza y salió de la sala harto apesadumbrado. Apénas se vió en la antesala, bajó la escalera, abrió la puerta del zaguan, y se lanzó á la calle, respirando con delicia el ambiente, como quien se está ahogando y logra sacar la cabeza del agua en que se hallaba sumergida.

XXV.

A pesar de su optimista y regocijada filosofía, á pesar de su propension natural á reir y á ver las cosas por el lado cómico, D. Fadrique estuvo todo aquel dia meditabundo, callado, con una seriedad melancólica harto extraña en él.

A la hora de comer, apénas si probó bocado; apénas si habló con su hermano, con su cuñada y con su sobrina, los cuales, cada uno por su estilo, le agasajaban mucho.

Don José era un señor excelente, que no hacía más

Digitized by Google

que cuidar de su hacienda, jugar á la malilla en la reunion de la botica, y dar gusto á doña Antonia.

Esta señora tenía una pasta de las mejores: cuidaba de la casa con esmero, cosia y bordaba. Era buena cristiana; iba á misa todos los dias y rezaba el rosario con los criados todas las noches: pero, en todo ello habia algo de maquinal, de fórmula, costumbre ó rutina, sin que doña Antonia se metiese en honduras religiosas. Sólo salia algo de sus casillas y mostraba cierto entusiasmo apasionado en favor de la Vírgen de Araceli de Lucena (doña Antonia era lucentina) prefiriéndola á las otras Vírgenes y hallándola más milagrosa.

En cuanto á director espiritual, doña Antonia tenía á un capuchino fervoroso y elocuente, cuya fama eclipsaba entónces la del padre Jacinto, el cual, como más tibio en el predicar y en el reprender, no hacía tantas conversiones ni traia al redil tantas ovejas descarriadas como su cofrade barbudo.

Lucía tenía por confesor al padre Jacinto; y se llevaba tan bien con su madre, que las únicas discusiones que habia entre ellas eran sobre los méritos de sus respectivos confesores. Por lo demas, como doña Antonia no tenía voluntad ni opinion, y de todo se le importaba lo mismo, francamente no era gran prueba de sumision y deferencia en Lucía el no discutir nunca con su madre, salvo sobre el capuchino, y alguna que otra vez, aunque raras, acerca de la Vírgen de Araceli. Lucía no era muy devota, y careciendo de otra Vírgen predilecta, concedia pronto á su madre la superior excelencia de la suya.

La única causa de disidencia era, pues, el padre Ja-

Digitized by Google

cinto, en quien Lucía hallaba superior entendimiento é ilustracion: mas al cabo, como buena hija que era, y á fin de contentar á su madre, declaraba que el capuchino habia reunido á un sinnúmero de malos casados, que andaban campando por sus respetos y viviendo aparte, engolfados en mil marimorenas, y habia logrado que no pocos pecadores y pecadoras dejasen las malas compañías y peores tratos, é hiciesen vida ejemplar y penitente: de todo lo cual podia jactarse muchísimo ménos el padre Jacinto. De donde inferia Lucía que el capuchino era mejor director espiritual de los extraviados, y el padre Jacinto mejor director de los que estaban en el buen sendero ó dentro del aprisco. El uno valia para vencer y reducir á la obediencia á los rebeldes; el otro para gobernar sábia y blandamente á los sumisos.

Con esto se aquietaba doña Antonia y vivia en santa y dulce paz con su hija, á quien habia enseñado todas sus habilidades caseras, reconociendo la maestra, sin envidia y con júbilo, que casi siempre se le aventajaba ya la discípula. Lucía bordaba con todo primor, en blanco, en seda y en oro: hacía calados, pespuntes y vainicas como pocas; y en guisos y dulces nadie se le ponia delante que no saliera con la ceniza en la frente. Sólo resplandecia aún la superioridad de doña Antonia en las faenas de la matanza. Era un prodigio de tino en el condimentar y sazonar la masa de los chorizos, morcillas, longanizas y salchichas; en adobar el lomo para conservarle frito todo el año, y en dar su respectivo saborete, con la adecuada especiería, á las asaduras, que ya compuestas llevan siempre el nombre de pajarillas, sin duda porque

Digitized by Google

alegran las pajarillas de quien las come, y á los riñones, mollejas, hígado y bazo, que se preparan de diverso modo, con clavo, pimienta y otras especias más finas, excluyendo el comino, el pimenton y el orégano.

El lector no ha de extrañar que entremos en estos pormenores. Convenia decirlos, y distraidos con la accion principal no los habiamos dicho.

El niño mayorazgo, hijo de don José y de doña Antonia, habia ido, hacía poco, al Colegio de Guardias marinas de la Isla, con buenas cartas de recomendacion de su señor tio.

Doña Antonia andaba siempre con las llaves de una parte á otra; ya en la repostería; ya en la despensa; ya en la bodega del aceite, ya en la del vino, ya en la del vinagre.

La casa tenía todo esto, como casa de labrador, á par que de señores; pues D. José, al trasladarse á la ciudad, habia traido á ella muchos de sus frutos para venderlos con más estimacion y darles más fácil salida.

Don José, cuando no hacía cuentas con el aperador, ó bien oia á los caseros, que venian á verle y á informarle de todo desde las caserías, se largaba á la botica, donde habia tertulia pepétua y juego por mañana, tarde y noche.

Resultaba, pues, que el Comendador, salvo á las horas de las tres comidas, y un rato de noche, cuando habia tertulia, á la cual no faltaba jamas D. Cárlos de Atienza, se hallaba en una grata y apacible soledad, no interrumpida sino por la rubia sobrina, la cual le buscaba siempre, preguntándole qué habia de nuevo respecto á Clara.

Digitized by Google

Don José y doña Antonia, que estaban en Babia, nada sabian de los disgustos y cuidados del Comendador. Lucía los sabía á medias, distando infinito de presumir, á pesar de sus hipótesis, que Clara estaba ligada á su tio con vínculo tan natural.

Los criados de la casa y el público todo seguian desorientados en punto á D. Cárlos de Atienza. Viéndole jóven, elegante y lindo, que venía con frecuencia á la casa, y que cuchicheaba siempre con Lucía, supusieron con visos de fundamento que era su novio; y ya en la casa le apellidaban el novio de la señorita.

Tal era la situacion de cada uno de los personajes secundarios de esta historia, cuando el Comendador, despues de su entrevista con doña Blanca, se hallaba tan desazonado.

Durante la comida le colmaron de cuidados, creyéndole indispuesto. Doña Antonia supuso que tendria jaqueca y le excitó á que fuese á reposar. Don José, despues de decirle lo mismo, se largó á la botica. Lucía, con más vivo interes, trató de informarse mil veces de la causa del disgusto de su tio, pero no consiguió nada.

El Comendador, á sus solas, no hacía más que pensar sobre su diálogo con doña Blanca, y concebir los más encontrados pensamientos, aunque siempre poco gratos.

Ya se le figuraba que dicha señora tenía un orgullo satánico, un genio infernal, y entónces se culpaba á sí mismo de no haberle robado á la hija; de haberla dejado en su poder para que la enloqueciera y la hiciera desgraciada. Ya imaginaba, por el contrario, que, desde su punto de vista, doña Blanca tenía razon en todo.

Digitized by Google

El Comendador entónces calificaba su persecucion en pos de doña Blanca, y su victoria ulterior (que en otro tiempo habia mirado como una ligereza perdonable, como una bizarría de la mocedad) de conducta inicua y malvada á todas luces, áun juzgada por su criterio moral, lleno de laxitud en ciertas materias.

—Por cierto que no merezco perdon, se decia D. Fadrique. La maldita vanidad me hizo ser un infame. ¡Habia tantas mujeres guapas cuando yo era mozo, á quienes cuesta tan poco otro tropiezo, una caida más ó ménos! ¿Por qué, pues, no siendo arrastrado por una pasion vehemente, que ni siquiera tengo esta excusa, ir á turbar la paz del alma de aquella austera señora? Tiene razon sobrada. Soy digno de que me aborrezca ó de que me desprecie. Lo único que mitiga un tanto la enormidad de mi delito es la mala opinion que tenía yo entónces de casi todas las mujeres. No me cabia en la cabeza que ninguna pudiera (despues sobre todo) tomar tan por lo serio los remordimientos, la culpa..... En fin, yo no preví lo que pasó despues. Si lo hubiera previsto..... me hubiera guardado bien de pretender á doña Blanca. Aunque no hubiera habido otra mujer en la tierra..... su corazon hubiera quedado entero para D. Valentin, sin que yo se le robára. Pero nada.... esta pícara costumbre de reir de todo..... de no ver sino el lado malo! Me gustó..... me enamoró..... eso sí..... yo estaba enamorado..... y como creí que la gazmoñería era sal y pimienta que haria más picante y sabroso el logro de mi deseo, y que luégo se disiparia, insistí, porfié, hice diabluras..... sí..... hice diabluras: creé dentro de su conciencia un infierno

Digitized by Google

espantoso: por un liviano y fugitivo deleite dejé en su espíritu un torcedor, una horrible máquina de tormento que sin cesar le destroza el pecho, diez y siete años hace. ¡Como tengo este carácter tan jocoso!..... Las cañas se volvieron lanzas. La burla fué pesada. Pero ¡Dios mio..... si yo no podia sospecharlo! Aunque me lo hubieran asegurado mil y mil personas no lo hubiera creido. Lo repito, no cabia en mi cabeza. Yo no comprendia arrepentimiento tan feroz y tan persistente, simultáneo casi con el pecado. Yo no habia medido toda la violencia de una pasion, que, á pesar del grito airado y fiero de la conciencia, que á despecho del sangriento azote con que el espíritu la castiga, rompe todo freno y sale vencedora. Cuando exclamaba ella casi rendida ya á mi voluntad, cayendo entre mis brazos, doblándose quebrantada al toque de mis labios, recibiendo mis besos y mis caricias, cediendo á un impulso irresistible y no obstante luchando: «¡Dios mio, mátame ántes que caiga de tu gracia! ¡Prefiero morir á pecar!» cuando decia esto, que hoy ha repetido á propósito de su hija, no me inspiraba compasion, no me apartaba de mi mal propósito; ántes bien era espuela con que aguijoneaba mi desbocado apetito. ¡Cuán hermosa me parecia entónces, al pronunciar, con voz entrecortada por los sollozos, aquellas palabras, á las cuales yo no prestaba sino un vago sentido poético, y en cuya verdad profunda yo no creia! Hasta la dulzura de su misma religion se maleaba y viciaba en mi mente, interpretada por mi concupiscencia, y quitaba á mis ojos todo valor á aquella desolacion suya, á aquella angustia con que miraba y repugnaba la caida, sin ha-

Digitized by Google

llar fuerzas para evitarla. Yo me atrevia á decidir que no era tan gran mal el que tenía tan fácil remedio. Yo me convertia en redentor del alma que cautivaba y en salvador del alma que perdia, parodiando la sentencia divina y diciendo en mi interior: «Levántate; estás perdonada, por lo mucho que has amado.» ¡Ah, cielos! ¿Por qué ocultármelo? Procedí con villanía. Era yo tan bajo y tan vil, que no comprendí nunca el vigor, la energía de la pasion que sin merecerlo habia excitado. Era yo como salvaje, que sin conocer un arma, la dispara y hiere de muerte. La grandeza y la omnipotencia del amor me eran tan desconocidas como la persistencia y el indómito poderío de una conciencia recta, que acepta el deber y le cumple, ó jamas se perdona si no le cumple. ¿Será que soy un miserable? ¿Tendrán razon los frailes y los clérigos al sostener que no hay verdadera virtud sin religion verdadera?

De esta suerte se atormentaba D. Fadrique en afanoso soliloquio, en que volvia cien y cien veces á repetirse lo mismo.

El que no viniese el padre Jacinto á hablar con él inspiraba al Comendador la mayor inquietud. Várias veces se asomó al balcon de su cuarto, que daba á la calle, á ver si le veia salir de casa de doña Blanca. Várias veces salió á la calle y fué hasta el convento de Santo Domingo, aunque estaba léjos, á preguntar si el padre Jacinto habia vuelto. El padre Jacinto no parecia en parte alguna.

A la caida de la tarde, estando D. Fadrique en su estancia, oyó pisadas de caballos que paraban cerca. Salió

Digitized by Google

al balcon y vió apearse á D. Valentin, que volvia de la casería.

Llegó la noche y no parecia el padre Jacinto.

Don Fadrique echaba á volar su imaginacion con vuelo siniestro. Hacía las suposiciones más extrañas y dolorosas. ¿Qué habrá sucedido? se preguntaba.

A las ocho de la noche, por último, el Comendador vió aparecer al padre Jacinto bajo el dintel de la puerta de su cuarto.

Al verle, le dió un vuelco el corazon. El Padre traia la cara más grave y melancólica que habia tenido en su vida.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa? dijo el Comendador. ¿Dónde ha estado V. hasta ahora?

—¿Dónde he de haber estado? En casa de doña Blanca; donde hice mal y remal en introducirte traidoramente. ¡Buena la has hecho! ¿Qué demonios te aconsejaron cuando hablabas? ¿Qué dijiste á la infeliz? ¡Vaya un berrinche que ha tomado! Está mala. ¡Dios quiera que no se ponga peor.

El Comendador se mostró consternado: se quedó mudo. El fraile añadió:

—Clarita es una santa. Allí la dejo cuidando á su madre. No sé para qué todas estas desazones. La chica está resuelta, firmemente resuelta. Todo es inútil. Bien hubiera podido evitarse tu endemoniada conversacion con la madre. Tiempo es de evitar aún que te arruines á tontas y á locas.

El Comendador, recobrando el habla, respondió:

—Lo hecho, hecho está. Yo no gusto de arrepentir-

Digitized by Google

me. Yo no deshago mis promesas. Yo no me vuelvo atras nunca. Lo que prometí á D. Casimiro y él ha aceptado tiene que cumplirse. Pero, ¿qué enfermedad es esa de doña Blanca? ¿Sigue Clara poseida de su lúgubre locura? Voto á todos los demonios y condenados que hay en el infierno, que jamas hubiera yo podido soñar que iba á ser víctima de tan enrevesados sentimentalismos.

El Comendador se paseaba á largos pasos por la estancia. El Padre le miraba con pena y algo aturdido.

En esto, Lucía, que habia visto entrar al Padre, asomó la rubia y linda cabeza á la puerta, que habia quedado entornada, y dijo con dulce ansiedad:

—¿Tio, ¿qué hay de nuevo?

—Nada, niña. Por Dios, déjanos en paz ahora, que vamos á tratar asuntos muy graves.

Lucía se retiró lastimada de inspirar tan poca confianza.

XXVI.

Cuando el Padre y el Comendador se quedaron solos de nuevo, cerró éste la puerta é interrogó al Padre en voz baja sobre lo que habia oido á doña Blanca; sobre lo que habia hablado con Clarita: pero nada sacó en limpio.

El padre Jacinto parecia otro del que ántes era. Mostrábase preocupado; buscaba evasivas para no contestar á derechas; sus misterios y reticencias daban á su interlocutor una confusa alarma.

Al fin tuvo D. Fadrique que dejar partir al fraile, sin averiguar nada más que lo que ya sabía.

Digitized by Google

Aquella noche no salió de su cuarto: no quiso ver á nadie: pretextó hallarse indispuesto para encerrarse y aislarse.

Se pasaron horas y horas, y, aunque se tendió en la cama, no pudo dormir. Mil tristes ideas le atormentaban y desvelaban.

Rendido de la fatiga, se entregó al sueño por un momento, pero tuvo visiones aterradoras.

Soñó que habia asesinado á doña Blanca, y soñó que habia asesinado á su hija. Ambas le perdonaban con dulzura, despues de muertas: pero este perdon tan dulce le hacía más daño que las punzantes palabras que aquel dia habia escuchado de boca de su antigua querida. Esta y Clara se ofrecian á su imaginacion, con la palidez de la muerte, con los ojos fijos y vidriosos, pero como triunfantes y serenas, subiendo lentamente por el aire, hácia la region del cielo, y entonando un antiguo himno religioso, que siempre habia atacado los nervios y contrariado los sentimientos harto gentílicos del Comendador por su fúnebre ternura; por su identificacion del amor y de la muerte, y por su misantrópica exaltacion del sér del espíritu por cima de todo deleite, contento, esperanza, consolacion ó bien posible en la tierra.

Las mujeres, que iban subiendo al cielo, cantaban; y D. Fadrique oia, á traves del ambiente tranquilo, los últimos versos del himno, que decian:

Mors piavit, mors sanavit
Insanatum animum.

Con estos dos versos en la mente se despertó D. Fadrique.

Digitized by Google

Apénas se hubo vestido, oyó que daban golpecitos á la puerta.

—¿Quién es? preguntó.

—Soy yo, tio: dijo la dulce voz de Lucía. Tengo que hablar con usted. ¿Puedo entrar?

—Entra: contestó el Comendador con bastante zozobra de que Lucía trajese malas noticias.

La cara de Lucía estaba demudada. Los ojos algo encarnados, como si hubiesen vertido lágrimas.

—¿Qué hay? dijo D. Fadrique.

—Que doña Blanca está muy mala. Clara me escribe diciéndomelo, y me ruega que haga la caridad de ir á acompañarla.

—¿Y se sabe que tiene doña Blanca?

—Yo, tio, no lo sé. El mal ha venido de súbito. La criada, que me trajo la carta de Clarita, dijo que su ama cayó enferma como herida por un rayo: que, eso es verdad, la señora estaba delicada, pero que al fin lo pasaba regular, como casi todos, cuando de repente, cual si hubiera tenido alguna aparicion de los malos y hubiera peleado con ellos, cayó en tal postracion, que ha sido menester ponerla en la cama, donde está aún con calentura.

Don Fadrique sintió un frio repentino, que discurria por todo su cuerpo y que hasta los huesos le penetraba. Imaginó que se le erizaban los cabellos. Se inmutó; pero con habla interior dijo para sí:

—En efecto, ¿habré sido tan brutal que la haya asesinado?

Notando despues que Lucía no tenía más que decir

Digitized by Google

y aguardaba respuesta, el Comendador hizo un esfuerzo para aparentar serenidad, y dijo á su sobrina.

—Vé, hija mia; vé á cumplir con ese deber de caridad y de amistad para con Clarita. Procura consolarla. ¡Ojalá que el padecimiento de doña Blanca no tenga peores consecuencias!

—Voy volando: replicó Lucía.

Y sin aguardar más, con la vénia de su madre que ya tenía, bajó la escalera y se fué á la casa inmediata.

XXVII.

La sobrina del Comendador tenía tan alegre carácter como su tio. Era, por naturaleza, tan optimista como él. Casi todo lo veia de color de rosa: pero, compasiva y buena, tomaba pesar por los males y disgustos de los otros, si bien procurando más consolarlos ó remediarlos que compartirlos.

Con esta disposicion de ánimo entró Lucía á ver á Clara. Apénas se vieron, se abrazaron estrechamente.

Clara, al contrario de Lucía, era melancólica, vehemente y apasionada, como su madre. Sobre esta condicion del carácter, que era ingénita en ella, la educacion severísima de doña Blanca, su contínuo hablar de nuestra perversidad nativa, su concepto del mundo y del vivir como valle de lágrimas y tiempo de prueba, y su terror de la eterna condenacion y de lo fácil que es caer en el pecado, habian difundido por toda el alma de Clara una sombra de amarga tristeza y de medrosa descon-

Digitized by Google

fianza. Por dicha, Clara carecia de aquel orgullo, de aquel imperio de su madre, y el lado oscuro y tenebroso de su espíritu estaba suavemente iluminado por un rayo celeste de humildad, resignacion y mansedumbre.

Clara era mil veces más amante que su madre, y se abandonaba á la dulzura de amar, si bien con recelo siempre de pecar amando.

Ambas amigas se hallaban en un cuarto contiguo á la alcoba de doña Blanca.

El cuitado de D. Valentin no sabía qué hacer: andaba inquieto: bullia de un lado á otro, sin atreverse á entrar en la alcoba de su mujer para que no le despidiese á gritos, porque venía á turbar su reposo, y sin atreverse tampoco á no estar allí cerca para que su mujer no le acusase de indiferente, egoista y desalmado, que no miraba con interes sus males y ni siquiera preguntaba por su salud. En esta perplejidad, D. Valentin entraba y salia, asomaba de vez en cuando la nariz á la alcoba, á ver si le veia doña Blanca y le decia que entrase; y, sin decidirse á entrar, miéntras no alcanzaba la vénia, preguntaba á Clara por su madre, ni en voz muy alta para que doña Blanca se incomodase, ni en voz muy baja para que fuera posible que doña Blanca le oyese y comprendiese que su marido cuidaba de ella y no era un hombre sin entrañas.

Este procedimiento prudentísimo no le valió sin embargo. Ya una vez, como repitiese con harta frecuencia lo de asomar la nariz á la puerta de la alcoba, doña Blanca habia dicho:

—¿Qué haces ahí? ¿Vienes á molerme? Pareces un

Digitized by Google

buho que me espanta con sus ojos. Déjame en paz, por Dios.

Poco despues se descuidó algo D. Valentin, alzó la voz demasiado al preguntar á Clara por su madre, y ésta exclamó desde la alcoba:

—¡Qué pesadilla de hombre! Se ha propuesto no dejarme descansar. ¡Si parece que está hueco! Valentin, habla bajo y no me mates.

Don Valentin salió entónces zapeado de la estancia en que se hallaban Clara y Lucía, y las dejó solas.

Aunque doña Blanca era buena cristiana, estos raptos de mal humor contra su marido se comprenden y explican como en cierto modo independientes de su voluntad. Doña Blanca no habia encontrado en él ni un átomo de la poesía, ni una chispa de las sublimidades que habia soñado hallar, en su inexperiencia, en el hombre á quien dió su mano, siendo aún muy niña. Luégo, hacía diez y siete años, no veia ella en D. Valentin sino un hombre cuya serenidad era el perpétuo sarcasmo de las borrascas de su corazon; cuya union con ella habia hecho que lo que pudo ser un bien lícito, una felicidad santificada, fuese un pecado abominable; y cuya salud corporal parecia una burla de los achaques y padecimientos que á ella la atormentaban. Hasta la paciencia con que D. Valentin la sufria era odiosa á doña Blanca, cual si implicase bajeza, gana de no incomodarse por no molestarse, desden ó menosprecio.

En balde procuraba doña Blanca formar mejor opinion de su marido, á fin de respetarle; como reflexivamente conocia que era su deber: doña Blanca no lo lo-

Digitized by Google

graba. Las mejores prendas del alma de D. Valentin, con intervencion quizás de algun demonio astuto, se trocaban, en el alma de doña Blanca, en defectos ridículos. En balde pedia á Dios doña Blanca que le concediese, ya que no amar, estimar á su marido. Dios no la oia.

Zapeado, pues, D. Valentin, doña Blanca quedó sola en la alcoba, abismada, sin duda, en sus hondos y amargos pensamientos, y Clara y Lucía, casi al oido la una de la otra, hablaron así:

—¿Qué ha dicho el médico, Clara? ¿Qué tiene tu madre? preguntó Lucía.

—El médico hasta ahora, respondió Clara, no ha dicho más que lo que cualquiera de nosotros ve y comprende: que mi madre tiene calentura; pero la calentura es sólo síntoma de un mal que el médico desconoce aún. Anoche la calentura fué muy fuerte y nos asustamos mucho. Hoy de mañana ha cedido.

—Vamos, Clarita, ya veo que exageraste en tu carta, y me alarmaste sin motivo. Tu madre se curará pronto. Apuesto que la causa de toda su indisposicion ha sido alguna rabieta que ha tenido con D. Valentin.

—Pues te equivocas. Mi madre no ha tenido la menor rabieta con nadie en todo el dia de ayer. Papá estuvo en el campo.

—Entónces se concibe que no rabiase con él. ¿Y contigo no rabió?

—Hace dias que mi madre está dulcísima conmigo. Te repito que ayer no se sofocó mamá con nadie: no riñó á ninguna criada: estuvo apacible y silenciosa.

Clara, si bien era una criatura de singular despejo, se

Digitized by Google

forjaba la extraña ilusion de que una buena madre de familia tenía forzosamente que rabiar, y así no decia nada de lo dicho para censurar á su madre, sino candorosamente.

Lucía no insistió en buscar el orígen del mal de doña Blanca; se inclinó á creer que este mal era pequeño, á fin de no tener que afligirse; y volviendo la conversacion hácia otros puntos, preguntó á su amiga:

—Clara, ¿sigues firme en tu resolucion de tomar el velo?

—Estoy más resuelta que nunca. Una voz misteriosa me grita en el fondo del alma que debo huir del mundo: que el mundo está sembrado de peligros para mí.

—Confieso que no te entiendo. ¿Qué peligros tendrá el mundo para tí que para los demas no tenga?

—¡Ay, querida Lucía; el desórden de mi espíritu, los extraños impulsos de mi corazon, la violencia de mis afectos!

—Pero, muchacha, ¿qué violencia ni qué desórden es ése? Yo no hallo desordenado ni violento el que ames á D. Cárlos, que es muy guapo y jóven, y el que no gustes de D. Casimiro, que es viejo y feo. Esto me parece naturalísimo.

—Será natural, porque la naturaleza es el pecado.

—¿Dónde está el pecado?

—En desobedecer á mi madre, en engañarla, en haber atraido á D. Cárlos con miradas amorosas y profanas, en complacerme en que guste de mí y en que me persiga, en desear que siga queriéndome hasta en este instante, cuando ya estoy decidida á no ser suya. En

Digitized by Google

suma, Lucía, mi alma es un tejido de marañas y de enredos, que el mismo diablo trama y revuelve. Ademas, yo he prometido á mi madre que seré monja, y para que lo sea, ha despedido ella á D. Casimiro. ¿Cómo faltar ahora á mi promesa, burlarme de mi madre y hasta de Cristo, á quien he dado palabra de esposa? ¿Qué infamia me propones?

—Es verdad, hija mia: el caso es apurado: pero, ¿quién te mandó que dijeses que querias ser monja y que lo prometieses? ¿Por qué no declaraste con valor á tu madre que no querias á D. Casimiro, y que no querias ser monja tampoco?

—Bien sabe Dios, respondió Clara, que deseo desahogarme contigo, depositar en tu amistoso corazon el secreto de mi infortunio, confiártelo todo: pero yo misma no me comprendo sino de un modo imperfecto; y lo que de mí misma comprendo está tan enmarañado, que no encuentro palabras para explicártelo. Siento la razon y causa de todas mis acciones, y no las percibo bien para exponerlas. Quiero, no obstante, sincerarme y tratar de probarte que no es absurda mi conducta. Voy á ver si lo consigo. Yo he amado, yo amo aún á D. Cárlos de Atienza. Yo detesto á D. Casimiro. Esto es verdad: pero mi amor por D. Cárlos y mi ódio á D. Casimiro no han tenido jamas la suficiente energía para hacerme arrostrar la cólera de mi madre, declarándole que amaba al uno y odiaba al otro. Así, pues, te aseguro que durante meses he estado resignada á sofocar en mi alma el naciente amor á D. Cárlos y á casarme con D. Casimiro para ser una hija obediente. Hubiera yo preferido á todo ser es-

Digitized by Google

posa de Cristo: pero me consideraba indigna. Para ser mujer de D. Casimiro me sentia con fuerzas. Yo esperaba vencer mi fatal inclinacion á D. Cárlos, y, logrado esto, ser modelo de casadas, cuidar al achacoso D. Casimiro, y hasta quererle, imponiéndome como deber el cariño. Hallándome de esta suerte, nuevos y extraños sentimientos han combatido mi alma y han hecho que mi espíritu dude más de sí. Me he llenado de terror. En mi humildad, no me he creido digna ni de ser mujer de D. Casimiro. Me he espantado de mi flaqueza, de la perversidad de mis inclinaciones, y entónces he pensado en refugiarme en el claustro. Juzgándome ménos digna que ántes de ser esposa de Cristo, he pensado en la infinita bondad de aquel Soberano Señor, padre de las misericordias, y he comprendido que, áun siendo yo indigna de todo, podia acudir á él y refugiarme en su seno, segura de que no me rechazaria, de que me acogeria amoroso, purificándome y santificándome con su gracia.

—Tú me hablas de nuevos y extraños sentimientos, pero sin decir cuáles son, dijo Lucía. Aquí hay un misterio que no me dejas penetrar.

—¡Ay! exclamó Clara, apénas si yo le penetro. ¿Cómo declarártele? Mira, Lucía, yo conozco que amo siempre á D. Cárlos. Si me finjo en completa libertad de elegir mi vida, me parece que mi eleccion será ser mujer de D. Cárlos. Su talento, su bondad, su delicada ternura, me hace presentir que sería yo dichosa viviendo á su lado. Te lo confesaré. A pesar del horror que mi madre ha sabido inspirarme á la complacencia de los sentidos, la imágen material de D. Cárlos, su porte, la gallardía

Digitized by Google

de su cuerpo, la elegancia y pulcritud de su vestido, el fuego de sus ojos y la viva animacion de su semblante y la frescura de su boca, me atormentan y me hieren y me distraen de mis piadosas meditaciones.

—Te lo repito, Clarita; en nada de eso veo yo la obra del diablo; en nada descubro influencias sobrenaturales; todo es naturalísimo. Y si, como tú afirmas, la naturaleza es el pecado, bien es menester ó que Dios nos dé medios sobrenaturales para vencerla, ó que nos perdone con muchísima generosidad cuando ella nos venza. ¿Dónde están esos sentimientos singulares que te perturban?

—Lucía, tú hablas con suma ligereza. Tus razones tienen no sé qué fondo de impiedad. Me da miedo. Mi madre no se engañaba. El trato, la conversacion con tu tio debe de ser muy peligrosa.

—No disparates, Clara. A mi tio no se le ha ocurrido jamas darme lecciones de impiedad. Si lo que yo sostengo es poco piadoso, la culpa es completamente mia. Seré yo la que está endiablada. Pero dejemos á un lado esas cuestiones; vamos á lo que importa. Dime qué raros sentimientos te asaltan el alma, inspirándote esa humildad, esa desconfianza profunda, que te induce á tomar el velo.

—No acierto á decírtelo. Me falta valor.

—Ea..... ánimo..... di lo que es.

—Mi madre no ha hecho más que hablarme de tu tio desde que apareció en esta ciudad....., desde que yo le vi y pasée con él una tarde. Me le ha pintado como pudiera haberme pintado á Luzbel, rodeado aún de hermosos fulgores de su primitiva naturaleza angélica, valeroso, audaz, inteligente como pocos seres humanos. Me ha he-

Digitized by Google

cho creer que ejerce tal imperio sobre las almas, que las atrae y las cautiva y las pierde, si gusta. En su mirada hay una luz siniestra que ciega ó extravia. En su palabra, una música seductora que embelesa los entendimientos y ensordece la voz del deber en la conciencia. Segun mi madre, tu tio es la maldad personificada, el dechado de la irreligion, un rebelde contra Dios, de quien conviene apartarse para no contaminarse. En resolucion, cuanto mi madre ha dicho de tu tio debiera infundirme hácia él un ódio, una aversion grandísima. Sé por mi madre que el Comendador es un réprobo. No hay esperanza de que se salve. Está condenado. Es como Luzbel. Y, sin embargo, léjos de producir en mí los discursos de mi madre el horror hácia el Comendador que ella deseaba, tal es mi perversidad, tan pecaminoso es mi espíritu de contradiccion, que han avivado mis simpatías hácia tu tio. Yo no debiera decírtelo; yo no sé como tengo la desvergüenza de decírtelo. Apénas si á mi confesor le he dejado entrever algo de lo que siento en el negro abismo de mi corazon. Pero si no te lo digo..... ¿con quien me desahogo?..... Lucía, tú eres mi mejor amiga..... Yo quiero al Comendador de un modo inexplicable. Me siento arrastrada hácia él. Creo en todas sus maldades, porque mi madre me las ha dicho; y creo que Dios, á quien el Comendador es simpático, se las va á perdonar, como yo se las perdono. ¿No es una monstruosidad, no es una aberracion este cariño hácia una persona casi desconocida? Yo me condenaba ántes por mi inclinacion á don Cárlos, á despecho, á escondidas de mi madre. Ahora me sucede casi lo mismo que á tí; mi inclinacion á don

Digitized by Google

Cárlos me parece natural. Lo diabólico, lo abominable es mi inclinacion á tu tio. Es un sentimiento tan distinto que no destruye ni aminora mi afecto á D. Cárlos. Esto mismo prueba mi desordenada índole; mi pecadora y perturbada manera de ser. No sé con qué pretexto, bajo qué título, con qué nombre cariñoso he de acercarme á él, hablarle, llegar á su intimidad, y lo deseo. Cuantas cualidades detestables mi madre le atribuye, se me antoja que no lo son en él, porque es un sér de superior natural jerarquía y está exento de la ley comun para los demas mortales.

Con la mirada fija, con el semblante, no risueño como le tenía de costumbre, sino triste y grave, y sin acertar á contestar palabra, oyó Lucía la inesperada confesion de Clara.

Despues de unos instantes de silencio Clara prosiguió:

—Nada me respondes; nada observas; te callas; reconoces que soy un monstruo. Será amor de otro género, será un sentimiento indefinido, que carece de nombre en la clase é historia de las pasiones; pero yo quiero á tu tio y le quiero por esa misma pintura con que mi madre ha procurado que yo le aborrezca.

A este punto llegaba Clara, cuando vino á interrumpirla la voz de doña Blanca, que decia:

—¡Hija, hija!

Lucía y Clara se estremecieron. Aunque era imposible que doña Blanca las hubiese oido, imaginaron por un instante que milagrosamente las habia oido y que iba á terciar en la conversion por estilo terrible.

—¿Qué manda V., mamá? dijo Clara temblando.

Digitized by Google

—Agua. Dame un poco de agua. ¡Me ahogo!

Las dos amigas acudieron á la alcoba á dar agua á la enferma. Entónces notaron con pena y sobresalto que la fiebre habia crecido. Las palpitaciones del corazon de doña Blanca eran tan violentas que se hacian perceptibles al oido.

—¿Qué siente V., señora? preguntó Lucía.

—Una ansiedad... una fatiga..... respondió doña Blanca..... el corazon me late con tanta fuerza.....

Lucía posó suavemente la mano sobre el pecho de doña Blanca. Entónces notó con pena que los latidos de su corazon habian perdido el ritmo natural; eran desordenados y anormales; pero no dijo nada por no asustar á la paciente y á su hija.

El cuidado que requeria doña Blanca no consintió que prosiguiese el diálogo entre Clara y Lucía.

XXVIII.

Tantos años de pesares y de tormentos habian ido destruyendo la salud de doña Blanca. Su tristeza sin tregua, su oculta vergüenza con la que de contínuo tenía que verse cara á cara, sin poder hallar alivio comunicándola y confiándose á una persona amiga; sus luchas de compasion y de desprecio por su marido y de amor y de ódio por el Comendador; su horror del pecado que creia sentir sobre ella y que le pesaba como lepra asquerosa é incurable; su orgullo ofendido; su temor del infierno, al que á veces se creia predestinada, y su preocupacion in-

Digitized by Google

cesante de la suerte de Clara, á quien amaba con fervor y á quien en ocasiones aborrecia, como vivo testimonio de su más grave falta y de su más imperdonable humillacion, habian influido lastimosamente sobre todos los órganos de aquella vida corporal.

Doña Blanca hacía mucho tiempo estaba sujeta á frecuentes paroxismos histéricos. Habia momentos en que le parecia que se ahogaba; un obstáculo se le atravesaba en la garganta y le quitaba la respiracion. Entónces le daban convulsiones, que terminaban en sollozos y lágrimas. Despues solia calmarse y quedar por algunos dias tranquila, aunque pálida y débil.

El carácter violentísimo de aquella mujer, exacerbado por la contínua contemplacion de una desgracia, que hacía mayor su melancólica fantasía, la impulsaba á tratar á su marido, á su hija y á muchos de los que la rodeaban, con un despego, con una dureza cruel, de la que en el fondo del corazon, que era bueno, se arrepentia ella al cabo, no siendo fecundo este arrepentimiento sino en nuevos motivos de disgustos y de amargura.

La energía de las pasiones habia así, poco á poco, fatigado materialmente el corazon de doña Blanca, excitándole á moverse con impulso superior á sus fuerzas. No padecia sólo de las palpitaciones nerviosas de que daba muestras en aquel instante. Tal vez (los médicos al ménos lo habian afirmado) doña Blanca tenía una enfermedad crónica en aquel órgano tan importante.

A pesar de su cansancio, tal vez el excesivo ejercicio habia agrandado y robustecido de una manera peligrosa aquel activo corazon.

Digitized by Google

Como quiera que fuese, doña Blanca hacía tiempo que estaba harta de vivir.

La única idea, el único propósito, el solo fin que en su vivir estimaba, era el de cumplir un deber terrible; el evitar que su hija heredase á D. Valentin.

Cuando su hija le prometió con solemne promesa entrar en el claustro, y cuando despues supo, de boca del padre Jacinto, y más tarde de los labios del mismo don Fadrique, el rescate de Clara, si bien le rechazó y le juzgó inútil ya, se tranquilizó, creyendo su propósito cumplido en cualquier evento, y considerándose desligada del mundo; sin nada que hacer en él sino atormentarse, y sin razon alguna para desear, estimar y conservar la vida.

El reposo relativo del espíritu de doña Blanca, cuando pensó haber hallado la solucion de su difícil problema, la hizo caer en una postracion, en una atonía peligrosa. Por otro lado, no obstante, su imaginacion fecunda en atormentarla le ofrecia mil motivos de afliccion y de ira. La generosidad del Comendador humillaba su orgullo, y por más que trataba de empequeñecerla ó de afear y envilecer sus causas fingiéndoselas vulgares, absurdas ó caprichosas, dicha generosidad resplandecia siempre y la ofendia.

La voluntad de doña Blanca era de hierro; pocas personas más pertinaces y firmes que ella; pero su espíritu vacilaba y no se aquietaba jamas. La fuerza de cualquier encontrado pensamiento bastaba á descontentarla de lo que habia hecho, y no bastaba á hacerle cambiar y á moverla á hacer otra cosa. No producia sino nueva mortificacion estéril.

Digitized by Google

Así es que doña Blanca percibia vivamente la presion que habia ejercido sobre el alma de su hija; que, sin querer, acaso la habia hecho infeliz; y que su hija iba á encerrarse en un convento, no devota, sino desesperada. Las rudas acusaciones del Comendador, durante la fatal entrevista, acusaciones contra las cuales se habia ella defendido con valor y tino, terminada aquella lucha de palabras, acudian á su mente con mayor fuerza, sin que las dijera el Comendador, sin que se pudieran rechazar merced al calor de la disputa, y labrando en su ánimo como una honda llaga.

El ardiente amor que el Comendador le habia infundido, siendo causa de que ella se humillase, se habia convertido en espantoso aborrecimiento; y sin perder este carácter, sin volver á su sér primero, porque ya no era posible, porque su alma tenía mucha hiel para poder amar, habíase recrudecido en su seno, durante la entrevista con el hombre que le inspiraba.

Todos estos dolores, tribulaciones y combates espirituales, no es de maravillar que produjesen en doña Blanca una enfermedad aguda, sobreexcitando sus males crónicos.

Poco despues de la conversacion entre Clara y Lucía, de que acabamos de dar cuenta, visitaron á la enferma los dos médicos mejores de la ciudad. Ambos convinieron en que su dolencia era de cuidado. Ambos reconocieron cierta alarmante alteracion en la circulacion de la sangre, que por la fiebre sola no se explicaba. El corazon tenía una actividad enfermiza y un excesivo desarrollo. El pulso era vibrante y duro. El lado izquierdo

Digitized by Google

del pecho de la enferma se estremecia con las palpitaciones. Un vivo carmin teñia las mejillas de doña Blanca, de ordinario pálidas.

Los médicos auguraron mal de estos y otros síntomas; la principal dolencia estaba complicada con otras muchas. No hallando, pues, remedio eficaz por lo pronto, recetaron algunos paliativos, y entre ellos la digital en pequeñas dosis.

Aunque disimularon bastante la gravedad y el carácter poco lisonjero de sus observaciones y pronósticos, dejaron á las dos amigas en extremo afectadas.

Todo aquel dia permaneció Lucía al lado de Clara, auxiliándola en sus faenas y cuidados: pero ya no era ocasion propicia para volver á las confidencias.

Si bien Clara no volvió á hablar del estado de su alma, sin duda pensaba en él, segun lo preocupada que estaba. Lo que ántes de confiarse á Lucía habia ella percibido en imágenes vagas y como borrosas, habia adquirido, en su propia mente, mayor ser, consistencia y determinada figura al formularse en palabras. Así es que, en medio del afan y del dolor que por su madre sentia, Clara se atormentaba con la idea de aquella inclinacion hácia un sujeto, á favor del cual, por extraordinario hechizo, se trocaban en causas y motivos de simpatía y afecto todas las razones que para aborrecerle le daban.

Lucía, por su parte, tambien estaba meditabunda y triste en extremo. Su taciturna tristeza, dado su carácter regocijado, parecia superior á la pena que pudiera sentir por el mal de Doña Blanca, y áun al mismo dis-

Digitized by Google

gusto que los devaneos mentales y los dolores fantásticos de su amiga debieran causarle.

Don Valentin, combatido por los opuestos sentimientos de la compasion y del terror que su mujer le inspiraba, seguia viniendo con frecuencia á informarse del estado de la paciente: pero, en vez de entrar en el cuarto y asomar la nariz á la alcoba, se quedaba fuera y asomaba sólo al cuarto la nariz, preguntando á su hija:

—¿Cómo está tu mamá?

Clara respondia: «Lo mismo», y D. Valentin se iba.

Fuera de la criada de más confianza, que ya venía á traer un recado, ya á dar algun auxilio indispensable, nadie más que el Padre Jacinto entraba en la habitacion donde se hallaban Clara y Lucía.

Al anochecer subió de punto, llegó á su colmo la agitacion febril de doña Blanca. El Padre Jacinto estaba acompañando á las dos amigas y asistiendo con ellas á la enferma.

Esta, que habia estado por la tarde soñolienta y postrada, empezó á dar señales de vivísima exaltacion: se quejó de que le dolia la cabeza: mostró en el semblante cierta movilidad convulsa; pronunció frases sin órden ni concierto. Lo que más repetia era:

—Véte, Valentin. Déjame; no me atormentes. Sin duda la enferma tenía la alucinacion de ver á D. Valentin, que allí no estaba.

Así permaneció doña Blanca hasta cerca de las diez. Entónces se agravó el mal: el delirio se declaró; estalló con ímpetu.

El cerebro sintió por completo la reaccion del mal que

Digitized by Google

la infeliz tenía en las entrañas. Los pensamientos todos, que durante años la atormentaban, y que hacía más de treinta horas habian cobrado mayor brío, se barajaron en tumulto; se rebelaron contra la voluntad, se hicieron independientes de ella, rompieron todo freno; y, buscando y hallando maquinal é instintivamente palabras adecuadas en que formularse, salieron del pecho en descompuestas voces.

Doña Blanca se incorporó en la cama; miró con ojos extraviados á Lucía y á Clara y al fraile, y habló de esta manera:

—Véte, Valentin! ¿Por qué quieres matarme con tu presencia? Mátame con un puñal..... con una pistola. Echame una soga al cuello y ahórcame. No seas cobarde. Toma la debida venganza.

—Sosiégate, doña Blanca; interrumpió el fraile, á quien ella se dirigia como si fuera D. Valentin. Sosiégate: tu marido está fuera..... Idos, muchachas; añadió, dirigiéndose á las dos amigas. Dejadme solo con la enferma, á ver si logro que se sosiegue.

Clara y Lucía, como si estuviesen allí clavadas, no se movieron. Doña Blanca prosiguió:

—Ten valor y mátame. Tu honra lo exige. Es necesario que mates tambien al Comendador. Está condenado. Se irá al infierno y me llevará consigo.

—¡Madre, madre, V. delira! exclamó Clara.

—No: no deliro, respondió doña Blanca. Y tú, necio, añadió dirigiéndose al fraile: ¿Eres ciego? ¿No la vès? y señalaba con el dedo á su hija. ¡Cómo se le parece! ¡Dios mio! ¡Cómo se le parece! Es un retrato suyo. ¡Apár-

Digitized by Google

tate de mi vista, vivo testimonio de mi vergüenza!

Clara, llena de horror y de ansiosa curiosidad á la vez, oia á su madre y pugnaba por comprender todo el arcano tremendo. Al sonar las últimas palabras, que iban dirigidas á ella, se cubrió Clara el rostro con ambas manos.

—Bien puedes estar satisfecha; continuó doña Blanca. Te tenía olvidada; pero, al cabo, se acordó de tí é hizo un gran sacrificio. Ya pagó de antemano lo que has de heredar de mi marido. Te rescató de Dios para entregarte al mundo. Quédate en el mundo. Tú no puedes ser monja. La mala sangre del Comendador hierve en tus venas. ¿Cómo dudar que eres la hija maldita de aquel impío?

Clara, al oir estas últimas palabras, dió un grito inarticulado, y cayó desmayada entre los brazos de Lucía.

Lucía sacó á Clara fuera de la alcoba, sosteniéndola por debajo de los brazos y tirando de ella.

Doña Blanca, entre tanto, no pudiendo resistir más á la honda emocion, extenuada, rendida, cayó de nuevo en la cama, con temblor convulso y rigidez de los tendones, lo cual fué cediendo con lentitud y dando lugar á un desfallecimiento profundo.

El Padre Jacinto acudió entónces á donde estaba Clara, que Lucía habia recostado en un sofá.

Clara volvio en sí del desmayo; exhaló un suspiro y rompió á llorar con desatado y copioso llanto.

—¡Clara, amiga querida! dijo Lucía.

—Cálmate, niña, cálmate: exclamó el Padre Jacinto.

—¡Dios santo y misericordioso! dijo Clara. Tu mano

Digitized by Google

omnipotente me hiere y me sana al propio tiempo. ¡Pobre madre mia de mi alma! ¡Cuán infeliz has sido! Y él..... ¡ay! él..... no puede ser impío y perverso como tú supones..... Ahora comprendo por qué y cómo yo le amaba!

XXIX.

La enfermedad siguió su curso ascendente. Tres dias despues de la escena que hemos descrito, doña Blanca estaba tan mal que no habia esperanza de salvarla.

Su hija y Lucía la habian cuidado, la habian velado con el mayor cariño y esmero.

Los accesos de delirio se habian renovado con largas intermitencias de postracion.

La cabeza de doña Blanca se despejó al cabo por completo: pero su estado era digno de lástima: la respiracion, corta y anhelante; la voz, alterada y ronca; imposibilidad de estar acostada: necesidad de estar incorporada.

Los médicos declararon al Padre Jacinto que habia sobrevenido un grave impedimento á la circulacion de la sangre en el mismo corazon; y que si crecia el impedimento, se seguiria la muerte.

El Padre dejó percibir á Clara aquel terrible pronóstico, con la mayor delicadeza que pudo, y confesó y administró á la paciente.

En aquel momento supremo, á las puertas de la eternidad, doña Blanca depuso la dureza de su genio, su or-

Digitized by Google

gullo y su amargura, y no guardó en el alma sino la fe vivísima, que hizo renacer en ella las esperanzas ultramundanas y abrió el manantial de las más puras consolaciones.

Doña Blanca llamó á D. Valentin, le abrazó, y le suplicó que la perdonase. Don Valentin, muy afligido y lloroso, y no ménos humilde, contestó que nada tenía que perdonar; que él era el culpado, pues no habia sabido hacer dichosa á una mujer tan santa y tan buena.

El rostro macilento de doña Blanca se tiñó entónces de ligero rubor. Sus labios exhalaron un triste suspiro.

A Clara la llamó á sí doña Blanca: le dió un beso en la frente, y le dijo al oido con acento apénas perceptible:

—Dí á tu padre que le perdono. Tú, hija mia, sigue los impulsos de tu corazon. Eres libre. Sé honrada. No te cases si no le amas mucho. Mira no te engañes. Lo sé todo..... Me lo ha dicho el Padre Jacinto. Si le amas y merece tu amor, cásate con él.

Pocos instantes despues exhaló doña Blanca el último suspiro, diciendo con ahogada y sumisa voz:

—¡Jesus me valga!

El dolor de Clara fué profundo. Silenciosamente lloró la muerte de su madre.

Lucía lloró tambien y trató de mitigar con su afecto el dolor de su amiga.

El Padre Jacinto, acostumbrado al espectáculo de la muerte y familiarizado con ella, cerró piadosamente los ojos y la boca de la difunta, que se habian quedado abiertos, puso sus manos en cruz, y la extendió en el lecho.

El débil D. Valentin, cuando vió muerta á su mujer,

Digitized by Google

sintió por un lado una pena muy viva, porque todavía la amaba; pero, por otro lado, segun aseguran malas lenguas, que siempre están de sobra, advirtió cierto alivio, cierto desahogo, cierto infame deleite en su alma, como si le quitáran un enorme peso de encima; como si le libertáran de la esclavitud. Tan opuestas pasiones, batallando dentro de su nerviosa y débil constitucion, le hicieron romper en risa sardónica. Despues se asustó de sí mismo; se creyó peor de lo que era; tuvo miedo del diablo; tuvo vergüenza de que Dios, que todo lo ve, viese la sucia fealdad de su conciencia, y se compungió y amilanó. Acudieron entónces á su memoria los amores pasados, los dulces dias de la ilusion, el tiempo en que su mujer le queria; y todo ello enterneció por tal arte aquel pecho nada varonil, que el desgraciado se deshizo en lágrimas, dando sollozos, gemidos y hasta gritos, moviendo á gran compasion el verle y el oirle.

El Padre Jacinto llevó á D. Fadrique la noticia de la catástrofe.

Don Fadrique, retirado en su cuarto, aguardaba siempre con ansiedad noticias de la enferma. Esta vez, al mirar al Padre Jacinto, el Comendador leyó en su rostro lo que habia ocurrido.

—Ha muerto: dijo el Comendador.

—Ha muerto: respondió el fraile.

El Comendador no replicó palabra. Inmóvil, de pié, callado, sintió un dolor mezclado de remordimiento. Dos gruesas y amargas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Te ha perdonado: dijo el Padre Jacinto.

—¡Ah, Padre!.... yo no me perdono..... Me sería mé-

Digitized by Google

nos insufrible en la memoria el recuerdo de una afrenta no vengada..... de una vileza en que yo hubiese incurrido..... de una mancha en mi honor..... En cualquiera otro caso me sería más fácil conciliarme conmigo mismo. Aunque Dios me perdone..... yo no me perdono.

XXX.

A los seis meses de la muerte de doña Blanca, en pleno invierno, se reunian todas las noches en torno del hogar, en el piso alto de la casa del mayorazgo D. José Lopez de Mendoza, á más de su mujer y de su hija Lucía, el Comendador D. Fadrique, el viudo D. Valentin, Clara y á veces el Padre Jacinto.

El jóven D. Cárlos de Atienza habia estado dos ó tres veces en Sevilla á ver á sus padres; pero en seguida se habia vuelto. Tenía abandonada la Universidad; no pensaba en los estudios ni en la carrera. Habíase consagrado enteramente á idolatrar, á consolar, á adorar á Clarita, á quien ya veia sin dificultad, de diario.

Don Fadrique y el Padre Jacinto iban y venian á Villabermeja, pero estaban más tiempo en la ciudad.

La donacion de los bienes de D. Fadrique se habia hecho en toda regla y con el posible sigilo.

Don Fadrique vivia modestamente de su paga de oficial retirado. Habitaba, no obstante, en Villabermeja, la casa del mayorazgo, alhajada con los preciosos muebles que trajo cuando vino.

El carácter de D. Fadrique no habia cambiado, pero

Digitized by Google

se habia modificado. Su optimismo natural sufria interrupciones frecuentes. Negra nube de tristeza ofuscaba á menudo el resplandor de su abierta y franca fisonomía.

Aunque el dolor por la muerte de doña Blanca se habia ido mitigando en todos aquellos corazones, Clara la recordaba con ternura melancólica, y el Comendador con cariño y con penoso arrepentimiento á la vez.

Sólo D. Valentin, que comia como un buitre, y que habia engordado, y no hallaba quien le riñese ni quien le dominase, se creia en la obligacion de llorar cuando ménos ganas tenía. Entónces, la consideracion de aquello á que se juzgaba obligado, y el ver que no le salian de adentro la afliccion y el lloro, le compungian de nuevo y producian en él el prurito y el flujo. Don Valentin era un mar de lágrimas dos ó tres veces por semana.

Clara, viendo ya á todas horas á D. Cárlos y á D. Fadrique, habia penetrado la diferencia de los afectos que á ambos la ligaban, y cada dia los hallaba más compatibles. El Comendador le inspiraba cada dia más veneracion, ternura y gratitud por su sacrificio generoso. Don Cárlos le parecia cada dia más agraciado, bello, enamorado, ingenioso y poeta.

Pasaron así algunos meses más. Vino la primavera. Llegó el verano. Solemnizóse el primer aniversario de la muerte de doña Blanca con llanto y con misas y otras devociones.

El escrúpulo de faltar á la promesa de ser monja se borró al fin de la mente de Clarita. Su madre, al morir, la habia absuelto de la promesa. El amor inspirado y sentido la excitaba á no cumplirla. El bueno del Padre

Digitized by Google

Jacinto, confesor de Clarita, le aseguraba que la promesa era nula.

Clarita al cabo la anuló, haciendo otra promesa dulcísima para D. Cárlos. Le prometió darle su mano, confesándole al fin que le amaba.

Una alambicada cavilacion habia detenido á Clara en dar el sí á D. Cárlos. Clara juzgaba probable que D. Casimiro muriese sin sucesion y que alguna parte de los bienes del rescate viniese á ella: pero hasta esta duda, que, si bien delgada y sutil, la mortificaba, se disipó del todo.

Nicolasa, ó mejor dicho la señora doña Nicolasa Lobo de Solís, esposa legítima de D. Casimiro, dió á luz un robusto infante.

Cuando el Comendador, al volver un dia de Villabermeja, trajo esta noticia, fué Lucía la primera persona á quien se la comunicó.

—Calle V., tio, exclamó la muchacha; de seguro que el niño de D. Casimiro será un escomendrijo; parecerá un gazapillo desollado.

—No, sobrina, contestó el Comendador: el recien nacido Solís es fuerte como un becerro.

Así era la verdad, segun hemos sabido despues. El primogénito de los Solises parecia, no un becerro, sino un toro.

Don Casimiro era el varon más bienaventurado de la tierra. Estaba lleno de satisfaccion y de orgullo de verse tan amado de su mujer, y de tener por hijo á un Hércules tebano, sin pensar en el Saturnio y sin mirarse como Anfitrion, pues ignoraba la Mitología.

Digitized by Google

El tio Gorico, desde el casamiento de Nicolasa, habia empezado á pugnar porque le llamasen Don Gregorio; habíase jubilado del oficio de Abraham y del de pellejero, y no se empleaba más que en beber aguardiente y rosoli, y en ponderar la ventura y grandeza de su hija, sus virtudes y la vida beata que daba á su ilustre esposo.

Despues del bautismo de la criatura, iba el tio Gorico de casa en casa, refiriendo el júbilo de su yerno, quien ya se volvia hácia la cama donde estaba Nicolasa, ya hácia la cuna donde estaba el niño, y ya se paraba á igual distancia de la cama y de la cuna, y exclamaba, levantando las manos al cielo:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Qué he hecho yo para ser tan dichoso?

En efecto la dicha pudo más que D. Casimiro, y pronto le hundió en la sepultura.

Aunque sea adelantar los sucesos, se dirá aquí que la viuda llevó una vida retirada, sin recibir ni tratar, durante un año, sino al platónico Tomasuelo, y que tuvo dos gemelos póstumos, los cuales, si el primogénito merecia llamarse Hércules, no merecian ménos pasar por Cástor y Polux.

La rectitud de la conciencia de doña Blanca y sus severos fallos, hallando un leal y decidido ejecutor en don Fadrique, daban así sus resultados naturales, proporcionando pingüe herencia á aquellos mitológicos angelitos, vástagos lozanos de la familia de Solis.

Como quiera que fuese, toda persona delicada y noblemente orgullosa no repara en las bajezas y bellaque-

Digitized by Google

rías del vulgo de los mortales y en la utilidad que proporcionan: no acepta jamas, sino en sentido irónico y de burla, la picaresca sentencia de la fábula:

« Tómelo por su vida : considere
que otro lo comerá, si no lo quiere. »

Así es que D. Fadrique se reia de las consecuencias de su desprendimiento, y no por eso dejaba de aplaudirse de haberle tenido. Lo que á él le importaba era que su pura y hermosa hija no disfrutase de nada que no fuese suyo ó por lo que en compensacion no hubiera él dado lo equivalente con usura.

La boda de Clara y de D. Cárlos de Atienza se celebró al cabo en un bello dia del mes de Octubre de 1795; año y medio despues de morir doña Blanca.

Los padres de D. Cárlos vinieron de Sevilla para asistir á la boda.

Los desposados se quedaron á vivir en la ciudad, donde ha sido la escena de nuestra historia.

Durante el año y medio, que tan rápidamente hemos recorrido, el Comendador habia vivido, ya en Villabermeja, ya en la ciudad en casa de su hermano ; pero más en la ciudad que en Villabermeja.

El afecto hácia Clara le atraia á la ciudad; pero como Clara andaba muy distraída en sus amores y era muy dichosa, no consolaba tanto las melancolías del Comendador como su rubia sobrina.

Esta era la que llamaba al Comendador cuando se tardaba en volver de Villabermeja; la que más le escribia diciéndole que viniese, y la que le enviaba recados

Digitized by Google

con el mulero y con el aperador para que dejase la soledad bermejina.

Como Lucía estaba ya enterada de todos los secretos de su amiga Clara, y como tampoco ocurrian cosas importantes, no habia motivo ni pretexto para acudir á cada momento al tio, preguntándole, como en otro tiempo, qué habia de nuevo. En cambio Lucía, libre ya de los cuidados en que la suerte de su amiga la habia tenido, sintió despertarse en su alma la más viva curiosidad científica. La Astronomía y la Botánica, que ántes la enojaban cuando habia secretos de Clara que ansiaba penetrar, la entusiasmaban ahora extraordinariamente, y nunca se cansaba de oir las lecciones que su tio le daba, excitado por ella. No habia leccion que no le pareciese corta. No habia misterio de las flores que no quisiese descubrir. No habia estrella que no quisiese conocer.

La discípula ponia en grandes apuros al maestro, porque, si se trataba del movimiento de los astros, de su magnitud, de la distancia á que se hallaban de la tierra y de otras afirmaciones por el estilo, ella queria saber la razon y el fundamento de las afirmaciones, y D. Fadrique hallaba disparatado y hasta absurdo enseñar las matemáticas á una sobrina tan guapa, tan alegre y graciosa; y, por el contrario, si se trataba de flores, Lucía queria que le explicase su tio lo que era la vida y lo que era el organismo, y aquí el Comendador hallaba que no habia ciencia que respondiese á las matemáticas y que explicase algo. Sin querer se encumbraba entónces á una filosofía primera y fundamental, y Lucía le escuchaba embebecida, y, como vulgarmente se dice, metia tam-

Digitized by Google

bien su cucharada, porque de filosofía habla, en queriendo, y no habla mal, toda persona de imaginacion y viveza.

En suma, Lucía se iba haciendo una sábia. Miéntras más aprendia, más iba creciendo su aficion y su empeño de saber. Las lecciones y conferencias duraban horas y horas.

El Comendador se acostumbró de tal suerte á aquel dulce magisterio, que el dia en que no daba leccion le parecia que no habia vivido.

Sus dias de Villabermeja fueron disminuyendo, y alargándose cada vez más los que pasaba con la discípula.

Siempre que volvia de Villabermeja, el Comendador traia á su discípula libros de su biblioteca, flores y plantas de su huerto, y pájaros que cazaba vivos. Lucía gustaba mucho de los pájaros, y, merced al Comendador, no habia ya casta de aves en toda la provincia, ora de paso, ora permanentes, de que Lucía no tuviese un par de muestra en su pajarera.

Notado todo esto por Clara y D. Cárlos daba ocasion á bromas inocentes, pero que turbaban algo al Comendador y que ponian á Lucía colorada como la grana.

Los novios hablaban á Lucía con cierto retintin de su excesivo amor á la ciencia.

En fin, aunque el Comendador y Lucía no se hubieran dado, ni hubieran querido darse cuenta de lo que les pasaba, Clara y D. Cárlos les hubieran hecho reflexionar, pensar en ellos mismos y despejar la incógnita.

El Comendador y Lucía, á pesar de la diferencia de

Digitized by Google

edad, estaban perdidamente enamorados el uno del otro.

Lucía admiraba en su tio la discreccion, la nobleza de carácter, el saber y la elegancia natural del porte y de los modales. Le encontraba hermoso de varonil hermosura, y no le parecia posible que hubiese otro tal hombre como él en todo el mundo.

A D. Fadrique le parecia Lucía tan bonita, tan buena y tan inteligente como Clara, que era todo cuanto él podia encarecer la alabanza, allá en su pensamiento. La alegría de Lucía concordaba ademas muchísimo mejor con el carácter del Comendador que la seriedad un poco triste que Clara habia heredado de su madre.

El Comendador, que al fin no era una criatura inexperta, conoció pronto que amaba á Lucía y que de ella era amado; pero, pensando en su edad, y en el idilio de D. Cárlos, no se atrevia á declarar su amor, si bien le manifestaba con su constante solicitud en servir á Lucía.

Ella no atinaba, entre tanto, á comprender la timidez del Comendador, á quien juzgaba enamorado.

De aquí que se dijesen toda clase de requiebros y finezas, que literalmente podrian tomarse por efecto de amistad tiernísima, pero que ocultaban el fervoroso espíritu de verdadero amor.

Don Fadrique, á más de sus años, creia tener otro inconveniente que en su delicadeza no le permitia aspirar á ser amado de Lucía. Este otro inconveniente era su pobreza; pero Lucía, precisamente por esa pobreza y por el motivo que la habia causado, amaba y admiraba más al Comendador. El descuidado desden, la ale-

Digitized by Google

gre calma y el nada trabajoso ni lamentado abandono con que D. Fadrique se habia desprendido de más de cuatro millones, valian más de mil en la poética y generosa mente de Lucía.

Esta llegó á veces á preguntar á su tio (sabido es que tenía el defecto de ser muy preguntona) que por qué no se casaba.

Cuando el tio le contestaba que porque era viejo, Lucía le aseguraba que era mozo ó que estaba mejor que los mejores mozos. Cuando el tio contestaba que porque era pobre, Lucía afirmaba que la paga de oficial retirado era más que suficiente; que ademas la chacha Ramoncica estaba poderosísima con lo que habia ahorrado, é iba á dejarle por heredero; y que, por último, podia casarse con una rica.

Todo esto lo decia Lucía con mil rodeos y disimulos; pero el Comendador, si bien lo comprendia, juzgaba aún que ella podia engañarse y tomar por amor otros sentimientos de respeto y afeccion casi filial; por donde no hallaba justo ni honrado prevalerse tal vez de una alucinacion de aquella linda muchacha para lograr lo que consideraba una felicidad para él.

En esta situacion se hallaban Lucía y el Comendador la noche en que se celebró la boda de Clara y de D. Cárlos en casa de D. Valentin.

El Comendador estuvo alegre, aunque hondamente conmovido, en aquella solemne ocasion en que una persona tan querida de su alma se unia con lazo indisoluble al hombre que debia hacerla dichosa.

D. José y doña Antonia se volvieron temprano á su casa.

Digitized by Google

Lucía permaneció al lado de Clara hasta más tarde. Tambien se quedó con ella el Comendador.

Juntos y solos volvieron ambos á la casa. La noche estaba hermosísima: la calle silenciosa y solitaria, el ambiente tibio y perfumado, el cielo lleno de estrellas y sin luna.

Lucía iba callada, contenta, pensando en la ventura de su amiga.

No estaba D. Fadrique ménos soñador é imaginativo.

El tránsito de una casa á otra era cortísimo; pero, sin reflexionar, le alargaron ellos, parándose en medio de la calle y contemplando la bóveda inmensa del firmamento, como si quisiesen interrogar á las eternas luces, que allí fulguraban, sobre la suerte de los recien casados y quizá sobre la propia suerte.

Lucía, dando un suspiro, dijo al fin:

—¡No lo dude V....., serán muy felices!

—Alégrate sólo y no estés envidiosa, respondió el Comendador; tú hallarás tambien un hombre que te merezca, que te ame y á quien ames tú con toda la energía de tu corazon.

—No, tio; no me amará, replicó Lucía. Yo soy muy desgraciada.

Y Lucía suspiró de nuevo. El Comendador, á la dulce y escasa luz de los astros, vió entónces que corrian dos hermosas lágrimas por las mejillas de Lucía. La luz de los astros se quebraba en aquellos líquidos diamantes y daba reflejos de íris.

El Comendador no fué dueño de sí mismo. Acercó su rostro al de Lucía y puso los labios en una de aquellas lágrimas. Luégo exclamó:

Digitized by Google

—¡Te amo!

Lucía no contestó palabra. Echó á andar hácia su casa; llamó, abrieron, y entró seguida del Comendador.

Al llegar á la escalera, se volvió y le dijo:

—Buenas noches, tio. Adios, hasta mañana. Mamá me estará aguardando.

El Comendador puso la cara más afligida del mundo, viendo que tan secamente respondia la muchacha, ó mejor dicho, no respondia á su repentina y vehemente declaracion.

Ella se apiadó entónces, sin duda, y añadió sonriendo:

—Hable V. mañana con mamá.....

—¿Y qué?..... interrumpió D. Fadrique.

—Y pida V. la licencia á Roma.

Dicho esto, muy avergonzada pero muy satisfecha, Lucía subió á brincos la escalera, y dejó al Comendador no ménos contento que ella iba.

Cuando supo Clara que Lucía y el Comendador habian decidido casarse, se alegró en extremo.

D. Cárlos de Atienza compartió la alegría de su mujer, y recordando que debia una especie de satisfaccion al Comendador, el cual se habia creido aludido cuando le oyó leer el idilio contra el viejo rabadan, compuso otro idilio en defensa de un rabadan no tan viejo y en alabanza del amor de los rabadanes.

Este segundo idilio, que viene á ser como la palinodia del primero, se conserva aún en los archivos de Villabermeja, de donde mi amigo D. Juan Fresco me ha remitido copia exacta y fidedigna, que traslado aquí para terminar. El idilio es como sigue:

Digitized by Google

En la vid con sus pámpanos lozana
Relucen cual topacio los racimos.
Quita lluvia temprana
Al alma tierra la aridez estiva,
Y los frutos opímos
Medran con nuevos jugos en la oliva
Y en el almendro que entre riscos brota.
Recobra el claro rio
El caudal que perdiera en el estío;
Y el áspera bellota
Se madura y endulza entre el pomposo
Follaje, donde el viento
Para las gentes de la edad primera
Con fatídico acento
La voluntad de Júpiter dijera.
No como en primavera
El campo está de flores matizado;
Que el labrador cansado
En las flores cifraba su esperanza,
Y ora en cosecha sazonada alcanza
El premio de su afan y su cuidado.
Embalsama el membrillo con su aroma
El céfiro ligero;
Y en el limon y en la madura poma
Y en el sabroso pero,
El oro luce y el carmin asoma
Que brillaron en rosas y alelíes;
Miéntras, por celos de su flor, empieza
A romper la granada su corteza,
Descubriendo un tesoro de rubíes.
Con la otoñal frescura
Nace la nueva hierba, y su verdura
La palidez de los rastrojos cubre.
Serena está la esfera cristalina,
Y hácia el rojo Occidente el sol declina
En una hermosa tarde del Octubre.
Fílis, la pastorcilla soñadora,
Bella como la luz de la alborada,
Abandonando ahora
Su tranquila morada,
Va de las ninfas á la sacra gruta;

Digitized by Google

Y en vez de flores por presente lleva
Un canastillo de olorosa fruta,
Con que á vencer la resistencia prueba
Que hacen á sus amores
Las ninfas que en el suelo
A Cupidos traviesos y menores
Dan vida y ser contra el Amor del Cielo.
No bien el antro con su planta huella,
Donde reinan las sombras y el reposo,
Con terror religioso
Se estremece la tímida doncella.
Su presente coloca
De las silvestres ninfas en el ara,
Y altas razones de prudencia rara,
Que pone el Númen en su fresca boca,
Con esmerada concision declara.
«Ninfas, no os ofendais de mi desvío;
No deis vuestro favor á los zagales
Que cautivar pretenden mi albedrío.
Son como los rosales,
Que lucen mucho en la estacion florida
Y dan amarga fruta desabrida.
De su orgullosa mocedad el brío
Apetece y no ama;
Y con enojo en sus palabras leo
Que poética llama
Ni ennoblece ni ilustra su deseo;
Y que el conato, que imprimió natura
En todo sér viviente,
No se acrisola allí ni se depura
Del cielo con la luz resplandeciente.
Ya sé que los Cupidos,
Vuestros hijos queridos,
Dan á la tierra su virtud creadora;
Mas el Amor, que en el Empíreo mora,
Esa misma virtud en ellos vierte,
Y difunde doquier su vida arcana,
Vencedora del mal y de la muerte.
Pues bien; la que se afana
Los misterios ocultos y supremos
Por saber de este Amor ¿lograrlo puede

Digitized by Google

Con un zagal sencillo y sin doctrina?
Las que tesoro tal gozar queremos
¿No es mejor que busquemos
Al varon sabio á quien el Dios concede
El vivo lampo de su luz divina?
Por esto, Ninfas, á mi Irenio adoro:
Como en arca sagrada,
Guarda dentro del alma inmaculada
Del Amor el tesoro:
Y arde su llama bajo el limpio hielo
Con que el tenaz trabajo de la mente
Corona ya su frente,
Como corona el cano Mongibelo.
Así Irenio recobra por la ciencia
Lo que roba del tiempo la inclemencia.
¡Cuánto zagal con incansable mano
Toca el rabel en vano
Por carecer de gracia y maestría;
Miéntras que Irenio, con su blando tino,
Y su plectro divino,
Produce encantadora melodía,
Y hace sentir al alma lo que quiere,
No bien la cuerda hiere!
Si el zagal inexperto
Persigue al perdigon en la carrera,
O le pierde ó le coge medio muerto:
Mas la diestra certera
Pone Irenio prudente
En el oculto nido,
Do el pájaro reposa con descuido,
Y su pluma naciente
Sin destrozar, sus alas no fatiga,
Y le aprisiona al fin para su amiga.
Ni resplandece ménos el ingenio
Del doctísimo Irenio,
En componer cantares,
Y en referir historias singulares.
Cuando me alcanza de la rama verde
La tierna nuez, la alloza delicada,
Elige lo mejor, sin tronchar nada.
Cuando algun corderillo se me pierde,

Digitized by Google

Él le busca y á casa me le lleva;
Y de contínuo me regala y prueba
Su cariño sincero,
O haciendo con esmero
De los huesos de guinda
Ya un barquichuelo, ya una cesta linda,
O enseñando á sacar á mi jilguero
El alpiste menudo
De entre mis labios con su pico agudo.
Tan sólo me perturba y me desvela
Que Irenio á veces con el alma vuela
Por donde de su amor terreno dudo.
Pero si Irenio de verdad me amára,
Mayor triunfo sería
El lograr la victoria,
No de pastoras de agraciada cara,
Sino de la poesía,
De la ciencia, del arte y de la gloria.»
Irenio á Filis escondido oia;
Y apareciendo y dándole un abrazo,
Dijo con modestísima dulzura:
«Este amoroso lazo,
Que labra mi ventura,
En vano, Filis, explicar pretendes
Con tus alambicadas discreciones.
¡Ay, candorosa Filis! ¿No comprendes
Que, á pesar del saber que en mí supones,
Amor no te infundiera
Tu rabadan si muy anciano fuera?
Cuando mi amor al del zagal prefieres,
Por viejo no, por rabadan me quieres.

FIN DE EL COMENDADOR MENDOZA.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA CORDOBESA.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA CORDOBESA.

El editor de esta obra tuvo la bondad de encomendarme, un siglo há, uno de sus artículos; y yo, como es natural, elegí la cordobesa, por ser la provincia de Córdoba donde he nacido y me he criado.

Mi extremada desidia me ha impedido hasta ahora cumplir mi palabra de escribirle. Tal vez para cohonestar esta falta me presentaba yo un sinnúmero de dificultades y objeciones, por cuyo medio trataba de condenar el pensamiento del editor, á fin de justificar mi tardanza en contribuir á su realizacion con mi trabajo.

¿Qué diferencia esencial, ni siquiera qué diferencia accidental notable, puede haber ó hay, pongo por caso, entre la cordobesa, la jaenense ó la sevillana? Allá en lo antiguo quizás la hubiese, porque no eran tan fáciles las comunicaciones, y era más fácil el vivir aislado y sedentario; pero en el dia, en que, no ya los hombres y mujeres de contiguas provincias, sino los de remotas naciones, longincuos países y apartadísimos reinos, se

Digitized by Google

ven y visitan con frecuencia, ¿cómo ha de persistir esa variedad y distincion de tipos, dando ocasion á que se describan mujeres que por sus costumbres, creencias, modos de sentir y de pensar, fisonomía, continente y traje, se diferencien hasta el punto de que las pinturas ó descripciones que de ellas se hagan, varien por el asunto, y no sólo por el estilo del que pinta ó describe? Ademas, me decia yo, aunque el sello de casta y el de nacionalidad sean indelebles, sin que acierte á borrarlos ó á confundirlos la contínua convivencia y el íntimo comercio espiritual, en esta época en que tanto se escribe, se lee y se viaja, en este siglo del vapor y la electricidad, del ferro-carril y del telégrafo, todavía no logro persuadirme de que haya tambien un sello de *provincialidad*, como hay sello de nacion, de tribu ó de casta. Lo peculiar y lo castizo, en lo que tienen de exclusivas estas calidades, provienen de divisiones que hizo la naturaleza misma, y no de las divisiones administrativas ó políticas, esto es, artificiales, como son las divisiones por provincias. Malagueñas ó sevillanas habrá, sin duda, de casta y suelo más homogéneos con los de ciertas cordobesas, que los de muchas cordobesas entre sí. Una mujer de Cuevas de San Márcos, por ejemplo, debe parecerse más á otra de Rute, que una de Rute á otra de Belalcázar, y más se parecerá la de Casariche á la de Benamejí, que la de Benamejí á la de Almodóvar.

Harto se me alcanzaba que entre la gallega y la mujer de Cataluña, y entre la manchega y la vizcaína habian de mediar radicales diferencias; pero esto de que cada provincia, fuese la que fuese, habia de tener un

Digitized by Google

tipo especial, se me hacía difícil de creer. Sólo salvaba yo la monotonía de este libro y cifraba su variedad en el ingenio diverso de cada escritor, en el sesgo que atinase á dar al asunto, y en lo singular de su estilo, pensamientos y sentimientos.

Nunca pensé que el editor desease que escribiésemos una reseña erudita, una serie de vidas de todas las mujeres célebres de cada provincia. Esto sería quizás, no sólo ameno, sino ejemplar y didáctico; pero no se trataba de esto, ni yo me hubiese comprometido á escribir mi artículo, si de esto se tratase. No era obra histórica, ni biográfica, la que se trazaba y proyectaba, sino cuadro de costumbres y pintura al vivo ó retrato fiel de lo que hoy se nota en cada provincia en los usos, cultura, ideas, y demas prendas, condiciones y actos de las mujeres. Y siendo la cosa así, repito que no me percataba yo de nada ó de casi nada que impidiese la monotonía de la obra por el objeto, aunque por el sujeto, ó mejor diré por los sujetos, viniese á ser un jardin de flores, como la capa del estudiante, merced á la diversidad de estilos y á la idiosincrasia de cada escritor que en ella pusiese mano.

Así, sobre poco más ó ménos, andaba yo cavilando, cuando deberes de familia me llevaron al riñon de la provincia de Córdoba; á una dichosa comarca donde el color local provincial está difundido á manos llenas por la Naturaleza pródiga é inexhausta en sus várias creaciones. Y estando este color, este sello, este tipo en todo, ¿cómo, me dije yo, no ha de estarlo en la mujer, la cual es blanda cera para recibir impresiones, y duro bronce para conservarlas sin que se desvanezcan?

Digitized by Google

Más de cinco meses pasé en mi lugar, y en este tiempo mudé por completo de parecer, respecto al libro del Sr. Guijarro. No me quedaba excusa para no escribir el artículo. Estaba persuadido de que si la cordobesa que yo pintase no era un tipo *sui generis*, era porque yo no sabía pintar lo que estaba viendo de un modo claro. Me decidí, pues, desde entónces á hacer esta pintura, confesando con ingenuidad que, si no sale original y nueva, la culpa será mia y no del modelo.

Una cosa me turba aún y dificulta mi propósito. Al ver y tratar á la cordobesa del dia, acuden á mi imaginacion las ya casi borradas especies que desde mi niñez y primera juventud, harto lejanas por desgracia, dormian ó estaban sepultadas en mi mente, de la cordobesa del primer tercio de este siglo. La disparidad entre el recuerdo y la impresion presente me confunden un poco. El tipo cordobes femenino no ha desaparecido, pero ha habido cambio, si bien el cambio no ha sido de lo castizo á lo exótico. El cambio ha sido por interior desenvolvimiento de la propia esencia de la mujer cordobesa, la cual, como todas las esencias inmortales, permanece en su fundamento sustancial, si bien adquiere nuevas formas y nuevos accidentes. La cordobesa de este momento histórico no es la cordobesa del momento histórico anterior, pero es siempre la cordobesa, y siempre sigue realizando su esencia, como cada hija de vecina, *exteriorizando* la idea típica suya propia, y presentando diverso aspecto en cada una de las diversas evoluciones con que la *exterioriza*.

Veo que me encumbro demasiado, y voy á descender

Digitized by Google

y á hablar con más llaneza, dejando los raptos filosóficos para mejor ocasion.

Hoy se me presenta la cordobesa á la vista tal como es, miéntras que la memoria me la retrae tal como era treinta ó cuarenta años há. De aquí se origina cierta confusion, algo como una antinomia; pero, si bien se estudia la antinomia, se resolverá con poco trabajo en una síntesis suprema. Esta síntesis, si acertase yo á crearla, sería un artículo primoroso. Es más: sin esta síntesis no es posible el artículo, porque yo no voy á pintar á la cordobesa muerta, parada, estacionaria, inerte, fósil, sino á la cordobesa viva, en movimiento, en desarrollo, en progreso; desenvolviéndose, no con prestado impulso, sino segun las leyes propias de su gran sér y de su rico y generoso organismo.

Para adquirir el concepto total de la cordobesa es menester estudiarla en sus diferentes clases y estados: desde la gran señora hasta la mujer del rudo ganapan, desde la niña hasta la anciana, desde la hija de familia hasta la madre ó la abuela; y verla y visitarla, ya en la antigua y espléndida capital del Califato; ya en la Sierra, al Norte del Guadalquivir, abundante en minas y en dehesas selváticas y esquivas; ya en la campiña ubérrima, donde hay lugares populosos y hasta lindas ciudades, y donde la riqueza, el bienestar y la cultura son mayores. Pero si fuésemos analizando y examinando por separado todas estas cosas, no tendria fin ni término nuestro artículo; y así conviene tocar sólo puntos capitales, y resumir y cifrar en dos ó tres tipos todo lo que hay en la cordobesa de más característico y propio.

Digitized by Google

Claro está que en la provincia de Córdoba hay damas ricas, que han estado ó están en Madrid, que tal vez han ido á Baden ó á Biarritz algun verano; que hablan frances, que han paseado en el bosque de Boulogne, que conocen acaso várias córtes extranjeras, que leen las novelas de Jorge Sand y los versos de Lamartine en la misma lengua en que se escribieron, y que se visten con Worth, con Laferrière, con la Honorina ó con la Isolina. En todas estas damas subsiste aún la esencia de la mujer cordobesa; pero sería menester ahondar y penetrar demasiado para descubrir esa esencia al traves de tantos aditamentos extraños y de tantas exterioridades postizas. Busquemos, pues, á la genuina cordobesa donde no tengamos necesidad de profundizar ó de eliminar para hallarla: busquémosla en la lugareña, ya sea rica, ya pobre, ya señora, ya criada.

La lugareña es en extremo hacendosa. Por pobre que sea, tiene la casa saltando de limpia. Los suelos, de losa de mármol, de ladrillo ó de yeso cuajado, parecen bruñidos á fuerza de aljofifa. Si el ama de la casa goza de algun bienestar, resplandecen en dos ó tres chineros el cristal y la vajilla; y en hileras simétricas adornan las paredes de la cocina peroles, cacerolas y otros trastos de azófar ó de cobre, donde puede uno verse la cara como en un espejo.

La cordobesa es todo vigilancia, aseo, cuidado y esmerada economía. Nunca abandona las llaves de la despensa, de las alacenas, arcas y armarios. En la anaquelería ó vasares de la despensa suele conservar, con próvida y rica profusion, un tesoro de comestibles, los cuales dan

Digitized by Google

testimonio, ya de la prosperidad de la casa; ya de lo fértil de las fincas del dueño, si son productos indígenas y, como suele decirse, de la propia crianza y labranza; ya de la habilidad y primor de la señora, cuyo trabajo ha aumentado el valor de la primera materia con alguna preparacion ó condimento. Allí tiene nueces, castañas, almendras, batatas, cirolitas imperiales envueltas en papel para que se pasen, guindas en aguardiente, orejones y otras mil chucherías. Los pimientos picantes, las guindillas y cornetas y los ajos, cuelgan en ristras al lado del bacalao, en la parte ménos pulcra. En la parte más pulcra suele haber azúcar, café, salvia, tila, manzanilla, y hasta té á veces, que ántes sólo en la botica se hallaba. Del techo cuelgan egregios y gigantescos jamones; y, alternando con esta *bucólica* manifestacion del reino animal, dulces andregüelas invernizas, uvas, granadas y otras frutas. En hondas orzas vidriadas conserva la señora lomo de cerdo en adobo, cubierto de manteca; pajarillas, esto es, asaduras, riñones y bazo del mismo cuadrúpedo; y hasta morrillas, alcauciles, setas y espárragos trigueros y amargueros; todo ello tan bien dispuesto, que basta calentarlo en un santiamen para dar una opípara comida á cualquier huésped que llegue de improviso.

La matanza se hace una vez al año en cada casa medianamente acomodada; y en aquella faena suele lucir la señora su actividad y tino. Se levanta ántes que raye la aurora, y rodeada de sus siervas dirige, cuando no hace ella misma, la serie de importantes operaciones. Ya sazona la masa de las morcillas, echando en ella, con ro-

Digitized by Google

ciadas magistrales y en la conveniente proporcion, sal, orégano, comino, pimiento y otras especias; ya fabrica los chorizos, longanizas, salchichas y demas embuchados.

La mayor parte de esto se suspende del humero en cañas ó barras largas de hierro, lo cual presta á la cocina un delicioso carácter de suculenta abundancia. Casi siempre se reciben en invierno las visitas en torno del hogar, donde arde un monte de encina ó de olivo y pasta de orujo, bajo la ámplia compana de la chimenea. Entónces, si el que llega mojado de la lluvia ó transido de frio, ya de la calle, ya del campo, alza los ojos al cielo para darle gracias por hallarse tan bien, se halla mucho mejor y tiene que reiterar las gracias, al descubrir aquella densa constelacion de chorizos y de morcillas, cuyo aroma trasciende y desciende á las narices, penetra en el estómago y despierta ó resucita el apetito. ¡Cuántas veces le he saciado yo, estando de tertulia, por la noche, en torno de uno de estos hogares hospitalarios! Tal vez la misma señora, tal vez alguna criada gallarda y ágil, descolgaba con régia generosidad una ó dos morcillas, y las asaba en parrillas sobre el rescoldo. Comidas luégo con blanco pan, con un traguito de vino de la tierra, que es el vino mejor del mundo, y en sabrosa y festiva conversacion, sabian estas morcillas á gloria.

Es injusta la fama cuando asegura que se come mal por allí. En mi provincia hay un sibaritismo rústico que encanta. Bien sabe mi paisana estimar, buscar y servir en su mesa las mejores frutas, empezando por la que se cria en su heredad, mil veces más grata al paladar y más

Digitized by Google

lisonjera para el amor propio que la tan celebrada del cercado ajeno. Ni carece tampoco, en la estacion oportuna, de cerezas garrafales de Carcabuey, de peras de Priego, de melones de Montalvan, de melocotones de Alcaudete, de higos de Montilla, de naranjas de Palma del Rio, y áun de aquellas únicas ciruelas, que se dan sólo en las laderas del castillo de Cabra; ciruelas, dulces como la miel, que huelen mejor que las rosas. En cuanto á las uvas, no hay que decir que son mejores ni peores en ninguna parte, porque son excelentes en todas: y las hay lairenes, pedrojimenez, negras, albillas, dombuenas, de corazon de cabrito, moscateles, baladíes, y de otros mil linajes ó vidueños.

Las aceitunas no ofrecen menor variedad: manzanillas, picudas, reinas, gordales, y qué sé yo cuántas otras. La mujer cordobesa se vale para prepararlas de mil ingeniosos métodos y de mil aliños sabrosos; pero, ya estén las aceitunas partidas ó enteras, rellenas ú orejonadas, siempre interviene en ellas el laurel, premio de los poetas.

Pues ¿qué alabanza, qué encarecimiento bastará á celebrar á mi paisana, cuando despunta por lo habilidosa? ¡Qué guisos hace ó dirige, qué conservas, qué frutas de sarten, y qué rara copia de tortas, pasteles, cuajados y hojaldres! Ya con todo género de especierías, con nueces, almendras y ajonjolí, condimenta el morisco alfajor, picante y aromático; ya la hojuela frágil, liviana y aérea; ya el esponjado piñonate, y ya los pestiños con generoso vino amasados: sobre todo lo cual derrama la que tanto abunda en aquellas comarcas, silvestre y cán-

Digitized by Google

dida miel, ora perfumada de tomillo y romero en la heroica y alpestre Fuente Ovejuna, que en lo antiguo se llamaba la Gran Melaria; ora extraida, merced á las venturosas abejas, del azahar casi perenne, que se confunde con el fruto maduro por todos los verdes naranjales, en las fecundas riberas del Genil y del Bétis.

Sería cuento de nunca acabar si yo refiriese aquí circunstanciadamente cuanto sabe hacer y hace la cordobesa en lo que atañe á pastelería y repostería. No puedo, con todo, resistir á la tentacion de dar una somera noticia de lo más interesante. Hace la cordobesa gajorros, cilindros huecos, formados por una cinta de masa que se enrosca en espiral, para los cuales, á fin de que crujan entre los dientes y se deshagan luégo con suavidad en la boca, es indispensable una maestría soberana, así en el amasijo como en la fritura. La batata en polvo y las carnes de manzana, membrillo y gamboa, que toda cordobesa prepara, debieran ser conocidas y estimadas en las mesas de los príncipes y magnates. Con el mosto hace la cordobesa gachas, pan y arropes infinitos, ya de calabaza, ya de cabellos de ángel, y ya de uvas, aunque entónces toma el nombre de uvate y deja el de arrope.

Quiero pasar en silencio, por no molestar al lector y porque no me tilde de prolijo y tal vez de goloso, los hojaldres hechos de flor de harina y manteca de cerdo en pella; los multiformes bizcochos, entre los cuales sobresale la torta ó bollo maimon; los nuégados, los polvorones, las sopaipas, los almíbares y las perrunas, exquisitas, á pesar de lo poco simpático del nombre que llevan. Pero ¿cómo no detenerse en el debido encomio de cier-

Digitized by Google

tas empanadas, en mi sentir deliciosas, y tan propias y privativas de por allá, que la mujer que no haya nacido cordobesa no poseerá jamas el *quid divinum* que para amasarlas se requiere, ni acertará á darles el debido punto de cochura? Estas empanadas son, en dicho sentido, incomunicables. Aunque en mayor escala, acontece con ellas lo que con el turron de Jijona, que al instante se conoce la falsificacion. Bien puede tener la más docta cocinera la receta auténtica, exacta, minuciosa, de estas empanadas; apuesto á que no las hace, si no es de mi provincia. Á quien no ha comido de tales empanadas le parecerá abominable que, constando el relleno de boquerones ó sardinas con un picadillo de tomates y cebollas, se tomen las empanadas con chocolate; pero así es la verdad, y están buenas, aunque parezca inverosímil.

No es nuevo este arte de repostería y pastelería, ni su florecimiento entre las cordobesas. Segun un escrito fehaciente, reimpreso y divulgado poco há (la verdadera historia de la *Lozana Andaluza*), dicho arte florecia ya á principios del siglo XVI. Aquella insigne mujer, que era cordobesa, hacía con admirable perfeccion casi todo cuanto aquí hemos mentado, si bien el autor lo refiere de corrida, sin detenerse tanto como nosotros en el asunto. Probado deja, sin embargo, que ya entónces era parte este gay saber en la educacion de mis paisanas, y que de madres á hijas ha venido trasmitiéndose hasta ahora por medio de la tradicion. Así es que cualquiera cordobesa, si no es manca y tiene mediano caletre, podrá jactarse en el dia, como há más de tres siglos se jactaba la Lozana, si es que la modestia lo permite, de que sobre-

Digitized by Google

puja á Platina *De voluptatibus* y á Apicio Romano *De re coquinaria.*

Con todo, acerca de lo último (en lo tocante á cocina propiamente dicha), no hay, hablando con franqueza, tanto de que jactarse como en la parte de repostería. Este arte, incluyendo en él, aunque parezca disparatado, todo lo relativo á la matanza, es, en la provincia de Córdoba, un arte más liberal, ménos entregado á manos mercenarias. Apénas si hay hidalga, por encopetada y perezosa que sea, que, segun ya hemos dicho, no trabaje en estos negocios *col seno e colla mano.* Ya sazona el adobo; ya echa con su blanca diestra el aliño á las longanizas; ya rellena tal cual chorizo con un embudito de lata; ya pincha las morcillas para que se les salga el aire, valiéndose de una aguja de hacer calceta ó de una horquilla que desprende de sus hermosos cabellos.

Suele, en verdad, venir á las casas, en los dias de matanza, ó en los que preceden á la Noche-buena, cuando se hacen mil golosinas, ó durante la vendimia, para hacer el arrope y las gachas de mosto, ó poco ántes de Semana Santa, para solemnizarla con hojuelas, pestiños, gajorros y piñonate, alguna mujer perita, de tres ó cuatro que hay siempre en cada lugar, la cual se pone al frente de todo; pero rarísima vez la señora abdíca en esta mujer por completo y se sustrae á toda responsabilidad. Esta mujer no pasa de ser una ayudanta, una *altera ego.* Quien en realidad dirige es el ama. Y sólo cede el ama la direccion, ó, para hablar con rigorosa exactitud, no la cede ni dimite, sino que comparte la responsabilidad y divide el imperio, cuando se da la feliz circunstancia de

Digitized by Google

que haya alguna mujer que sea un genio inspirado, con mision y vocacion singular para tales asuntos. Así sucedia en mi lugar con una mujer que llamaban Juana la Larga, la cual murió ya; y es muy cierto que ha dejado una hija heredera de sus procedimientos arcanos: pero el genio no se hereda, y la hija de Juana la Larga no llega, ni con mucho, adonde llegaba su madre: es mucho ménos larga en todo, como lo reconocen y declaran cuantas personas competentes han conocido á la una y á la otra.

Con la cocina, con el guiso diario, hay muy distinto proceder. Una señora cuidadosa y casera tendrá cuenta con lo que se guisa, irá á la despensa, dará órdenes: pero el verdadero guisar queda enteramente al cuidado de la cocinera. De aquí lo decaido del arte. La cocina cordobesa fué, sin duda, original y grande. Hoy es una ruina, como los palacios de Medina-Azahara y los encantadores jardines de la Almunia. Sólo quedan algunos restos, que dan señales, que son como reliquias de la grandeza pasada; restos que un hábil cocinero arqueólogo pudiera restaurar, como ha restaurado Canina los antiguos monumentos de Roma.

Sería menester una pericia técnica, de que carezco, para caracterizar aquí la cocina cordobesa, excelente aunque arruinada, y para definirla y distinguirla entre las demas cocinas de los diversos pueblos, lenguas y tribus del globo.

El lector me perdonará que hable casi como profano en esta materia trascendente.

Yo creo que, sin desestimar la cocina francesa, que hoy priva y prevalece en el mundo, hay restos y como

Digitized by Google

raíces en la de Córdoba, que no deben menospreciarse. ¿Quién sabe si darán aún opimos frutos sin desnaturalizarse con ingertos, sino conservando el sér castizo que tienen?

Las habas, á pesar del anatema de Pitágoras, que tal vez las condenó como afrodisiacas, son el principal alimento de los campesinos de mi tierra. El guiso en que las preparan, llamado por excelencia *cocina*, es riquísimo. Dudo yo que el más científico cocinero frances, sin más que habas, aceite turbio, vinagre archi-turbio, pimientos, sal y agua, pueda sacar cosa tan rica como dicha cocina de habas preparada por cualquiera mujer cordobesa. Del salmorejo, del ajo-blanco y del gazpacho, afirmo lo propio. Será malo; harán mil muecas y melindres las damas de Madrid si lo comen; pero tomen los ingredientes, combínenlos, y ya verémos si producen algo mejor.

Por lo demas, el salmorejo, dentro de la rustiqueza del pan prieto,

Y los rojos pimientos y ajos duros,

de que principalmente consta, debe pasar por creacion refinada en las artes del deleite, sobre todo si se ha batido bien y largo tiempo por fuertes puños y en un ancho dornajo. En cuanto al gazpacho, es saludable en tiempo de calor y despues de las faenas de la siega, y tiene algo de clásico y de poético. No era más que gazpacho lo que, segun Virgilio, en la segunda Égloga, preparaba Testilis para agasajo y refrigerio de los fatigados segadores:

Allia, serpyllumque, herbas contundit olentes.

Digitized by Google

Dejo de hablar de la olla, caldereta, cochifrito, ajo de pollo y otros guisados, por no tener diverso carácter en Córdoba que en las restantes provincias andaluzas. Sólo diré algo en defensa de la alboronía, por haberse burlado de ella un agudo escritor, amigo mio, y por habernos suministrado la ciencia moderna un medio de justificarla, y áun de probar, ó rastrear al ménos, que la antigua cocina cordobesa fué una cocina aristocrática ó casi régia, que ha venido degenerando. El sabio orientalista Dozy demuestra que la inventora de la alboronía, ó quien le dió su nombre, fué nada ménos que la Sultana Boran, hermosa, distinguida y *comm'il faut* entre todas las Princesas del Oriente. Tal vez el creador de la alboronía dedicó su invencion á esta Sultana, como hacen hoy los más famosos cocineros, dedicando sus guisos y señalándolos con el nombre de algun ilustre personaje. Así hay solomillo á la Chateaubriand, salmon á la Chambord, y otros condimentos á la Soubisse, á la Bismarck, á la Thiers, á la Emperatriz, á la Reina y á la Pío IX. Para mayor concision se suprime el nombre de lo guisado y queda sólo el del personaje glorioso; por donde cualquiera se come un Pío IX ó un Chateaubriand, sin incurrir en antropofagia.

Sin duda, así como, en vista del aserto irrefragable de Dozy, la alboronía viene de la Sultana Boran, la torta maimon y los maimones, que son unas á modo de sopas, deben provenir del Califa, marido de la susodicha Boran, el cual se llamaba Maimon, ya que no provengan del gran filósofo judío Maimónides, que era cordobes, y compatriota, por lo tanto, de los maimones, sopa, torta y bollo.

Digitized by Google

Fuerza es confesar, á pesar de lo expuesto, que estas cosas se han maleado. Son como los refranes, que fueron sentencias de los antiguos sabios y han venido á avillanarse; ó como ciertas familias de clara estirpe, que han caido en baja y oscura pobreza. Lástima es, por cierto, que así pase; pues los primeros elementos son exquisitos para la cocina en toda la provincia de Córdoba.

Entre las jaras, tarajes, lentiscos y durillos, en la espesura de la fragosa sierra, á la sombra de los altos pinos y copudos alcornoques, discurren valerosos jabalíes y ligeros corzos y venados: por toda la feraz campiña abudan la liebre, el conejo, la perdiz y hasta el sison corpulento, y toda clase de palomas, desde la torcaz hasta la zurita. No bien empieza á negrear y á madurar la aceituna, acuden de África los zorzales, cuajando el aire con animadas nubes. El jilguero, la oropéndola, la vejeta y el verderon alegran la primavera con sus trinos amorosos. El gran Guadalquivir da mantecosos sábalos y sollos enormes; y dan ancas de ranas y anguilas suaves todos los arroyos y riachuelos. Sería proceder en infinito si yo contase aquí los productos del reino vegetal, la Flora de aquella tierra predilecta del cielo, sobre la cual, segun popular convencimiento y arraigada creencia, está verticalmente colocado, en el cenit, el trono de la Santísima Trinidad. Baste saber que las mil y tantas huertas de Cabra son un Paraíso. Allí, si áun estuviese de moda la mitología, pudiéramos decir que puso su trono Pomona; y extendiéndonos en esto, y sin la menor hipérbole, bien añadiriamos que Páles tiene su trono en las ermitas, Céres en los campos que se dilatan entre

Digitized by Google

Baena y Valenzuela, y Baco el suyo en los Moriles, cuyo vino supera en todo al de Jerez.

La cordobesa mira con desden todo esto, ó bien porque le es habitual y no le da precio, ó bien por su espiritualismo delicado. Sin embargo, algunas señoras ricas se esmeran en cuidar frutas y en aclimatar otras poco comunes hasta ahora en aquellas regiones, como la fresa y la frambuesa. Asimismo suele tener la cordobesa un corral bien poblado de gallinas, patos y pavos, que ella misma alimenta y ceba; y ya logra verse, aunque rara vez, la desentonada y atigrada gallina de Guinea. El faisan sigue siendo para mis paisanas un animal tan fabuloso como el fénix, el grifo ó el águila bicípite.

Donde verdadera y principalmente se luce la cordobesa es en el manejo interior de la casa. Los versos en que Schiller encomia á sus paisanas, pudieran con más razon aplicarse á las mias. No es la alemana la que describe el gran poeta: es la madre de familia de mi provincia ó de mi lugar:

> Ella en el reino aquél prudente manda;
> Reprime al hijo y á la niña instruye;
> Nunca pára su mano laboriosa,
> Cuyo ordenado tino
> En rico aumento del caudal refluye.

¡Cómo se afana! ¡Cómo desde el amanecer va del granero á la bodega, y de la bodega á la despensa! ¡Cómo atisba la menor telaraña y hace al punto que la deshollinen, cuando no la deshollina ella misma! Cómo limpia el polvo de todos los muebles! ¡Con qué esmero alza en el armario ó guarda en el arca ó en la cómoda la limpia ropa

Digitized by Google

de mesa y cama, sahumada con alhucema! Ella borda con primor, y no olvida jamas los mil pespuntes, calados, dobladillos y vainicas que en la *miga* le enseñaban, y que hizo y reunió en un rico dechado, que conserva como grato recuerdo. No queda camisa de hilo ó de algodon que no marque, ni calceta cuyos puntos no encubra y junte, ni desgarron que no zurza, ni rotura que no remiende. Si es rica, ella y su marido y su prole están siempre aseados y bien vestidos. Si es pobre, el domingo y los dias de grandes fiestas salen del fondo del arca las bien conservadas galas: manton ó pañolon de Manila, rica saya y mantilla para ella; y para el marido una camisa bordada con pájaros y flores, blanca como la nieve, un chaleco de terciopelo, una faja de seda encarnada ó amarilla, un marsellé remendado, unos zahones con botoncillos de plata dobles y de muletilla, y unos botines prolijamente bordados de seda en el bien curtido becerro. Sobre todo esto, para ir á misa ó á cualquier otra ceremonia ó visita de cumplido, se pone mi paisano la capa. Sería una falta de decoro, casi un desacato, presentarse sin ella aunque señale el termómetro treinta grados de calor. En efecto, la capa, como toda vestidura talar y rozagante, presta á la persona cierta amplitud, entono y prosopopeya. No es esto decir que en mi tierra no se abuse de la capa. Me acuerdo de un médico que nos visitaba en el lugar, siendo yo niño, el cual no la abandonaba jamas; iba embozado en ella y no se desembozaba ni áun para tomar el pulso, tomándole por cima del embozo. Claro está que quien no se quita jamas la capa, ménos se quita el sombrero, sino en muy solemnes ocasio-

Digitized by Google

nes. Hombre hay que ni para dormir se le quita, trayéndole hácia la cara para defenderla del sol ó de la luz, si duerme la siesta al aire libre; así como se le lleva hácia el morrillo ó cogote, sosteniéndole con la mano, para saludar á las personas que más respeto y acatamiento le merecen. Pero volvamos á nuestra cordobesa.

Pobre ó rica se esmera, como he dicho, en la casa. En algunas hay ya habitaciones empapeladas, pero lo comun es el enjalbiego, lo cual será grosero y rústico si se quiere, mas alegra con la blancura y da á todo un aspecto de limpieza. La misma ama, si es pobre, y si no la criada, enjalbiega á menudo toda la casa, incluso la fachada. Esta manía de enjalbegar llegó á tal extremo, que una señora de mi lugar, algunos años há, enjalbegaba su piano; el primero que apareció por allí. Ahora hay ya muchos y buenos, hasta de palo santo, y se cuentan por docenas las señoras y señoritas que tocan y cantan.

Los patios, en Córdoba y en otras ciudades de la provincia, son como los de Sevilla, cercados de columnas de mármol, enlosados y con fuentes y flores. En los lugares más pequeños no suelen ser tan ricos ni tan regulares y arquitectónicos; pero las flores y las plantas están cuidadas con más amor, con verdadero mimo. La señora, en la primavera y en las tardes y noches de verano, suele estar cosiendo ó de tertulia en el patio, cuyos muros se ven cubiertos de un tapiz de verdura. La hiedra, la pasionaria, el jazmin, el limonero, la madreselva, la rosa enredadera y otras plantas trepadoras, tejen ese tapiz con sus hojas entrelazadas y le bordan con sus flores y frutos. Tal vez está cubierta de un frondoso emparrado una

Digitized by Google

buena parte del patio: y en su centro, de suerte que se vea bien por la cancela, si por dicha la hay, se levanta un macizo de flores, formado por muchas macetas, colocadas en gradas ó escaloncillos de madera. Allí claveles, rosas, míramelindos, marimoñas, albahaca, boj, evónimo, brusco, laureola y mucho dompedro fragante. Ni faltan arriates todo alrededor, en que las flores tambien abundan; y para más primor y amparo de las flores, hay encañados vistosos, donde forman las cañas mil dibujos y laberintos, rematando en triángulos y en otras figuras matemáticas. Las puntas superiores de las cañas con que se entretejen aquellas rejas ó verjas, suelen tener por adorno sendos cascarones de huevo ó lindos y esmaltados calabacines. Las abejas y las avispas zumban y animan el patio durante el dia. El ruiseñor le da música por la noche.

En el invierno, la cordobesa tiene buen cuidado de que plantas de hoja perenne hermoseen su habitacion. Canarios ó jilgueros recuerdan la primavera con sus trinos; y si el amo de casa es cazador, no faltan perdices y codornices cantoras en sus jaulas, y las escopetas y trofeos de caza adornan las paredes. En torno del hogar, casi en tertulia con los amos, vienen á colocarse los galgos y los podencos.

Todavía en las casas aristocráticas de los lugares suele haber uno como bufon ó gracioso, que recuerda, si bien por lo rústico, al lacayo de nuestras antiguas comedias. Este gracioso posee mil habilidades; caza zorzales con silbato y percha, y jilgueros con liga ó red, y pesca anguilas metiéndose en los charcos y arroyos, y cogién-

Digitized by Google

dolas con la mano. Alguno de estos suele tener su poco de poeta; da los dias á la señora en décimas, y compone coplas en su elogio, y sátiras contra los rivales ó contrarios de sus amos. Acompaña tambien y entretiene á los niños, y sabe una multitud de cuentos, que relata con animacion y mucha mímica.

La criada de lugar no deja de saber tambien muchos cuentos, y los cuenta con gracia. Los sabe de asombros, de encantos y de amores: y todos éstos son serios. Para lo cómico y jocoso atesora una infinidad de chascarrillos picantes.

Siendo yo pequeñuelo, no me hartaba nunca de oir cuentos que me contaban las criadas de casas. El más bonito, el que más me deleitaba era el de doña Guiomar, cuyo argumento, en lo esencial, es el mismo del drama indio de Kalidasa, titulado *Sacuntala.* Los árabes, sin duda, trajeron este cuento y otros mil, en la Edad Media, desde el remoto Oriente.

La criada que descuella por lo lista, amena y entretenida, se capta la voluntad y se convierte siempre en la acompañanta ó favorita del ama, ó de la niña ó señorita soltera. Viene á semejarse á la confidenta de las tragedias clásicas, y áun puede hacer el papel de Enone. De todos modos va con su ama á visitas, á misa y á paseo, le lleva y le trae recados, y procura tenerla al corriente de cuanto pasa en el lugar.

Á esto de saber vidas ajenas y de murmurar, menester es confesarlo, hay una deplorable aficion en las hidalgas y ricas labradoras de por allí.

Por lo demas, si hay algo de cierto en el mordaz pro-

Digitized by Google

verbio que dice: *Al andaluz hacedle la cruz, y al cordobes de manos y piés*, bien puede afirmarse que no reza con las mujeres; ántes son víctimas las pobrecitas de lo levantiscos, alborotados y amigos de correrla que son generalmente los maridos. Ya dice uno que va al campo á ver las viñas ó los olivares y á inspeccionar la poda, la cava ú otra labor cualquiera; ya supone otro que va á cazar *sub Jove frigido, teneraé conjugis immemor;* ya éste tiene que ir á negocios á la cabeza de partido, ó á Córdoba, ó á Madrid por motivos políticos; ya alega aquél que debe ir á Jerez á llevar muestras de vino, ó á alguna feria, á ver si vende ó compra ganado: en suma, jamas carece ninguno de pretexto para estar ausente de su casa la mitad del año. Si el marido es mozo y alegre, suele pasar meses enteros léjos del techo conyugal. La tierna esposa, entre tanto, queda en la soledad y en el abandono, y si á menudo se ve asediada por los pretendientes, imita á Penélope y áun se le adelanta, pues al cabo su marido, ni fué á pasar trabajos y á aventurar la vida en la guerra de Troya, ni de fijo, salvo raras y laudables excepciones, se muestra más fosco y zahareño que Ulíses con las Circes y Calipsos que en mesones, hosterías, fondas y otras partes se le aparecen.

Muy de maravillar y muy digna de alabanza es esta fidelidad resignada de la cordobesa. No negaré, con todo, que á veces agota la cordobesa la resignacion y rompe el freno de la paciencia. Entónces estallan los celos como una tempestad. Me acuerdo de cierta parienta mia que supo que su marido tenía con todo sigilo á una muchacha en su casa de campo, adonde iba todas las tardes

Digitized by Google

y áun se quedaba algunas noches, con pretexto de las labores. Apénas lo supo, mandó que pusiesen las jamugas á la burra, se hizo acompañar en otra burra por su confidenta, y sin que su marido lo notase, se fué por aquellos vericuetos hasta llegar á la casería. Terrible fué la entrevista con la pecadora, á quien echó de allí á pescozones.

Debo advertir que en este y otros casos se avivan los celos con poderosas razones económicas. Tal linaje de macebas suele ser muy costoso, y remata en la perdicion de pingües y desahogados caudales. No se origina el gasto, ni nace de las galas y dijes, coches y primores que hay que comprar á la muchacha, ni del boato y pompa con que es menester sostenerla; aunque todo es relativo y proporcional, y en algo de esto se gasta tambien. La *hetera* de lugar es ménos exigente, pedigüeña y antojadiza que las Coras, las Baruccis, las Paivas y otras famosas *heteras* parisinas: pero aquéllas son solas, se diria que nacieron como los hongos, y la lugareña tiene un diluvio de parientes, que se lanza y abate sobre la casa y la hacienda del mantenedor enamorado, como bandada de langostas hambrientas y voraces. Los primos, los sobrinos, los cuñados, la madre, las tias, todos, en suma, se creen con derecho á cuanto hay: con derecho al trabajo; y por consiguiente, con derecho á la asistencia y á la holganza. El aceite sale de tu bodega, no por panillas, sino por arrobas; las lonjas de tocino vuelan de la despensa; las morcillas transponen; la manteca se evapora; los jamones se disipan. La parentela entera se alumbra, se calienta, come, bebe y hasta mora á costa tuya. Si tie-

Digitized by Google

nes casas, las habitará álguien de la parentela y no te las pagará; si eres cosechero de vino ó aguardiente, menudearán las botas, botijas y botijuelas, y entrarán vacías y saldrán rebosando.

No se crea, no obstante, que, siendo tan lucrativo este oficio, se dedican muchas mujeres á él y abaratan el mercado con la competencia. En todo el territorio de Córdoba ha vivido siempre gente muy hidalga y harto difícil en puntos de honra. Colonia en lo antiguo de verdaderos ciudadanos romanos, y no de libertos, como otras, mereció y obtuvo el título de *patricia;* cuando la invasion mahometana, no vinieron á poblarla rudos y plebeyos berberiscos, sino claros varones de pura sangre arábiga; los linajes más ilustres de Medina y de la Meca; los descendientes de los *ansáres, tabies* y *muhadjires.* Y por último, habiendo sido mi provincia, durante dos siglos, fronteriza con el reino de Granada, ha debido tener y ha tenido para custodia y defensa de sus lugares fuertes, y para tomar el desquite de cualquier ataque, entrando en algarada por los dominios del alarbe, talando sus mieses y haciendo otras mil insolencias y diabluras, una poblacion de hombres recios y valerosos,

Todos hidalgos de honra
Y enamorados de véras,

como canta el viejo romance. Desde entónces no ha deslucido Córdoba su bien cimentada reputacion; y no por vana jactancia, sino con sobra de motivo, lleva por mote, en torno de los rapantes leones de su limpio escudo: «*Corduba militiae domus, inclyta fonsque sophiae.*» Lucano, Séneca, Averroes, Ambrosio de Morales, Góngora

Digitized by Google

y mil otros dan testimonio de lo segundo. Acreditan lo primero, en multitud innumerable, los acérrimos y audaces guerreros que por todos estilos ha criado Córdoba; ya para pasmo y terror de los enemigos de España, como el Gran Capitan; ya para perpétua desazon y sobresalto constante de los españoles mansos, como el Tempranillo, el Guapo Francisco Estéban, el Chato de Benamejí, el Cojo de Encinas-Reales, Navarro el de Lucena, y Caparrota el de Doña-Mencía.

No es, pues, llano el que haya por allí mucho marido sufrido, mucho padre complaciente, y mucha interesada y fácil mujer. La que lo es se lo hace pagar caro, no tanto por la rareza, sino por lo que pierde. Sólo á fuerza de regalos y de espléndida generosidad, y deslumbrando con su lujo, se hace perdonar en ocasiones sus malos pasos. Áun así, es mirada con desprecio, y no suelen llamarla con su nombre de pila, sino con un apodo irónico, como, por ejemplo, la Galga, la Joya, la Guitarrita. Tal vez la designan con el nombre genérico del país de que es natural, como para designar su orígen forastero; y de éstas he conocido yo á la Murciana, á la Manchega y á la Tarifeña.

Si alguna mocita soltera ó alguna casada jóven siente veleidades de dejarse seducir y sonsacar, hay con frecuencia un padre ó un marido que la sana y endereza con una buena vara de mimbre. Ni debe estar muy seguro y descuidado el seductor, por mucho respeto que inspire. No basta á veces la inocencia, si es que infunde recelos algun galan. Cierto compañero mio de colegio, en el Sacro Monte, fué, años há, á curar las almas en

Digitized by Google

un lugar de mi provincia. Era gran teólogo, recto y virtuoso, pero bien hablado, elegantísimo, peripuesto y agradable; era hombre que en el siglo XVIII hubiera figurado, en una córte, como el más delicioso abate. Pues bien, en el pueblo la tomaron con él, y, como vulgarmente se dice, le *abroncaron*. El *brónquis* que le dieron llegó hasta tirarle algunos tiros, pero con pólvora sólo, para asustarle. Él calculó que de la pólvora, si no surtia efecto, se podria con facilidad pasar á los perdigones, y se largó con la música y la teología á otra parte ménos difícil.

Semejantes extremos son raros, por fortuna. La cordobesa no es coqueta, sino muy prudente y sigilosa, y á nadie compromete. Aunque sea de la más humilde condicion, acostumbra á desahuciar al paciente enamorado, hablando de su honor, como las damas calderonianas. Cuando esto no basta, ni chilla, ni alborota, ni escandaliza; pero se defiende cual una Pentesilea; lucha, como el ángel luchó con Jacob, en las tinieblas de la noche; y robusta, aunque angélica, suele echarle la zancadilla, derribarle, y hasta darle una soba, todo con muda elocuencia y en silencio maravilloso. Y no se extrañe esto, porque en la clase de muchachas pobres, y áun en algunas acaudaladas labradoras, es notable la robustez. Son más duras que el mármol, no sólo de corazon, no sólo en el centro, sino por toda la periferia. Cierto dia hicimos una gira de campo con las más garridas y principales mozas del lugar. Una de ellas, creyendo el asiento más alto, se sentó de golpe sobre un monton de tejas. Eran de las macizas y mejores de Lucena. Tres vimos

Digitized by Google

rotas. Ella nos dijo con encantadora modestia que ya, ántes de la caida, lo estaban.

No se entienda, por lo dicho, nada que amengüe ó desfigure en lo más mínimo la esbeltez y gentileza de mis paisanas. Una cosa es la densidad y la firmeza, y otra el desaforado volúmen. La moza que desde niña trabaja, anda mucho y va á la fuente que está en el ejido, volviendo de allí con el cántaro lleno, apoyado en la cadera, ó con la ropa lavada por ella en el arroyo, es fuerte, pero no gorda. La fuente ó el pilar era el término de mi paseo cotidiano, y allí me sentaba yo en un poyo, bajo un eminente y frondoso álamo negro. Al ver lavar á las chicas, ó llenar los cántaros y subir con ellos tan gallardas, airosas y ligeras, por aquella cuesta arriba, me trasladaba yo en espíritu á los tiempos patriarcales; y ya me creia testigo de alguna escena bíblica como la de Rebeca y Eliacer; ya, comparándome con el prudente Rey de Ítaca, me juzgaba en presencia de la princesa Nausicáa y de sus amables compañeras. Nada de miriñaques ni ahuecadores en aquellas muchachas. El pobre vestido corto, sobre todo en verano, se ciñe al cuerpo y se pliega graciosamente, velando y revelando las formas juveniles, como en la estatua de Diana cazadora.

Por desgracia, las damas del lugar han adoptado, en cuanto cabe, casi todas las modas francesas, y van perdiendo el estilo propio de vestirse y peinarse. Todas usaron ingentes miriñaques totales, y ahora usan el miriñaque parcial y *pseudo-calípigo* que priva. El dia ménos pensado abandonarán la mantilla y se pondrán el sombrerito. Todas se peinan, tomando por modelo el figurin,

Digitized by Google

y suelen llamar á este peinado de *cucuné* ó de *remangué*, á fin de darle, hasta en el nombre, cierto carácter extranjero. Las faldas, en vez de llevarlas cortas, las llevan largas, y van barriendo con la cola el polvo de los caminos. En resolucion, es una pena este abandono del traje propio y adecuado.

Á pesar de tales disfraces, la belleza, ó al ménos la gracia, el garbo y el salero, son prendas comunes en mis paisanas. Tienen en el andar mucho primor, y más aún si bailan. Los rigodones y el vals y la polca se van aclimatando; pero el fandango no se desterró todavía. Hasta las señoritas salen á hacer una mudanza, si las sacan y obligan en cualquiera fiesta campestre, y se mueven y brincan con gallardía y desenfado, y repiquetean con brío las castañuelas. Mujeres hay del pueblo que, en esto de bailar y tocar las castañuelas, vencen á la Teletusa, celebrada por Marcial, en aquel epigrama que principia:

Edere lascivos ad Bætica crusmata gestus.

Si la mujer casada, como ya queda expuesto, es un modelo de paciencia conyugal, la soltera es casi siempre un modelo de novias. Puntualmente baja á la reja todas las noches á hablar con el enamorado, á lo que se llama *pelar la pava*. En cada calle de cualquier lugar de Andalucía se ven, de diez á una de la noche, sendos embozados, como cosidos á casi todas las rejas. Tal vez suspira él y exclama:

—¡Qué mala es usted!

Y ella responde:

—¡Pues no, que usted!.....

Digitized by Google

Y exhala otro suspiro.

Así se pasan horas y horas.

Tiene tal encanto este ejercicio, para el hombre sobre todo, que no pocos noviazgos se prolongan más que el de Jacob y Raquel, que duró catorce años, sólo por no perder el encanto de pelar la pava. Las pobres muchachas lo sufren con paciencia, pero languidecen y se ponen ojerosas.

Verdad es que luégo, cuando se casan, no sucede, como en otras partes, que la mujer sigue sirviendo, trabajando y afanando. Aunque sea el novio un miserable jornalero, procura que su novia, no bien llega á ser su mujer, salga de todo trabajo, no vuelva á escardar ni á coger aceituna, y sea en su casa como reina y señora. Si está sirviendo, se despide y deja de servir; y ya no cose, ni lava, ni plancha, ni friega, ni guisa, sino para su marido y para sus hijos. El hombre, salvo en raras ocasiones, es quien trabaja, busca y granjea ó garbea lo necesario para el sosten de toda la familia.

La cordobesa, sea de la clase que sea, es todo corazon y ternura: pero sin el sentimentalismo falso y de alquimia que ha venido de extránjis. Nadie (vergüenza es confesarlo) ha pintado á la cordobesa del pueblo, verdaderamente enamorada y apasionada, como el novelista Mérimée. Su Cármen es el tipo ideal de la humilde y baja de condicion, aunque sublime por el alma. Como reza el dístico del poeta griego, que sirve de epígrafe á la novela, Cármen sabe morir y amar; es admirable cuando se entrega por amor y cuando por amor muere; tiene dos horas divinas: una en la muerte; otra en el tálamo.

Digitized by Google

De atras le viene al garbanzo el pico, segun el decir vulgar. Desde muy antiguo es la cordobesa espejo, luz y norte de enamoradas. Sus ojos, como los de Laura, inspiran platónicos y casi místicos afectos, y hacen que un moro, como Ibn Zeidun, escriba canciones más finas que las del Petrarca, merced á la princesa Walada, que era asimismo poetisa.

Los amores de dos mujeres cordobesas han tenido un inmenso influjo bienhechor en el mundo: han contribuido, casi han sido causa de las más preciadas glorias para España, y de acontecimientos tan providenciales, que sin ellos la actual civilizacion europea no se explicaria. Sin Zahira, enamorada de Gústios, no hubiera nacido Mudarra; los siete infantes de Lara no hubieran tenido vengador; la flor de la caballería castellana hubiera perecido ántes de abrir el cáliz; acaso no hubiéramos poseido al Cid, pues, á no inspirarse en la espada de Mudarra y cobrar aliento con ella, no hubiera muerto al Conde Lozano ni dado principio á tanta hazaña imperecedera. Si doña Beatriz Enriquez no se enamora en Córdoba de Colon, consolándole y alentándole, Colon se hubiera ido de España; hubiera muerto en un hospital de locos; no hubiera descubierto los nuevos orbes, cuya existencia habia columbrado y vaticinado más de mil y cuatrocientos años ántes un inspirado cordobes, y para cuyo descubrimiento le dió ánimo y brios aquella apasionada é inmortal cordobesa.

Véase, pues, de cuánto son y han sido capaces mis paisanas. Dios las bendiga á todas.

Imposible parece que, siendo tan buenas, las descui-

Digitized by Google

den y abandonen los pícaros hombres. Ademas de las peregrinaciones de que ya hemos hablado, las dejan para irse al casino, donde se pasan las horas muertas. Razon le sobraba al gran Donoso al tronar tanto contra el casino, en su elocuente libro *sobre el Catolicismo*. Es verdad que siempre ha habido casino, sólo que ántes, para los ricos, se llamaba la casilla, y estaba en la botica, y para los pobres, el casino estaba en la taberna. Pero, en el dia, ni las boticas ni las tabernas han acabado, y todo lugar, por pequeño que sea, pulula, hierve en casinos. Cada bandería, cada matiz político tiene el suyo. Hay casino conservador, casino radical, casino carlista, casino socialista y casino republicano. Las infelices mujeres se quedan solas. ¡No sé cómo hay mujer que sea liberal! Todas debieran ser absolutistas, y muchas lo son en el fondo.

La única compensacion que trae á la mujer el liberalismo novísimo es que debilita bastante la autoridad conyugal y paternal, que ántes era terrible y hasta tiránica. Á la vara se le llamaba el gobierno de una casa; pero á la mujer briosa, como lo es la cordobesa, más le duele cuando la desdeñan que cuando le pegan: más la quebranta un desaire que una paliza.

De todos modos, la mujer cordobesa, como las demas españolas, conserva siempre un manantial purísimo de consuelo para sus sinsabores y disgustos: este manantial es la religion cristiana. No hay cordobesa que no sea profundamente religiosa.

Entre los hombres ha cundido la impiedad. El soldado licenciado, de retorno á su casa, ha solido traer algun

Digitized by Google

ejemplar del *Citador;* los periódicos se leen, y no todos son piadosos; y por último, no falta estudiante que vuelve de la Universidad inficionado de Krause y hasta de Hegel, y que echa discursos á los rústicos, á ver si los hace panteistas y egoteistas.

La mujer no entiende, ni quiere entender, tan enrevesados tiquismíquis, y sigue apegada á sus antiguas creencias. Ellas son el bálsamo para todas las heridas de su corazon: ellas le llenan de esperanzas inmarcesibles; ellas abren en su ardiente imaginacion horizontes infinitos, dorados por la luz divina de un sol de amor y de gloria.

Hasta para ménos elevadas exigencias y para más vulgares satisfacciones es la religion un venero inagotable. Casi todo honesto mujeril pasatiempo se funda en la religion. Si no fuese por ella, ¿habria romerías tan alegres como la de la Vírgen de Araceli y la de la Vírgen de la Sierra de Cabra? ¿Habría Niño Jesus que vestir? ¿Habria procesion que ver? ¿Habria paso de Abraham, Descendimiento, judíos y romanos, apóstoles y profetas, *encolchados*, *ensabanados* y *jumeones*, hermanos de cruz, y demas figuras que salen por las calles en la Semana Santa? Nada de esto habria. No tendría la mujer jubileos ni novenas, ni oiria sermones, ni adornaria con flores ningun altar, ni engalanaria ninguna cruz de Mayo, ni se complacería tanto en el mes de María. Las golondrinas, que ahora son respetadas porque le arrancaron á Cristo con el pico las espinas de la corona, serian perseguidas y muertas, y no acudirian todos los años á hacer el nido en el alero del tejado ó dentro de la misma casa, ni sa-

Digitized by Google

ludarian al dueño con sus alegres píos y chirridos. Todo para la mujer estaría muerto y sin significado, faltando la religion. La pasionaria perderia su valor simbólico; y hasta el amor al novio ó al marido ó al amante, que ella combina siempre con el presentimiento de deleites inmortales, y que idealiza, hermosea y ensalza con mil vagos arreboles de misticismo, se convertiria en cualquiera cosa, bastante ménos poética.

Tal es, en general, la mujer de la provincia de Córdoba. Si entrásemos en pormenores, sería este escrito interminable. En aquella provincia, como en todas, hay mil grados de cultura y de riqueza, que hacen variar los tipos. Hay ademas las diferencias individuales de caractéres y de prendas del entendimiento.

He omitido un punto muy grave. Voy á tocarle, aunque sea de ligero, ántes de terminar el artículo. Este punto es el filológico: el lenguaje y el estilo de la cordobesa.

La cordobesa, por lo comun (y entiéndase que hablo de la jornalera ó de la criada, y no de la dama elegante é instruida), aspira la *hache*. Tiene ademas notable propension á corroborar las palabras con sílabas fuertes antepuestas. Cuando no se satisface con llamar tunante á cualquiera, le llama *retunante;* y no bastándole con Dios, exclama: *¡Redios!* En varios pueblos de mi provincia, así como en muchos de los pueblos de la de Jaen, es frecuentísima cierta interjeccion inarticulada que se confunde con un ronquido. La cordobesa, por último, adorna su discurso con mil figuras é imágenes, le salpimenta de donaires y chistes, y le anima con el gesto y el manoteo.

Digitized by Google

El adverbio *á manta* se emplea á cada instante para ponderar ó encarecer la abundancia de algo. Las voces *mantes*, *manteson*, *mantesada* y *mantesonada*, *mantesería* y *mantesonería*, salpican ó llenan tanto todo coloquio como en Málaga la de *charran* y sus derivados. Más singular es aún el uso del gerundio en diminutivo, para expresar que se hace algo con suavidad y blandura. Así, pues, se dice: «Don Fulano se está *muriendito*. La niña está *deseandito* casarse, ó *rabiandito* por novio.»

En la pronunciacion dejan un poco que desear las cordobesas. La *zeda* y la *ese* se confunden y unimisman en sus bocas, así como la *ele*, la *ere* y la *pe*. ¿Quién sabe si sería alguna maestra de *miga* cordobesa la que dijo á sus discípulas: «Niñas, *sordado* se escribe con *ele* y *precerto* con *pe*»? Pero si en la pronunciacion hay esta anarquía, en la sintáxis y en la parte léxica, así las cordobesas como los cordobeses, son abundantes y elegantísimos en ocasiones, y siempre castizos, fáciles y graciosos. No poca gente de Castilla pudiera ir por allá á aprender á hablar castellano, ya que no á pronunciarle.

Sin adulacion servil aseguro que la cordobesa es, por lo comun, discreta, chistosa y aguda. Su despejo natural suple en ella muy á menudo la falta de estudios y conocimientos. Sus pláticas son divertidísimas. Es naturalmente facunda y espontánea en lo que dice y piensa. Amiga de reir y burlar, embroma á los hombres y les suelta mil pullas afiladas y punzantes, pero jamas se encarniza.

¿Qué otra cosa he de añadir? Una cordobesa es avara y otra pródiga, pero todas son generosas y caritativas.

Digitized by Google

Cordobesa hay que lee todavía libros antiguos, devotos los más, que pertenecieron á su bisabuela, y que están como vinculados en la casa; v. gr.: *La Perfecta Casada*, del maestro Leon; *El menosprecio de la córte y alabanzá de la aldea*, y el *Monte Calvario*, de fray Antonio de Guevara, y hasta las *Obras completas* (doce volúmenes en fólio) del venerable Palafox. No lo digo fantaseando: he conocido lugareña cordobesa que tenía y leia estos y otros libros por el estilo. Otras leen novelas modernas de las peores. Otras no leen nada.

Mujeres hay que han estado en Sevilla ó en Madrid, que han ido á Málaga y han visto la mar; y mujeres hay que jamas salieron de su pequeña villa, y se forman de Madrid idea tan confusa como las que yo me formo de las ciudades que puede haber en otro planeta. Casi ninguna está descontenta de su suerte. La buena pasta es muy comun. El orgullo, ademas, las excita á menospreciar lo que no está á su alcance; y el amor de la patria, encerrado dentro de los estrechos límites del pueblo en que nacieron y se criaron, se hace más intenso, enérgico y vidrioso, y las mueve á amar con delirio aquel pueblo y aquella sociedad, prefiriéndolos á todo, y á revolverse casi con furor contra cualquiera que los censura.

Si hubiera yo de seguir contando y pintando circunstanciadamente las cosas, escribiria un tomo de quinientas ó seiscientas páginas. Demos, pues, punto aquí: y, gracias á que este artículo no peque por largo, y á que tenga el lector la suficiente indulgencia, vagar y calma, para leerle todo sin enojo, fatiga ni bostezo.

FIN DE LA CORDOBESA.

Digitized by Google

Digitized by Google

UN POCO DE CREMATÍSTICA.

Digitized by Google

Digitized by Google

UN POCO DE CREMATÍSTICA.

MEDITACION (*).

I.

Cuando Virgilio, inspirado por los antiguos versos de la Sibila, por la esperanza general entre todas las gentes de que habia de venir un Salvador, y tal vez por alguna noticia que tuvo de los profetas hebreos, vaticinó con más ó ménos vaguedad, en su famosa égloga IV, la redencion del mundo, todavía le pareció que esta redencion no habia de ser instantánea, por muy milagrosa que fuese, y así es que dijo: *suberunt priscæ vestigia fraudis:* quedarán no pocos restos de las pasadas tunanterías y miserias.

Si esto pudo decir el Cisne de Mantua, tratándose de un milagro tan grande, de un caso sobrenatural que lo renovaba todo y que todo lo purificaba, ¿qué extraño es que despues de una revolucion, al cabo hecha por hombres, y no por hombres de otra casta que la nuestra, sino por hombres de aquí, educados entre nosotros, haya aún no poco que censurar y no poco de que lamentarse? Pues qué, ¿pudo nadie creer con seriedad que la revolu-

(*) Publicada en *La Revista de España*, en el año de 1870.

Digitized by Google

cion iba en un momento á hacer que desapareciesen todos nuestros males, todos los vicios y los abusos que la produjeron? La revolucion podrá, á la larga, si es que logra afirmarse, corregir muchos de estos males, vicios y abusos; pero en el dia es inevitable que aparezcan aún. Aparecerian, aunque los que combatieron en Alcolea en pro de la revolucion hubieran sido unos ángeles del cielo, de lo cual ni ellos presumen, ni nadie les presta el carácter, la condicion y la virtud sobrehumana.

Mediten bien lo que acabo de decir aquellos que vieron con júbilo la revolucion, que la aceptaron y hoy se arrepienten, y aquéllos tambien que siempre la tuvieron por un mal y que siguen con más ahinco teniéndola por un mal en el dia de hoy. Medítenlo, y ya conocerán que no hay mal ahora que no se derive de los pasados, como se deriva de la premisa la consecuencia; como nace el retoño de la raíz de toda planta antigua, si no se arrancó de cuajo y si no se extirpó; operacion más difícil de lo que se piensa.

No es esto afirmar que el estado de nuestro país sea delicioso, envidiable y floreciente. Nada ménos que eso. En nuestro país hay mucho desabrimiento, muchísimo mal humor, y un disgusto enorme. Y no hay que rastrear demasiado, ni que sumirse en oscuras profundidades para desentrañar la causa. La causa es que *donde no hay harina, todo es mohina.* El mal, fundamento de todos los males es entre nosotros la escasez de dinero, ó para valernos de término más comprensivo, la penuria ó la inopia. En nuestra época nos dolemos más de este mal, porque la aspiracion y el conocimiento del bien contra-

Digitized by Google

rio están más difundidos, no porque el mal sea nuevo. *De atras le viene el pico al garbanzo*, como dice el refran. Sería, pues, una insolencia exigir de la revolucion que renovára el milagro de pan y peces, ó que convirtiera las piedras en hogazas. ¿Qué ha de hacer la revolucion sino lo que siempre se ha hecho? Esto me retrae á la memoria el modo de saludar que suelen tener en algunos lugares de Andalucía, y que no puede ser mi más castizo ni más propio. Salen dos hidalgos á tomar el sol muy embozados en sus capas, y se encuentran al revolver de una esquina.—«Hola, compadre, dice el uno: ¿cómo vamos?» —Y el otro contesta:—«Trampeando: ¿y V., compadre?»—«Trampeando tambien», replica el que hizo la pregunta. Así nada tienen que echarse en cara, y se van juntos de paseo, en buen amor y compaña.

Contra un achaque tan inventerado no sé qué remedio pueda haber. El arte de producir oro, la Crisopeya, se ha perdido por completo, y ya no tenemos más arte ó ciencia en que cifrar nuestras esperanzas, á ver si nos saca del atolladero, que la Economía Política. Dios ponga tiento en las manos de los que la saben y la aplican á la gestion de los negocios del Estado. Y no lo digo porque dude yo de la ciencia. ¿Cómo dudar, cuando la ciencia es, ha sido y será siempre mi amor, aunque desgraciado? Dígolo á tanto de que pudiera ocurrir con algunos economistas lo que con ciertos filólogos que estudian un idioma, pongo por caso, el chino ó el árabe, tan por principios, con tal recondidez gramatical y tan profundamente, que luégo nadie los entiende, ni ellos se entienden entre sí, ni logran entender á los verdaderos

Digitized by Google

chinos y árabes de nacimiento, contra los cuales declaman, asegurando que son ignorantes del dialecto literario ó del habla mandarina, y que no saben su propio idioma, sino de un modo vernáculo, rutinario y del todo ininteligible para los eruditos: pero lo cierto es que por más que se lamenten, quizás con razon, no sirven para dragomanes.

Tal vez se explique esto de la manera que, yendo yo de viaje por un país selvático, acerté á explicar en qué consistia que cierto compañero mio, gran ingeniero, que se empeñó en guiarnos con su ciencia, no atinó nunca, y por poco no nos hunde y sepulta en charcos cenagosos ó nos pierde en bosques sombríos, donde nos hubieran devorado los lobos. Yo estaba siempre con el alma en un hilo, pero ni un instante dudé de la ciencia. Lo que yo alegaba era que aquella tierra era tan ruda aún, que no comprendia la ciencia y se rebelaba contra ella. Volvimos entónces á confiar la direccion de nuestro viaje al guia práctico y lego que ántes nos habia servido, y así llegamos al término que nos proponiamos.

Pudiera suceder, por último, que constando la Economía Política, si no me equivoco, de várias partes, como son: la creacion de la riqueza, su circulacion, su reparticion y su consumo, hayamos por acá estudiado á fondo las partes últimas, y hayamos descuidado bastante el estudio de la primera, considerándola acaso como imposible de aprender, y exclamando humilde y cristianamente con el poeta:

Es el criar un oficio
Que sólo le sabe Dios
Con su poder infinito.

Digitized by Google

Vivo yo tan seguro de esta verdad, que nunca he querido engolfarme en el *mare-magnum* de la Economía Política, teniendo por tan complicada toda esta maquinaria de las sociedades, que ni remotamente he caido en la tentacion de querer averiguar cuáles son los resortes que la mueven y cuáles las bases sobre que se sustenta. Siempre he tenido miedo de que venga á acontecer al economista lo que al niño que, movido de curiosidad, rompe el juguete para ver lo que tiene dentro. Mi propósito, al escribir esta obrilla, no es, por lo tanto, discurrir económicamente sobre el dinero: dar lecciones sobre el modo más fácil de adquirirle. ¿Quién sabe, dado que yo averiguase este modo, si, á pesar de mi acendrada filantropía, no me le habia de callar, al ménos por unos cuantos años, aprovechándome de él para mi uso privado y el de algun que otro amigo muy predilecto? Mi propósito es sólo hablar del influjo que ejerce el dinero en las almas: esto es, que yo no trato aquí de Ecocomía Política, sino de Filosofía Moral, exponiendo algunos pensamientos filosó ficos acerca del dinero, ora nacidos de mi propia meditacion, ora de la mente profunda de los sabios antiguos y modernos que he consultado.

No quiero, con todo, que se me tenga por tan ígnorante de la ciencia económica, que al hablar y filosofar sobre el dinero, no sepa lo que es y confunda unas especies con otras. Hace un siglo que á nadie se le hubiera ofrecido este pícaro escrúpulo que á mí se me ofrece ahora. Entónces la generalidad de los mortales creia saber á fondo lo que era dinero, y nadie veia ni la posibilidad de que sobre este punto naciesen dudas, equívocos, ni

Digitized by Google

disputas. Hoy, con la Economía Política, ya es otra cosa. Tomos inmensos se han escrito para explicar lo que es el dinero y lo que no es. Sin duda que todas aquellas verdades, por palmarias, sencillas y evidentes que sean, que el interes de hombres poderosos ó astutos ha tenido algunas veces empeño en encubrir ó tergiversar, se han encubierto ó se han tergiversado porque siempre ha habido infinito número de páparos en el mundo. De estas verdades, las que se refieren al dinero, al capital ó á la riqueza, son las que han ofrecido más estímulo á estas tergiversaciones y engaños; pero aunque no pueda negarse que los economistas, que ponen, por decirlo así, definitivamente en claro estas verdades, hacen un gran servicio al público, no puede negarse tampoco que la mayor parte de estas verdades son de las que se llaman de Pero-Grullo. Para quien ignora la burla que han hecho algunos hombres de la credulidad de sus semejantes no es concebible, por ejemplo, que un sabio economista emplee gravemente medio tomo de lectura en demostrar que el dinero no es un mero signo representativo de la riqueza, sino que tiene y debe tener un valor en sí; que una peseta no sólo representa el valor de cualquiera cosa que valga una peseta, sino que vale y debe valer lo mismo que cualquiera cosa que valga una peseta, y que cuatro cosas que valgan á real cada una, y que treinta y cuatro cosas que valgan á cuarto. Todavía han empleado más fárrago los economistas en demostrar otra verdad, de la cual es más inverosímil que nadie haya dudado nunca, y en cuya demostracion parece absurdo, á los que no están iniciados en los misterios de la Economía Polí-

Digitized by Google

tica, que nadie se afane con formalidad. Es esta verdad que el dinero no es toda la riqueza, sino una parte de la riqueza. ¿A quién ha podido nunca caber en el cerebro que no es rico cuando no tiene dinero, y tiene trigo, olivares, viñas, casas, hermosos muebles, alhajas, telas, etc.? Si todos estos objetos los reduce mentalmente á dinero, los aprecia y los tasa, encontrará que tiene una riqueza, por ejemplo, de dos millones de reales. Pero al hacer la tasacion, no hace más que determinar con exactitud el valor de lo que posee, adoptando una medida comun, que es el dinero. Si en vez de los reales, de los escudos ó de las pesetas, fuesen los bueyes la medida, diriamos que tal propietario tenía una tierra que valia quinientos bueyes, y tal empleado un sueldo de veinte bueyes al año. La ventaja del oro ó de la plata acuñados para moneda se deduce evidentemente de lo expuesto. ¡Bendito y alabado sea Dios que nos ha hecho nacer en una época en que todo se averigua y se explica tan lindamente! Un buey es poco portátil, no cabe en el bolsillo, no pasa en todos los mercados, gasta en comer y se puede morir, y el dinero ni come ni se muere. Ademas un buey puede ser más gordo ó más flaco, más chico ó más grande, más viejo ó más jóven; miéntras que un escudo es siempre un escudo, goza de eterna juventud, y tiene ó debe tener el mismo peso y la misma ley.

Tal es la gran ventaja de que goza esta ciencia. Es tan clara, tan llana, tan pedestre y tan sencilla, que los niños de la doctrina pudieran entenderla si quisiesen. Y sin embargo (¡cosa por cierto admirable!), apénas dan un paso desde terreno tan firme y seguro, y desde lugar

Digitized by Google

tan claro suelen caer los economistas en un mar sin fondo ó en el seno oscuro de la noche cimeriana. La Economía Política pasa á escape, salta de la perogrullada al sofisma con una agilidad portentosa.

En esta misma cuestion de si los metales preciosos, el oro y la plata, son mejores que los bueyes para moneda, ocurren dificultades y contradicciones imprevistas. Sirva de muestra la siguiente: Si la deuda que el Estado español ha contraido y sigue contrayendo se estimase en bueyes, no se podria rebajar en un 5 por 100, en una vigésima parte, á no ser que las siete vacas flacas del sueño de Faraon procreasen infinitamente y llenasen el mundo todo de bueyes cacoquimios y encanijados; pero estimada la deuda en pesetas, se ha hecho la rebaja con la mayor suavidad, de una sola plumada, y casi sin que nadie se percate de ello. Los bueyes, chico con grande, á no ser hijos de las vacas flacas, siempre serian bueyes; pero las pesetas nuevas no son como las antiguas, y el dia en que la acuñacion de la nueva moneda esté terminada, podrémos asegurar que en vez de deber, por ejemplo, 20.000 millones de reales, deberémos 19.000, á no ser que la alteracion de la moneda no rece con los acreedores del Estado, y les sigamos pagando los intereses con arreglo á la ley antigua.

Pero dejando á un lado esta cuestion, conste que, si bien aquí usamos de la palabra *dinero* en la acepcion de *capital* ó de *riqueza*, hacemos perfectamente la distincion de estas cosas, como la han hecho todos los hombres de todos los siglos, sin necesidad de que los economistas los adoctrinen. La razon que nos lleva á llamar

Digitized by Google

dinero á toda riqueza, es que el dinero es una riqueza sin la que no se puede pasar. El dinero es ademas un valor que circula más fácilmente que todos los demas valores, y que los representa y los mide. El dinero no es toda la riqueza, sino la parte móvil, líquida y más circulante de la riqueza. La sangre no es toda la vida en el cuerpo, y sin embargo no viviriamos si la sangre no circulára ó si toda la sangre se nos escapase; aunque no es completamente exacta la comparacion, porque no hay comparacion completamente exacta. Nada hay en el cuerpo que pueda reemplazar á la sangre; pero en la sociedad hay algo que puede reemplazar al dinero, y este algo es el crédito, el cual no crea un átomo más de riqueza, pero pone en circulacion y presta movilidad y casi ubicuidad á mucha parte de la riqueza que está parada é inerte. En suma, el dinero, aunque reemplazable por el crédito, es una parte de la riqueza, y así por esto como por ser la parte más viva, más enérgica y más circulante, es un dolor que se pierda. La sociedad que no tiene dinero, ó el individuo que no tiene dinero, ya están aviados. Despues de largos estudios han deducido, pues, los economistas que el *dinero es indispensable al hombre desde el momento que el hombre vive en sociedad;* aguda sentencia, cuya verdad resplandece más que la luz del mediodia.

Digitized by Google

II.

Sentadas ya estas bases, voy á discurrir y á filosofar un poco sobre las relaciones del dinero (y en general de toda riqueza) con las costumbres y con las más altas facultades del espíritu humano. Empezaré por combatir algunos errores.

El primero y más capital consiste en creer que, en nuestros dias, es el dinero más estimado que en otras épocas. Nada más falso. En el dia de hoy, los hombres son como siempre; pero si alguna mudanza ha habido, ha sido favorable. Casi se puede afirmar que los hombres se han hecho más generosos.

Fácil me sería acumular aquí una multitud de ejemplos históricos, desde las más remotas edades hasta ahora, á fin de probar que el interes ha dominado al mundo desde entónces, y su imperio, léjos de aumentar, decae. No quiero, sin embargo, hacer un trabajo erudito, sino una meditacion filosófica.

Los poetas satíricos, los novelistas, los autores de comedias de todos los pasados siglos, han dado muestras de que en la época en que vivian se estimaba más el dinero que en la presente. Aun los mismos refranes, antiquísimos vestigios de lo que se llama sabiduría popular, vienen en apoyo de lo que digo.—*Por dinero baila el perro.—Cobra y no pagues, que somos mortales.—Dádivas ablandan peñas.— Ten dinero, tuyo ó ajeno.—Quien tiene dineros, pinta panderos.*—Y así pudiera yo seguir

Digitized by Google

citando hasta llenar un pliego de impresion. Pero aún citaré otro refran que, por ser España un país tan católico, debe considerarse como la hipérbole más subida de que todo se logra con dinero; de que todo se compra y se vende, hasta lo más venerable y santo. El refran dice: *Por mi dinero, Papa le quiero.*

En los países de una cultura atrasada, se advierte un fenómeno, que, conforme nos vamos civilizando y puliendo un poco más, mengua, ya que no desaparece del todo. Es este fenómeno la deshonra, el descrédito, la vehemente sospecha, y áun el horror que rodea al que es pobre, el cual es aborrecido, cuando no es despreciado. El refran antiguo español declara que *El dinero hace al hombre entero:* esto es, que el dinero es garantía de rectitud, de probidad y de entereza en quien le tiene. Más léjos va aún otro refran que dice: *La pobreza no es deshonra, pero es ramo de picardía.* Nuestro inmortal Cervántes, haciéndose eco de este sentimiento general, afirma, no una sola vez, que es dificilísimo *que un pobre pueda ser honrado.* El reverendo Fray José de Valdivielso, en su *Poema de San José*, no acierta á concebir que el Santo, padre putativo de Nuestro Divino Redentor, y descendiente de reyes, pudiese ser pobre y vivir de un oficio mecánico: así es que asegura que San José era carpintero por distraccion, y no para ganarse la vida:

Pues debió de tener juros reales,
Cual descendiente de señores tales.

Bien se puede apostar que á nadie se le ocurriria, en nuestro siglo, disculpar á San José de haber sido car-

Digitized by Google

pintero, y suponer que tenía Treses ó Billetes hipotecarios.

Ni por la nobleza de sangre se disculpaba la pobreza; ántes el tener dinero ha sido en todos los siglos orígen de hidalguía. *Dineros son calidad, Más vale el din que el don*, son refranes que corroboran mi aserto.

La profunda veneracion que inspiran el dinero y quien le posee ha sido siempre idéntica. Lo que ha disminuido algo es el horror ó el desprecio al pobre, y ciertas asechanzas de que el rico debia de verse, en lo antiguo, perpétuamente circundado. El hombre prudente y discreto tenía, no hace muchos años, en todas partes, y en el dia tiene aún, en no pocas, que hacer, si puede, un gran misterio del estado de su hacienda, sobre todo si es ó era muy rico ó muy pobre: si es muy pobre, para que no le desprecien; y sí es muy rico, para que no le roben ó le maten. De aquí, de esta espantosa disyuntiva entre ser despreciado ó amenazado de muerte, nació aquella sentencia de los moralistas, que hoy en los países cultos nos parece tan necia y tan absurda, de que lo que habia que desear era una medianía de fortuna, á fin de vivir feliz y tranquilo, ni envidioso ni envidiado. Porque, á la verdad, si el dinero es un bien, miéntras mayor sea el bien, debe ser más apetecible, y no se concibe la *aurea mediocritas*, celebrada por Horacio y por todos los poetas de otros tiempos, sino recordando que el hombre acaudalado estaba de contínuo expuesto á que le matasen ó maltratasen para robarle, ya el emperador ó el príncipe bajo cuyo imperio vivia, ya la plebe codiciosa. Y cuando á la riqueza no iba unido un alto grado de po-

Digitized by Google

der, era más constente el peligro, y casi imposible de conjurar. No creo yo que el ódio profundo que tuvimos en la Edad Media á los judíos proviniese sólo de que eran el pueblo deicida, sino de que eran ricos. Las frecuentes matanzas de judíos que hubo en España acaso no hubieran llegado á realizarse, si los judíos hubieran tenido la prudencia de quedarse pobres. Algo parecido puede afirmarse de los frailes en estos últimos tiempos luégo que perdieron el poder y conservaron la riqueza, si bien el escándalo ha sido menor, porque la dulzura de las costumbres, la mayor abundancia de dinero y de bienestar, y el más concertado y político modo de vivir de los hombres, han disminuido el aborrecimiento de los que no tienen á los que tienen.

Prueba de esta confianza de los que tienen es que ya, en los países cultos, nadie ó casi nadie atesora. Pocos años há, todos los que podian atesoraban. La literatura popular está llena de historias y leyendas de tesoros ocultos, guardados por un dragon, por un gigante ó por un monstruo terrible, que nada ménos se necesitaba para que no los robasen. Estos tesoros estaban, ó se suponia que estaban, tan hábilmente escondidos, que era menester un dón sobrenatural para descubrirlos. De aquí se originó la idea de los zahoríes, que descubrian los tesoros. La ciencia de los zahoríes, perdiendo hoy su carácter poético y sobrehumano, ha llegado á trasformarse en la Estadística, disciplina auxiliar de la Economía Política, con respecto á la cual viene á ser lo que es la Anatomía con respecto á la Fisiología. La Estadística es un verdadero primor de ciencia, y á fin de que de

Digitized by Google

ella formen pronto los profanos el concepto que merece, podemos definirla la ciencia que nos cuenta los bocados. Por esta ciencia se averigua cuánta harina, cuánta carne, cuántas judías y cuántos garbanzos se devoran al año; lo que se gasta en ropa y en calzado; lo que se produce y lo que se consume. Todo esto sería más fácil de averiguar si la gente, temerosa de que le imponga el Gobierno más contribucion, no disimulára un poco lo que gasta, aparentando darse aún peor trato del que suele.

Sin embargo, el afan de ocultar la riqueza y de disimular que se tiene algun dinero ha desaparecido casi del todo en nuestra edad. En las pasadas era tanto el peligro que corria el dinero saliendo á relucir, que legítimamente tenía que ser usurero quien le prestaba. El crédito, que pone en movimiento las fuerzas productivas, apénas era conocido entónces.

Hoy, por el contrario, el desenfado, la movilidad, la animacion del dinero, que se presenta sin temor en todas partes, ménos en España, y que se agita y circula, es lo que hace creer á los hombres poco pensadores que vivimos en un siglo metalizado; que ahora no se piensa ni se habla sino de dinero. ¡Qué error tan craso! Pues ¿por ventura es más reverenciada, más adorada la imágen que sale por las calles y plazas, áun cuando sea en muy devota procesion, y doblando todos á su paso la rodilla, que la divinidad misma, oculta siempre en el fondo del santuario, por temor de que la profane el vulgo con sus miradas, y hasta cuyo nombre es incomunicable y desconocido á cuantos no están iniciados en sus misterios?

Digitized by Google

Hay asimismo otras muchas razones para que en el dia se estime ménos el dinero. Es la primera, que hay más. Es la segunda, que con el crédito llega más fácilmente á todas partes. Es la tercera, que produce ménos intereses. (Ninguna de estas tres razones militan hoy en España. Los economistas explicarán por qué.) Es la cuarta, y quizás la más poderosa, que nuestro siglo, como más civilizado que los anteriores, es tambien más espiritualista.

Y aquí no puedo ménos de detenerme á condenar la ridícula manía de los que dan en acusar de materialista á nuestro siglo. ¿Qué siglo hubo nunca más espiritualista que el nuestro? La música es el arte más espiritual de todos y florece ahora con florecimiento extraordinario. Apénas hay tonto, el cual, si hubiera vivido dos ó tres siglos há, no hubiera gozado más que en comer, que no goce ahora, ó por lo ménos que no diga que goza, oyendo la música más sábia y alambicada. Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, afirma que sólo hay dos cosas esenciales que mueven al hombre: á saber, *mantenencia*, y otra que no me atreveré á mentar, aunque el Arcipreste la mienta, escudado con Aristóteles:

> Si lo dixiese de mio, sería de culpar;
> Dícelo grand filósofo; non so yo de reptar.

¡Tan materialista era el concepto que en el siglo XIV tenía un sacerdote católico, en la católica España, de los móviles esenciales de las acciones humanas! Fuera de estos móviles no acertaba á descubrir otro móvil. ¡Cuánto han variado las cosas en el dia! La música mueve

Digitized by Google

tambien al hombre y no hay quien no guste de ir al teatro Real.

Pero el espiritualismo de nuestro siglo es sintético, y ésta es la causa de que algunos, que no le comprenden, acusen de materialista á nuestro siglo. En los pasados, ó no se hacía caso de la materia y se la dejaba á sus anchas como cosa perdida y dada al diablo, cayendo los que tal hacian en el molinosismo, ó se la maltrataba y castigaba como á súbdito rebelde, por donde venian las gentes á dar en el ascetismo más cruel. En nuestra época, tratan las gentes de rehabilitar la materia, en el buen sentido de la palabra, y la purifican cuanto pueden. La materia al fin es obra de Dios, y, aunque algo pervertida por el pecado, no es cosa tan abominable como se asegura. Al fin ella ha de resucitar y ha de ir al cielo, si bien trasfigurada y gloriosa. Por eso no me parece mal que vayamos puliéndola, perfeccionándola, hermoseándola y sutilizándola en este mundo. Para pulirla suelen los hombres, en ciertos países adelantados, lavarse ya todos los dias, costumbre rara, cuando no desconocida de la cristiandad, ciento ó doscientos años hace, y contra la cual aún fulminan sus anatemas el piadoso señor Veuillot y otros Santos Padres. Por eso no se comprendia bien la significacion del principio de aquella oda de Píndaro: *Alto dón es el agua.* Antes al contrario, el agua era mirada con horror y con miedo, como causa de los mayores males, sobre todo para las personas de cierta edad. De aquí el refran hidrofóbico tan acreditado: *De cuarenta para arriba, ni te cases ni te embarques, ni te mojes la barriga.* Un hombre de setenta años, cuándo ó

Digitized by Google

dónde no habia, ó no ha caido en desuso este refran, debe, ó debia de tener su piel cubierta de más estratificaciones que nuestro globo. Si en este descuido de la materia, que hubo en los siglos pasados, es en lo que consiste el espiritualismo, se debe preferir ser materialista. Pero se me antoja que el verdadero espiritualismo consiste en limpiarse, mondarse y purificarse, así el alma como el cuerpo. Un hombre limpio no es capaz de sentir tan bestiales apetitos como un hombre sucio. En muchos tratados de moral, escritos por frailes, que de seguro se lavaban poco, he leido precauciones tan inauditas para evitar la tentacion, que me pasman y me hacen imaginar que los hombres y las mujeres de entónces serian como la yesca, la pólvora y el fuego. Uno de estos autores aconseja que, cuando haya que entregar algo á una mujer, se ponga lo que ha de entregarse en alguna mesa ó en algun otro sitio, y no se dé con la mano, á fin de evitar el más ligero frote ó casual tocamiento, y añade que las personas de diferente sexo, cuando estén más próximas, deben estar por lo ménos á una distancia de cuatro varas. La efervescencia que supone este exceso de precuacion, provenia sin duda de la poca agua, la cual refresca, molifica y hasta espiritualiza.

Ello es lo cierto que la concupiscencia no es tan feroz en el dia como en tiempos pasados. ¿Cuánto no sorprenden aquellos penitentes solitarios, que despues de crueles y largos ayunos áun no podian domar y poner freno á ciertas malas pasiones, que representaban en su lenguaje místico llamándolas *el asnillo?* ¿Cuánto no espanta, por ejemplo, aquel San Hilarion, que no comia más

Digitized by Google

que una docena de higos secos al dia, y tuvo que acortarse la racion en más de la mitad, porque se sentia muy bravo y emberrenchinado? En este sentido somos tambien más espiritualistas ahora. Miéntras que entónces el estudio de la Teología sobreexcitaba los sentimientos y encendia en amor el alma afectiva, amor que con facilidad podia torcerse á mala parte; hoy, estudiando los jóvenes briosos, desde sus tiernos años, negocios tan serios como la Filosofía de Krause ó la Economía Política, se hacen por fuerza más morigerados y ménos traviesos; adquieren una gravedad que les cae muy bien; y todo el fuego y lozanía de la imaginacion se les va, no en coplas y requiebros á las muchachas, sino en ditirambos dulcísonos en prosa rimada, ora al libre-cambio, ora al desestanco de la sal, ora á otro objeto del mismo órden, que allá en lo antiguo ni se sospechaba siquiera que pudiese ser blanco de tantos disparos poéticos y de raptos líricos tan maravillosos.

Estos síntomas de *espiritualizacion* se notan hoy por donde quiera. Ya con la homeopatía, hasta los achaques de la materia se curan casi espiritualmente. No se toman remedios, sino se toman, por decirlo así, las virtualidades, el espíritu, la sombra vaporosa de los remedios. ¿Quién sabe si dentro de poco se inventarán tambien alimentos homeopáticos, de que ya son precursores el extracto de carne de Liebig y la Revalenta, y nos nutrirémos con la virtualidad ó la esencia eléctrica é imponderable de los pavos y de los jamones, en vez de nutrirnos del modo vulgar y grosero que ahora se usa?

Los recientes descubrimientos de los fisiólogos prue-

Digitized by Google

ban la grosería con que la naturaleza procede hasta hoy en esto de la nutricion. Asegúrase, como verdad evidente, que en ménos de un mes mudamos por completo todos los átomos ó moléculas de nuestro organismo y tomamos otros. El alma, el principio oculto de la vida, la virtud plasmante, la energía informante, *la forma óntica*, como la llama un sabio amigo mio, es sólo lo que permanece. Lo demas cambia sin cesar. La vida es, pues, no por estilo poético y figurado, sino con toda realidad, un rio, un torbellino, un torrente impetuoso. Un caballero, de regular corpulencia, que llegue á vivir setenta años y que pese seis ó siete arrobas, puede asegurar que ha tenido, asimilado y poseido como parte de su organismo, desde su nacimiento hasta la hora de su muerte, unas 5.000 ó 6.000 arrobas de sustancias, las cuales, si no están dotadas de gran densidad, tal vez formen un volúmen de uno, dos ó tres kilómetros cúbicos. Pregunto yo, ¿para qué es este jaleo, esta mudanza, esta incesante trasmigracion de materia, cuando la forma persiste; cuando, si tenemos una berruga, conservamos siempre la berruga? ¿No sería mejor, y no es posible que se descubra, el que no perdamos sustancias con tanta frecuencia, y el que no tengamos tampoco que reponerlas de contínuo? Esta si que sería Economía, si llegára á descubrirse. ¿Qué es la vida más que un desenvolvimiento de calórico, un fuego, una llama? Y qué, ¿no podrémos jamas sacar de su estado latente ese flúido imponderable y sutil, sin la combustion de muchas sustancias? ¿No llegarémos nunca á producir el fuego que mueva nuestras máquinas, sin tener que consumir toda la Flora exube-

Digitized by Google

rante y gigantea de las edades primitivas, y á conservar el calor vital sin destruir tantas formas, y sin devorar tantos seres? Yo veo señales claras de que se acercan los tiempos de estas invenciones. La frenología y el magnetismo han venido á demostrar las armonías íntimas y misteriosas que enlazan el espíritu y la carne. La electro-biología es una ciencia que empieza ahora, y que tiene aún que dar mucho de sí. Tal vez no esté muy léjos el dichosísimo y gloriosísimo dia en que, alimentados de un modo ménos grosero, se volatilicen nuestros cuerpos, y se sostengan en el aire, y lleguen á ser ubícuos y compenetrables, y hasta diáfanos y luminosos.

Por todas estas consideraciones y por otras que callo, á fin de no hacer muy prolija la digresion, tengo por cierto que nuestra edad, si peca por algo, es por *pneumatósis* ó sobra de espiritualismo.

Y sin embargo, se me dirá, en este siglo tan espiritualista, se ama el dinero poco ménos que sobre todo. Convengo en que hay este amor, pero no en que no le haya habido siempre, y quizás más vivo. No voy á disculparle ahora, pero sí á explicarle.

Al compas que una sociedad vaya siendo más perfecta y bien organizada, el dinero irá adquiriendo una virtud más significativa (aproximándose á la infalibilidad) de que es inteligente, laborioso y precavido quien le posee. El dinero representará entónces el talento, el trabajo y otras muchas virtudes. El no tener dinero significará, casi equivaldrá á ser holgazan, ignorante y para poco. No hemos llegado aún, por desgracia, á este grado de perfeccion social, y hay aún muchas personas que

Digitized by Google

adquieren mal el dinero. Mas como el confesar que el mayor número le adquiere mal, áun dado que esto fuera cierto, sería ocasionado á gravísimos peligros, y daria pretexto á los pobres para odiar á los ricos, todas las personas razonables y amigas del órden y del sosiego públicos debemos creer y creemos que no hay dinero mal adquirido, miéntras un tribunal no pruebe lo contrario. Por donde legítimamente, y echando á un lado la mala pasion de la envidia, el ser rico significa, y tiene que significar, que vale más quien lo es que el que es pobre. En resolucion, el dinero es y tiene que ser la medida exacta del valer de una persona.

Cierto que hay algunas rarísimas virtudes y prendas superiores al dinero, que no traen dinero, y que, en el momento en que se tuviesen ó ejerciesen con el fin de adquirir dinero, dejarian de ser tales virtudes; pero tales virtudes tienen su premio en ellas mismas. La virtud por excelencia es tan preciosa, que nada hay en la tierra que pueda pagarla. Por esto me ha parecido siempre ridículo todo premio ofrecido á la virtud. Quien se pusiera á ser virtuoso para ganar el premio, no sería virtuoso. Ni siquiera suelen ganarse con la virtud la fama y el respeto de los hombres, porque es difícil de averiguar si el virtuoso lo es por firmeza y rectitud de alma ó por apocamiento, necedad ó cobardía; y los hombres, como no sea la virtud muy manifiesta, procuramos siempre atribuirla á dichas calidades negativas. Así es que, en casi todos los idiomas antiguos y modernos, la palabra *bondad*, apartada de su sentido recto, significa simpleza, como *dabbenaggine* en italiano, *euetheia* en griego,

Digitized by Google

bonhomie en frances, etc., etc. Pero como la virtud es y debe ser tambien superior á la vanagloria, el virtuoso, no sólo debe serlo aún á trueque de ser pobre, sino á trueque de pasar por un solemne majadero.

Ciertas declamaciones y diatribas contra los vicios, la corrupcion y el lujo, me han parecido siempre más propias de la envidia ó de la sandez que de un espíritu recto y juicioso. Cuando se dice, por ejemplo, el hombre de bien está arrinconado y desatendido y vive pobremente, y tal bribon habita en un palacio y da fiestas espléndidas; la mujer honrada anda á pié por esas calles, llenándose de lodo, y tal manceba va con sedas, encajes y joyas, en un soberbio coche; cuando esto se dice, repito, yo no puedo ménos de reirme en vez de conmoverme. Pues qué, ¿se quiere que la probidad se pague con palacios, y la castidad con diamantes y trenes? Entónces los mayores galopines se harian probos para vivir á lo príncipe, y las *suripantas* echarian la zancadilla á Lucrecia y á Susana, á fin de conseguir por ese medio lo que por el opuesto logran ahora. La verdad es que el mundo anda ménos mal de lo que se cree.

Mucho tiene que sufrir la virtud; pero si no tuviera que sufrir ¿sería virtud? ¿Qué mérito tendria? Y sin duda que la piedra de toque, en que se aquilata y contrasta el sufrimiento, es esta duda en que deja el virtuoso á los demas hombres acerca de si su virtud es tontería, impotencia ó amilanamiento y poquedad de espíritu. Hombres hay que no resisten á esta prueba. Han tenido valor para quedarse pobres, pero no le tienen para pasar por tontos. Mujeres honradas ha habido que tienen va-

Digitized by Google

lor para vivir con poco dinero, mas no para que crean que ha faltado quien se le quiera dar. ¡Dios nos libre de esta gran tentacion de evitar la nota de mentecatos y para poco! ¡Dios libre á las mujeres honradas de esta gran tentacion de evitar la nota de faltas de donaire y atractivo!

Fuera de estas excelencias y sublimidades de nuestro sér, apénas hay otra calidad en el hombre que no tenga por medida el dinero. La ciencia especulativa y la poesía más elevada se sustraen sólo á dicha medida. Ni la ciencia especulativa, ni la poesía más elevada, están por lo comun al alcance del vulgo. Al sabio y al poeta rara vez la fama puede consolarlos de ser pobres, si lo son. Los pensamientos sublimes, y la delicadeza y el primor del estilo, son prendas que pocos saben estimar. La gloria es casi siempre tardía para este linaje de hombres. Pocos semejantes suyos aciertan á comprender lo que valen. Así es que su fama va cundiendo y acrecentándose por autoridad, disputada y contradicha á menudo, y tan lenta y pausadamente, que el sabio y el poeta suelen morirse sin gozar de aquel respeto y áun adoracion que más tarde se tributa á su memoria.

El mismo sabio, y más aún el poeta, por excelente crítico que sea, no se pueden consolar con la conciencia y seguridad de su valer, por los demas hombres desconocido ó negado. No saben á punto fijo si el juicio que forman sobre ellos mismos está torcido por el amor propio.

Una obra de ingenio es harto difícil de juzgar, y la buena reputacion que adquiere se debe á pocos sujetos

Digitized by Google

entendidos que logran imponer su opinion, á veces al cabo de muchos años, cuando no de siglos. Los demas hombres se someten á esta opinion por pereza, ó porque habiendo ya muerto el autor de la obra, les importa poco que sea celebrado y ensalzado. La idea de que la fama de aquel autor redunda en honor de la patria ó de la humanidad toda, contribuye á que, contenidos por cierto egoismo, sean pocos los hombres que tiren á destruirla. Por lo demas, la gloria de los grandes escritores suele ser póstuma y sumamente vana. De cada mil personas que citan, por ejemplo, á Homero como al primer poeta épico, diez á lo más, en los países cultos, le han leido, y de éstas diez, nueve se han aburrido ó dormido leyéndole: una sola ha gustado acaso de aquellas bellezas y excelencias.

La poesía, pues, en su más elevada acepcion, así como la virtud en su acepcion más elevada, tiene sólo la recompensa en ella misma; en la creacion de lo ideal, en la fijacion y depuracion de la belleza, que aparece escasa, mezclada con elementos extraños y fugitiva en el mundo, y á quien el poeta aparta y sustrae de lo feo, y da una vida inmortal, á fin de que gocen de ella las pocas almas que por su propia hermosura son capaces de comprenderla.

Entiéndase, con todo, que, salvo las mencionadas archi-sublimes excepciones, nada es más falso en cierto sentido que aquello de que *honra y provecho no caben en un saco.* Al contrario, cuando el público no honra es cuando no enriquece, y siempre enriquece cuando honra. El más ó el ménos de enriquecer depende de circunstan-

Digitized by Google

cias que nada tienen que ver con la honra. En los países ricos y prósperos, el buen poeta que, por la condicion de su ingenio, se hace popular y famoso, se hace tambien rico. Y, aparte el respeto que se le debe, Adam Smith se equivocó al suponer que los comediantes, cantores y bailarines, ganaban mucho dinero en compensacion del decoro que perdian en su oficio, el cual, si fuese más honrado, sería ejercido por más personas hábiles, y esta concurrencia haria bajar el precio. Los susodichos artistas están mucho mejor mirados en el dia que en tiempo de Adam Smith, y no por eso abundan los buenos, ni se venden baratos sus servicios. Se venden caros, porque hay pocos que sean aptos para hacerlos; y porque la manera de pagarlos se presta á que subsista la carestía, compartiéndose la carga entre muchísimas personas.

Resulta de lo expuesto, y áun resultaria más claro si me extendiese cuanto pide la magnitud del asunto, que por la misma naturaleza de las cosas, y sin que deba nadie quejarse de ello, ni hacer un capítulo de culpas á nuestro siglo, ni á los pasados, ni á los hombres de ahora, ni á los de entónces, lo más universalmente respetado, amado y reverenciado es el dinero, y por lo tanto, aquel que lo posee. Aun las mismas almas celestiales y puras, enamoradas del amor, de la gloria y de todo lo bueno y santo, andan tambien enamoradas del dinero, como medio excelente de que tengan buen éxito aquellos otros enamoramientos etéreos.

La generalidad de los hombres ama más el dinero que la vida. Cualquiera persona, por poco simpática que sea, cuenta de seguro con unos cuantos amigos que aventu-

Digitized by Google

rarian por ella la vida, que le harian el sacrificio de su existencia. ¡Cuántos salen al campo en duelo á muerte por defender á un amigo! Casi nadie, sin embargo, sacrificaria por un amigo su caudal, ni la vigésima, ni la centésima parte de su caudal. Se está un hombre ahogando, se está otro quemando vivo en una casa incendiada, y, dicho sea en honra de la humanidad, rara vez falta quien por salvarle se aventure, se arroje á las ondas embravecidas ó á las llamas. Sin embargo, el héroe salvador quizás ha rehusado algunos dias ántes dar una limosna de dos reales á la persona salvada ahora tan generosamente. Viceversa, los agraciados estiman siempre más el sacrificio que se hace por ellos de una pequeña suma de dinero, que el de la vida misma. Y esto por mil razones muy justas. La vida se sacrifica ó se expone por cualquiera cosa; el dinero no. No hay pelafustan que no tenga una vida que exponer como cualquiera otra vida; pero no todos tienen dinero que exponer ó sacrificar. El funámbulo, el domador de fieras, el albañil subido en un andamio, el minero que penetra en una mina insegura, en fin, casi todos los hombres exponen su vida por cualquier cosa, por un miserable jornal, por una mezquina cantidad de dinero. ¿Qué hizo más Edgardo por Lucía de Lammermoor, qué hizo más D. Suero de Quiñones por la señora de sus pensamientos, que lo que puede hacer y hace á cada instante, con ménos estruendo, el último perdido, por ganar unas cuantas pesetas? Por consiguiente, una considerable suma de pesetas vale más que los arrojos de Edgardo y que las bizarrías de D. Suero.

Digitized by Google

Es evidente que el pobre, aunque puede amar, no puede expresar su amor de un modo tan claro y tan brillante como el rico. Así es que los ricos suelen ser más amados que los pobres, áun por las mujeres desinteresadas.

El dinero da asimismo mérito intrínseco, y el no tenerle le quita, le merma ó le anubla. El dinero da buen humor, urbanidad, buena crianza, y, como diria cierto diplomático, *soltura fina*. Nada, por el contrario, ata y embastece más que la pobreza. El pobre es tímido y encogido, ó anda siempre hecho una fiera. Toda palabra en boca del rico es una gracia, por donde, la misma confianza que tiene de que sus gracias van á ser reidas y aplaudidas, le da ánimo é inspiracion para ser gracioso. El pasmo con que todos le miran, el gusto con que todos le oyen, hace que parezca gracioso, aunque no lo sea. Pero lo es, y no cabe duda en que lo es. Yo, por ejemplo, he oido en boca de un señor muy rico todos los cuentecillos más groseros y sucios que refieren los gañanes de mi tierra, y que ya ni el atractivo de la novedad debieran tener para mí ni para nadie, y sin embargo, me he reido como un bobo, me han hecho mucha gracia, y los he encontrado llenos de aticismo en boca de dicho señor. Creo ademas que, en efecto, lo estaban, porque yo no me movia á reirlos ni á celebrarlos con falsa risa, ni por interes alguno. La seguridad, la superioridad, el magnetismo sereno, que trae consigo el tener dinero, producian este fenómeno.

No se debe extrañar, pues, que las personas ricas sean amadas y admiradas. En el dia las amamos con más desinteres que ántes. Nunca, por ejemplo, ha habido mé-

Digitized by Google

nos hombres mantenidos por mujeres que en esta época, si se se exceptúa bajo la forma legítima, aunque desairada, del *coburguismo*. En otras edades era frecuente, casi general, y no estaba mal mirado el *coburguismo* ilegítimo masculino, desde Ciro el Menor con Epiaxa, reina de Cilicia, señora es de creer que ya jamona, á quien aquel heroe sacaba mucha moneda, hasta los galanes caballeros de la córte de Luis XIV y Luis XV.

Lo que es el *coburguismo* femenino, legítimo ó ilegítimo, sigue hoy como en las primeras edades del mundo, desde Raab y Dalila hasta la gallarda y elegante Cora. Este *coburguismo* es más disculpable que el masculino. Lope de Vega le disculpaba diciendo:

> No estaba pobre la feroz Lucrecia,
> Que, á darle Don Tarquino mil reales,
> Ella fuera más blanda y ménos necia.

Y Ariosto, con la leyenda *El Perro precioso*, inserta en el *Orlando*, le disculpa mucho más. Yo no le disculpo, pero le excuso, aunque no sea más que por el desinteresado amor y la admiracion sincera que infunde el hombre rico, como no sea una bestia, áun en las almas más escogidas y nobles.

El hombre rico se hace en seguida gran conocedor de las bellas artes y de la literatura, y las protege, remedando á Lorenzo el Magnífico y á Mecénas; adorna y hermosea su patria con soberbios monumentos, como Heródes Atico; y hace, por último, otros cien mil beneficios.

Aunque no haya sido muy moral ni muy amante del órden ántes de ser rico, luégo que lo es, el mismo inte-

Digitized by Google

res le presta por lo ménos una moralidad y una religiosidad aparentes que no dejan de ser útiles.

Infiero yo de todo lo dicho que no debemos achacar á corrupcion de nuestro siglo, ni á perversidad del linaje humano, este amor entrañable que todo él profesa al dinero. ¿Qué otra cosa ha de amar en la tierra, si no ama el dinero, que las representa todas, las simboliza y las resume? Lo cierto es que casi todo lo útil, lo conveniente, lo práctico que se hace en el mundo, se hace por este amor. El dinero es la fuerza motriz del progreso humano, lo palanca de Arquímides que mueve el mundo moral, el fundamento de casi toda la poesía, y hasta el crisol de las virtudes más raras. La mayor parte de los hombres que desprecian ó aparentan despreciar el dinero, lo hacen por despecho y envidia; imitan á la zorra, diciendo: *no están maduras.* Los que aman con sinceridad la pobreza, los que la creen y llaman *dádiva santa desagradecida*, ó son locos, ó son santos: son Diógenes ó San Francisco de Asis; á no ser que entiendan por pobreza cierta virtud magnánima que consiste en poseer y gozar todas las cosas con desden y desprendimiento, como si no se poseyesen ni gozasen.

No hay nada en este mundo sublunar que proporcione más ventajas que el tener dinero. Los pocos inconvenientes que trae, ó son fantásticos, ó son comunes á toda vida humana, ó se van allanando ó disipando con la cultura.

Era ántes el principal, como ya he dicho, el peligro de muerte en que se hallaba de contínuo el acaudalado, como no ocultase mucho sus riquezas. Para ser impune, paladina y descuidadamente rico, era menester ser tira-

Digitized by Google

no, señor de horca y cuchillo, ó algo por el mismo órden, que diese mucho poder y defensa. Este inconveniente va desapareciendo ya casi del todo.

Otro inconveniente, que encuentran en el dinero los corazones extremadamente sensibles y los espíritus cavilosos, es fantástico y absurdo. Consiste en el temor de ser amado por el dinero y no por uno mismo. Nada más ridículo que este temor. Ya hemos probado que el dinero es más que la vida. El dinero es, por consiguiente, una parte esencial de la persona. Un filósofo aleman diria que el dinero se pone en el yo de una manera absoluta. Más necio es, pues, atormentarse, porque quieren á uno por el dinero, que atormentarse porque quieren á uno porque es limpio, bien criado, elegante, instruido, etc.; calidades todas que se adquieren artificialmente lo mismo que el dinero; que se deben al dinero en más ó en ménos cantidad. Acaso no sea yo mejor que el último mozo de cordel de Madrid, ora física, ora intelectual, ora moralmente considerado, y con todo, suponiéndome soltero, cualquiera linda dama podria tener aún el capricho de enamorarse de mí, sin que nadie lo censurára; pero si del mozo de cordel se enamorase, todo el mundo tendria esta pasion por una extravagancia ó por una locura. Luégo, en último resultado, lo que mueve á amar, á no ser extravagantísimo el amor, es el dinero, ó algo que representa dinero, ó que se adquiere con dinero. Lo que yo he gastado en instruirme, pulirme, asearme y atildarme, no es más que dinero.

Finalmente, la mayor y más envidiable ventaja que el dinero proporciona, es la autoridad y respetabilidad

Digitized by Google

que da á quien le tiene, y la justa confianza que quien le tiene inspira.

III.

De estas consideraciones sobre el influjo del dinero ó de la riqueza en el individuo, quisiera yo pasar á discurrir con mayor extension sobre el influjo de la riqueza en la cultura y poder de las naciones; pero no haré más que consignar aquí algunos ligerísimos conceptos. Me arredra el temor de extraviarme, y la conciencia de mi poquísimo saber en Economía Política, ciencia que, al cabo, despues de mucho cavilar, han venido todos los autores á coincidir con Aristóteles en que trata del dinero, ó, en general, de la riqueza, por donde la llama Crematística el sabio de Stagira. Y es mayor infortunio aún que el de mi propia ignorancia, el de que,

> Despues de haber revuelto cien mil libros
> De aquesta ciencia enmarañada y torpe,

nadie logra saber á las claras lo que es riqueza. Todas las definiciones son discordantes; y resulta que la ciencia empieza por no saber definir, determinar y declarar el objeto de la ciencia misma. Ni está más adelantada en la definicion de las otras palabras científicas, como valor, precio, capital, industria y cambio; lo cual no es extraño, porque ignorándose aún lo que es riqueza, que es la idea ó palabra fundamental, por fuerza se ha de ignorar ó se ha de estar en desacuerdo sobre lo restante.

Malthus decia: « Despues de tantos años de investiga-

Digitized by Google

ciones y de tantos volúmenes de descubrimientos, los escritores no han podido entenderse hasta ahora sobre lo que constituye la riqueza; y miéntras que los escritores que se emplean en este negocio no se entiendan mejor, sus conclusiones no podrán ser adoptadas como máximas que deban seguirse.»

Dedúcese de aquí, por sentencia y autoridad de Malthus, que no debemos seguir las máximas ni hacer caso alguno de cuantos economistas le precedieron en los siglos XVI, XVII y XVIII, y en el primer tercio del presente. Todos estos economistas no sabian lo que decian, segun Malthus; y cuenta que entre ellos están Smith, Say, Storch, Ricardo, Gioja, Mac-Culloch y otras eminencias. No han adelantado más posteriormente otros sabios en dar estas definiciones. Stuard Mill desiste de definir lo que es riqueza, y dice que basta que en la práctica lo entendamos, con lo cual sigue adelante. Bastiat se enreda en sus *Armonías* con otros economistas rivales, y trata de probarles que son unos ignorantes ó unos necios que desconocen lo que es el valor.

En efecto, uno de estos economistas se empeña en demostrar que el valor de una cosa consiste en el obstáculo vencido para producirla; de lo cual deduce que, miéntras más fácil se haga la produccion, disminuyendo los obstáculos, ménos valor tendrán las cosas; de modo que, miéntras más cosas haya, serémos más pobres. Conviene, pues, crear obstáculos para la produccion, á fin de que, costando mucho el producir, valgan mucho tambien las cosas producidas, y seamos ricos. Imposible parece que tales ideas se sostengan, y hasta que se impugnen

Digitized by Google

con seriedad. Entre tanto, Bastiat, que está razonable en este punto, entiende luégo el cambio, no como es, sino como debiera ser; y sobre este cambio modelo, ideal y fantástico, levanta todo un edificio científico que trae enamorados á nuestros jóvenes economistas. En el cambio, no cabe duda que debe darse siempre lo supérfluo por lo necesario, y ganar, por lo tanto, todos los cambiantes. Pero ¿es esto lo que en realidad acontece? ¿No es, al reves, frecuentísimo el que, por vanidad, por moda, por capricho, ó por extravagancia, demos lo necesario, no ya por lo supérfluo, sino hasta por lo dañino? Se dirá que ambos cambiantes satisfacen una necesidad, y que en este sentido ganan. Pero si por necesidad se entiende un vicio, una manía, una mala costumbre, un apetito bestial, ¿cómo hemos de convenir? Pues que, ¿ganan los chinos comprando opio para envenenarse con él? ¿Ganan y prosperan los jornaleros que, de los cinco ó seis reales que tienen de jornal, emplean dos ó tres en vino y uno en tabaco, matando quizás de hambre á sus mujeres y á sus hijos? ¿Gana el marido, débil ó vano, que se empeña para que su mujer tenga palco en la Ópera? ¿Gana, en suma, el que no ahorra, el que consume más de lo que produce, el que sobre sus rentas gasta su capital, el que tiene habilidad para adquirir diez y tiene *necesidad* de consumir treinta ó ciento? Claro está que no gana, sino que pierde, y al fin se arruina. Y lo que sucede con los individuos, ¿no puede suceder, y no sucede tambien con las naciones? Así como hay individuos poco hábiles para producir y muy hábiles para gastar, no puede haber, y no hay, naciones con las mismas cua-

Digitized by Google

lidades? La holgazanaría, el despilfarro y la ineptitud, ¿no pueden darse en una nacion como se dan en un individuo?

Yo no temo que ninguna nacion europea, por muy plagada que esté de los mencionados achaques, venga al fin á perderse y á destruirse, como se destruyeron y perdieron aquellos imperios colosales del centro del Asia; como se hundieron aquellas poderosas civilizaciones, asombro del mundo antiguo. Yo no temo que á Madrid, á Sevilla, á Lisboa ó á Florencia, les venga á suceder lo que á Sidon y Tiro, Susa, Ecbatana, Nínive, Bactra y Babilonia. Aunque consumiesen mucho más de lo que produjesen, el castigo se limitaria á largos períodos de forzada abstinencia y de lastimosos apuros, á que el atraso con relacion á otros pueblos de Europa fuese mayor, y á que siguiesen arrastrándonos y llevándonos como á remolque las demas naciones. Pero tal es la fe que yo tengo en la virtud progresiva, en la energía vital de la civilizacion europea, que ni siquiera puedo concebir que muera una nacion que esté en su seno poderoso y vivificante. Sin embargo, la abstinencia de que hemos hablado, los apuros, el ir á remolque y la vergüenza del atraso y de la inferioridad, no dejan de ser rudo castigo.

Para discurrir, partiendo de algun punto fijo, sobre estos asuntos tan difíciles, convendria primero explicarse el por qué de ciertos fenómenos que ofrece la moderna civilizacion europea, fenómenos al parecer contrarios á todo aquello que en las antiguas civilizaciones se notaba; de donde proviene el que haya hoy sentencias, que se dan por axiomáticas, y que son enteramente contra-

Digitized by Google

rias á otras sentencias que poco há pasaban por axiomáticas tambien.

En lo antiguo, y al decir en lo antiguo no vamos muy léjos (Miguel Montaigne y Machiavelli pensaban así), la rudeza y la pobreza se creia que daban bríos y nervio á las naciones, miéntras que la riqueza y la cultura las enervaban. Pobre era Alejandro y venció al rico Darío; pobres y rudos eran los romanos y subyugaron los ilustrados, cultos y ricos reinos de Macedonia, Siria y Egipto. Cuando los godos invadieron la Grecia, se refiere que intentaron quemar todas las bibliotecas; pero un astuto y discreto capitan de los godos hubo de persuadirles de que con las bibliotecas los griegos se hacian afeminados, muelles y cobardes, y que así era conveniente dejarles los libros para tenerlos siempre bajo el yugo. De esta suerte las bibliotecas se salvaron.

En nuestros dias, por el contrario, si una nacion se propusiese debilitar á otra, procuraria hacerla ignorante y pobre. La ciencia y la riqueza, léjos de enflaquecer hoy á los pueblos, les dan energía y pujanza; pero bien consideradas las cosas, no hay en esto la menor contradiccion. En lo antiguo, solia ser uno de los más usuales modos de adquirir riqueza el despojar á los vecinos por medio de la guerra. En el dia de hoy, si bien estos despojos, estos robos violentos siguen haciéndose, no se hacen en tan grande escala. Las costumbres más suaves no lo consienten. La guerra, ademas, este modo de despojar violentamente una nacion á otra, se ha hecho harto costosa. Los *gastos de produccion* suelen en la guerra moderna ser mucho mayores que lo *producido*, si *produ-*

Digitized by Google

cido puede llamarse lo que se toma contra la voluntad de su dueño. De aquí, en primer lugar, que apénas se emprenda ya guerra alguna con el propósito de enriquecerse; y en segundo lugar, que los pueblos enriquecidos sean los que tienen más medio de hacer la guerra y más probabilidad de vencer. Antes, los pueblos se hacian fuertes y guerreros á fin de enriquecerse; en el dia los pueblos se enriquecen con el propósito de ser fuertes y guerreros. Sin duda que será un progreso más, cuando los pueblos se enriquezcan sólo para ser más morales, más felices y más ilustrados; pero esto áun está léjos. La manía de dominar y de prevalecer sobre los demas no se curará en muchos siglos.

Sostienen hoy no pocos autores, Buckle entre otros, tan celebrado por todo el mundo, que la Economía Política conspira de un modo incontrastable á que terminen las guerras sangrientas, á que la utopia de la paz perpétua venga á realizarse. Por esto, sin duda, y por otras razones no ménos singulares, han llegado á tan loco extremo la admiracion, la adoracion y el fanatismo de la Economía Política. Para Buckle, Adam Smith ha hecho más por la humanidad que todos los sabios, que todos los profetas y que todos los genios inmortales que han nacido de madre y que han revestido carne humana en este pícaro mundo. Ni las leyes de Solon, de Numa y de Manú, ni todos los libros de filosofía, ni los mismos Evangelios, importan un pito comparados con la *Riqueza de las Naciones*. Segun Buckle, la *Riqueza de las Naciones* es « el libro más importante que se ha escrito jamas; su publicacion ha contribuido en mayor grado á la

Digitized by Google

dicha del humano linaje que el talento reunido de todos los hombres de Estado y de todos los legisladores, de quienes nos conserva la historia un recuerdo auténtico.»

Todo esto podrá ser verdad; pero tambien lo es que, desde el año 1776, en que salió á luz por vez primera el libro divino, salvador, redentor y pacificador, las guerras han sido tan frecuentes como siempre y mil veces más espantosas por los millones de hombres que en ellas miserablemente han perecido. Cuando no hay guerra, hay una cosa tan mala, tal vez peor que la guerra: la paz armada. El dinero se gasta desatinadamente en sostener ejércitos inmensos, y los hombres más robustos, jóvenes y fuertes de Europa, apartados de todo trabajo útil, están siempre con las armas en la mano, acechándose, espiándose y amenazándose. Cierto que la Economía Política y el libro maravilloso de Adam Smith no han puesto remedio á tanto mal. Si algo ha de ponerle remedio, ha de ser la Filosofía, la religion mejor entendida que en otros siglos, y el exceso mismo del mal, que tal vez acabe por hacerle imposible.

Los medios de destruccion se aumentan por tal arte que es de temer que dentro de poco puedan matarse en un minuto millones de hombres; puedan dispararse en un segundo más bombas, balas y metralla que un siglo há se disparaban en treinta ó cuarenta años; y tales y tan estruendosos podrán ser los disparos, que el coste de uno solo baste á mantener durante un año á toda una familia. Horrorizados de tanto gasto y de tanta efusion de sangre, los hombres políticos clamarán, y claman ya muchos, por la paz y áun por el desarme; no porque

Digitized by Google

Adam Smith y sus discípulos los hayan convencido. No creo yo que Napoleon III tenga el corazon de mantequilla y de jalea; pero el tremendo espectáculo del campo de batalla de Solferino, de tantos millares de cadáveres, hubo de oprimirle y angustiarle el corazon, decidiéndole á la paz, áun ántes de cumplir su promesa de hacer libre á Italia hasta el Adriático. Adam Smith y todas sus teorías no tuvieron parte alguna en esta determinacion.

Si algun pensamiento económico impide la guerra ó la hace más difícil en lo venidero, es independiente de la ciencia: no es menester haber leido á los economistas para concebirle. El pensamiento es sencillo y claro: es el pensamiento de lo mucho que la guerra cuesta. Los Gobiernos, ademas, tienen casi siempre que acudir á empréstitos para hacer la guerra. Los que prestan el dinero tienen interes en que el del dinero prestado sea lo más crecido posible; por donde, áun sin contar con otras causas, el papel de la Deuda baja, y la fortuna pública padece.

Los que tienen que perder, los hombres acaudalados son, por consiguiente, pacíficos; y como los que tienen dinero mandan en el dia más que nunca y ejercen una influencia grandísima sobre la opinion, resulta que las guerras son condenadas por la opinion, cuando no hay un fuerte estímulo de egoismo que induzca á hacerlas; como, por ejemplo, abrir un nuevo mercado para los productos nacionales; introducir en algun país poco culto la libertad de comercio, las obras divinas de Adam Smith, el ópio ú otra droga peor, á cañonazos y á bayonetazos; entretener y recrear y embriagar al pueblo

Digitized by Google

con gloria para que no se fastidie y se subleve, y tal vez deshacerse, siguiendo las doctrinas de algun economista, de aquella parte de la poblacion que está de sobra, que no tiene cubierto preparado en el festin de la vida, que turba ó rompe el justo equilibrio que debe haber entre el producto y el consumo, entre los que subsisten y los medios de subsistencia.

Ademas de la guerra material y sangrienta, ha tomado en nuestros dias más auge que nunca otra guerra que trae á la humanidad infinitos bienes, y que la lleva en volandas, no ya por el camino real del progreso, sino por una trocha ó atajo. Pero, como *no hay atajo sin trabajo*, de esta otra guerra, que es la industrial y comercial, nacen temerosas perturbaciones, duros padecimientos, horribles desengaños y desconsoladoras ruinas. No me incumbe explicar esto ni hacer aquí la sátira del modo de ser de las sociedades modernas. Remito al lector á los socialistas, hijos legítimos de los economistas y sus más crueles y acérrimos adversarios. Aunque la Economía Política no tuviese más pecado que el haber criado á sus pechos al socialismo, no podria ser absuelta del todo. Por lo demas, el socialismo, salvo que hasta hoy no es más que un conato, un *desideratum*, una aspiracion, es, segun algunos, esto es, será con respecto á la empírica y pedestre Economía Política, lo que son las Matemáticas sublimes con respecto á las cuatro reglas de la Aritmética. La ciencia social ó dígase la Sociología (¡híbrido y ridículo vocablo!) está aún por inventar, aunque sostengan lo contrario los positivistas. Lo malo es que los problemas que esta ciencia ha planteado y no

Digitized by Google

ha resuelto, y la crítica audaz, inteligente y destructora con que ha hecho vacilar la fe en el órden social existente, tienen á los hombres todos llenos de recelo, dentro de cada Estado, presumiendo siempre que pueda sobrevenir la violencia á resolver los intrincados problemas de la ciencia novísima; á desgajar de sus cimientos todo el edificio de la sociedad con el fin de fundarle sobre otros mejores y más sólidos. De aquí el que no haya sólo guerra ó paz armada entre unos Estados y otros, sino tambien guerra ó paz armada, esto es, peligro y sobresalto constante, dentro de cada Estado. En todo lo cual no parece que ha puesto remedio la Economía Política, sino que ha venido á empeorarlo.

No crea el discreto lector que no conozco lo que podrá decir de mis divagaciones en este escrito. Sírvame de excusa el haberle llamado *meditacion*, y el ser la meditacion sobre un asunto tan vasto y tan en relacion con todos los asuntos como es el dinero. Para tratarle á fondo, y con la claridad, el órden y el método convenientes, me hubiera sido necesario escribir un grueso volúmen. ¿Pero por qué, se me dirá, has elegido tan vasto asunto, cuando no pensabas escribir ese grueso volúmen, sino un artículo de periódico? A lo cual respondo: que la falta de dinero, la penuria pública, los apuros del Tesoro, las lamentaciones que oigo por todas partes, la esperanza que muestran algunos de que los economistas nos van á salvar, la poca confianza que advierto en otros en la eficacia saludable de los economistas, los discreteos de todos, los medios que tantos proponen, convertidos en arbitristas, para llevarnos á puerto de salvacion, y

Digitized by Google

las diversas explicaciones que dan sobre las causas del grave mal que padecemos, todo me ha impulsado con irresistible vehemencia á meditar y discurrir sobre estos asuntos, en los cuales confieso mi escaso ó ningun saber. Pero, considerándome yo como vulgo, como profano, todavía he creido que, si no útil, al ménos podria ser entretenido y curioso el exponer lo que cavila el vulgo, lo que alambica y divaga sobre el particular. Así es que me he hecho eco fiel del vulgo en esta meditacion, adornándola con algunas sentencias morales sacadas de la lectura de los filósofos. No se extrañe, pues, que yo no pruebe nada, que yo no concluya nada, que no presida un pensamiento dominante á todo este escrito mio.

Mucho temo dilatarle haciéndome pesado; pero se me ocurren várias observaciones que no tengo valor para pasar en silencio.

Es la primera que, en el estado actual de la civilizacion, y áun estoy por afirmar que siempre, no acontece con las naciones lo que con los individuos, los cuales, como ya dijimos, pueden ser sabios, santos ó poetas y ser pobres. Una nacion, si es inteligente y activa, por santa, por sábia y por heroica y poética que sea, tiene que hacerse rica tambien. Si se queda pobre, da marcadas y evidentes señales de que no es inteligente, ó de que no es activa, ó de que padece alguna enfermedad secular de que no ha logrado curarse.

Decia, en 1629, el Padre Maestro Fray Benito de Peñalosa y Mondragon en un curiosísimo libro que dió á la estampa, que el ser España muy católica y muy

Digitized by Google

monárquica, y el tener otras tres excelencias más, causaban su despoblacion y su ruina. Lo mismo asegura Buckle, en perfecta consonancia con el Padre Peñalosa, á quien ha adivinado y no leido. Nuestra religiosidad y nuestro amor y fidelidad á los reyes nos han traido tan perdidos y tan atrasados. En cambio, segun el mismo Buckle, en Escocia ha habido y hay gran prosperidad y progreso. Allí, aunque tambien tienen la desgracia de ser sobrado religiosos, han tenido la fortuna y la excelente cualidad de ser muy desleales á sus soberanos.

Los Escoceses, dice Buckle, han hecho la guerra á casi todos sus reyes, han decapitado á varios, han asesinado á otros; y hasta han vendido á uno de ellos, por cierta suma de dinero que les hacía mucha falta. Esta cordura de los escoceses les ha valido el prosperar y el progresar, y sobre todo la gloria de que el salvador Adam Smith nazca entre ellos.

La extraña doctrina que acabo de exponer, idéntica en Buckle y en Peñalosa, no puede refutarse ó censurarse con ironía. Es menester desecharla con seriedad. No es asunto de burla. No. La riqueza y la prosperidad y la cultura no acuden á los pueblos, porque los pueblos abandonen á Dios y maten ó vendan á sus príncipes.

En un individuo, tal vez la bondad y excelencia del carácter han sido obstáculo á la fortuna: en un pueblo, no queremos ni podemos creerlo. Por consiguiente, si España está hoy pobre y atrasada, culpa es, no de sus virtudes, sino de sus vicios; no de buenas calidades, sino de malas.

Dan otros por causa de nuestro atraso y de nuestra

Digitized by Google

pobreza la aridez y esterilidad del suelo, que ofrece pocos recursos; pero aunque dicha aridez y dicha esterilidad fuesen ciertas, como una nacion no vive sólo del suelo, sino del ingenio y de la laboriosidad de sus hijos, no podria esta falta ser orígen del mal. En los siglos pasados y en los presentes hubo y hay naciones ilustres que han florecido en suelo estéril. El suelo del Atica es un ejemplo de esto, y á su esterilidad atribuye Tucídides el que allí viniese á formarse tan glorioso y próspero Estado, porque, en los principios de la civilizacion griega, los hombres huyeron de los terrenos fértiles, invadidos é infestados contínuamente de ladrones y piratas, y vinieron á refugiarse en Ática, para estar al abrigo de las depredaciones y devastaciones. Venecia, que fué tan poderosa y rica, tuvo tambien un orígen semejante, y fué fundada en unas lagunas por gente fugitiva de los bárbaros invasores de Italia. La misma Escocia será todo lo pintoresca y linda que se quiera, pero no hay quien no convenga en que naturalmente es estéril; sin duda, más estéril que España. Lo propio puede afirmarse de Holanda y de otros muchos países, si apartamos de ellos con la imaginacion lo que por mejorarlos han hecho ya el arte y el ingenio.

Pensadores hay que se van al extremo opuesto, y atribuyen la inferioridad soñada ó verdadera de nuestra civilizacion á la abundancia de mantenimientos y á la facilidad de la vida para la gente pobre. Esto dicen que afloja todo resorte de accion y que hace al pueblo débil y propenso á la servidumbre: miéntras que en los países donde el pueblo ha tenido que luchar mucho y que ven-

Digitized by Google

cer grandes obstáculos para ganarse la vida, luégo que los vence y vive, es más digno y enérgico, y ménos sufrido de ninguna especie de yugo y de sujecion. Ponen por ejemplo de tal aserto la India y el Egipto, y no se ha de negar que son ejemplos que tienen fuerza. Sostienen, ademas, que la causa del atraso de Irlanda y de su humillacion ha sido la abundancia y baratura de las patatas. Más razon llevan, á mi ver, los que piensan así, que los que atribuyen el atraso, ó mejor dicho el estancamiento á la esterilidad del suelo; pero yo no me atrevo á dar la razon ni á unos ni á otros; y sobre todo, en el caso particular de España. No creo que ni el clima, ni el suelo, ni la fertilidad, ni la exuberancia de la naturaleza y de sus productos, sean ni hayan sido entre nosotros como en la India y en el antiguo Egipto, ni hayan podido nunca producir efectos semejantes.

Dicen otros pensadores, que piensan poco, que todo nuestro mal proviene de los malos Gobiernos. Sentencia es esta indigna de refutacion. Ningun país, á no estar bajo el yugo de una tiranía invencible, tiene más gobierno que el que se da y merece. Cuanto hay en España de más enérgico, de más ilustrado, de más discreto, la ha gobernado ya. Apénas habrá quedado hombre de alguna nota en todos los partidos que no haya sido Ministro. Si todos han sido inhábiles, fuerza es conjeturar que España no da más de sí.

No falta tampoco quien atribuya nuestro atraso al ningun amor al bienestar y al lujo; á que nos contentamos y conformamos con vivir mal, y, no sintiendo el aguijon del deseo de goces, no nos movemos al trabajo. Este ra-

Digitized by Google

ciocinio es absurdo por la falsedad de la premisa en que se funda. Todos los hombres, y peculiarmente los españoles, salvo algun extravagante, prefieren comer *foie-gras* y pavo trufado á comer chanfaina y revoltillos; vestir ricos paños y terciopelos, á vestir bayeta; vivir en un palacio, á vivir en una choza, y andar en coche, á andar á pié. No es una ciencia oculta el saber que hay coches, buena cocina, excelentes manjares, telas de seda, joyas de oro y pedrería, y otros muchos deleitosos objetos, ni es menester tener un alma muy levantada para ambicionarlos. No hay nadie que no los ambicione. Si del deseo, del afan de ser ricos dependiese la riqueza, España sería una de las naciones más ricas del mundo.

Síguese, pues, que no sabemos por qué es pobre España, á no ser que afirmemos, y á esto me inclino yo, que somos pobres por una calidad opuesta á la que acabamos de mencionar: por el amor al lujo, por el despilfarro, por el desórden, porque somos indiscretamente muy rumbosos y generosos, y sobre todo, porque no sabemos gastar y gastamos sin discernimiento y sin lucimiento. De este defecto adolecen y han adolecido siempre en España los particulares y el Estado.

En tiempo de Felipe II, cuando estábamos en la cumbre de la prosperidad, cuando dominábamos y despojábamos tantas regiones, cuando

> La tierra sus mineros nos rendia,
> Sus perlas y coral el Oceáno;

Campanella se pasma de que tanta riqueza se disipe sin saber cómo, y de que siempre estemos sin un real y pi-

Digitized by Google

diendo prestado. « *Est*, dice, *admiratione dignum, quomodo consumatur tanta divitiarum vis, sine ullo emolumento; cum videamus Regem fere perpetua inopia laborare, atque etiam ab aliis mutuo accipere.* » Lo mismo ocurria entónces entre los particulares que en el Estado. En ningun país se puede decir con más verdad que en España, que no se sabe dónde se va el dinero. Al caer la dinastía austriaca, que se habia enseñoreado de lo mejor del mundo, Madrid era (permítaseme lo vulgar de la expresion) un corral de vacas. ¿Dónde estaban los palacios, los templos, los monumentos, las estatuas? En parte alguna. ¿En qué gastamos las riquezas de América? ¿En qué empleamos el botin de los pueblos subyugados?

La inopia nos trabajaba entónces tanto ó más que en el dia, y la inopia nos humilló y nos hizo bajar de la altura en que nos habiamos puesto.

En el dia de hoy, el movimiento ascendente de la civilizacion europea nos lleva en pos de sí, y no puede negarse que en medio de mil disgustos, de mil apuros y de doscientas mil mortificaciones de amor propio nacional, España progresa y se mejora; pero *buenos azotes le cuesta*. La torpeza en el producir y la mayor torpeza en el gastar tienen la culpa de estos azotes.

Yo soy un libre-cambista teórico furibundo. Bastiat y Cobden me han convencido: pero en la práctica me asusto del libre-cambio. ¿Qué hay en España que pueda competir libremente con los productos extranjeros? El vino quizás; y con todo, salvo el vino de Jerez, los demas vinos españoles suelen ir á Francia, les echan un poco de zumo de moras, de alumbre y de raíz de lirio, y

Digitized by Google

nos los vuelven á vender, dándonos una sola botella en el precio que recibimos por una ó dos ó tres arrobas. Esto es, que damos cincuenta ó sesenta botellas por una del mismo líquido, con la ligera modificacion del alquimista ó boticario.

¿Qué mar de vino, qué rio de aceite no tendrá que gastar cualquiera rica dama andaluza para comprar un vestido mediano en casa de Worth? Pues ¿si la dama es de la provincia de Almería y tiene que comprarse el vestido de Worth con el producto del esparto? Entónces tendrá que mondar y desnudar centenares de leguas cuadradas para vestir su lindo y airoso cuerpo. De casi todos nuestros cambios, más ó ménos libres, puede decirse lo mismo. Hasta el precio del trasporte nos es perjudicial, estableciendo natural y fatalmente un derecho protector en contra de nuestras voluminosas, groseras y pesadas mercancías. Y todo esto, sin contar con el fraude, con la burla, con lo que vulgarmente se llama primada. Por cuentecillas de vidrio de colores, por clavos y otras baratijas, tomaban los compañeros del capitan Cook cuanto habia de bueno y exquisito en Otahiti. Algo de esto, aunque en menor proporcion, ocurre siempre en los cambios entre un pueblo adelantado y otro más atrasado. A menudo se dan objetos que tienen un verdadero valor, por otros que no tienen ninguno, sino el de la moda ó el capricho. La sola palabra *chic*, abreviatura del nombre de un menestral borracho que bailaba el can-can primorosamente, ha producido á todas las industrias parisienses, legítimas é ilegítimas, un número considerable de millones.

Digitized by Google

Se dirá que éstos no son argumentos serios; que si la palabra *chic* es tan productiva, debemos inventar nosotros otra palabra que lo sea más; que en nuestras manos está echarle al vino, desde luégo, todos los polvos y drogas que le echan en Francia; ó descubrir, fabricar ó confeccionar algunos primores por los cuales nos den tanto ó más que lo que damos por los vestidos de Worth. Pero á esto se contesta que, áun siendo nosotros capaces de tales invenciones, no acertariamos á darles valor, porque aún no tenemos el prestigio y la autoridad que se requieren. Ademas que, segun aseguran muchos autores y pretenden haber demostrado, los españoles estamos dotados de una incapacidad invencible para todos aquellas artes é industrias que conducen á hacer más agradable, más cómoda, más dulce la vida. Personas muy religiosas y patrióticas, entre ellas un académico de la Historia, en su elegante discurso de recepcion, han sostenido que esta ineptitud, calificada de sublime, es una prueba de nuestro gran sér, de nuestros pensamientos levantados y celestiales, de nuestro severo espiritualismo. Buckle coincide tambien en este pensamiento, como coincide con el P. Peñalosa, pero explicándolo todo á su manera. Segun él, la causa principal de esto son los terremotos, frecuentísimos y terribles en España, los cuales nos traen siempre asustados y contritos, y no acaban de quitarnos el temor de Dios, con el cual no es posible el progreso. Se infiere, por lo tanto, que por culpa de los terremotos no tenemos *chic*, ni tenemos un sastre como Worth, ni una fabricadora de sombreros como Mme. Virot, ni un abaniquero como M. Alexan-

Digitized by Google

dre: en suma, no sabemos hacer nada ó casi nada primoroso. Nuestro orgullo, ademas, nos impide buscar salida para nuestras mercancías, encomiándolas, presentándolas y ofreciéndolas con insistencia. Casi todos los españoles tenemos por artículo de fe y por norma de nuestra conducta mercantil aquello de que *el buen paño en el arca se vende*, y cuanto paño fabricamos nos parece bueno.

Deduzco yo de todo lo dicho que en España pudieran por ahora salir fallidas las leyes del libre cambio, porque al fin no hay ley ni regla sin excepcion, y que, á no ser por otra ley más poderosa, la ley de afinidad europea, que nos hace seguir el movimiento ascendente de toda esta gran república ó confederacion de naciones, las agonías que pasamos pudieran convertirse en muerte. Entre tanto, es indudable para mí, y para todo el que no esté obcecado por vanas teorías, que España consume hoy mucho más de lo que produce. Y esto, no sólo el Estado, sino tambien la sociedad. En balde nos afanamos por enjugar el déficit. Es menester trabajar mucho más ó gastar mucho ménos. Es menester, sobre todo, no pedir prestado; no seguir trampeando.

Prescindiendo de la honra de España que ha sido puesta en la picota y sacada á la vergüenza en muchas casas de contratacion, las condiciones con que nos dan dinero son espantosas, judáicas, usurarias por modo heroico. Cada millon nos cuesta más de cuatro, que si hoy son nominales, podrán ser efectivos, si por un milagro de la Providencia llegamos á salir de la miseria presente. Hacemos un contrato aleatorio; jugamos con nuestro

Digitized by Google

porvenir; de suerte que, si alguna vez tenemos el gusto de mejorar de fortuna, este gusto se acibarará con el disgusto de deber realmente cuatro á quien no nos prestó más que uno; de proporcionarle una moderada ganancia de 400 por 100 en el capital. Entre tanto, los intereses que pagamos son por lo ménos de un 12 por 100. Tal vez nos arreglemos por tal arte que sean de un 16 ó de un 18.

Cualquiera trato ó negociacion que se haga, ó se haya hecho ó se esté haciendo, para obtener dinero, disimulará tal vez el sacrificio á los ojos profanos; pero no le mitigará. Es seguro que el dinero que tomemos, por enrevesado que sea el método de tomarle, nos ha de costar lo mismo ó más que por el método sencillo y expeditivo de emitir Treses. Traducida la operacion al idioma pintoresco del vulgo, será siempre *tirar de los piés á un ahorcado.*

Dicen los que entienden de Hacienda, que es menester proporcionarse recursos y que no nos los podemos proporcionar con ménos sacrificios. Si esto es así, Dios me libre de criticar al Sr. Ministro de Hacienda. Lo único que yo diré y digo es que el artificio de tomar prestado de un modo tan ruinoso no es muy ingenioso, ni muy sutil, ni muy peregrino, y que, si la ciencia de la Hacienda consiste en eso sólo, se puede suponer que no hay tal ciencia de la Hacienda, y que el último patan puede hacer lo mismo que el profesor más hábil.

He vacilado y vacilo aún en publicar esta *Meditacion*, harto rara; estos desordenados pensamientos mios, que la angustia en que vivimos y el terror que infunde en al-

Digitized by Google

gunos corazones la ciencia económica española, me han inspirado, sin poderlo yo remediar.

Repito asimismo que aquí no se aducen otras razones que las del mero sentido comun más rastrero; y que desde la bajeza de este sentido comun á la altura de la ciencia ha de haber una distancia infinita.

Todo esto lo reconozco y lo proclamo. Sin embargo, tal es el amor que tenemos á nuestros hijos, y la presente *Meditacion* es hija mia, que aunque haya nacido enclenque y ruin, no he de atreverme á matarla. Más bien me atreveré á darle vida, aunque sea vida efímera y trabajosa, publicándola en un periódico, y exponiéndome por amor paternal á las iras ó al menosprecio de los sabios, que tal vez hacen en este momento la felicidad de la patria. Tal vez murmuramos, como murmuraba la chusma á bordo de las carabelas la víspera de aquella feliz y memorable aurora en que por vez primera aparecieron á los ojos espantados de los europeos las risueñas y fecundas costas del Nuevo Mundo. Tal vez murmuramos, como murmuraban los israelitas en el desierto porque no llegaban á ver la Tierra Prometida; y eso que el Maná y las codornices que les daba su Moises no costaban nada, y los millones que nos da nuestro Moises cuestan mucho.

En fin, sea como sea, yo me atrevo á publicar esta endiablada *Meditacion.* Al cabo, no soy esparciata para dar muerte á mis hijos enfermizos, aunque tenga que ser esparciata y tengamos que ser esparciatas todos los españoles para tragar la salsa negra, si siguen las cosas así.

Digitized by Google

Considere el pío lector que esta *Meditacion* es como un entretenimiento y nada más, y sea verdaderamente pío, que harto lo exige el caso. Lea mi *Meditacion* sobre el dinero como quien lee un libro de cocina cuando tiene hambre, y hallará en mi *Meditacion* algun consuelo y alivio.

Si por dicha, que no es de esperar, mi *Meditacion* no pareciese muy mala, tal vez me animaria yo á escribir otra sobre las contribuciones y los empréstitos de España, diciendo siempre lo que dice el vulgo y nada más que lo que dice el vulgo, sin meterme en honduras.

FIN.

Digitized by Google

ÍNDICE.

	Págínas.
Dedicatoria.	V
El Comendador Mendoza.	1
La Cordobesa.	247
Un poco de crematística.	285

FIN DEL ÍNDICE.

Digitized by Google

Con
entre
qu
d

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google